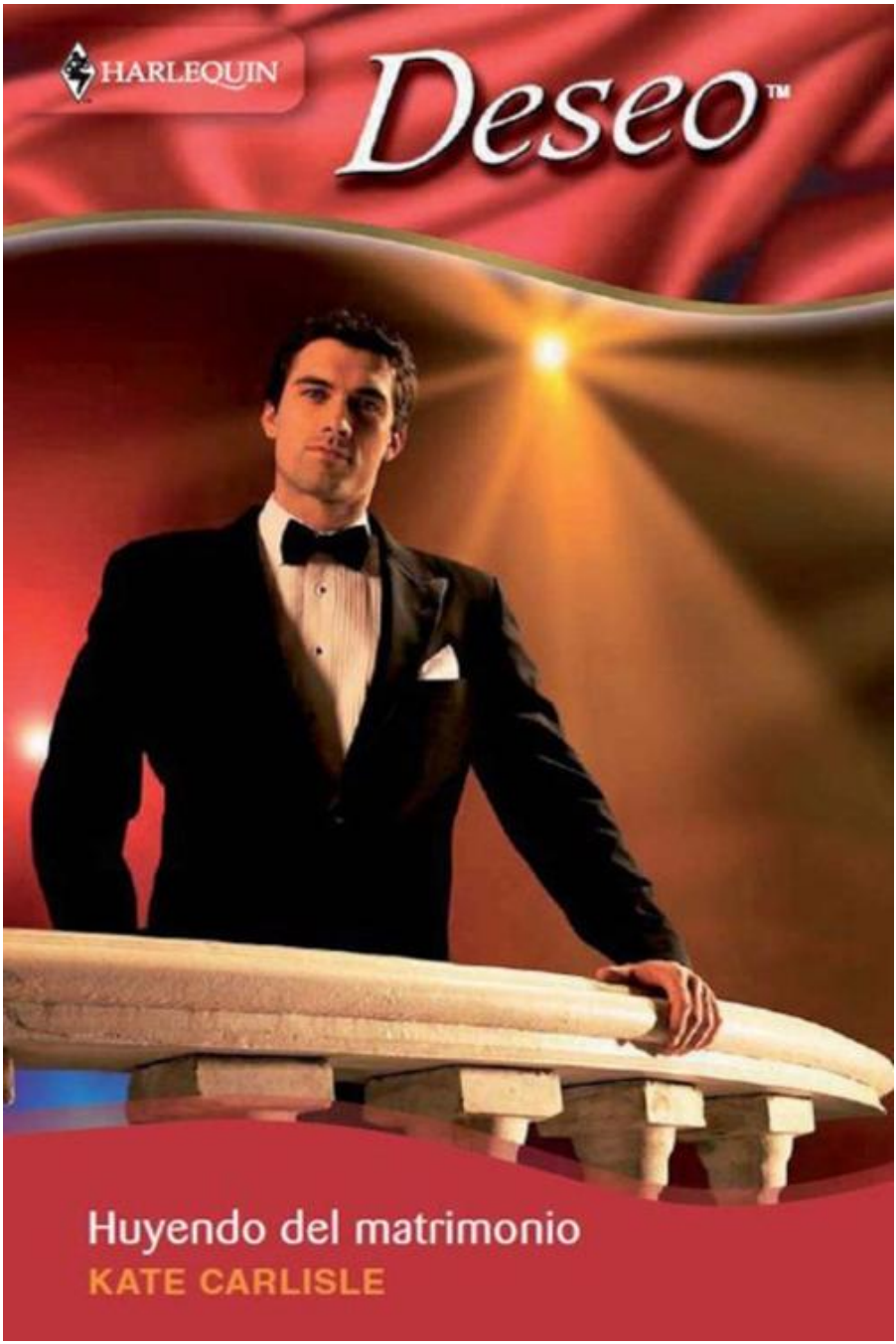
HARLEQUIN

Deseo™

Huyendo del matrimonio

KATE CARLISLE



Capítulo Uno

–Cuando te cacen, no digas que no te he ad vertido.

–Exageras –dijo Adam Duke mientras detenía el coche en el

aparcamiento de Duke Develop ment International.

–¿Tú crees? –la voz de su hermano Brandon se oía con nitidez a través de los magníficos altavoces de su Ferrari–. Te lo recordaré el día que celebre mos tu boda con la mujer perfecta según tu madre.

–Relájate –dijo Adam, bajando del coche con un maletín.

–A mí me da lo mismo –dijo Brandon–. Después de todo, no soy yo quien va a casarse con la mujer que mamá piensa poner en tu camino sin que lo sepas.

Adam rió y se enderezó la corbata antes de en trar en las modernas oficinas de la compañía.

–No creo que pueda. Estoy demasiado ocupa do como para conocer a una mujer.

Cameron, el otro hermano con quien mantenían una conferencia a tres, habló por primera vez: –Aunque ya sabemos que Brandon tiende a exa gerar, ya conoces a mamá. Está obsesionada con que los tres estemos casados, y hará lo que haga fal ta para conseguirlo. Así que ándate con cuidado.

–Eso era lo que yo quería decir –dijo Brandon, aliviado de que alguien le diera la razón.

–Está bien, está bien –concedió Adam–. Ahora tengo que dejaros, chicos. Seguiremos esta con versación más tarde.

Sonriendo, Adam desconectó la llamada y tras saludar al guarda que estaba apostado junto al mostrador de recepción, entró en el ascensor para subir a su despacho.

Que su madre estuviera decidida a casarles a él y a sus hermanos, no era ninguna novedad. Siem pre que podía, les recordaba que quería tener nie tos. Pero Brandon hablaba de ello como si creye ra que había pasado al ataque y que recurriría a cualquier artimaña para conseguirlo.

–Inténtalo, mamá –masculló Adam mientras re corría el corredor hacia el despacho.

Por mucho que adorara a su madre adoptiva, Sa lly Duke, jamás caería en la trampa del matrimo nio.

Silbando suavemente, pasó junto al escritorio de su asistente y le sorprendió descubrir la silla va cía y el ordenador apagado. Cheryl Hardy era una adicta al trabajo que acostumbraba a llegar antes que él, lo que era una ventaja en periodos como aquél en el que trabajarían día y noche hasta con seguir cerrar el acuerdo para crear el complejo tu rístico Fantasy Mountain.

–¿Cómo que ha dimitido? –exclamó indignado Adam una hora más tarde–. Mi gente no dimite.

–Cheryl sí –dijo Marjorie Wallace, su jefa de Re cursos Humanos desde hacía años.

–Eso es imposible. Estamos a punto de alcanzar un acuerdo millonario –Adam se puso en pie y paseó por delante del ventanal con vistas al rocoso perfil de Dunsmuir Bay y al océano azul de la costa califor niana, antes de volverse bruscamente hacia Marjorie y añadir–: No le he dado permiso para hacerlo.

–Disculpa, pero no es tu esclava –dijo con sar casmo la mujer madura–. Se ha marchado, Adam, acéptalo.

–¿Ha dicho por qué? –Adam se pasó una mano por el cabello–. Déjalo. Dile que le duplico el suel do. Seguro que llegamos a un acuerdo.

Marjorie rió con sorna.

–¿Tú crees? ¿Cuántas veces te ha dicho Cheryl que necesitaba unas vacaciones? ¿Cómo reaccio naste cuando te dijo que se casaba?

–No me lo dijo.

–¿Estás seguro?

Adam creyó recordar algo respecto a una boda, pero en el momento no le había dado ninguna im portancia.

–Claro que sí –dijo Marjorie, desafiante.

Adam rodeó el escritorio y se colocó ante la in solente mujer.

–Se supone que no debes discutir con tu jefe.

Marjorie rió.

–Por favor, Adam.

–Recuérdame por qué todavía no te he despe dido por insubordinación –dijo Adam, fruncien do el ceño.

–Veamos –Marjorie sonrió al tiempo que se cru zaba de brazos–. ¿A lo mejor por lo bien que hago mi trabajo? ¿O porque soy la mejor amiga de tu ma dre? ¿O será porque te conozco desde que tienes ocho años y nunca le he contado a tu madre quién lanzó la bola de béisbol que rompió la ventana de su despacho, ni quién pisoteó sus tulipanes, o…?

–¡Está bien, está bien! –la detuvo Adam alzan do el brazo–. Por favor, llama a Cheryl.

Tenemos que arreglarlo.

–Ha dimitido –repitió Marjorie lentamente, como si a Adam le costara entender–. No va a volver. Es taba embarazada de tres meses y no paraba de tra bajar. No podía más.

Adam se paró en seco.

–¿Estaba embarazada? –al ver que Marjorie asen tía, Adam levantó las manos–. ¡Pero si siempre se definía como un tiburón! ¡Los tiburones no se que dan embarazados y salen huyendo en medio de una negociación!

Marjorie se encogió de hombros.

–Quizá era un delfín disfrazado de tiburón.

–¡Muy graciosa! ¡Hoy en día no se puede confiar en nadie! ¡Necesito una sustituta inmediatamente!

Marjorie sonrió.

–Tengo a la persona que necesitas.

Adam la miró con severidad.

–No me traigas a alguien que vaya a dejarme ti rado a mitad de camino, ni a una jovencita desce rebrada –dijo, caminando arriba y abajo–. Quiero alguien maduro, no a una ignorante que no se sepa ni el alfabeto. Y desde luego no quiero…

–Sé perfectamente lo que quieres, jefe –dijo Mar jorie–. Y tengo a la persona que necesitas. Trish tie ne unas referencias excepcionales y es una de las mejores asistentes especializadas.

–¿Una trabajadora temporal? –Adam sacudió la cabeza con incredulidad–. ¿Bromeas?

Este tra bajo es demasiado importante.

–No tenemos otra opción –dijo Marjorie, ha ciendo un esfuerzo para mantener la calma–. Tiene un currículum intachable. Se graduó con unas no tas magníficas e hizo un máster. Es inteligente y es toy convencida de que te sorprenderá gratamente.

–¿Y si es tan brillante por qué está en una agen cia de trabajo temporal? –insistió él.

Marjorie se cuadró de hombros y clavó la mi rada en Adam.

–Nuestros empleados temporales, o mejor, nues tras asistentes especializadas, son las mejores.

–Ya lo sé –dijo Adam a regañadientes. Pero por muy buenas que fueran, ninguna lo sería bastan te para el trabajo que tenían entre manos.

–Haz el favor de comportarte –añadió Marjorie en voz baja, haciendo que Adam se sintiera como un niño de diez años–. Trish es muy lista y muy gua pa.

–Muy bien, pero ¿sabe escribir a máquina? –mas culló él, malhumorado.

Trish había oído ya bastante a Adam Duke, que no se había dado cuenta de que llevaba cinco mi nutos en la puerta de su despacho.

«Ha llegado la hora», se dijo, a la vez que cru zaba la sofisticada habitación para presentarse.

–Escribo ciento veinte palabras por minuto, se ñor Duke –dijo animadamente, tendiéndole la ma no–. Encantada de conocerlo. Soy Trish James.

Cuando sus manos se tocaron, Trish notó una descarga eléctrica, pero logró que el impacto no se reflejara en su rostro. Siempre había sabido que el director general de Duke Development iba a ser un contendiente implacable, pero no había contado con que fuera tan intimidante, tan alto y tan guapo. Al fijar la mirada en sus oscuros ojos azules, sintió un hormigueo en el estómago. Aun enfadado, exu daba un atractivo sexual que resultaba apabullante. Unos segundos

antes, al observarlo sin ser vista, ha bía tenido la tentación de salir huyendo. Pero la abuela Anna no había criado a una cobarde, así que había dado un paso adelante para enfrentarse al león en su propia jaula.

–Trish, querida –la saludó Marjorie, haciéndo le un guiño de complicidad al darse cuenta de que había oído la conversación–. Éste es Adam Duke. Trabajaréis juntos las próximas dos sema nas. Sé que vas a hacerlo maravillosamente. Si ne cesitas cualquier cosa, llámame – Marjorie le lanzó a Adam una mirada de advertencia antes de mar charse–. ¡Que tengáis un buen día!

Trish la siguió con la mirada antes de volverse hacia el hombre que había perturbado su sueño durante el último año. Un hombre que no tenía ni idea de quién era.

–Bienvenida –masculló Adam.

–Gracias –respondió ella, ignorando la falsedad de su tono. Decidida a mejorar la situación y a ac tuar profesionalmente, añadió–: Comprendo que le cueste confiar en una empleada temporal, señor Duke, pero le aseguro que soy muy buena.

–Nosotros decimos «asistentes especializadas», señorita James –dijo él, entornando los ojos.

Trish tardó un instante en darse cuenta de que bromeaba.

–Por supuesto. Ha sido un error.

Adam sonrió.

–Eso está mejor Trish se puso en alerta al notar el efecto que aquella sonrisa tenía sobre ella y pudo entender que su ayudante anterior estuviera dispuesta a tra bajar para él las veinticuatro horas del día. Pero ella tenía un plan que cumplir, y por mucho que Adam tuviera un rostro espectacular, también era el desalmado depredador que le había arrebatado todo aquello que amaba. Había llegado la hora de la venganza. Por eso estaba allí.

Mirándolo se dijo que era el depredador más guapo que había visto en su vida. Sus ojos brilla ban con inteligencia y cinismo, y a Trish no le cos tó imaginar cómo se transformarían en acero si llegaba a descubrir sus intenciones.

–¿Señorita James?

–¿Sí? –respondió ella, sobresaltándose–. Lo siento. ¿Le importa repetir?

Adam miró el reloj.

–Decía que tengo una reunión en unos minu tos, pero que primero le enseñaré su despacho.

Al cruzar la habitación, Adam le señaló unos archivadores donde guardaba los asuntos perso nales, así como una mesa en la que había café y agua que, le dijo, estaba a su disposición.

–Se lo agradezco –dijo ella.

–Quizá no esté tan agradecida cuando no ten ga tiempo para almorzar y eso sea todo lo que pueda tomar.

–Al menos no me moriré de sed –dijo ella, di vertida. Pero dejó de sonreír cuando sus miradas se cruzaron y una vez más le impresionó la fuerza y la masculinidad que Adam irradiaba.

Tenía que dominarse. Por muy guapo que fuera, sabía que era inflexible y exigente. Le habría en cantado poder mandar aquel trabajo a la… Pero no podía porque tenía una misión que cumplir. No de bía importarle que Adam se considerara superior a ella, o que la subvalorara. Cuanto peor la tratara, más satisfacción obtendría al alcanzar su objetivo.

Aun así, le resultaba injusto que el hombre que había destrozado su vida, el hombre por el que ya no tenía un hogar y que había arrastrado a su abuela a la muerte, le resultara tan atractivo.

Adam miró el reloj de nuevo y Trish volvió a sa lir de su ensimismamiento.

–Lo siento, señor Duke, pero todavía no sé su horario. ¿Cuándo tiene la reunión?

–Llegaré a tiempo –dijo Adam, distraído–. Pri mero quiero dejarla instalada.

La condujo hasta su despacho, donde le ense ñó los archivadores con toda la información rela tiva a los clientes y los negocios pendientes.

–Está en orden alfabético.

Trish sonrió.

–Le aseguro que me sé el alfabeto.

Adam rió.

–Eso espero, señorita James.

Trish tomó un cuaderno y apuntó los nombres que Adam le dictó de las personas cuyas llamadas siempre debía contestar, así como su teléfono mó vil.

–Hasta que vuelva, puede organizar el escrito rio. Necesito que me pase a limpio un análisis de costes, así como algunas cartas. Si le queda tiem po, puede familiarizarse con las carpetas. Cuando vuelva, necesitaré los documentos de Mansfield.

Trish lo copió todo y sonrió.

–Me ocuparé de todo, señor Duke. No se arre pentirá.

Con una mirada que parecía decir que ya se había arrepentido, Adam dijo: –Llámeme Adam.

–Y tú a mí Trish, por favor.

–De acuerdo –Adam la miró meditativo por unos instantes, antes de añadir–: No te olvides de la car peta Mansfield –y se marchó, dejando a Trish más turbado de lo que estaba dispuesta a admitir.

Adam llamó al ascensor mientras se decía que tenía tres motivos de preocupación: en primer lu gar, el hecho de que su nueva y atractiva ayudan te lo hubiera pillado desprevenido, algo que no le pasaba jamás, y que, tal y como podía deducirse de su sonrisa burlona, hubiera escuchado su con versación con Marjorie. Ése era su segundo moti vo de preocupación: nunca dejaba que le vieran perder el control, y menos cuando el testigo en cuestión era alguien con quien debía mantener una relación profesional. Por último, le descon certaba que su nueva ayudante no se pareciera ni por lo más remoto al estilo de mujer madura y ma ternal que su empresa acostumbraba a contratar como trabajadoras temporales. Además, sonreía con cierto descaro, sus labios eran voluptuosos, y sus ojos verde oscuros se clavaban en él con una intensidad excesiva. Recordó la forma en que al zaba la barbilla y su actitud desafiante y no pudo por menos que admirarla.

Llevaba el cabello castaño retirado del rostro y un traje pantalón milrayas que le quedaba como un guante, y que Adam sospechaba que

ocultaba un par de espléndidas piernas.

Había sentido algo especial al darle la mano y estaba decidido a no alimentarlo, pero no podía negar que cada vez que le había sonreído, había notado que el pulso se le aceleraba.

Se rascó la barbilla mientras descendía hacia el vestíbulo. ¿Qué demonios le estaba pasando? No acostumbraba a comportarse como un adolescen te y, sin embargo, había tenido que marcharse precipitadamente para ocultar el deseo que Trish James le había hecho sentir. Afortunadamente, sa bía que no se trataba más que de pura lascivia, y que era, por tanto, fácilmente domeñable. Nunca se había dejado gobernar por su libido.

Al entrar en el aparcamiento, se dio cuenta de que aquel súbito ataque de deseo se debía a que llevaba meses trabajando día y noche en el pro yecto de Fantasy Mountain. Necesitaba darlo por concluido y acostarse con una mujer, que no sería su nueva ayudante, sino cualquiera de las que te nía normalmente a su disposición para una noche de sexo sin ataduras.

Al sentarse en su coche recordó la conversa ción que había mantenido con Brandon y con Ca meron sobre el empeño de su madre en casarlos y frunció el ceño. Parecía imposible que su madre tuviera ninguna relación con que Trish James hu biera sido contratada, sin embargo, parecía una coincidencia increíble.

Encendió el motor. Era ridículo imaginar que su madre hubiera hecho algo tan complicado, así que debía de ser culpa de Brandon que se le pasa ra por la cabeza una idea tan absurda.

Aun así, tomó una determinación: pasaría el menor tiempo posible con la preciosa morena que, sin pretenderlo, había irrumpido en su apa cible vida para convertirla en un infierno.

Tras beber un vaso de agua y respirar varias ve ces profundamente, Trish se puso a trabajar. Que su objetivo fuera a arruinar al hombre que la ha bía contratado no significaba que no fuera a hacer bien su trabajo.

Su despacho, contiguo al de Adam Duke, era amplio y espacioso. Tenía un escritorio tan gran de como el salón de su apartamento, y aunque las vistas no fueran tan espectaculares como las de Adam, sus ventanas también daban al mar.

Pero ella no estaba allí ni para disfrutar de las vistas ni para admirar a

Adam como si fuera una adolescente enamoradiza. Cuarenta minutos más tarde había terminado de copiar las cartas y el análisis de costes y fue hacia los archivadores. Aun que no estaba segura de qué era lo que buscaba, ne cesitaba algo con lo que poder denunciar a Adam y así abandonar aquella farsa lo antes posible y ale jarse del hombre que le hacía sentir emociones tan contradictorias.

–¡Hasta huele bien! –masculló, recordando el aroma a bosque al que olía.

Reprendiéndose por volver a pensar en él en esos términos, abrió un cajón bruscamente.

Una hora más tarde, tras haber memorizado el nombre de todos los clientes entre la A y la M, Trish llegó a la carpeta Mansfield. Como Adam to davía no había vuelto, la ojeó antes de dejarla so bre su escritorio.

Después consultó su correo electrónico e im primió una lista de prioridades. Llegaría a traba jar cada día puntual y haría su trabajo a la perfec ción, creando un agradable ambiente de trabajo con sus compañeros. Se haría insustituible e in dispensable para Adam.

Y sólo entonces, acabaría con él.

Capítulo Dos

–Os juro que está obsesionada con casarnos –dijo Brandon Duke.

–¿Por qué te extraña tanto? –preguntó Adam–. No es la primera vez que mamá insiste en que nos casemos. Recuerda que quiere nietos.

–Exactamente –apuntó Cameron–. ¿No te acuer das de cuando nos enseñaba el vídeo de su boda insistentemente para ver si lograba convencernos?

–¡Cómo olvidarlo! –dijo Brandon–. Era espan toso, aunque tengo que reconocer que la tarta te nía buena pinta –se apoyó en el respaldo de su si lla y estudió el menú de desayuno del club náutico en el que se encontraban–. ¿Qué os parece que co mamos algo?

–¿Qué os parece que respiremos un poco? –bro meó Adam.

–Siempre estás comiendo –añadió Cameron al tiempo que inspeccionaba el menú.

Brando ignoró a sus dos hermanos e hizo una señal a la camarera.

–Para mí, huevos, beicon y doble ración de tos tadas.

–Yo tomaré la tortilla Denver, Janie –dijo Ca meron.

–¿Y usted, señor Duke? –preguntó la camarera a Adam.

–Sólo café.

Estaba convencido de que, si hubiera estado más despierto, su nueva secretaria no lo habría pi llado desprevenido, así que decidió que necesita ba aumentar la dosis de cafeína.

–Os lo digo en serio –Brandon retomó la con versación en tono solemne–. Esta vez la cosa es grave. Oí a mamá hablar con su amiga Beatrice por teléfono. Ha organizado un escuadrón para alcanzar la victoria. Ya tienen varias mujeres ali neadas para cada uno de nosotros.

–¿Ah, sí? –dijo Cameron, sonriendo–. Eso no es ningún problema. Siempre estoy a la búsqueda de nuevas mujeres.

Adam enarcó una ceja.

–Si quieres una de las elegidas por mamá, pue des salir con Sussie Walton.

Cameron fingió estremecerse.

–¿Quieres que pierda el apetito?

Adam miró por la ventana y observó un velero que surcaba la bahía.

–Lo que no entiendo –dijo en tono reflexivo– es qué le hace pensar que me casaría con una mu jer elegida por ella.

–Yo me hago la misma pregunta –comentó Bran don, animándose.

–De hecho, ¿qué le hace pensar que vayamos a casarnos? –preguntó Cameron.

–Así es mamá –dijo Brandon con un encogi miento de hombros.

–Tienes razón, como un misil de cabeza nu clear: no para hasta dar en la diana.

–La cuestión es que a mí no va a atraparme –dijo Adam.

–Por eso estoy poniéndoos sobre aviso, porque su estrategia es que ni siquiera nos demos cuenta de sus tácticas. Le oí decir a Beatrice literalmente: «No sabrán de dónde les viene el aire» –al ver que sus hermanos intercambiaban una mirada de sor na, Brandon señaló a Adam con el dedo–. Ríete si quieres, pero no digas que no te advertí. Y si caes en la trampa…

–Eso es imposible.

–Ya sabes que es capaz de cualquier cosa. Y tú eres el primero de la lista.

Cameron bebió un trago de café y luego fingió secarse una lágrima: –Nos dará tanta pena ver a Adam encadenado.

Brandon contribuyó con unos falsos sollozos: –Nuestro pequeño se ha hecho mayor.

–Sois muy graciosos –dijo Adam–, pero no pien so encadenarme a nadie –los miró alternativamen te–. Y vosotros tampoco. Tenemos un pacto.

Los tres guardaron silencio al recordar una tar de, años atrás, en la que tres niños de ocho años tu vieron que hacer las paces. Llevaban peleando toda la mañana y su madre adoptiva, Sally Duke, que ha bía perdido la paciencia, les llevó sándwiches y zumo a la cabaña que había construido en un árbol para ellos y les advirtió que no bajaran mientras no fueran capaces de vivir como hermanos.

Pasaron horas en aquella cabaña antes de que empezaran a compartir sus más oscuros secretos. Cameron habló de su vida con una madre heroi nómana; Brandon contó en tono indiferente que su padre, antes de acabar muerto en una pelea, lo pegaba regularmente y que, como su madre había desaparecido con anterioridad, lo habían llevado a un orfanato. Adam había sido abandonado a la puerta de un hospital con dos años, y había pasa do por diversas casas de acogida, a cual peor, has ta que Sally Duke lo había llevado a su casa.

Los tres eran considerados casos sin solución, pero eso no había desanimado a Sally, una mujer joven y rica, que acababa de enviudar y que tenía mucho amor para compartir. Su amado esposo había sido también un niño de acogida, y aquélla era su forma de agradecer al sistema que hubiera criado a un hombre tan amable y capaz como su marido, William.

En aquella cabaña, tras desvelar sus secretos, los tres chicos se prometieron lealtad eterna y como parte de su pacto juraron que nunca se ca sarían ni tendrían hijos ya que, en su experiencia, todos los matrimonios fracasaban y hacían sufrir a sus hijos. Juraron que, si Sally los echaba de su casa, seguirían siendo hermanos.

Pero Sally estaba decidida a convertirlos en su familia. Era estricta, pero siempre cálida y amo rosa, y los tres chicos prosperaron.

–Aquí tienen –anunció Janie, dejando los de sayunos sobre la mesa.

Adam observó a sus hermanos comer mientras seguía pensando en Sally y en la oportunidad que les había dado en la vida. Pero por mucho que le debieran, no podía obligarlos a hacerla abuela.

–¿Quieres un poco de beicon? –preguntó Bran don.

–No, gracias –Adam miró el reloj–. He de irme. Tengo una cita con Jerry Mansfield dentro de me dia hora.

–¿Y qué vamos a hacer respecto a mamá? –pre guntó Brandon.

–Te preocupas demasiado –dijo Cameron.

–No va a pasar nada.

–Yo no estaría tan seguro –dijo Brandon, sacu diendo la cabeza.

–Deb, tengo que dejarte –susurró Trish.

Su mejor amiga había llamado para saber qué tal le iba en su nuevo trabajo, pero Trish temía que Adam volviera de la reunión en cualquier momento.

–Sólo otra cosa –dijo Deb–. Ronnie va a llevar me a cenar fuera mañana para celebrar mi cum pleaños.

–¡Dios mío! –exclamó Trish al darse cuenta de por qué era tan importante–. ¿Es la primera vez que salís desde que nació el bebé?

–Sí, y no sé qué ponerme –gimió Deb–. Sólo ten go ropa premamá, y te aseguro que no me siento nada sexy.

Trish pensó en el vestuario de Deb, que cono cía tan bien como el suyo.

–¿Has perdido suficiente peso como para po nerte el vestido rojo?

–Puede. Aunque quizá tenga el pecho un poco grande. –Claro, y eso a Ronnie le va a espantar –dijo Trish con sorna–. Póntelo. –¡Quiero que me encuentre muy guapa! –Tranquila –Trish rió quedamente–. No sabrá de dónde le viene el aire. Se oyó el suelo crujir. Trish se puso en pie de un salto y miró en la dirección del ruido. –¡Señor Duke! Adam estaba en el umbral de la puerta. –Necesito la carpeta Mansfield –se limitó a de cir. Trish colgó sin despedirse. –Está sobre su escritorio –dijo mecánicamente. Él pareció a punto de decir algo, pero se limi tó a asentir con la cabeza. –Gracias. –De nada –dijo Trish, que se había quedado de piedra y no conseguía salir de su parálisis. Adam la miró y luego deslizó la mirada a su al rededor. –¿Qué has hecho? –preguntó finalmente. –¡Nada! –replicó ella instintivamente.

Adam sacudió la cabeza. –Has cambiado algo de sitio. Trish relajó los hombros y espiró el aire que te nía retenido en los pulmones.

–Pensé que no le importaría. He cambiado la distribución del escritorio y he quitado la planta que bloqueaba la vista.

Adam alzó una ceja.

–Cheryl no tenía tiempo para contemplar la vista.

–Es una lástima –dijo Trish, mirando hacia el exterior–. Es preciosa.

Adam la miró fijamente.

–Es cierto.

Trish sintió que se ruborizaba.

–No crea que es que voy a pasar el tiempo mi rando por la ventana, señor Duke. Estoy aquí para trabajar.

–Me alegro –Adam parecía reacio a marcharse. Finalmente carraspeó y volvió hacia su despacho. Antes de salir giró la cabeza y añadió–: Avísame cuando venga Jerry Mansfield.

–Claro, señor Duke.

–Y llámame Adam.

Trish estuvo a punto de desmayarse cuando ce rró la puerta. ¿Qué demonios le estaba pasando? Debía dejar de portarse como si no hubiera visto un hombre guapo en toda su vida y sobre todo de bía recordar que Adam Duke era el enemigo.

Fue hasta la ventana y contempló el mar.

–No es más que química –masculló.

No podía permitirse sentir otra cosa que des precio por aquel hombre. Después de todo el daño que le había hecho, no podía perder la concen tración cuando estaba tan cerca de alcanzar su ob jetivo.

–Así que reacciona –se dijo en voz queda–. ¿Qué pensaría la abuela Anna si te viera?

Sabía que la abuela Anna habría mirado a Adam Duke y habría exclamado: «¡Menudo hombre!», porque siempre había tenido buen gusto, y su fra se favorita era: «Puede que sea vieja, pero no estoy muerta».

Pero la abuela había sufrido un ataque al cora zón del que Trish culpaba a Adam Duke y a su com pañía. De no ser por su falta de ética profesional, su abuela estaría viva y las dos seguirían ocupando el espacioso apartamento que compartían encima de su tienda de antigüedades, El ático de Anna.

Victorian Village, el barrio de encantadoras ca sas victorianas adosadas de la calle Sea Cove Lane había sido el hogar de seis familias a lo largo de va rias generaciones. Trish había crecido allí, y hacía ocho meses, justo al acabar su máster, se había aso ciado con sus vecinos para comprárselas a su ca sero y conseguir que fueran reconocidas como edificios históricos. Pero todo había salido mal. El casero había muerto y, antes de que consiguieran la certificación, una constructora había hecho una oferta mejor. Los hijos del casero, para los que el barrio no tenía ningún valor sentimental, echaron a los residentes y demolieron las casas para dejar lugar a un aparcamiento.

La constructora era Duke Development Inter national. Adam Duke necesitaba más espacio de apar camiento para su compañía en expansión y con un solo movimiento de su mano había destrozado las vidas de seis familias y había roto, literalmente, el corazón de la abuela Anna al dejarla sin el hogar y el negocio que tanto había amado desde que, mu chos años atrás, se casara con el hombre al que ado raba.

Trish sacudió la cabeza para ahuyentar aque llos tristes recuerdos y volvió al trabajo, revisando de vez en cuando las carpetas de los negocios de Adam Duke en busca de algún documento con el que inculparlo. Por el momento no había logrado localizar ninguna doble contabilidad, ni ninguna transacción de dudosa legalidad, pero estaba

se gura de que sólo era cuestión de tiempo. Aunque dudaba de que lo que Adam les había hecho fue ra ilegal, sí era éticamente censurable, y estaba convencida de que encontraría algo con lo que ai rear en la prensa su falta de escrúpulos profesio nales. Sólo entonces cumpliría la promesa que ha bía hecho a su abuela en el lecho de muerte y podría recuperar su vida.

Al finalizar la jornada seguía en el punto de partida. Apagó el ordenador, tomó su bolso y lla mó a la puerta de Adam. Al recibir permiso, asomó la cabeza y dijo: –Si no necesitas nada más, me voy.

–¡Maldita sea!

Trish miró la hora desconcertada. Eran casi las seis.

–Mi horario es de nueve a cinco y media, pero puedo quedarme un poco más si me necesitas.

–¿Qué? –Adam alzó la mirada como si sólo en tonces fuera consciente de su presencia–.

Perdo na. ¿Te marchas? Muy bien. Hasta mañana.

–¿Qué pasa?

Adam repasó unas hojas con gesto preocupado.

–Falta un documento de la carpeta.

Trish abrió los ojos desmesuradamente.

–Yo me he limitado a dejarla en el escritorio.

–No lo dudo –Adam volvió a revisar las hojas–, pero falta un documento con la modificación de un alquiler. Tiene que estar en alguna parte.

–Voy a mirar –dijo Trish.

Asustada, Trish volvió a su escritorio preguntán dose si habría saboteado la carpeta subconsciente mente. Tras recuperar la calma, revisó el archivador, repasando las carpetas próximas a la de Mansfield.

–Creo que lo he encontrado –anunció, volvien do al despacho de Adam.

Él saltó de su silla y fue hasta ella.

–¿Dónde estaba?

–En la carpeta Manning.

Adam puso los ojos en blanco.

–Gracias. Habría sido un desastre que el clien te descubriera que no lo tenemos.

–Me alegro de haber sido de utilidad.

–Espero que Cheryl no haya cometido muchos más errores.

–Si quieres, puedo revisar todas las carpetas desde mañana.

–Buena idea –Adam se frotó la barbilla–. Cheryl debía de estar agotada. De otra manera es inexpli cable.

–¿Estando embarazada de tres meses y planean do una boda? Yo diría que sí.

Adam rió quedamente.

–Lo sé, lo sé. Y yo no he sido de gran ayuda. Aun así, esto podría haber causado un grave pro blema. Te agradeceré que hagas esa revisión.

–Desde luego –Trish estuvo a punto de reír. Aca baba de darle permiso para hacer lo que iba a ha cer a hurtadillas–. ¿Quieres algo más?

–No, gracias –Adam volvió a su silla.

Trish lo observó mientras se remangaba la ca misa. No llevaba ni chaqueta ni corbata, y tenía el cabello oscuro despeinado. Trish notó un escalo frío que no tenía nada que ver con la temperatu ra y se dio cuenta de que se había quedado mi rándolo embobada.

–¿Vas a trabajar hasta tarde? –preguntó–. ¿Quie res que me quede a ayudarte?

Adam miró los papeles acumulados en su es critorio.

–No hace falta, gracias.

–Al menos deja que te pida la cena.

–Está bien. Cheryl solía pedir una pizza a An gelo's.

–¿Pizza? ¿Cuántos días sueles trabajar hasta tar de?

–Casi todos.

–Una pizza diaria no es una comida muy salu dable.

–Incluye todos los grupos de alimentos –dijo Adam, sonriendo.

Trish sacudió la cabeza y se fue. Tras buscar en la agenda de teléfonos, llamó a un restaurante y pidió pollo con arroz y ensalada. Luego se entre tuvo revisando algunas de las carpetas, pero su búsqueda siguió siendo infructuosa. A los cua renta minutos, llegó la cena.

Adam miró sorprendido la bandeja cuando la puso en el escritorio.

–¿Qué es eso?

–Comida de verdad.

–Veo que eres testaruda –dijo Adam, sonrien do. Después de probarla, añadió–: Está buena.

–Y es buena para la salud.

Trish se sentó en el brazo de la butaca que que daba frente al escritorio.

–Marjorie me ha dicho que tenías un máster –dijo él mientras comía–. No es lo habitual en los empleados temporales.

–¿Te refieres a las «asistentes especializadas»? –dijo Trish con una sonrisa.

Adam rió.

–Está bien, soy un idiota.

Trish no pudo contener la risa.

–Yo no me atrevería a decir eso. Y comprendo que estuvieras enfadado al quedarte sin tu mejor empleada en medio de un acuerdo tan importan te.

–En parte es mi culpa –admitió Adam–. Estaba tan obsesionado con Fantasy Mountain que no le presté atención.

–¿Ésa es la estación de esquí de la que tanto se ha hablado?

–Sí –dijo Adam, probando la ensalada–. Vamos a cerrar el acuerdo a final de mes y habíamos pla neado organizar una gran fiesta para los inverso res, pero ya no sé si será posible.

–Parece un sitio maravilloso –comentó Trish, que había visto las fotografías en el vestíbulo.

Adam se inclinó sobre el escritorio.

–Lo es, Trish. Es lujoso, pero al mismo tiempo rústico y cálido. Estoy deseando enseñarlo

–Adam se quedó pensativo y luego añadió–: Cheryl estaba al cargo de la gran gala de inauguración. Mañana mismo tendré que pensar en algo.

–A mí me encantaría hacerlo –dijo Trish, de jándose llevar por el entusiasmo que él transmi tía–. Siempre he soñado… –calló bruscamente. ¿Qué sentido tenía hablar de sus sueños? Miró el reloj–. Por supuesto, estoy disponible para lo que quieras. Ahora es mejor que me vaya. Hasta ma ñana.

A Adam pareció sorprenderle su brusco cam bio de actitud, pero se limitó a decir: –

Claro, es tarde. Gracias de nuevo. Nos vemos mañana.

Trish salió precipitadamente hacia el ascensor y mientras lo esperaba se amonestó una vez más por haberse quedado charlando con él como si fueran viejos amigos. No podía olvidar que Adam Duke no era ni sería nunca su amigo y, aún más, si conseguía realizar a tiempo el verdadero traba jo por el que estaba allí, se habría marchado mu cho antes de que la fiesta de inauguración de Fan tasy Mountain se celebrara.

Capítulo Tres

Debía haber dimitido el día anterior.

Trish llevaba cuatro días de trabajo, había re visado todas las carpetas y no había descubierto ninguna información que incriminara a Adam Duke. De hecho, el día anterior había descubier to una carpeta en la que se archivaban las nume rosas donaciones que había hecho a lo largo de los años a diversas obras sociales.

–¡Hasta le importan las ballenas! –masculló Trish.

Pero ése no era el motivo por el que debía ha ber dimitido. Quedaban muchas más carpetas y estaba segura de que acabaría por encontrar algo.

El verdadero problema era que Adam empe zaba a gustarle como persona: su sentido del hu mor, su ética profesional, la manera en que trata ba a sus subordinados. Todos ellos lo adoraban, y Trish se veía entrando en esa misma categoría. Pero eso sí que no entraba en sus planes.

–Buenos días.

Trish casi saltó de la silla al oír el saludo de Adam.

–Buenos días –respondió con voz ronca.

–¿Intentas hacerme quedar mal? –preguntó él, mirándola con ojos entornados.

–¿Qué? ¿Yo? ¿Por qué? –Trish lanzó una mirada a su alrededor. Los cajones estaban cerrados, no te nía ninguna carpeta sobre el escritorio. ¿Cómo se habría dado cuenta?

Adam rió y su risa activó las terminaciones ner viosas de Trish. ¿Quién necesitaba cafeína para es tar despierto teniendo a Adam Duke cerca?

–No sé a qué te refieres –dijo, aparentando cal ma.

–Creía que sería el primero en llegar a la ofici na –aclaró él.

–¡Ah! –qué estúpida era. Intentó recuperar la respiración y estuvo a punto de clavarse una grapa al grapar unos papeles–. Me gusta empezar tem prano.

–Me alegro –Adam sonrió y le guiñó un ojo–. A mí también –Trish miró a otro lado y tragó saliva. Tenía la garganta seca. Adam preguntó–: ¿Alguna llamada?

–No, señor.

–¿Señor? –Adam volvió a sonreír–. Me gusta cómo suena.

Otra vez bromeaba y otra vez le dedicaba una de sus arrebatadoras sonrisas, dos características que Trish encontraba irresistibles en un hombre. Junto con un trasero perfecto, algo que Adam también tenía.

–¿Podemos repasar los detalles de la fiesta de inauguración? –preguntó cuando Adam continuó hacia su despacho.

–Claro. Sígueme. Mientras caminaba tras él, Trish fue observan do su trasero, sus anchos hombros, su caminar de cidido. Era un hombre con un aura de poder, ca risma y atractivo sexual innegables, y parecía ser un hombre de negocios impecable, así que la úni ca razón que justificaba que siguiera allí estaba cla ra: pura y simple lujuria. ¿Cómo podía ser tan ton ta como para sentirse atraída por él?

Definitivamente, debía haber dimitido el día anterior.

Adam ignoró la familiar presión que sentía en la entrepierna desde que Trish había empezado a trabajar para él, y se sentó tras su escritorio. No entendía cómo no se le había pasado ya la absur da reacción física que sufría en cuanto posaba los ojos en la voluptuosa Trish James.

Pero además causarle una «reacción física», te nía que reconocer que le gustaba verla cada ma ñana porque era encantadora y divertida, y algo asustadiza. Al menos tendía a sobresaltarse a me nudo, y eso le resultaba enternecedor.

La irritación que sentía hacia sí mismo por su debilidad se diluyó en cuanto vio a Trish sentarse frente a él y cruzar las piernas. Llevaba falda y, tal y como había sospechado, tenía unas piernas es pectaculares, esbeltas, bien torneadas y broncea das. Tan bonitas que al instante se imaginó be sándole los tobillos y lamiéndola en un recorrido ascendente hasta…

–Antes de hablar de la fiesta –comenzó Trish–, deberías leer esta carta –sacó un papel y se lo pasó–. Parece importante.

Adam alzó las cejas al ver el membrete del bu fete de abogados que la encabezaba, y para cuan do terminó de leerla, fruncía el ceño.

Sin mediar palabra, tomó el teléfono e indi cando a Trish con una señal de la mano que sería una llamada breve, llamó al encargado de obra de Fantasy Mountain. Él y sus hermanos contrataban los servicios de la constructora Bob Paxton por que era el mejor, y ellos sólo trabajaban con los mejores.

Diez minutos más tarde, colgaba el teléfono.

–¿Malas noticias? –preguntó Trish.

Al ver su cara de preocupación, Adam se ale gró de comprobar que se sentía implicada en el negocio y se dio cuenta de que le agradaba tener la a su lado. Ese pensamiento le resultó tan ajeno que se puso en pie y fue hacia la mesa del café para ignorarlo.

–Sí –contestó. Se sirvió una taza y alzó la cafe tera para ofrecerle una a Trish, pero ella negó con la cabeza.

–¿Ha habido un accidente? –preguntó con ex presión consternada.

–No –replicó Adam de inmediato–. Supongo que has leído la carta.

–Sí. Pero no he entendido nada de los térmi nos legales.

–Lo comprendo –Adam rió quedamente y se sentó–. Pero no te preocupes, no hay ningún he rido.

–Entonces, ¿qué ha pasado? ¿Puedes hablar de ello?

–Al hacer el aparcamiento se ha incumplido la normativa de la LAD –Adam dejó la taza sobre el escritorio.

–¿La LAD es la Ley para a Adaptación a Disca pacitados?

–Exactamente –dijo Adam, gratamente sorpren dido de que Trish conociera la ley–.

Hacemos todos los esfuerzos posibles para que nuestros edificios cumplan esa ley no sólo

para evitar denuncias, sino porque queremos que todo el mundo pueda disfrutar de nuestras facilidades. Pero la subcon trata que ha hecho el aparcamiento no ha segui do la normativa.

–¿Las normas que señalan cuántas plazas han de dejarse para discapacitados y ese tipo de cosas?

–Exactamente –dijo Adam–. Aunque es algo más complicado, porque se especifican incluso los grados que deben tener los ángulos de giro, la pen diente de las rampas, el ancho de los accesos, la al tura de los lavabos. Un sinfín de cosas. La cuestión es que los constructores han metido la pata.

–¿Cómo se ha enterado el abogado? –pregun tó Trish, señalando la carta.

–Buena pregunta –dijo Adam, tomando un sor bo de café–. Hay

organizaciones que se dedican a visitar obras para asegurarse de que cumplen con las directrices de la ley.

–Parece lógico.

–Así es –dijo Adam. Y ellos nunca tenían pro blemas con las inspecciones porque cumplían la ley–. Por eso tenemos que resolverlo antes de inau gurar la estación.

–¿Puede hacerse deprisa?

–Por eso he llamado a Bob. Está todavía más fu rioso que yo. Él se ocupará de que el constructor resuelva el problema. Pero antes, el abogado quie re acompañarnos a la obra y detallar todo lo que se ha hecho mal.

Trish le sonrió comprensiva.

–Deduzco que los abogados no te caen bien.

–Son un mal necesario –dijo Adam, encogién dose de hombros antes de sonreír–. Pero los míos son los mejores.

Trish rió.

–No lo dudo.

Aunque le encantó que Trish riera, Adam se puso serio de inmediato.

–No quiero tomarme la situación con frivoli dad. Crecí con un montón de niños discapacita dos en el orfanato, así que sé muy bien todos los problemas a los que se enfrentan.

¿De dónde demonios había salido aquel co mentario? Adam abandonó inmediatamente el tema aun que vio que Trish lo miraba con curiosidad. –Menos mal que aunque es un problema serio, no es irreparable –concluyó.

Trish asintió en silencio y Adam se preguntó por qué se le habría escapado decir algo así cuan do jamás había mencionado el orfanato fuera de la familia. Siempre había tratado de mantener su in fancia en el ámbito privado, y aunque algunos re porteros habían averiguado la verdad, él siempre se había negado a hablar de ello.

–Necesitamos el avión privado –dijo bruscamen te.

–¿Tenemos avión? –preguntó Trish.

–Sí –dijo Adam–. Quiero que lo reserves para el miércoles por la mañana –añadió mientras con sultaba su calendario en el móvil.

Trish adoptó al instante una actitud profesio nal y empezó a tomar notas.

–Miércoles por la mañana –repitió–. ¿Dónde y cuándo?

–A las ocho en punto. Salida del aeropuerto de Dunsmuir con destino a Fantasy Mountain. Ya han hecho el viaje con anterioridad. Avisa de lo que quieres para el desayuno y diles que yo tomaré lo de siempre.

Trish lo miró desconcertada.

–¿Lo de siempre? Espera. ¿Cómo que desayuno para mí? ¿Por qué?

Adam sonrió ante sus balbuceos.

–El desayuno es la comida más importante del día.

Trish sacudió la cabeza con gesto de impaciencia.

–No… No necesitas que te acompañe.

–Claro que sí –dijo él, sin dar importancia a sus protestas. Llevó la taza vacía a la mesa del café y añadió–: Y lleva una bolsa de noche.

–¿Qué? –Trish se puso en pie de un salto y le bloqueó el acceso a su escritorio–. ¿Por qué?

Adam se quedó mirando sus ojos verdes y casi olvidó de qué estaban hablando.

–Tendremos que trabajar muchas horas y pue de que nos tengamos que quedar a dormir.

El mes de noviembre es impredecible en la montaña –Adam podía percibir la tensión en su propia voz y se pre guntó por qué los arreglos para una jornada de trabajo le hacían sentir tan excitado como un ado lescente.

–Entiendo –dijo Trish, aunque no sonaba nada convencida.

Adam la tenía tan cerca que tuvo la tentación de tomarla en sus brazos, pero supo que estaría cometiendo un grave error.

–Además de ponerte al día en la normativa de la LAD –añadió para

convencerla–, te vendrá bien poder ver el espacio en el que se celebrará la fies ta de inauguración.

–La verdad, Adam, es que… –Trish dejó la frase inconclusa y suspiró.

Él la miró fijamente.

–¿Te da miedo volar?

–Claro que no –dijo ella alzando la barbilla.

–Me alegro. Saldremos el miércoles a las ocho en punto.

–De acuerdo.

Adam se sentó.

–Repasaremos tus notas sobre la celebración durante el vuelo. Ahora no tengo tiempo; necesi to que me traigas un par de carpetas.

Una vez Trish abandonó el despacho, Adam pudo volver a respirar. Se puso en pie y fue hasta el ventanal para contemplar la vista. Llevaba días teniendo que hacer un esfuerzo para no dejarse llevar por sus fantasías sexuales y concentrarse en el trabajo.

–Maldita sea –masculló.

Trish no tenía la culpa de ser guapa, eficiente y discreta, ni de conseguir que riera mucho más de lo que lo había hecho en mucho tiempo.

No sólo era una buena trabajadora, sino que además parecía genuinamente preocupada por su bienestar e insistía en que se alimentara bien mientras él, cada vez que le llevaba la cena, pen saba en quitarle la ropa y satisfacer su deseo por ella en el sofá.

El problema era evidente: sufría un ataque de libido, pero no podría librarse de sus necesidades sexuales hasta que hubiera concluido el trabajo en Fantasy Mountain, y Trish no podría ser la mu jer con la que desfogarse. Al menos mientras tra bajara para él.

Una hora más tarde sonó el interfono.

–¿Qué? –contestó Adam bruscamente.

–Tu hermano Brandon llama por la línea dos –anunció Trish.

–Gracias.

Adam presionó el botón de escucha.

–¿Qué hay?

–¿Quién ha contestado? –preguntó Brandon.

–Mi nueva ayudante.

–¿Es atractiva?

–Voy a colgar.

–Así que sí lo es.

–Adiós, Brandon.

–Espera –dijo Brandon precipitadamente–. Que ría advertirte que mamá cenó con Marjorie anoche.

–¿Y qué?

–¿No lo entiendes? –preguntó Brandon, exas perado–. Marjorie es una de sus mejores amigas, así que tienen que estar confabuladas. Piénsalo: mamá ha encargado a tu jefa de Recursos Humanos que te tienda una trampa. Es la persona perfecta.

–Estás loco.

–Como quieras, pero luego no digas que no te he avisado. ¿Y si han infiltrado una espía?

–¿Desde cuándo eres tan paranoico? –pregun tó Adam, tamborileando los dedos sobre la mesa.

–Insúltame si quieres –dijo Brandon en tono severo–, pero recuerda que eres el primer objeti vo de mamá, así que ten cuidado con cualquier hermosa desconocida que aparezca por tu ofici na.

Adam rió.

–¿Te has dado un golpe en la cabeza?

–¿Así me das las gracias?

–Ya hablaremos en otro momento, hermano.

–Eso espero –dijo Brandon descorazonado, an tes de recordarle que habían quedado el fin de se mana en casa de su madre para una barbacoa.

Adam seguía riendo cuando colgó. Llamó a Trish y el pidió la carpeta de North Vineyard. En cuan to entró, sus piernas atrajeron la mirada de Adam, y eso que llevaba una falda de un largo conserva dor. Pero Adam no pudo evitar fijarse en cómo la tela sedosa bailaba alrededor de sus piernas mien tras cruzaba la habitación y pensar cuánto tardaría en desabrochar los botones de nácar que recorrían toda la parte de delante para dejar al descubierto sus redondos senos.

–¿Te la dejo en el escritorio?

Adam se sobresaltó pensando que le había leí do el pensamiento. Alzó la mirada y vio que le ten día la carpeta sonriendo por lo que dedujo que no tenía ni idea del tipo de pensamientos que lo asal taban cada vez que la tenía cerca.

–Sí, gracias –dijo distraído.

–No sabía que tuvieras un viñedo –comentó ella, señalando la carpeta.

Adam se pasó la mano por la frente para in tentar concentrarse en la conversación.

Así es. Creemos que este año la cosecha será muy buena. Queremos abrir un hotel en las bodegas.

–¡Qué buena idea!

–Eso espero.

Adam vio un brillo de interés en los ojos de Trish que le hubiera gustado convertir en deste llos de placer.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Trish preo cupada–. ¿Puedo hacer algo por ti?

Adam pensó al instante en unas cuantas cosas.

–No, gracias, estoy bien.

Trish no apreció convencida.

–De acuerdo, pero si necesitas una aspirina o lo que sea, avísame.

Adam pensó que lo único que podría aliviarle sería una ducha fría, pero asintió.

–Muchas gracias.

A su pesar, Adam siguió con la mirada el con toneo de las caderas de Trish mientras iba hacia la puerta y el roce de sus piernas como si estuviera hipnotizado.

«Ten cuidado con cualquier hermosa desco nocida que aparezca por tu oficina».

–¡Pero qué demonios….! –exclamó al recordar las palabras de Brandon.

Trish se volvió.

–¿Decías algo?

–No –dijo él, casi sin voz.

Trish sonrió y cerró la puerta tras de sí.

Una mujer infiltrada…

–Olvídalo –dijo en alto, sacudiendo la cabeza.

Brandon estaba perdiendo el juicio y él empe zaba a contagiarse.

«Recuerda que eres el primer objetivo».

–¡Imposible! –masculló. Y abriendo la carpeta del viñedo comenzó a estudiar el contrato.

Después de leer la misma frase varias veces sin entenderla, miró hacia la puerta que conducía al despacho de Trish y se pasó los dedos por el cabe llo al tiempo que recordaba lo que Marjorie había dicho cuatro días antes en un tono extrañamente animado: «Tengo a la persona que necesitas».

–¡Maldición! –masculló de nuevo.

Era imposible que Brandon tuviera razón. ¿Cómo iba a ser Trish un cebo colocado por su madre o, peor aún, parte activa en una confabulación para atra parlo?

Se puso en pie y caminó arriba y abajo sin de jar de pensar.

¿Era posible que su madre y Marjorie planearan algo así? De ser así, en primer lugar habrían teni do que conseguir que Cheryl se marchara. O tal vez no había sido más que una coincidencia afor tunada para que Marjorie, inducida por su madre, contratara a una mujer hermosa para que lo se dujera y consiguiera arrastrarlo al matrimonio.

Adam entrecerró los ojos al imaginar la escena entre su madre y Marjorie.

Y de pronto le pareció posible. Súbitamente re cordó lo que le había oído decir a Trish hacía días en el teléfono: «Tranquila, no sabrá de dónde le da el aire».

¿Habría estado Trish hablando con su madre o con Marjorie? De sus palabras se podía deducir que tramaba algo.

¿Necesitaba más pruebas para creer a Brandon?

Se dio cuenta de que no. Marjorie y su madre tenían las armas necesarias. De hecho, su estrata gema era digna de admiración. No cabía duda de que Trish era extremadamente atractiva y de que la parte de la seducción podía resultarle intere sante. Pero de ahí a caer en la trampa del matri monio había un abismo.

Contempló las olas rompiendo contras las rocas del acantilado al sur de la bahía. Él y sus hermanos habían construido su edificio de oficinas en aquel lugar para disfrutar de las vistas. A pesar de toda la ayuda que Sally Duke les había proporcionado, los tres habían trabajado duramente para alcanzar el éxito y no iba a consentir que una mujer avaricio sa se hiciera con parte de su patrimonio.

Pasándose la mano por el cabello en un gesto de impaciencia, se dijo que era típico de su madre haber dado con una persona tan inteligente y atrac tiva como Trish como posible pareja.

Su belleza era fresca y natural, completamente distinta a las mujeres sofisticadas y artificiales con las que solía salir y que tanto le disgustaban a su madre. Sin embargo, para él eran perfectas: mu jeres con las que no quería establecer ningún víncu lo y por las que no sentía nada, pero con las que disfrutaba del sexo.

Súbitamente recordó el gesto de desaproba ción con el que Sally había saludado hacía varias semanas a una de aquellas mujeres al coincidir en una fiesta de beneficencia, y se dio cuenta de que no se trataba tanto de desaprobación como de de terminación: aquella noche su

madre había deci dido encontrarle la mujer que se convertiría en su esposa.

Adam se frotó la barbilla pensando en cómo actuar. Brandon tenía razón: Sally Duke era una fuerza de la naturaleza y subestimarla sería un gran error.

Cuanto más pensaba en que Trish hubiera sido colocada por Marjorie y por su madre en el pues to de su ayudante, más posible le parecía. Lo úni co de lo que no estaba seguro era de si Trish era un mero instrumento o participaba activamente en el complot.

Si formaba parte del plan y su objetivo era con seguir un marido rico, no era más que una busca dora de oro. Y de ser así, se merecía una lección.

Caminando una vez más arriba y abajo, Adam barajó las posibilidades que se le presentaban. Desde el punto de vista de su madre, tenía que ad mitirlo, no podía haber elegido mejor candidata.

–Buena jugada, mamá –murmuró con una leve sonrisa–. No te preocupes, que claro que va a ha ber seducción.

Pero sería él quien sedujera a la ambiciosa mu jer para unas pocas noches de placer antes de abandonarla.

–Aunque todavía tendrás que esperar –añadió mientras diseñaba un plan en su mente.

Por el momento debía concentrarse en Fantasy Mountain y aprovechar el buen trabajo que Trish estaba haciendo para la fiesta de inauguración.

Cuando superaran ese escollo, acabaría con ella a la vez que enviaba un claro mensaje a su ma dre de que no admitiría más intromisiones en su vida.

Sólo le quedaba confiar en que así acabaría con cualquier futuro intento de buscarle esposa.

Capítulo Cuatro

–¿Es tan espantoso como te lo esperabas?

–Qué va –dijo Trish intentando sonar anima da–. Está muy bien.

Era viernes por la tarde y Trish intentaba rela jarse tomando una copa

de vino mientras su ami ga Deb Perris daba el biberón a su bebé de tres meses en el salón de su casa.

–Nunca has sabido mentir –comentó Deb.

–¿Por qué iba a mentir?

–No sé –Deb acarició la frente de Gavin–. Pero si crees que por elevar el tono vas a hacerme creer que estás contenta, te equivocas. Así que dime la verdad. ¿Es tan malo como lo imaginabas?

–Peor –Trish bebió un gran sorbo de vino para ganar tiempo.

–¿De verdad? ¡Qué emocionante! –bromeó Deb. Al quitar el biberón de la boca de Gavin, éste pro testó–. Tranquilo, queda mucho –volvió a colocár selo en la boca y miró a Trish–. Me lo imaginaba. To dos sus empleados lo adoran, pero yo estaba segura de que a corta distancia no podía ser tan buen jefe. Los más ricos siempre son los más desagradables.

–Me temo que ése es el problema –dijo Trish a regañadientes–: No sólo no es desagradable, sino que es considerado, divertido y un buen samarita no. No te imaginas cómo se puso al averiguar que los constructores no habían seguido la normativa para discapacitados.

–Hablas de él como si fuera un caballero me dieval –dijo Deb.

–Lo sé –confirmó Trish dando otro trago al vino.

Y ni siquiera había mencionado el orfanato. ¿Có mo iba a enfrentarse a su enemigo declarado cuan do cada vez le caía mejor?

–Tiene que haber algo con lo que puedas ata carlo –dijo Deb para animarla.

–Por ahora no he encontrado nada.

–¡Vamos, Trish! Sigues guardándote informa ción. Cuéntame algo, por favor. ¿No ves que me paso el día con Gavin y acabo aburriéndome de hablar con un bebé?

Trish rió.

–No tengo nada que contar, de verdad.

–Si es necesario, te lo suplico. Aunque, pen sándolo bien, me debes una.

–Ya te compensé al aconsejarte el vestido rojo.

–No basta –protestó Deb–. Y eso que tengo que reconocer que a Ronnie le gustó mucho.

Va, cuén tamelo.

Trish suspiró. Era verdad que había consegui do el trabajo en la empresa de Adam Duke gracias a Deb, que la había propuesto para el departa mento de trabajos especializados cuando pidió la baja por maternidad de su puesto como adminis trativa. De no ser por ella, Trish no habría conse guido infiltrarse en la compañía con tanta facili dad. Así que tenía derecho a saber la verdad, aun que ni siquiera Trish supiera qué era lo que sentía.

–Deberías haberme advertido que el trabajo podía perjudicar seriamente mi salud –dijo entre dientes a la vez que se servía otra copa de vino.

Deb la miró desconcertada.

–¿En qué sentido?

–No sé… –Trish movió la mano en el aire como quitándole importancia–. Me cuesta respirar cuan do estoy a su lado.

Deb sonrió de oreja a oreja.

–Es una monada, ¿verdad?

–¿Una «monada»? –Trish podía pensar en mu chos otros adjetivos para describir a Adam Duke: arrebatador, sexy. Pero ¿«una monada»?

–Si no recuerdo mal –comentó Deb–, creo ha berte avisado, pero no me escuchaste.

Estabas ob sesionada con llevar a cabo tu misión.

Trish bebió.

–Y sigo decidida.

–Tú sabrás lo que haces –dijo Deb, encogién dose de hombros. Dejó el biberón vacío en la mesa lateral y se colocó a Gavin sobre el hombro hasta que eructó–. Buen chico –dijo, riendo y dán dole un pequeño impulso en al aire.

Trish no pudo evitar una punzada de envidia al ver la escena. Deb y ella eran amigas desde el co legio. Dos años atrás había sido la dama de honor de su boda con su novio de adolescencia, Ronnie, y Gavin había nacido hacía tres meses.

Sonrió con melancolía, no porque envidiara la felicidad de su amiga, sino porque pensaba que su vida podía haber sido similar a la de Deb de no ha ber muerto su abuela, y de no haber perdido la tienda y el vecindario.

Ese pensamiento le devolvió la determinación de actuar contra Adam Duke por muy encantador que fuera. Después de todo, era el culpable de que su vida se hubiera hecho añicos. Y muchos otros se habían visto afectados por su despreciable com portamiento y esperaban que ella los vengara. Si quería seguir mirando a la cara a sus vecinos y vie jos amigos, tenía que mantenerse firme y seguir adelante con el plan.

Algún día, Adam Duke y sus maquinaciones for marían parte del pasado. Sólo entonces, podría en contrar la estabilidad y mirarse al espejo sintiendo que había cumplido la promesa hecha a su abuela.

Tras dejar a Gavin en su cuna, Deb se sentó de nuevo en el sofá.

–Sé que llevas mucho tiempo planeando tu venganza, pero tienes derecho a cambiar de opi nión –dijo.

–No pienso cambiar de opinión.

–Como quieras, pero recuerda que tienes un tí tulo universitario y un máster. Podrías trabajar don de quisieras.

–Lo sé –Trish miró a su amiga con gesto de de terminación–. Pero lo primero es lo primero. Pien se lo que piense sobre Adam Duke, tengo que de senmascararlo; y no pararé hasta conseguirlo.

***

Trish pasó el sábado por la mañana haciendo distintos recados que dio por terminados yendo a la biblioteca.

–¿Eres tú, Trish? –oyó a su espalda mientras con sultaba los estantes de las nuevas adquisiciones.

Al volverse, reconoció a una de sus antiguas ve cinas.

–Señora Collins, ¿cómo está?

–No me puedo quejar para ser una anciana.

Selma Collins era la dueña de la tienda de moda de Victorian Village en la que Trish había comprado todos los vestidos para las ocasiones im portantes de su vida. Era una mujer elegante y clá sica, y al verla, Trish se sintió transportada a un pa sado feliz.

–Señora Collins, está usted tan joven como cuan do la conocí –le dijo, sonriendo.

La mujer le dio una palmadita en el brazo.

–Querida, no eras más que un bebé, así que no me tomes el pelo –dijo, riendo.

Trish no supo qué más decir. Sus vecinos cono cían su plan y le habían animado a llevarlo a cabo. Por eso mismo sentía el peso de la responsabilidad de no defraudarlos.

–Supongo que has oído que Claude y Made leine se han declarado en bancarrota –

susurró la señora Collins.

La noticia dejó a Trish de piedra. Claude y Ma deleine habían regentado la pastelería del barrio durante más de veinte años.

–¡Oh, Dios mío! ¿Cómo están?

La señora Collins sacudió la cabeza.

–Gastaron todos sus ahorros en montar otra pastelería, pero no les fue bien.

–¡Ojalá pudiera ayudarlos!

–Querida, ya estás haciendo todo lo que pue des –la señora Collins apretó el brazo de Trish–. Tenemos puestas nuestras esperanzas en ti.

Trish esbozó una tímida sonrisa y se arrepintió de haber contado sus planes a sus vecinos. Aun en el caso de que tuviera éxito y arruinara la reputa ción de Adam Duke, no podría devolverles ni sus casas ni sus comercios.

Sin embargo ocho meses atrás, se había pre sentado en el ayuntamiento exigiendo que el ba rrio Victorian Village fuera declarado de interés histórico, pero le habían notificado que la peti

ción sólo podía proceder de los dueños, no de los inquilinos, y que aquéllos habían decidió vender el solar para que se construyera un aparcamiento.

Trish había ido entonces directa a hablar con el hombre de Duke Development que dirigía la obra de demolición. El hombre se había reído de sus amenazas y le había dicho que se quitara de en medio. Ella había accedido finalmente por segu ridad, pero no sin antes jurar que acabaría con la empresa de Adam Duke.

Al recordar la escena, Trish no podía evitar son reír ante su propia ingenuidad, pero entonces ha bía tenido la convicción de que podría hacer cual quier cosa que se propusiera.

A los pocos días, había acudido a una barbacoa con sus vecinos y les ha bía prometido encontrar la manera de destrozar a los Duke. Su osadía los había animado y habían acabado vitoreándola como a una heroína. Por eso Trish no podía soportar la idea de fallarles.

El problema era que, hasta el momento, Adam Duke parecía más un santo que un villano.

La señora Collins le dio un abrazo y le pidió que siguiera luchando. Trish prometió ir a visitarla y luego la siguió con la mirada, diciéndose que tenía que continuar su investigación con más ahínco.

Pero en el proceso, debía evitar que Adam co nociera sus verdaderas intenciones o él se encar garía de que nadie en la ciudad volviera a contra tarla el resto de su vida.

–¿Quién quiere un perrito caliente? –preguntó Sally Duke, sujetando la puerta del patio abierta mientras mantenía en equilibrio un plato lleno en cada mano.

–Deja que te ayude, mamá –dijo Adam, llevan do los platos a la mesa.

–Gracias, cariño –dijo Sally–. ¿Te importa en cargarte de las hamburguesas?

–Claro. Tú, relájate.

–Y necesitamos más sangría.

–Yo me ocupo de eso –dijo Brandon.

Adam entró en la soleada cocina donde Ca meron estaba dando los

últimos toques a su fa moso chili con carne, y sacó la carne de las ham burguesas del frigorífico y un cuenco.

–Tengo que hablar con Brandon –comentó Ca meron sin dejar de remover el guiso–.

Hemos re cibido el informe de medioambiente del proyec to de Monarch Beach y quiero empezar este mis mo lunes.

–¡Fantástico! –dijo Adam–. Yo tengo que ir a Fantasy Mountain.

Brandon entró en ese momento con una jarra vacía.

–¿Qué tal está tu nueva y encantadora ayudan te? –preguntó.

Cameron se volvió hacia Adam.

–¿Tienes una ayudante nueva?

–Eres un bocazas –dijo Adam a Brandon.

–¡Vaya! ¡Se ve que he tocado una fibra sensible! –bromeó el aludido. Fue a llevar la jarra rellena al patio y volvió en menos de un minuto–. ¿Me he perdido algo? –preguntó.

–Si no me equivoco, íbamos a hablar de la nue va ayudante de Adam –dijo Cameron.

Adam se resignó, pero antes retiró la cortina para mirar al exterior.

–¿Dónde está mamá?

–Marjorie y Bea acaban de llegar –dijo Bran don–, así que está entretenida.

–Bien –dijo Adam, que empezaba a sentirse tan paranoico como había encontrado a Brandon al principio de la semana–. No debe oírnos.

–¿Se puede saber qué pasa? –preguntó Came ron–. ¿No quieres que se entere de lo de la LAD?

–No creo que sea de eso de lo que quiere ha blar –intervino Brandon, guiñándole un ojo.

–Cierra la boca –dijo Adam, a la vez que añadía ajo en polvo a la carne.

–No soporta que tenga razón –bromeó Brandon.

–Menos mal que sólo pasa excepcionalmente –se la devolvió Adam.

–Vamos, déjate de excusas y cuéntanos –dijo Brandon.

Adam se quedó mirando a sus hermanos sin sa ber cómo explicarse, así que decidió contarlo todo.

–Tiene relación con lo que Brandon ha estado diciendo toda la semana sobre mamá.

–¿Lo de encontrarnos esposa? –preguntó Ca meron, desconcertado.

–Sí –tras una pausa, Adam añadió–: Tengo una nueva ayudante.

–Que es guapísima –apuntó Brandon.

–¿La has conocido? –Cameron miró a Adam–. ¿Cuándo se han conocido?

Adam puso los ojos en blanco.

–No la ha visto.

–No –apuntó Brandon–, pero he hablado con ella por teléfono y tiene voz de mujer sexy.

–Bueno, ¿lo es o no lo es? –preguntó Cameron.

Adam añadió más especias a la carne. Era im posible mentir a sus hermanos.

–Claro que lo es –dijo finalmente–. Ése es el problema.

–Me cuesta entender que sea un problema, la verdad –dijo Cameron, sonriendo.

Brandon rió y dio un trago a su cerveza.

–Y lo que no entiendo –añadió Cameron– es qué tiene eso que ver con mamá –miró alternativamen te a sus hermanos y concluyó, atónito–: No lo pue do creer.

–Pues créetelo –dijo Brando.

–¿Crees que es posible? –preguntó Cameron.

–Recuerda que estamos hablando de Sally Duke –dijo Adam–, la mujer conocida por el apodo de La Camelia de Acero.

–La mujer a la que acude todo el mundo cuan do necesita conseguir algo imposible –

apuntó Bran don.

–Pero… ¿cómo? –Cameron se quedó pensati vo–. ¿Tú no tenías una ayudante? ¿Qué ha sido de Cheryl?

–Ha dejado el trabajo –dijo Adam.

Cameron frunció el ceño.

–¿Y qué va a pasar con la inauguración de Fan tasy Mountain?

–Trish está al mando –dijo Adam.

–¿Trish? ¿Tu nueva ayudante? Así que es buena.

–Excelente.

–¿Cómo la conseguiste?

–La eligió Marjorie entre las empleadas tem porales.

Cameron lo miró fijamente y, tras una pausa, dijo: –Así que piensas que mamá intervino para que la contrataran como temporal, luego hizo que Che ryl dimitiera y entonces pidió a Marjorie que la pusiera en su lugar para conseguir que tú…

–Contado así parece imposible –admitió Bran don, sentándose.

Adam dejó escapar un suspiro mientras forma ba la primera hamburguesa, y miró a Cameron, que seguía removiendo el chili.

–La verdad es que parece excesivo –dijo éste, añadiendo un poco de sal–. Parece imposible in cluso para mamá.

–¿Tú crees? –preguntó Adam. Cameron era el más sensato de los tres y si a él le parecía imposi ble…

–Parece un plan demasiado complicado.

–Lo sé –dijo Adam, preparando otra hambur guesa–. Pero no puedo evitar pensar que se han dado demasiadas coincidencias.

–Por eso mismo –dijo Cameron–. No parece posible que haya podido hacer encajar tantas pie zas.

En ese momento entró Sally y, al verla, Adam no pudo evitar sonreír. Con el cabello rubio pla tino recogido en una coleta, pantalones cortos ro sas y una camiseta blanca, su madre parecía una jovencita.

–Voy a poner la mesa. Las chicas necesitan más sangría.

–Ahora mismo llevo otra jarra, mamá –dijo Bran don.

–Gracias, cariño –Sally empezó a sacar los cu biertos de un cajón. De pronto se detuvo y miró a sus hijos–. ¿Qué estáis tramando?

Brandon la miró con total inocencia.

–Nada, mamá.

Ella los miró con suspicacia.

–¿Estáis seguros?

–Les estaba poniendo al día sobre el proyecto de Fantasy Mountain –contestó Adam–. En seguida nos reunimos con vosotras. –Eso espero –dijo ella. Tomó las servilletas de otro cajón y fue hacia la puerta–. Hace un día pre cioso y no quiero que lo desperdiciéis hablando de trabajo.

–No, mamá –dijeron los tres al unísono.

En cuanto se cerró la puerta, Cameron dijo: –¿Dónde nos habíamos quedado?

–En el plan diabólico de mamá para conquistar el mundo –dijo Brandon, y alzando la cerveza ha cia Cameron, añadió–: Estabas diciendo que era de masiado complicado para que Sally lo hubiera pla neado todo, pero Adam sigue teniendo sospechas.

–Puede que esté siendo un poco paranoico –dijo Adam.

–La culpa es de Brandon –dijo Cameron, son riendo.

–No se trata de paranoia, sino de permanecer alerta –se defendió éste.

Cameron se puso serio y se cruzó de brazos.

–Cuando he dicho que me parecía imposible, me refería a que mamá

hubiera convencido a Che ryl de que dejara el trabajo. Pero todos sabemos lo testaruda que puede ser, así que es perfectamen te posible que pidiera a Marjorie que estuviera alerta por si parecía una nueva empleada intere sante. Quizá la elección de Trish no sea del todo inocente, sino que estaba programada para cuan do alguno de los tres necesitáramos ayuda.

–Y la suerte les llegó con la dimisión de Cheryl –dijo Adam, pensativo.

–Exactamente –confirmó Cameron.

–Ya os había dicho que mamá había reclutado a sus amigas –les recordó Brandon.

–¡Maldita sea! –Adam miró a sus dos herma nos–. De una manera u otra, mamá está detrás de esto. Y si Trish es partícipe en el plan, se convier te en víctima propiciatoria.

Brandon rió.

–¿Quieres decir que vas a tomar la iniciativa?

–Así es –dijo Adam–. En lugar de esperar a que intente seducirme, seré yo quien la seduzca a ella… antes de decirle adiós y contarle que lo sabía todo desde el principio.

–Buena idea –dijo Cameron.

–A mí también me lo parece –dijo Brandon–. Siempre que no caigas en la trampa.

Adam le clavó una mirada de escepticismo.

–¿Acaso no me conoces?

–Sólo lo digo porque en esto no estás solo. Re cuerda que también Cameron y yo entramos en los planes de mamá. En esta batalla representas a los Duke y a los hombres del mundo entero.

–Amén –dijo Cameron.

Brandon miró por la ventana y vio a su madre riendo con sus amigas.

–Seguro que están celebrando la victoria.

Cameron rió.

–Si es así, se están precipitando.

–Desde luego –dijo Adam–. Confiad en mí: van a llevarse una gran desilusión.

Capítulo Cinco

–Estamos listos para despegar, señor Duke. –Gracias, Pamela. Cuando la azafata entró en la cabina, Adam miró a Trish, que, sentada a su lado y a pesar de lle var un severo traje de chaqueta azul marino, con seguía estar tan femenina y sexy como siempre.

–¿Te has puesto el cinturón? –preguntó, pen sando cuánto le gustaría quitarle la ropa. –Sí

–dijo ella con gesto nervioso. –Llegaremos en una hora –dijo él, mirando el reloj–.

Podemos aprovechar para comentar la fies ta de inauguración. ¿Has traído tus notas?

–Sí –Trish se humedeció los labios al oír el rui do del motor–. Pero necesito que me des un par de minutos.

–¿Por qué? ¿Te pasa algo? –No –dijo ella, cerrando los ojos y sujetando los brazos del asiento con fuerza. –Creía que no tenías miedo a volar –dijo Adam. –No tengo miedo.

Sólo prevención. –Ya veo. Estás tan «prevenida» que pareces a punto de saltar del asiento. –Lo haría si no llevara puesto el cinturón. Adam se inclinó hacia ella y le susurró: –Prefiero que sigas sentada a mi lado.

Trish abrió los ojos bruscamente.

–¿Intentas distraerme?

–Puede. ¿Lo estoy consiguiendo?

Trish volvió a cerrar los ojos.

–No.

–Puedo esforzarme más –dijo él en tono per suasivo.

–Déjalo, por favor –Trish se mordió el labio–. Tengo que concentrarme.

–¿En qué? ¿En mantener el avión en el aire?

–Exactamente. ¿Te importa?

–En absoluto –Adam apoyó la cabeza en el res paldo–. De hecho, te lo agradecería.

–No hace falta que me des las gracias –dijo Trish esbozando una sonrisa.

Sin pensarlo, Adam le tocó la mano y ella in mediatamente se la tomó y la apretó con fuerza.

Adam observó su rostro mientas el avión des pegaba. Aunque parecía serena, su mano, con la que lo apretaba con tanta fuerza que temió que darse sin circulación, contaba una historia muy distinta. Luego Trish se humedeció de nuevo los labios y Adam tragó saliva al notar que se excitaba.

Intentó imaginar si al hacer el amor se concen traría con la misma intensidad; si lo asiría con la mis ma fuerza cuando la penetrara, si gritaría su nombre al llegar al clímax. ¿Cerraría los ojos o lo miraría cuando la pasión la poseyera? Pronto lo averigua ría.

Unos minutos más tarde Adam vio que Pame la dejaba su asiento y dedujo que ya habían al canzado la altitud necesaria como para poder mo verse libremente.

–Ya puedes abrir los ojos –dijo a Trish–. Misión cumplida.

Trish obedeció, miró a su alrededor y soltó la mano de Adam bruscamente.

–Debes de pensar que estoy loca.

–En absoluto –dijo Adam, sonriendo.

–Sigo sin comprender por qué has querido que viniera –dijo Trish.

Adam no podía decirle la verdad. Y como no dudaba de salir victorioso de su misión, sólo se preguntaba cuánto tardaría en cansarse de ella y en desenmascararla.

Pero por el momento, tenía que disimular. Se desabrochó el cinturón de seguridad y se acomo dó en el asiento en actitud relajada.

–Necesito que tomes notas de la inspección del aparcamiento. Además,

me interesa tu opinión so bre el complejo y escuchar tus sugerencias.

–Lo haré lo mejor que pueda –dijo ella tras re flexionar un instante.

–No espero menos de ti.

–Gracias –dijo Trish, sonriendo tímidamente.

Pamela llegó con una cesta de cruasanes y mag dalenas, mantequilla y mermelada, y les sirvió zumo y café.

Adam vio que Trish tomaba un cruasán y lo un taba con mantequilla.

–Te dije que pidieras lo que quisieras –comen tó–. Seguro que hay algo más

«saludable».

Trish rió.

–Dije que tomaría lo que hubiera. Y tampoco pasa nada por tomar un cruasán de vez en cuan do –dio un bocado y dejó escapar una exclama ción de placer–. ¡Qué maravilla!

Adam no pudo apartar los ojos hasta que Trish acabó la última miga y cuando se chupó el dedo para limpiarse un rastro de mermelada, tuvo que contenerse para no chupárselo él mismo.

Entre tanto, Trish parecía ajena al efecto que es taba teniendo sobre él, pero Adam dedujo que ba saba su estrategia en el papel de mujer inocente. Y si lo que quería era jugar, las reglas del juego las pondría él.

Durante el desayuno hablaron de trabajo y al aca bar, Trish se excusó para ir al cuarto de baño. Una vez allí, se refrescó la cara y se miró en el espejo.

–¿Estás loca o qué? –dijo a su reflejo mientras se retocaba los labios.

Por muy ansiosa que le pusiera el despegue, no podía creer que hubiera tomado la mano de Adam. Al mismo tiempo, había resultado lo más natural del mundo y a él no parecía haberle molestado.

–Pero no vas a volver a hacerlo –se dijo.

Debía conservar su dignidad, y todavía le que daba un día por delante con él, además del viaje de vuelta.

–¿Qué piensas hacer al aterrizar? ¿Besarlo?

Lo cierto era que llevaba días imaginando cómo sería besar y hacer el amor con él. Y

cada vez que lo imaginaba le temblaban las piernas.

Tenía un serio problema.

Respiró profundamente. Si perdía la cabeza por Adam Duke, no tendría el valor de volver a ver a la señora Collins, ni a ninguno de sus antiguos ve cinos. Debía pensar en ellos para no olvidar su mi sión.

Cuadró los hombros, se sacudió el cabello, se estiró la chaqueta y volvió a su asiento.

Adam estaba leyendo unos documentos. Alzó la cabeza y comentó: –Los planos del aparcamiento eran correctos, así que el error lo ha cometido la constructora.

–¿Vas a demandarla?

Adam rió.

–¿Cómo voy a demandar a mi propia empresa?

–¿Parameter Construction es tuya? –preguntó Trish, incrédula.

–La compramos el año pasado, a la vez que unas cuantas más. Todavía estamos concretando algunos detalles.

–Entonces puede que no sea tan difícil resolver el problema.

Adam se encogió de hombros.

–Ya veremos. Pero me niego a retrasar la inau guración. Tenemos reservas para toda la tempo rada y no podemos ponerlas en riesgo.

–Por supuesto que no –dijo Trish con vehemen cia–. Tendrán que hacer lo que sea necesario.

–Exactamente –dijo Adam. Inclinándose hacia ella, añadió–: Tu pasión me admira.

Aunque no fuera más que un simple comenta rio, Trish se quedó sin habla. Al ver que Adam la miraba fijamente, hizo un esfuerzo para recuperar el dominio de sí misma.

–Es obvio que alguien ha hecho mal su trabajo –dijo con voz quebradiza.

–Tienes razón –dijo Adam.

–Por favor, abróchense los cinturones –dijo Pa mela en ese momento–. Vamos comenzar el des censo.

Trish lo hizo con manos temblorosas.

–¿Ya te has abrochado? –preguntó Adam mien tras metía los documentos en su maletín.

–Creo que sí –contestó Trish, enfadándose con sigo misma por no controlar la tensión de su voz.

Sin mediar palabra, Adam se acomodó, le tomó la mano y la sujetó contra su pecho.

En cuanto la tocó, Trish tuvo que concentrase en respirar y en ignorar el varonil aroma que Adam desprendía y que llegaba a cegarle el entendimien to.

El avión sobrevoló una montaña y comenzó el descenso hacia la pista de aterrizaje de Fantasy Moun tain.

Adam la miró de soslayo y, al ver que tenía un color verdoso y que parecía aterrada, tuvo el ab surdo instinto de sentarla sobre sus rodillas y ahu yentar su miedo con caricias. Pero resistió la ten tación, recordándose que su trabajo no era cuidar de ella, y que no debía olvidar la razón por la que Trish estaba allí.

Lo cierto era que se trataba de la cazafortunas más atípica que había conocido en su vida. Lo ló gico hubiera sido que se tratara de una mujer so fisticada, acostumbrada a volar a lugares exóticos y a flirtear y mantener conversaciones banales.

Pero Trish no reunía ninguna de esas caracterís ticas.

Se preguntó qué le habrían ofrecido Sally y Marjorie para que participara en el plan.

Cono ciendo a su madre y sabiendo la poca importancia que le daba a las cosas materiales, supuso que le habría parecido bastante una oferta de matrimo nio, y aunque pensó que debía sentirse halagado de que Trish hubiera aceptado, no lo consiguió.

Su plan iba a fracasar y, entretanto, él disfruta ría de las ventajas que se le presentaban.

Porque seducirla no sería sólo una manera de desbaratar su plan, sino un auténtico placer.

Estaba ansioso por acariciar las voluptuosas curvas de Trish, besar sus labios y su piel, sentirla por fuera y por dentro. Lo deseaba desde el primer momento, y acabaría por conseguirlo. Trish sería suya. Muy pronto.

Norman Thompson, el abogado que represen taba la LAD, tendía a ser muy minucioso.

–Ya te he dicho que haremos los cambios, Norm –dijo Bob Paxton–. Basta con que nos dejes las no tas.

–¿Has tomado las últimas medidas, Trish? –pre guntó Adam, aproximándose a ella.

–Sí –contestó Trish, que prácticamente había rellenado un cuaderno entero.

Hacía frío y se alegraba de haber pedido pres tado a Deb su forro polar y sus guantes de esquí. Aunque hacía sol, soplaba el aire de la montaña y llevaban cinco horas en el exterior.

–Ya tenemos todos los detalles –dijo Adam a Norm–. En cuanto hayamos hechos los cambios te lo notificaremos y te enviaremos las fotografías. Su pongo que querrás venir a comprobarlo en persona.

–Por supuesto. Espero el informe para final de mes.

Adam miró a Paxton antes de contestar: –Estará listo para la semana que viene –le ten dió la mano–. Que tengas un buen día.

–Lo mismo digo –replicó Thompson, estrechán dosela.

Lo siguieron con la mirada y, cuando ya se me tía en su coche, Bob se volvió a Adam: –

La semana que viene es un plazo un poco cor to, pero lo intentaré.

–Debes conseguirlo. Si tienes algún problema con el personal, notifícamelo inmediatamente.

–No va a haber ningún problema –dijo Bob con firmeza a la vez que se

guardaba la cámara de fotos en el bolsillo–. Te mandaré las fotos en cuan to llegue a la oficina. Y

descubriré al responsable de los errores.

–Estoy seguro de ello –dijo Adam, estrechán dole la mano–. Gracias, Bob.

–Encantada de haberte conocido, Bob –dijo Trish.

–Lo mismo digo –replicó Bob, estrechándole la mano. Trish y Adam lo vieron partir hacia su furgoneta. –Vayamos al hotel –dijo él, posando la mano en la parte baja de la espalda de Trish y conducién dola hacia la salida del aparcamiento–. Hace mu cho frío.

–Creía que sólo lo notaba yo –bromeó ella, aunque no estaba segura de cuál era la causa de sus escalofríos.

De camino al edificio principal, Adam le seña ló las pistas de esquí de fondo y de esquí alpino.

–¡Es una preciosidad! –exclamó Trish, mirando a su alrededor.

–Lo mismo digo –dijo Adam entre dientes, sin apartar la mirada de ella.

Trish se ruborizó e intentó en vano desviar la mirada, pero los ojos de Adam la habían atrapado como un imán. Pestañeó preguntándose qué le pasaba. Al leer la carta de denuncia sobre el in cumplimiento de la LAD había creído encontrar la forma de vengarse de él, pero al oírle hablar del orfanato había imaginado al niñito frágil, aban donado ante el hospital, y se había despertado en ella una enorme ternura.

En aquel instante, sin embargo, no había atis bo de fragilidad en el hombre que la miraba con expresión de inequívoco deseo. Adam miró brus camente en otra dirección y dijo: – Desde el hotel se ve el lago Serenity. En vera no se puede hacer descenso de río, pesca, monta ñismo y bicicleta. También ofrecemos yoga, tenis, golf y equitación.

–¡Qué maravilla!

–Parezco un agente de viajes, ¿no?

Trish rió.

–Sí, pero has conseguido venderme el proyec to. Este sitio es espectacular.

Volvió la vista hacia el edificio de estilo modernis ta, a un tiempo aristocrático y rústico, con cubierta y balcones de madera tallada, y fachada de piedra.

–A ver qué te parece el interior –Adam la tomó de la mano para subir la escalinata de madera y cruzar la impresionante puerta doble de entrada.

Trish giró sobre sí misma con expresión admi rada para contemplar la gran sala, en uno de cu yos extremos había un enorme hogar en el que ar día un crepitante fuego. En varios rincones, había sillones y sofás de cuero reunidos en torno a me sas artesanales de madera; gruesas alfombras cu brían parte de suelo, también de madera, al igual que las inmensas vigas que cruzaban de un lado al otro del techo abovedado.

–¡Es impresionante! –dijo en un susurro.

Adam rió.

–¿Por qué no te sientas frente al fuego mien tras consigo las llaves de nuestras habitaciones an tes de ir a cenar?

Trish lo miró desconcertada.

–¿Vamos a pasar aquí la noche?

–Todavía tenemos cosas que hacer. Además, así tendrás la oportunidad de conocer al chef.

–Pero, no puedo pasar la noche aquí, contigo –balbuceó Trish.

Adam la miró fijamente.

–¿Qué te preocupa, dormir fuera de casa o mi presencia? –se acercó a ella lentamente–.

Estamos aquí para trabajar, no para jugar.

–Lo sé –susurró ella.

Adam estaba lo bastante cerca como para que Trish pudiera aspirar su aroma a campo, a cítrico, a cuero… Si se acercaba unos centímetros, sus bo cas se rozarían.

–¿Te doy miedo? –preguntó él, insinuante.

–Claro que no. No digas tonterías –replicó ella sin conseguir reír.

–Te aseguro que no tienes nada que temer –concluyó él, mirándola fijamente como si busca ra señales de… ¿miedo?

Trish le sostuvo la mirada con la mayor frialdad de que fue capaz y él, tras hacer un gesto con la ca beza, fue en busca de las llaves.

Trish se dejó caer en un sillón y tragó saliva. ¿Acaso Adam estaba ciego y no se daba cuenta del efecto que tenía en ella? Lo único que podía ha cer era rezar para que nunca lo hiciera.

Capítulo Seis

Después de enseñarle el resto de las instala ciones, Adam presentó a Trish al chef, Jean Pierre, y hablaron sobre la fiesta de inauguración. Al con cluir la reunión, Adam llevó a Trish al restauran te más exquisito del complejo.

Adam le había explicado que, aunque no estu viera abierto al público, todos los departamentos llevaban varias semanas trabajando como si lo es tuviera, y en la cocina se preparaba comida para el personal con la misma profesionalidad que si se tratara de huéspedes de pago.

En los negocios, a los Duke no les gustaba de jar nada al azar. Y en la seducción de hermosas mu jeres, tampoco.

Al ir a por las llaves, se había preguntado por qué Trish seguía comportándose como una em pleada modélica, tímida y azorada al saber que pa sarían la noche en el hotel. Pero a él no podía en gañarle, así que tendría que encontrar la manera de quitarle la máscara porque quería ver sus ojos arder de deseo. Sólo entonces, él daría el paso.

Llevaba años en el mundo de los negocios y sa bía que, tanto en lo profesional como en lo per sonal, no había nada como hacerse de rogar. Y ésa era la estrategia que pensaba aplicar en el caso de Trish. La llevaría a cenar, la agasajaría y la enga tusaría hasta conducirla a tal estado que sería ella quien acabara haciéndole proposiciones. Y enton ces él tendría la última palabra.

Al entrar con ella en el comedor, Adam per maneció tan cerca de ella como para oírle conte ner el aliento cuando le tocó el hombro, y cuan do la tomó por la muñeca, notó que tenía las pulsaciones aceleradas. ¿Sentiría la misma atrac ción que él sentía hacia ella? ¿Lo deseaba como amante? Si era así, se comportaba con una des concertante frialdad. Y él disfrutaría aún más ele vando su temperatura.

Los condujeron a una preciosa mesa con vistas al lago sobre el que se

reflejaban las luces de la no che. Adam aprovechó el momento de ayudarle a sentarse para deslizar su mano por la espalda de Trish hasta su nuca, y se animó al notar que ella se arqueaba como si quisiera prolongar el contacto.

Trish miró ensimismada por la ventana.

–¡Qué imagen tan perfecta! –exclamó tras con templar el lago y las montañas circundantes.

–Me alegro de que te guste –contestó Adam, observando con admiración el cabello castaño de Trish, que le caía en cascada sobre los hombros, y sus ojos de un verde intenso, que lanzaban deste llos bajo la luz de las velas.

–Si yo fuera tú, no querría marcharme nunca de aquí –dijo ella, colocándose la servilleta en el regazo.

Adam se alegró de haber elegido aquel restau rante para cenar en el que, a pesar de estar solos, el ambiente era íntimo gracias al uso de mampa ras y plantas que separaban unas mesas de otras. Además, el personal era atento, pero extremada mente discreto.

También se congratuló de haberle pedido a Jean Pierre que preparara un menú degustación con los canapés que se servirían el día de la inau guración. Durante las siguientes dos horas Trish y él probaron delicados bocados: salmón ahumado con crema fresca y eneldo, rollitos de hojaldre re llenos de roast beef, mus de foie, mini suflés. Todo ello acompañado con una selección de champa nes y de vinos tintos y blancos.

La conversación fue animada y entretenida y Adam encontró los comentarios de Trish acerta dos y estimulantes. Descubrieron que compartían el gusto por el jazz clásico y por las revistas domi nicales de los periódicos. Y Adam comprobó que, además de sentido del humor e inteligencia, Trish era leal.

En cierto momento la conversación se desvió hacia el asunto del aparcamiento y Trish se pre guntó en voz alta quién podía haber cometido un error tan grave, al tiempo que se ofrecía a ayudar a Bob en la investigación para descubrir al culpable.

–Y cuando averigüemos la verdad –dijo, sacu diendo el dedo–, rodarán cabezas.

–Me alegro de formar parte de tu equipo –dijo Adam, riendo.

–Creo que he tomado demasiado champán –dijo ella, al darse cuenta de lo que acababa de decir.

–Pero espero que lo estés pasando bien.

–Desde luego. Todo esto es maravilloso. Gra cias por dejármelo compartir contigo.

–No hubiese cenado sin ti –Adam bebió un sorbo de vino–. Pero quiero que me digas por qué te preo cupaba pasar la noche aquí conmigo. ¿Tienes novio?

–Claro que no.

Aliviado, Adam continuó el interrogatorio.

–¿Un ligue?

–Por supuesto que no –dijo ella con el ceño frun cido.

–¿Por qué «por supuesto que no»? Eres una mu jer muy hermosa.

A pesar de la tenue luz de las velas, Adam vio que se ruborizaba.

–No deberías decir esas cosas.

–¿Aunque sea la verdad? –dijo Adam, provoca tivo–. ¿Te incomoda estar a solas conmigo?

Trish miró a su alrededor como si quisiera lla mar al servicio.

–No estamos solos.

–Claro que sí –dijo Adam, inclinándose hacia ella.

Trish lo miró fijamente mordisqueándose el la bio.

–Claro que no estoy nerviosa por estar a solas contigo. Eres mi jefe y sé que estoy a salvo.

Adam la miró detenidamente.

–Ojalá yo pudiera decir lo mismo.

–¿A qué te refieres?

–No me siento a salvo contigo. Eres peligrosa para mi paz interior.

Trish frunció el ceño.

–¡Pero… pero si soy completamente inofensi va!

–No lo creas –dijo Adam sonriendo. Decidió cambiar de tema para no agobiarla–.

¿Creciste en Dunsmuir?

–Sí, cerca del muelle, con mi abuela.

Adam se apoyó en el respaldo de la silla có modamente.

–Esa zona me gusta mucho.

–A mí me encantaba vivir allí.

–¿Te has mudado?

–Sí –Trish miró en otra dirección, como si pre firiera no seguir hablando del tema, y aunque su actitud despertó la curiosidad de Adam, decidió no presionarla.

Alzando la copa dijo: –Propongo un brindis por Fantasy.

–Por Fantasy –repitió Trish. Y tras beber, aña dió–: Estaba todo delicioso, pero no me cabe ni un bocado más.

Adam iba a proponer que se marcharan cuan do Jean Pierre apareció con una bandeja con una degustación de postres. Cuando se fue, Trish miró a Adam desconsolada.

–De verdad que no puedo más.

–Yo tampoco, pero no podemos ofender a Jean Pierre –Adam tomó una cucharada de una tarta leta de frutas y se la ofreció a Trish–. Vamos, sólo una.

Trish se frotó el estómago.

–¿Por qué no lo pruebas tú?

–Porque debes decidir para la inauguración y porque soy el jefe y te ordeno probar los postres.

Trish rió.

–No recuerdo haber leído eso en el contrato.

–Entonces hazlo por Jean Pierre –insistió Adam. Trish finalmente, abrió la boca, probó y se lamió los labios–. Umm, está buenísimo.

Adam la miró como hipnotizado. Tomó una cucharada de un mus de chocolate y se lo dio.

–Buena chica. Otro más. Vamos, abre la boca.

–Está bien –dijo Trish, sonriendo–. Pero sólo porque es de chocolate.

–Así me gusta.

Adam volvió a quedar atrapado por su boca y por el placer con el que Trish comía.

–¡Oh, Dios mío! –Trish se relamió con un ge mido–. ¡Está espectacular!

Adam sintió su cuerpo reaccionar al instante y deseó a Trish con un anhelo urgente, perentorio, y se dio cuenta de que su plan de esperar a que ella le suplicara iba a complicarse.

Trish le estaba diciendo algo, pero él no asimi laba sus palabras. Dejó la servilleta sobre la mesa y se puso en pie diciendo casi en un gruñido: –Vámonos.

–¿No tenemos que pagar la cuenta?

–Soy el dueño, cariño –Adam le ayudó a le vantarse–. No tengo que pagar.

–Debo estar muy cansada para haberlo olvida do –respondió ella, sonriendo.

Pero al marcharse insistió en saludar y dar las gracias a cada uno de los empleados antes de aso marse a la cocina, donde Jean Pierre le dio dos so noros besos.

Adam pensó que tenía una habilidad innata para hacer que todo el mundo se sintiera especial, incluido él, y se preguntó quién estaba siendo el seductor y quién el seducido.

Mientras subían en el ascensor, Trish respiró profundamente para llenarse los pulmones del olor de Adam. Le gustaba estar tan cerca de él y sentir el roce de su brazo. Cuando se estremeció, Adam se quitó la chaqueta y se la puso, diciendo: –Tienes frío –luego le pasó el brazo

sobre los hombros y la atrajo hacia sí–. El aire de la monta ña es muy traicionero.

Trish apenas podía respirar. El corazón le latía desbocado. Sabía que debía separarse de Adam, pero se limitó a susurrar: –Gracias –y se acurrucó contra su sólido cuer po mientras pensaba que no le importaría que darse así el resto de su vida aunque Adam estu viera siendo meramente cortés.

Miró a su alrededor fingiendo una calma que estaba lejos de sentir y observó que incluso en el ascensor se mantenía la decoración rústica, con un encantador banco y unos antiguos candelabros de pared.

En varias ocasiones a lo largo de la cena, Adam se había comportado como si se sintiera atraído por ella y estuviera a punto de besarla. Pero en aquel instante, la sujetaba de forma impersonal y Trish supuso que el champán o el chocolate le ha bían alterado la percepción.

Bajaron del ascensor en la última planta y Adam se detuvo delante de una puerta a mitad del co rredor, la abrió y se echó a un lado para que Trish pasara. Ella dejó escapar una exclamación, rodean do la cama, fue directa al gran hogar de piedra donde había encendido un fuego que caldeaba la habitación. Delante había varios cojines para po der echarse delante del fuego, y en la repisa había una colección de fotografías antiguas en marcos victorianos de paisajes locales.

–¡Qué preciosidad! –se volvió hacia la esplén dida cama con dosel de madera tallada, colcha de brocado y almohadones de seda de vivos colores, y exclamó de nuevo–: ¡Es maravilloso! –y acarició la gasa que la cubría a modo de mosquitera y que le daba un aire etéreo de cuento.

Respiró hondo. Olía a bosque y a pino.

–Me encanta –concluyó, girando sobre sí mis ma para mirar en todas direcciones.

–Me alegro –Adam se apoyó en la puerta co rredera de cristal que daba acceso al balcón.

Estaba cruzado de brazos y en actitud relajada, y Trish pensó que era el hombre más sexy del mun do. Él abrió la puerta y salió.

–Sé que hace frío, pero deberías venir a con templar la vista.

Trish salió y confió en que el aire fresco con trarrestara el calor que

sentía y que amenazaba con ahogarla. Adam se apoyaba en la barandilla y contemplaba el lago y la montaña que se erguía imponente y misteriosa. La luna había salido y se reflejaba en el agua.

–¡Es impresionante! –dijo Trish–. Ojalá pudié ramos quedarnos una semana. Es una preciosi dad.

–Tú también –musitó Adam–. Me dejas sin alien to –añadió lentamente, con ojos brillantes de de seo.

Trish alzó la mirada a tiempo de ver que él aga chaba la cabeza.

–Adam, no creo que…

No pudo concluir porque él atrapó sus labios entre los suyos y ella sintió una llamarada en su in terior que amenazó con consumirla.

–¿Qué es lo que no crees? –musitó él a la vez que le mordisqueaba la línea de la barbilla.

Trish apenas comprendió sus palabras por la neblina que las sensaciones habían hecho des cender sobre su cerebro.

–¿Qué?

La risa de Adam reverberó por su cuerpo.

–Voy a volver a besarte –le advirtió él, tomán dola por la nuca.

–No deberías –dijo ella con la respiración en trecortada.

–¿No quieres que te bese? –preguntó él, mi rándola a los ojos.

–No se trata de eso, sino de que no deberías ha cerlo.

–Entonces me da lo mismo –concluyó Adam. Y la besó apasionadamente.

Un gemido brotó de la garganta de Trish cuan do él introdujo la lengua entre sus labios al tiem po que se apretaba contra ella y le hacía sentir su sexo endurecido.

–Quiero hacerte el amor, Trish –dijo, mirán dola con ojos ardientes.

Trish abrió los suyos desmesuradamente. Ha bía perdido todo control sobre sí misma.

–Yo también, Adam.

–Me alegro –dijo él–. Hace frío. Entremos.

La tomó de la mano, y tras cerrar la puerta a su espalda, la condujo hasta la cama.

Entonces la besó con lentitud deliberada antes de soltarla, to mar su chaqueta y colocársela bajo el brazo.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó ella.

–Darte las buenas noches.

Trish creyó haber oído mal.

–¿Perdón?

–Que me estoy despidiendo –repitió él, acari ciándole la mejilla con el pulgar–. Quiero agra decerte una noche maravillosa.

Le dio otro beso que Trish devolvió con un fer vor que no había experimentado nunca antes.

–Pero no puedes… –protestó débilmente. ¿Có mo podía Adam ser tan contradictorio?

¿No aca baba de decirle que quería hacer el amor con ella?

–Te aseguro que no es lo que quiero hacer –dijo él, descansando la frente sobre la de ella–. Pero no pienso arrastrarte a algo de lo que puedas arrepentirte.

Trish no supo qué decir entre el impulso de agra decerle que fuera tan considerado y las ganas de pedirle que no se fuera.

–Pero te advierto que la próxima vez que nos be semos –añadió Adam, rozando con sus labios los de ella–, no pienso dejarlo así –se separó lo bastante para mirarla a los ojos y concluir–: Y te aseguro que habrá una próxima vez.

Trish parpadeó sin saber qué decir.

–Que sueñes con los angelitos, cariño –se acer có de nuevo a Trish, pero cuando ésta entreabrió los labios, él se limitó a susurrar–: Hasta la próxi ma.

Y salió del dormitorio dejándola en un estado de febril deseo.

Capítulo Siete

«Estás completamente loco», pensó Adam por enésima vez mientras despegaban de vuelta casa. La noche anterior habría podido hacer con Trish lo que hubiera querido, pero había optado por marcharse y demostrar que podía controlarse. Sin embargo, en aquel momento, con ella sentada a su lado, con los ojos cerrados y apretándole la mano con fuerza, su cuerpo seguía deseándola con la misma intensidad que la noche anterior. Y

empezaba a preguntarse si no había sido un estúpido. Porque aunque Trish sólo estuviera allí en busca de su dinero, estaba con vencido de que el fuego que había visto en sus ojos no era fingido, y que lo deseaba tanto como él a ella.

Había actuado creyendo que era dueño de sí mismo, pero se equivocaba. Porque al rechazar a Trish James para no caer en la trampa de su ma dre, no había actuado, sino que meramente había reaccionado; no había elegido, sino que había to mado la única salida que se le presentaba. Así que su manipuladora madre y la cazafortunas seguían llevando la batuta. Y eso le ayudó a tomar la de terminación de ganar aquella partida.

En ese momento, Trish abrió los ojos, bajó la mirada hacia sus manos unidas, y retiró la suya.

–Lo siento. Pero gracias por tomarme la mano.

Adam no estaba dispuesto a admitir que habría preferido que no se soltara.

–De otra manera no habríamos podido despe gar –bromeó, sonriendo a pesar de que tenía la mandíbula en tensión.

–Pues ha funcionado –Trish sonrió a su vez con timidez, y como permanecieron en un incómodo silencio, decidió sacar las notas de la reunión, en cendió el ordenador y se puso a trabajar.

Adam observó sus gráciles dedos pulsando las teclas. A medida que se concentraba en el trabajo, empezó a mordisquearse el labio y Adam tuvo el impulso de colocársela en el regazo y ser él quien se lo mordisqueara antes de hacerle el amor en ple no vuelo y entrar en el club de la milla.

Reprimiéndose, decidió imitarla y sacar unos documentos para ver si conseguía distraerse, pero no lo consiguió. Le resultaba imposible teniendo a Trish a su lado, con su aspecto fresco y profe sional a un tiempo, con el cabello suelto cayén dole en ondas sobre los hombros y un perfume in tenso que flotaba en el aire, impidiéndole pensar.

¿A quién pretendía engañar? ¿Cómo iba a con centrarse si la deseaba incluso más que la noche anterior, si sabía que después de haber probado su sabor no sería más que cuestión de tiempo que la hiciera suya?

¿Cuestión de tiempo? Habría querido que fue ra en aquel mismo instante. Quería tomar en sus manos sus senos redondos, atrapar su boca, sentir sus piernas enredadas en la cintura.

Dejó escapar una exclamación ahogada y se re bulló en el asiento.

La poseería aquella misma noche.

–Éste debe de ser el día más largo de la histo ria –masculló Trish aquella tarde al sentarse ante su escritorio.

Llevaba todo el día intentando olvidar el día anterior sin lograrlo, y había llegado a plantearse irse a casa con la excusa de que no se encontraba bien. Pero finalmente decidió que le sentaría me jor concentrarse en el trabajo que quedarse sen tada en el sofá contemplando las cuatro paredes del salón. Sin embargo, saber que Adam estaba al otro lado de la puerta y que no podía hacer nada, le mantenía los nervios a flor de piel.

–¿Y qué harías si pudieras? –se dijo, enojada–. Recuerda que no te desea. Prácticamente le ro gaste que te hiciera el amor y te dio la espalda.

Aunque no tenía ninguna experiencia con los hombres, estaba segura de que la partida de Adam después de que le expresara sus deseos de hacer el amor no era ninguna buena señal. Hizo una mue ca al recordar que le había ofrecido los labios pero que él, en lugar de besarla, se había limitado a de cir: «Hasta la próxima».

¿Qué habría querido decir? ¿Aquella misma no che? ¿Al año siguiente? Y lo que era aún más im portante, ¿por qué le importaba tanto cuando ella no estaba allí para tener un romance sino para cumplir una venganza?

Lo cierto era que su plan inicial parecía cada vez más remoto, y cada

vez se planteaba más a me nudo la posibilidad de abandonarlo, dejar el tra bajo y superar el dolor de la pérdida de su hogar y de su abuela olvidando el rencor.

Porque el hombre que había causado su mal despertaba en ella sentimientos que no tenían nada que ver con el odio. De hecho, sólo pensar en él sentía reverberar por su cuerpo las oleadas del deseo.

Para ignorarlas, recordó que estaba allí para trabajar, se puso en pie, tomó una pila de docu mentos que debía fotocopiar y empezó una in tensa sesión de trabajo que le llevó el resto de la tarde.

La siguiente vez que alzó la mirada de la pan talla del ordenador, vio a Adam en el umbral de la puerta.

–¿Te importaría trabajar hoy hasta tarde? Que rría rematar algunos asuntos.

–En absoluto –dijo ella–. ¿Quieres que pida algo para cenar?

–Todavía no. ¿Te importa pasar antes por mi despacho?

–Claro que no –Trish decidió que sería una buena oportunidad para decirle lo que llevaba pensando desde hacía unas horas.

Adam se sentó en el borde del escritorio mien tas esperaba a que Trish entrara.

–Quiero darte las gracias por todo –empezó ella–: el viaje a Fantasy, la cena… Y

también que aceptes mis disculpas por lo que pasó después.

Adam la observó en silencio antes de decir se camente: –No.

–¿No? –Trish no había esperado aquella reac ción, que la desconcertó y la irritó a un tiempo–. ¿No aceptas mis disculpas?

Adam se puso en pie y caminó hacia ella len tamente, hasta aproximarse tanto que Trish pen só que la besaría. Pero en lugar de eso, él la tomó de la mano y la llevó hasta el sofá para sentarse.

–¿Me pides disculpas por el beso? –preguntó, apretándole la mano.

–Me comporté muy poco profesionalmente. Su pongo que deberías echarme, pero quizá puedas olvidarlo –dijo ella, mirando al suelo.

–En todo caso, sería yo quien debiera discul parse –dijo Adam, soltándole la mano y ponién dose de pie–. Después de todo, soy el jefe, así que no me debes nada –tomó de nuevo la mano de Trish para ayudarle a levantarse–. Debería discul parme, pero no pienso hacerlo.

–¿No? –Trish parpadeó, desconcertada ante el imprevisto rumbo que estaba tomando la conver sación.

–No, porque no me arrepiento. Me encantó be sarte y lo haré otra vez a no ser que tú no quieras.

–Pero sí quiero –dijo Trish precipitadamente. Y al instante sintió que le ardían las mejillas.

Adam sonrió.

–Comprendería que no quisieras. Tendría que darme un par de duchas de agua fría y estaría muy irritable, pero lo comprendería.

Trish intentó pensar. Adam la deseaba y ella no podía negar que también lo deseaba.

Tenía la lla ve en sus manos, y aunque sabía que iba a come ter un terrible error, decidió usarla. Pero antes quiso decir algo.

–Adam, debes saber que no lo he hecho antes. Espero que no pienses que… –dejó escapar un suspiro y movió las manos en el aire–. Ya sabes a lo que me refiero.

–¿Quieres decir que no sueles besar a tus jefes? –bromeó él.

–Claro que no –replicó ella, alzando la barbilla con dignidad.

Adam le dedicó una maliciosa sonrisa que hizo prender una llama en el vientre de Trish.

Había llegado el momento de decidir. Y supo que no se movería de donde estaba.

–Dime que no y lo olvidaré. Pero si te quedas, Trish –Adam le retiró un mechón de cabello tras la oreja–, no podrás pararme.

–No quiero pararte –dijo ella en un susurro. Y cerró los ojos al sentir los dedos de Adam acari ciándole la mejilla.

Entonces él la estrechó en sus brazos y la besó con voracidad. Sujetándola con firmeza por la nuca, apretó sus labios contra los de

ella para pe netrar profundamente en su boca con la lengua.

Trish oyó una voz interior incitándola a huir de Adam Duke, pero supo que era demasiado tarde, que su mente estaba nublada por las sensaciones que la poseían, por la fuerza y el deseo que Adam le transmitía.

–Adam, yo… –no pudo concluir, pero Adam parecía poder leer su pensamiento.

–Lo sé –dijo él. Y la hizo reclinarse en el sofá.

Acompañándola, se echó sobre ella y la besó de nuevo mientras Trish podía sentir su sexo en durecerse contra su muslo.

Entrelazó los brazos a su cuello y él cubrió sus senos con sus manos antes de empezar a desabrocharle la camisa a la vez que dejaba un rastro de besos en su escote. Se apoyó sobre los codos para mirarla y el fuego que Trish vio arder en sus ojos la animó a actuar con mayor desinhibición. Se quitó la blusa y empezó a soltarse el sujetador.

–Yo lo haré –la detuvo Adam. Y le retiró las co pas para dejar al descubierto los senos–.

¡Qué pre ciosidad! –exclamó, y con sus dedos le pellizcó los pezones hasta endurecerlos.

Trish contuvo el aliento cuando se inclinó para mordisqueárselos alternativamente y dibujar círcu los a su alrededor con la lengua. Un gemido esca pó de su garganta cuando, manteniendo la caricia sobre uno de sus senos, Adam usó la otra para ba jarle los pantalones. Volvió a mirarla y Trish vio un brillo de pura satisfacción masculina en sus ojos.

Luego metió los dedos por debajo de su tanga y acarició su parte más íntima antes de meter un dedo en su interior.

–¡Qué caliente y qué prieta! –le susurró él al oído, a la vez que repetía el movimiento hasta de jar a Trish jadeante.

–¡Adam, por favor! –suplicó finalmente.

Él, en lugar de responder, se puso en pie y se desnudó precipitadamente, mientras ella lo ob servaba como hipnotizada y admiraba su magnífi co cuerpo y su poderoso sexo, que ansiaba tocar.

Sin apartar la vista de ella, Adam sacó un pre servativo del bolsillo del pantalón y se lo puso. Luego volvió a acostarse sobre Trish y, besándola apasionadamente, buscó su centro y la penetró de un solo empuje.

Trish abrió los ojos desmesuradamente y dejó escapar un gritito, pero en cuanto pasó el dolor inicial, tuvo una sensación de plenitud y de cone xión íntima que no había experimentado nunca antes.

Adam se quedó paralizado y la miró fijamente.

–¿Eres virgen? –preguntó con la voz agarrota da–. ¿Por qué no me lo has dicho?

–¿Podemos hablarlo más tarde? –preguntó ella a su vez, alzando las caderas para arrastrarlo más hacia su interior–. ¡No pares!

–No voy a parar –dijo él entre dientes–. Pero hablaremos de esto. –Más tarde –repitió ella a la vez que lo sujetaba por los hombros para animarlo a seguir. Adam buscó sus labios y la besó con delicade za al tiempo que volvía a mecerse en su interior –Enrolla las piernas a mi cintura, cariño –susu rró–. Muévete conmigo.

Trish obedeció. Podía sentir sus corazones la tiendo al unísono. Observó a Adam, tan guapo y fuerte, concentrado para darle placer. Apretó las piernas con fuerza y ya sólo sintió un calor interior que amenazaba con quemarla.

–Abre los ojos. Quiero ver cómo se oscurecen cuando llegues al orgasmo conmigo –

susurró él.

Trish los abrió. Adam siguió moviéndose, lle vándola con cada empuje a una cota más alta de placer. Trish gritó su nombre al tiempo que un co hete de fuegos artificiales estallaba en su interior y atravesaba todo

su cuerpo dejándolo cargado de electricidad.

Adam se tensó una fracción de segundo antes de gritar su nombre y empujar una última vez con tanta fuerza que Trish habría jurado que lo sentía contra su corazón. Luego colapsó sobre ella, apre sándola contra el sofá mientras mascullaba algo indescifrable y la acariciaba con su aliento.

Durante varios minutos, Trish sintió las sacu didas que, remitiendo, alcanzaban cada rincón de su cuerpo, y escuchó el jadeo de su propia respi ración. Estaba exhausta y saciada.

Se sentía libre, y más viva de lo que se había sentido en toda su vida.

Capítulo Ocho

Adam se desplazó cuidadosamente hacia el lado de Trish y, apoyándose sobre el codo, la miró fija mente.

–¿Por qué no me lo has dicho? –preguntó.

Le costaba creer que estuviera tan desesperada por cazarlo como marido y hacerse con su fortu na como para entregarle algo tan preciado. Por otro lado, si un mero beso le había hecho discul parse, imaginó que perder la virginidad le causa ría un espantoso sentimiento de culpa. De una forma u otra, no cejaría hasta que su curiosidad quedase saciada. La misma curiosidad que sentía por comprobar si el sexo con ella sería siempre tan increíble o si se había tratado de una excep ción debida a la novedad.

El roce de la cadera de Trish contra su sexo hizo que éste recobrara vida.

–Debería marcharme –dijo ella en un susurro.

–No –dijo él, consciente de que Trish se en contraba demasiado vulnerable como para dejar la ir.

Aunque no solía querer retener a las mujeres con las que se acostaba, no podía negar que Trish era distinta en todo, y prefirió pensar que necesi taba que le diera respuestas, en lugar de analizar las emociones que despertaba en él.

–No vas a ninguna parte hasta que me expliques por qué no me has dicho que eras virgen.

–¿Qué más da?

–¿Cómo que qué más da? De haberlo sabido no lo habríamos hecho en un maldito sofá.

Trish, que hasta entonces había esquivado su mirada, clavó sus ojos en él.

–Por eso mismo no te lo he dicho.

Adam le retiró un mechón de la cara.

–De saberlo habría sido más delicado para no hacerte daño.

–No me has hecho daño –dijo ella con dulzu ra. Luego sonrió–. Bueno, un poco, pero luego ha sido perfecto.

–Todavía no –dijo él con determinación–. Pero llegará a serlo.

Trish estaba sentada ante su escritorio a la ma ñana siguiente sin saber si ronronear como un gato o esconderse debajo de la silla por vergüen za: se había acostado con el enemigo.

De haber ocurrido sólo una vez, podría atri buirlo a una demencia pasajera, ¡pero habían sido tres! Y el recuerdo de lo que Adam le había hecho cada una de ellas le hacía estremecer. Nunca mi raría con los mismos ojos la mesa de la sala de jun tas, ni el sofá de su despacho.

Pero lo más grave era que, aunque supiera que lo que había hecho estaba mal, había gozado de cada caricia y de cada palabra susurrada. Adam le había hecho sentir cosas que no había sentido nunca. ¿Cómo podía haberlas sentido si era vir gen?

Afortunadamente, gracias a que Adam no le había preguntado por qué era virgen a los veinti séis años, había evitado mentir. Lo cierto era que había crecido rodeada y protegida por sus vecinos y su abuela en Victorian Village; después había ido a la universidad, donde había trabajado demasia do como para tener una vida social. Tras graduar se con un año de antelación, se había matriculado para un máster en la universidad local. Para enton ces, la abuela Anna había envejecido y ella había asumido la responsabilidad de la tienda, ocupán dose de los proveedores, de cambiar los escaparates y de la contabilidad.

Su abuela siempre le tomaba el pelo diciéndo le que saliera y que se enamorara, pero Trish ha bía creído que todavía le quedaba mucho

tiempo por delante. Fue por aquel entonces cuando, de acuerdo con los vecinos, quiso solicitar la decla ración de monumento histórico para el barrio y cuando su mundo colapsó por culpa de la com pañía de Adam Duke.

Por eso mismo debía hacer un esfuerzo para recordar que estaba allí para arruinarlo.

Suspiró profundamente y encendió el ordena dor. Tenía tiempo de investigar un rato sin sentir se demasiado culpable.

–Esto va por ti, abuela –musitó. Y empezó una búsqueda en Internet de las distintas fusiones y ad quisiciones que habían hecho las empresas Duke en los últimos años para ver si encontraba alguna transacción sospechosa.

Al concluir, se reclinó en el respaldo con la sen sación de haber compensado parcialmente a su abuela y a sus viejos vecinos por lo ocurrido la no che anterior a pesar de que su mente no dejaba de vagar hacia Adam Duke y de que su cuerpo reac cionaba con tanta violencia ante el recuerdo de sus caricias que tuvo que contenerse para no dejar es capar un gemido.

Avergonzada de sí misma, recogió el correo de la mañana y fue a la fotocopiadora. Tenía que to mar una decisión. Se apoyó en la máquina, cerró los ojos y respiró profundamente.

No podía huir de la verdad: estaba metida en un buen lío. Y no ya porque se hubiera acostado con el hombre al que teóricamente iba a destrozar, ni porque hubiera in cumplido la promesa hecha a su abuela en su le cho de muerte, sino porque lo peor de todo era que estaba deseando volver a estar en sus brazos.

La fotocopiadora se paró y el súbito silencio so bresaltó a Trish, que de pronto supo lo que debía hacer como si en su cerebro se hubiera encendi do una luz. Si no quería traicionar la memoria de su abuela, tenía que decir a Adam que no volve rían a acostarse.

Volvió a su escritorio con una nueva determina ción. Hablaría con él lo antes posible. Ni siquiera creía que fuera a afectarle. Después de todo, ten dría en lista de espera a numerosas mujeres deseo sas de tener una oportunidad.

Arrugó la nariz al pensar en ello. La idea le re sultaba odiosa, y al mismo tiempo la convenció de que a Adam le daría lo mismo que la vulgar Trish James le anunciara que no volvería hacer el amor con él.

–¡Ni hablar! –Adam cruzó el despacho y se plantó a unos centímetros de Trish–. No acepto tu dimisión. Vuelve a tu escritorio y haz… lo que sea. Tenemos mucho trabajo.

Tenerla tan cerca y oler su intenso perfume era una tortura. Habría querido desnudarla y poseer la allí mismo, pero dada la actitud de Trish, no le pareció una buena idea.

–Adam, por favor –insistió ella, como si hablara con un niño testarudo–. No he dicho que fuera a dimi tir, sino que quiero reconsiderar mi trabajo contigo.

–Ya te he oído –dijo él, cruzándose de brazos–. ¿Qué demonios quieres decir con eso?

–Significa que las cosas se han complicado y que creo que no deberíamos… –Trish dejó la fra se en el aire con un suspiró de impaciencia y apre tó los puños–. ¿De verdad necesitas que lo diga?

–Sí, Trish –respondió Adam, dando otro peque ño paso hacia ella–: Dímelo.

–¡No podemos volver a acostarnos! –gritó ella. Y con cara de espanto, se tapó la boca al instante.

–Creo que en el tercer piso no te han oído –dijo él rascándose la oreja.

–¿Ves lo que me obligas a hacer? No pensaba gritar –farfulló ella a través de los dedos.

–Está bien –Adam le retiró la mano de la boca–. No estoy de acuerdo contigo pero respeto tu ho nestidad.

–¿De verdad?

–Por supuesto –Adam mantuvo su mano fir memente asida–. Y también me importan tus sen timientos.

–¿En serio? –Trish lo miró con suspicacia–. Mu chas gracias.

Adam asintió con la cabeza.

–De nada. Y me alegro de que no dimitas.

–Nunca te dejaría empantanado.

–Lo sé –Adam le acarició el hombro–. Te ne cesito, Trish.

–Lo sé. Y no voy a decepcionarte –dijo ella con toda su alma.

Adam siguió acariciándola, subiendo la mano hacia su nuca.

–De eso estoy seguro.

–Umm –Trish inclinó la cabeza levemente para facilitarle el acceso–. Gracias, Adam.

–De nada.

–Bueno… –Trish se mordió el labio–. Será me jor que vaya a… hacer…

–Sí, pero antes deja que compruebe una teoría –dijo Adam, tirando de ella hacia sí y mordisqueán dole el lóbulo de la oreja.

–Pero… –dijo ella, gimiendo suavemente.

–Verás –Adam dejó un reguero de besos en la línea de su mandíbula–, en honor a la verdad ten go que advertirte que tengo la intención de seguir teniendo sexo contigo.

–Pe… pero –protestó Trish, jadeante–, tengo que… um, trabajar.

–Yo también –dijo Adam, arrancando una so focada exclamación de Trish al acariciarle los se nos a través de la camisa–. No te entretendré de masiado tiempo.

Trish arqueó la espalda.

–¿Cómo es posible que vuelva a suceder? –pre guntó con la respiración entrecortada.

–Ahora mismo te lo demuestro.

Adam la besó apasionadamente y en unos se gundos le desabrochaba el pantalón mientras ella buscaba la hebilla de su cinturón.

Adam había creído que con una vez sería sufi ciente, que tendría la satisfacción de llegar a la ofi cina y desenmascararla. Pero en cuanto Trish ha bía insinuado que se marchaba, se dio cuenta de que no estaba preparado para cortar con ella to davía.

El comportamiento de Trish le resultaba des concertante, y se pregunto si al interpretar el papel de chica buena y amenazar con marcharse preten día empujarlo a proponer una relación formal cuya

conclusión lógica fuera acabar en el altar.

Y aunque esa imagen debería haberle hecho salir huyendo, en aquel momento le dio lo mismo. Todavía la deseaba con un ansia devoradora y, has ta que se cansara de ella, no la dejaría ir.

–Adam, tócame –susurró ella.

–Encantado.

Tomándola en brazos, caminó hacia la pared y le hizo anudar las piernas a su cintura.

–Acabo de decidir que vas a pasar toda la ma ñana conmigo.

El teléfono sonó en el despacho a las cinco y Trish vio que se trataba del móvil de Adam.

–Hola, Trish –su voz grave reavivó el deseo en ella. Estaba perdida. Adam continuó–:

¿Te impor taría traerme a casa la carpeta Spirit cuando salgas del despacho?

–Claro que no –Trish se amonestó por sentirse desilusionada. ¿Qué esperaba? Después de todo era su jefe y era lógico que llamara por cuestiones laborales.

–Si no tienes planes –añadió Adam–, podría agradecértelo preparando una cena.

¿Adam estaba dispuesto a cocinar para ella? Trish supo que debía declinar la invitación.

«Vamos, Trish», intentó animarse. «Abre la boca y di «no». Es sen cillo».

–No me parece una buena idea –dijo, irritán dose consigo misma por no ser más firme.

–Creía que alimentarte bien era una de tus prio ridades. Sueles decirme que no es bueno saltarse co midas –dijo Adam adoptando un tono zalamero.

–No voy a saltarme…

–Escucha, Trish, considéralo una cena de tra bajo. Quiero que vengas

a cenar para hablar de la fiesta de inauguración.

Trish suspiró.

–Está bien –dijo, avergonzándose de ser tan dé bil.

–¡Fantástico! Prepararé una barbacoa. Hasta luego –dijo Adam, animado.

Trish colgó con ímpetu y luego se golpeó la ca beza suavemente contra el escritorio.

¿Acaso esta ba loca? ¿Qué parte de «no podemos volver a acos tarnos» se le había olvidado? ¿Cómo era posible que nada más decirlo hubiera vuelto a caer en brazos de Adam? Por otro lado ¿quién podría ol vidar el sexo salvaje que habían experimentado contra la pared?

–Perdone –dijo una dulce voz femenina–. ¿Está Adam Duke?

Trish alzó la cabeza sobresaltada.

–Hola –se puso en pie y se estiró la chaqueta al tiempo que observaba a la mujer, algo más baja que ella y mucho más exuberante.

No la conocía y se preguntó si se trataría de una cliente. Llevaba un vestido rojo con un gene roso escote y el cabello rubio recogido en un atractivo moño. Era preciosa, y por el tipo de ac cesorios que llevaba, debía de ser rica.

–Lo siento, pero el señor Duke no está dispo nible. –¿Está segura? –preguntó la mujer, obviamen te decepcionada.

–Sí.

–Me habían dicho que solía trabajar hasta tar de, así que he decidido arriesgarme –dijo con un suspiro. Abrió el bolso y sacó una tarjeta de visita que le tendió–. Tendrá que ser en otra ocasión.

–¿Es usted amiga de Adam? –preguntó Trish, apretando la tarjeta entre los dedos.

–Soy Brenda –dijo la mujer en tono seductor–. Él sabe quién soy. Otra vez será.

–Yo le daré su tarjeta.

–Gracias –Brenda le dedicó una sonrisa es pléndida–. Seguro que le

agrada saber que he ve nido. Y por favor, dígale que estoy deseando co nocerle mejor.

Trish sonrió en tensión.

–Se lo diré.

–Muchas gracias –dijo Brenda. Y se alejó por el corredor.

–No, no, gracias a ti –masculló Trish mientras la seguía con la mirada.

Las patatas se estaban asando, el vino estaba abierto y la carne llevaba un rato marinándose. Cuando el timbre sonó, Adam metió la ensalada que acababa de preparar en el frigorífico, corrió a la puerta y la abrió con una sonrisa resplande ciente.

–Adelante.

–Lo siento, pero no puedo quedarme –dijo Trish con frialdad al tiempo que le daba la carpe ta bruscamente.

–¿Por qué? –preguntó Adam, desconcertado, evitando a duras penas que se le cayera.

–Había olvidado que tenía una cita –respondió Trish apretando los dientes–. Por cierto, Brenda me ha pedido que te salude de su parte.

–¿Quién es Brenda?

–¿Sales con tantas mujeres que no recuerdas su nombre? –preguntó Trish con altivez. Sin esperar respuesta, le dio la tarjeta–. Me pidió que te diera esto. Todavía estás a tiempo de invitarla a cenar. –Trish, esto es ridículo. ¿Qué está pasando?

–Que todo ha sido un error. Pero la culpa es mía, no tuya. Eres mi jefe y no debería haberme dejado llevar.

–No te entiendo. Por favor, Trish, no…

–Buenas noches, Adam.

–Espera, ¿al menos te veré el lunes?

Trish se irguió con dignidad.

–Ya te he dicho que no te dejaré en la estacada y siempre cumplo mi palabra.

Adam tuvo la impresión de que estaba punto de echarse a llorar y le tomó la mano.

–No sé qué ha pasado, pero podemos…

–No, lo siento –Trish se soltó y dio un paso atrás–. No puedo, de verdad que no puedo.

–Un poco más a la izquierda, chicos –dijo Sally. Y Adam y Brandon refunfuñaron al unísono–. ¿No os parece que queda mejor centrado bajo la ventana?

–Sí –dijo Adam al tiempo que movía el pesado sofá unos centímetros, antes de dejar en el suelo su lado y secarse la frente de sudor–. Tienes razón, está perfecto, mamá, y de aquí no vamos a moverlo.

Era sábado por la tarde y Sally había decidido cambiar los muebles de sitio. Solía pasarle a me nudo, y sus hijos no protestaban porque a cambio les daba cerveza y pizza.

–¡Cam, tráeme una cerveza! –gritó Adam.

Cameron respondió desde la cocina.

–¡Ahora mismo!

–¡Y a mí otra! –gritó Brandon.

Sally siguió mirando a su alrededor para deci dir si estaba satisfecha con los cambios.

Cameron apareció con tres botellas, pasó dos de ellas a sus hermanos y dio un largo trago a la suya.

–Creo que lo hemos dejado perfecto –dijo Sally, finalmente.

Adam rió.

–Me alegro, mamá, porque no estaba dispues to a seguir trabajando.

–Este sofá pesa una tonelada –dijo Brandon, sentándose en él y poniendo los pies sobre la mesa de café.

Sally se sentó a su lado y le dio una palmadita en el brazo.

–Por eso os pido ayuda, cariño. Quita los pies de la mesa, por favor.

Brandon obedeció, pero no sin poner cara de fastidio.

–¿Habéis visto cómo me quiere? –bromeó. Y sus hermanos rieron.

Cameron se sentó en un sillón y preguntó a Adam, que estaba apoyado contra la pared: –

¿Qué tal fue la inspección del aparcamiento?

–Bien. Trish pasó todas las notas a limpio al día siguiente y mandamos una carta a los abogados. Bob Paxton hará las reformas en un par de sema nas.

–¡Qué rápido!

–Así es. Está muy motivado.

–Supongo que por el enfado que debe tener.

–Exactamente –Adam tomó una silla de la mesa de juegos y se sentó. Bastaba mencionar a Trish para que volviera a preguntarse qué habría pasado la noche anterior.

¿Qué podía haber sucedido entre las cinco y la hora a la que llegó a su casa? ¿Y quién era Brenda?

Tenía que reconocer que la echaba de menos. Y como no quería dar ningún significado a ese sentimiento, se convenció de que la necesitaba como empleada y que le preocupaba que le hu biera pasado algo.

–¿Qué tal está Trish? –preguntó Brandon con aparente naturalidad.

Adam le lanzó una mirada amenazadora, pero guardó silencio.

–¿Quién es Trish? –preguntó Sally.

–Es mi ayudante, mamá –respondió Adam en tensión–. Como si no lo supieras.

–Ah, he hablado con ella por teléfono. Parece muy agradable.

Cameron dejó escapar una risita.

–¿Quién es Trish? –Brandon repitió la pregun ta imitando a su madre–. Tiene gracia que lo pre guntes, mamá.

–¿Por qué? –Sally miró a sus hijos de hito en hito–. Se ve que no entiendo vuestro sentido del humor.

–Ya sabes que Brandon tiene un humor pecu liar –dijo Cameron. –Es verdad –admitió Sally.

Pero mirando fijamen te a Brandon añadió–: ¿Por qué no me explicas qué te hace tanta gracia?

Brandon intercambió una mirada con sus her manos y, con un encogimiento de hombros, dijo: –Supongo que tenía que pasar.

–Te toca a ti –dijo Cameron a su vez, poniéndo se en pie–. Voy a por más cerveza.

¿Quieres algo, mamá?

–Cobarde –dijo Adam entre dientes.

–Así es –Cameron sonrió–. No puedo soportar la sangre.

–Será mejor que tome una copa de vino –dijo Sally sin apartar los ojos de Brandon, que empe zaba a sentirse nervioso.

–Enseguida te lo traigo –dijo Cameron. Y fue a la cocina silbando.

–¿Vas a contarme de qué estás hablando? –pre guntó Sally.

Brandon le apretó la mano afectuosamente.

–Mamá, sabemos que lo has planeado todo.

–¿El qué?

–Lo de Trish y Adam, con la ayuda de Marjorie.

Sally ladeó la cabeza y lo miró perpleja. Adam sintió que se le formaba un nudo en el estómago. Su madre no era tan buena actriz.

Cameron entró y le dio una copa de vino.

–Gracias, cariño. Creo que voy a necesitarlo –dio un sorbo y, mirando a Adam, preguntó–: ¿Puedes decirme a qué se refiere Brandon?

Adam frunció el ceño al sentir la duda afianzar-se en su mente. ¿Habría cometido un error? ¿Estaría fingiendo su madre? Empezaba a parecer imposible.

–Trish es la ayudante que recomendó Marjorie –aclaró.

–¿Qué ha pasado con Cheryl?

–Está embarazada y ha dimitido.

Sally aplaudió.

–¡Qué maravilla! Tengo que mandarle un re galo.

–Mamá, concéntrate –Brandon se inclinó hacia delante para reclamar su atención–.

Sabemos que tú conseguiste que Trish trabajara para Adam.

Sally pestañeó.

–¿Que yo hice qué?

–Sabemos que quieres que nos casemos y te de mos nietos y… –Brandon movió las manos en el aire–. Bla, bla, bla.

Sally entornó los ojos.

–Claro que quiero nietos, pero… ¿Cómo dices que se llama la chica que he puesto a trabajar con Adam?

–Trish –dijo Brandon, que empezaba a perder la paciencia.

–Ajá, Trish –repitió Sally como si reflexionara–. ¿Y recuérdame qué he hecho?

Brandon miró a sus hermanos con preocupa ción: ¿estaría perdiendo su madre la cabeza? Pero Adam sabía que no era así, sino que Sally le esta ba tomando el pelo. Y de no ser porque su vida es taba en juego, habría disfrutado de la escena.

–Marjorie te ayudó –explicó Cameron. –Claro –Sally asintió–. Marjorie es una buena amiga.

–Exactamente –intervino de nuevo Brandon–.

¿Así que no niegas haber sido tú quien lo ha or ganizado todo?

–¿Por qué iba a negarlo? –replicó Sally–. Pare ce un plan muy inteligente.

–No esperamos menos de ti, mamá –dijo Ca meron.

–Gracias, cariño –Sally miró entonces a Adam con ojos brillantes–. Esta conversación sobre pla nes y mujeres me acaba de recordar una cosa: ¿Has salido con Brenda?

Adam se puso en pie con expresión alarma da.

–¿Quién es Brenda?

–Eso, ¿quién es Brenda? –repitió Brandon.

Sally se reclinó en el respaldo con una sonrisa de satisfacción.

–Brenda es la hija del médico de Geraldine Shar key.

–¿Geraldine? ¿Tu amiga del hospital? –pregun tó Cameron.

–Así es –dijo Sally, alegrándose de que Came ron lo recordara–. Jugamos a canasta a menudo. Quería presentar a la hija del doctor Brisbane a al gún hombre agradable, así que le di el teléfono de la oficina de Adam.

–¡Maldita sea! –masculló Adam. La misteriosa Brenda. Pero si ésa era la mujer que su madre le había buscado, entonces…–. En lugar de llamar se presentó sin previo aviso.

–Lo que no entiendo, mamá, es por qué man daste a Brenda cuando ya habías organizado lo de Trish –preguntó Brandon, desconcertado.

–¿Qué tiene que ver Brenda con la ayudante de Adam? –preguntó a su vez Sally.

–Esto no tiene gracia –dijo Adam, recorriendo la habitación de arriba y abajo–. Mamá, estoy en cantada con el trabajo de Trish y no quiero que ha gas planes por mí, así que manda a Brenda a otro.

–¿Es sexy? –preguntó Brandon al instante.

Cameron soltó una carcajada.

Sally detuvo a Adam en mitad de la sala y en trelazó su brazo con el de él.

–Adam, debes saber que no he tenido nada que ver con lo de tu ayudante.

–Acabo de darme cuenta, mamá.

Que Adam creyera a su madre significaba que Trish era inocente y que había sido injusto con ella al tratarla con desconfianza.

–Tengo la impresión de que te gusta –comen tó su madre con cautela.

–No te hagas ilusiones –le advirtió él.

–Cariño, siempre pienso lo mejor de ti y nun ca me decepcionas –respondió ella, sonriente.

Adam suspiró. ¿Cómo iba a enfadarse con la mujer que le había enseñado lo que era el amor? –Y tú a mí tampoco, mamá. –Cariño, vas a hacerme llorar –Sally le dio un fuerte abrazo y Adam se sintió despreciable. No podía decirle que había maltratado y seducido a una mujer inocente… en todos los sentidos.

Más tarde, cuando volvía en coche a su casa, re cordó cómo había engatusado a Trish en Fantasy Mountain, y cómo, al día siguiente, ella le había entregado su virginidad.

Había creído que Trish quería su dinero, que era cómplice de su madre, pero se había equivo cado. Trish era honesta y le gustaba. Mucho.

–Maldita sea –masculló, dando un puñetazo al volante.

Encontraría una manera de compensarla por lo que había hecho. La invitaría a salir, la trataría como a una princesa. Le explicaría lo de Brenda y luego le haría el amor toda la noche. Toda la se mana. Todo el mes.

Sabía que sólo sería pasajero porque la palabra «siempre» no entraba en su vocabulario, y que lle garía un momento en que la dejaría marchar pero, hasta entonces, podrían disfrutar al máximo el uno del otro.

Capítulo Nueve

Trish no tenía éxito.

Hacía ya dos semanas que la elegante Brenda había aparecido en el despacho, arruinando su fin de semana. Pero para cuando llegó el lunes, había reflexionado y casi estaba agradecida a la descono cida por haberle abierto los ojos y haberle ayudado a recordar la razón por

la que estaba trabajando para Adam Duke. A partir de ese día, se había dedicado en cuerpo y alma a buscar algo con lo que poder desprestigiar a su jefe, y aunque seguía sin encon trar nada, no pensaba darse por vencida.

Entre tanto, Adam le había explicado la apari ción de Brenda como resultado de la obsesión de su madre por casarlo, algo que no pensaba hacer en su vida. Y Trish lo creyó.

Ambos habían reído cuando Adam describió la tenaz insistencia de su madre, y Trish había acep tado sus disculpas. Aunque eso no significaba que hubiera olvidado.

Abrió un cajón y dejó dos carpetas en su sitio. Adam estaba fuera de la oficina y ella estaba apro vechando para repasar los documentos que ya ha bía revisado por si se le había escapado algún de talle.

Pero sus pensamientos volvían constantemen te a Adam y a lo detallista que había sido aquellas dos semanas para conseguir ablandarla. Había es tado divertido y encantador, y estaba a punto de conseguir que cediera.

El martes había dejado una rosa blanca sobre su escritorio diciéndole que le recordaba su ex cepcional belleza y estilo. Luego le dio un beso que la había derretido.

Trish hundió la cabeza en las manos. Tenía que luchar y resistir. No ya por ella, sino por todos aquéllos a quienes amaba. Alzó la cabeza y abrió otra carpeta con determinación. Pero en cuestión de minutos estaba pensando de nuevo en Adam y se preguntó si no había llegado el momento de darse por vencida y aceptar lo inevitable aun sa biendo que sería pasajero. Al menos con ella. Adam había sido muy claro respecto a su rechazo del matrimonio. Y en cualquier caso, si alguna vez llegaba a casarse, no sería con alguien como ella, si no con una mujer de su clase, sofisticada y con experiencia. En cambio ella, aunque confiaba en viajar en algún momento de su vida, quería for mar una familia y tener un hogar.

Sin embargo, Adam la deseaba para el presen te. Y ella a él. Y quizá debía disfrutarlo mientas du rara. En lugar de pensar en el futuro, viviría el mo mento, y conseguiría que Adam Duke le dejara los bastantes recuerdos maravillosos como para ali mentarse de ellos el resto de su vida.

Había sido un día horrible. Había tenido que apagar un fuego tras de otro, resolver problemas y desactivar posibles conflictos. Se había

ganado el sueldo. Pero debía aprovechar que Adam había ido a una cena de trabajo para seguir con la revisión de las carpetas. Ya no quería destrozarlo, le bastaba con encontrar alguna información que, filtrada a la prensa, lo pusiera en una situación incómoda. Se lo debía a sus viejos amigos y a su abuela.

Viendo que no lograba concentrarse y que es taba demasiado distraída, llegó a un acuerdo con sigo misma entre su corazón y su conciencia, y tras una hora de investigación, decidió dar la jornada por concluida.

Como recordaba que no tenía nada para cenar, se detuvo de camino a su casa para ir a un super mercado. Hacía frío y, al abotonarse el abrigo, re cordó la noche en Fantasy Mountain, cuando Adam la había besado por primera vez. En dos semanas volverían para la inauguración, y Adam le había prometido pasar allí un par de días antes de la fiesta y disfrutar a solas del hotel. Pero sólo había una actividad a la que ella quería dedicarse, y te nía lugar sobre la cama.

Distraída con esa imagen, llegó a la puerta del supermercado y, al abrir, chocó con un hombre al que tuvo que sujetar para que no se cayera al sue lo por el impacto.

–Lo siento –se disculpó–. ¿Le he hecho daño?

–No, estoy bien –dijo el hombre.

Trish lo miró con más atención y exclamó: –¿Sam? ¿Sam Sutter?

–¿Trish? –dijo él a su vez, estrechándola en un afectuoso abrazo.

–Sam, ¡te he echado mucho de menos!

La risa de alegría de Sam se transformó en una tos cavernosa.

–¿Estás bien? –preguntó Trish–. Entremos.

Sam Sutter era un viejo amigo de la abuela Anna, dueño de la tienda de bicicletas del barrio. Él le había regalado su primer triciclo y le había enseñado a montar.

Su antiguo vecino parecía haber envejecido una década en los últimos meses, y Trish quiso pensar que se debía al catarro. Aunque había de jado de toser, respiraba fatigosamente.

–No parece que te encuentres bien, Sam –co mentó mientras tomaba

un carro y se dirigían a la zona de lácteos.

–No lo estoy. Creo que el catarro va a convertir se en una bronquitis –dijo él, sonándose la nariz.

Trish metió un litro de leche en el carro y en trelazó el brazo con el de Sam mientras seguían caminando.

–Deberías ir al médico.

–Lo sé, cariño, pero no tengo dinero. Tendré que conformarme con un jarabe y aspirinas.

–¿Te has vacunado contra la gripe?

–Todavía no. Intentaré buscar un hueco en mi apretada agenda –Sam sonrió con tristeza–. Eres muy amable, Trish.

Ella le apretó la mano.

–Te he echado mucho de menos.

–Yo también a ti –Sam rió quedamente–. ¡Qué bien lo pasábamos en los viejos tiempos!

Por cier to, el otro día me encontré con Bert Lindsay.

Bert y su mujer, Tommie, tenían un salón de belleza en Victorian Village.

–¿Qué tal están? –preguntó Trish, a la vez que maniobraba con el carro para pasar al siguiente pasillo.

–Tommie tiene dolores por la artritis, pero man tiene una buena actitud.

–Intentaré pasar a visitarlos la semana que vie ne.

–Les encantaría –Sam esperó a que Trish selec cionara un calabacín antes de añadir–: Bert me ha dicho que estás trabajando con Duke.

Trish suspiró.

–Así es.

–Siempre fuiste una chica lista –Sam entornó los ojos–. Espero que puedas encontrar algo con lo que asustarlo.

Trish se sintió abrumada por la culpa.

–No estoy segura, Sam.

Él posó la mano en su hombro para consolar la.

–No te preocupes, cariño. Nos basta con que lo intentes.

–Prometo que… que haré lo que pueda.

Llegaron a la zona de medicamentos y Sam to mó una caja de aspirinas y un frasco de jarabe con tra la tos.

–Nada nos devolverá el barrio, pero no estaría mal que Adam Duke se diera cuenta del daño que ha causado.

–Tienes razón.

Trish no se atrevía a mirar a Sam a los ojos sa biendo que le había traicionado a él y a sus demás amigos al haberse dejado seducir por Adam. ¿Qué pensarían si lo supieran? Eran tan maravillosos que con toda seguridad la perdonarían, pero no esta ba segura de poder ser tan benevolente consigo misma.

Al llegar a la caja, Sam hizo ademán de pagar, pero Trish lo detuvo.

–Deja que pague yo –dijo, sacando la tarjeta de crédito.

–Ni hablar, querida.

–Pero si es la tarjeta de la compañía –mintió Trish–. Deja que pague Duke.

Sam dejó escapar una carcajada.

–Si es así, de acuerdo.

Al salir, Trish, preguntó: –¿Puedo hacer algo por ti, Sam?

–No necesito nada, querida. Me ha bastado con verte.

–¿Cojeas?

–Un poco –Sam hizo un gesto con la mano para quitarle importancia–. El médico quiere operar me la cadera, pero me niego.

–¡Podría cambiarte la vida, Sam!

–Puede –el anciano blandió un dedo en el aire–. Pero no me quitará años. Te aseguro que enveje cer no le sienta bien a nadie.

Trish rió.

–Eso decía siempre la abuela Anna.

–También a ella la echo de menos. Era una mu jer excepcional.

–Yo también la echo de menos.

–Ya hemos llegado a mi camioneta –Sam le dio un fuerte abrazo de despedida–. Cuídate y re cuerda que estamos orgullosos de ti.

–Gracias, Sam. Adiós.

Trish esperó a verlo partir antes de dirigirse a su coche con el corazón encogido, sintiéndose una traidora.

Adam metió otra carpeta en su maletín.

–¿Está resuelto lo de la orquesta? Sé que has te nido problemas con el representante del sindica to.

–Todo está resuelto –contestó Trish–. Sólo que ría asegurarse de que tendrían dos descansos du rante la velada.

–¿Qué pasará durante los descansos?

Trish sonrió.

–He contratado a un fantástico DJ.

–¡Eres increíble!

–Gracias.

–De nada –dijo Adam sonriendo, antes de vol ver la mirada a la lista de preparativos que Trish le había dado–. Así que la música está, la alfombra roja, también. Las limusinas recogerán a los invita dos en el aeropuerto, los fotógrafos han sido con tratados y hemos avisado a todas las cadenas de te levisión. ¡Fantástico! ¿Has hecho ya el equipaje?

–Casi –Trish ojeó su lista–. Por cierto, el avión de la compañía llevará a tu madre y a sus tres ami gas. Luego volverá a por tus hermanos y sus acom pañantes.

–Gracias de nuevo –Adam la atrajo hacia sí y la besó en la frente–. Me alegro de ir dos días antes.

–Los necesitaremos para que todo esté listo.

–Pero no trabajaremos todo el tiempo –Adam ya le había dicho que quería aquellos días para disfrutar con ella de unas minivacaciones.

Podían hacer lo que quisieran: esquiar, subir a la montaña, recibir un masaje, ir al spa, hacerse la pedicura. Adam había prometido cumplir todos los deseos de Trish mientras ella estuviera a su dis posición cada noche. Y Trish se estremecía con sólo pensar en las cosas que le había dicho que le haría.

Sólo le quedaba una cosa por hacer antes de la partida: comprarse un vestido para la fiesta. Y sólo le quedaba aquella tarde.

–Bueno, puesto que todo está en orden –Adam cerró el maletín–, me voy a la reunión con la gen te de SyCom.

Trish le pasó una carpeta delgada.

–Aquí tienes las notas para la reunión.

–¿Qué haría yo sin ti? –Adam la abrazó y la besó–. Mmm, ¿todavía estoy a tiempo de cancelar la reu nión?

Trish sonrió pensando que a ella también le gus taría.

–Será mejor que te vayas –dijo.

–Sí, señora –Adam sonrió y, haciendo un salu do militar, tomó el maletín y se fue.

Trish contempló el desordenado escritorio de Adam y decidió recogerlo después de ir de com pras.

Dos horas más tarde, estaba de vuelta en el des pacho con la seguridad de haber encontrado el vestido perfecto y, tras ordenar su mesa, pasó al des pacho de Adam.

Su escritorio estaba cubierto de papeles, tazas de café vacías y una magdalena a medio comer. En primer lugar puso los documentos para clasificar en un carrito, intentando identificar las carpetas a las que pertenecían; metió los bolígrafos y los clips en un cajón, tiró la magdalena y dejó las tazas en la cocina.

Después, llevó el carrito a su escritorio para re visar y clasificar los papeles. Tras una hora de tra bajo, llegó al final del montón y encontró una car peta con un nombre desconocido para ella: Vista del Lago. Por curiosidad, echó una ojeada y sacó una carta para averiguar de qué se trataba.

Al llegar al final del primer párrafo se dejó caer en la silla con ojos desorbitados mientras seguía leyendo. Se trataba de una notificación a los resi dentes de Vista del Lago para que abandonaran su casa y permitieran la demolición del edificio.

La circular informativa interna dirigida a Adam estaba marcada como Privada y confidencial, y en ella se enumeraban las razones por las que el edi ficio sería demolido: estaba cerca de la playa, por lo que el solar valía millones; el edifico necesitaba reparaciones que encarecían la restauración; los in quilinos eran mayoritariamente jubilados a los que no se les podía subir la renta. Así que lo más sen cillo era conseguir una orden de desalojo y pro ceder a la demolición.

Trish sacudió la cabeza. La fría circular conti nuaba explicando que en el lugar de Vista del Lago se construiría una urbanización de lujo que proporcionaría grandes beneficios a la compañía.

No supo cuánto tiempo pasó mirando al vacío en estado de shock. Tenía en sus manos la prueba que había buscado contra a Adam desde el prin cipio, pero su mente se debatía entre olvidarla o propagarla a los cuatro vientos.

Pero ¿cómo iba a olvidarse de ella si describía una situación prácticamente igual a la de Victorian Village? Se le hizo un nudo en el estómago. Quizá la carta y la circular no eran un arma letal, pero re presentaban el tipo de información sobre el que los periódicos locales caerían como buitres. No destrozaría a Adam Duke, pero supondría un duro golpe para su reputación. Y si la presión de los periódicos y del público era suficientemente fuerte, hasta podía darse el caso de que el proyec to se anulara.

En definitiva, era exactamente lo que necesita ba, pero ¿cómo iba a usarlo contra Adam si estaba enamorada de él?

–¡No! –exclamó con un escalofrío al hacer aquel descubrimiento.

Se puso en pie y caminó hasta el despacho de Adam, que recorrió de arriba abajo como si estu viera ida, antes de detenerse frente a la ventana.

–No, no es posible.

No sabía dónde ir ni cómo esconderse de la verdad que acababa de tomar forma en su mente: estaba enamorada de Adam.

Fue hasta el sofá y se dejó caer en él a la vez que ocultaba el rostro entre las manos. No podía ser. No podía consentirlo. A pesar de sus buenas cualidades, a pesar de ser su amante, Adam seguía siendo el hombre responsable de la desgracia de su familia y de sus vecinos. Él había dado la orden de que se demolieran los hermosos edificios donde su abuela y ella habían vivido y trabajado toda la vida. Él tenía la culpa de que hubieran sido reempla zados por un espantoso aparcamiento de hormi gón. Era el mismo hombre que estaba dispuesto a actuar exactamente igual con otro grupo de resi dentes en Vista del Lago si es que ella no hacía nada para detenerlo.

Alzó la cabeza y miró a su alrededor. Tenía que haber una explicación razonable que justificara sus actos. Cabía la posibilidad de que Adam no tu viera todos los datos. Pero eso era imposible, la prueba estaba sobre su escritorio. ¿Cómo no iba a haber leído aquellos documentos?

Trish tenía ante sí la evidencia de que Adam Duke estaba a punto de destrozar las vidas de otro grupo de víctimas inocentes.

Un hondo pesar la invadió al tiempo que asu mía su responsabilidad. Tenía que tomar partido.

Mecánicamente, sin saber ya ni lo que sentía ni qué pensaba, Trish escaneó los documentos de Vista del Lago, los copió en un CD y guardó el dis co en el bolso.

Capítulo Diez

Descendieron la escalerilla del avión y Adam respiró profundamente para llenarse los pulmo nes del aire puro de la montaña. Por fin podía re lajarse y pasar un par de días con Trish, olvidando temporalmente el estresante trabajo que los había ocupado las dos últimas semanas. Estaba decidido a mantenerla ocupada en la cama, y a mimarla y darle todo tipo de caprichos el resto del tiempo. Trish había estado muy callada durante todo el viaje, pero Adam lo atribuyó a su miedo a volar.

–¡Cuánto me alegro de estar aquí de nuevo! –ex clamó ella, contemplando las montañas al tiempo que se frotaba los brazos–. ¡Qué frío hace!

–Va a nevar –Adam le tomó la mano y la con dujo a la limusina–. El chófer nos llevará al hotel y luego volverá por las maletas.

Dentro del coche, le pasó el brazo por los hom bros y la pegó a su costado, mientras reflexionaba sobre la mujer que tenía a su lado. El trabajo de Trish había sido magnífico y no le importaba ad mitir que gracias a ella la fiesta sería un éxito. Ser su ayudante no era un trabajo sencillo, y Trish ha bía superado sus expectativas con creces. Era una trabajadora incansable y tenía un talante excep cional. Pero además de eso, no se cansaba de ella y seguía deseándola como la primera noche. Y aunque sabía que tendrían que acabar, no era ca paz de poner fecha a la despedida.

Confiaba en que, cuando se produjera la ruptu ra, Trish no se sintiera ofendido. Para ello, tendría que expresarse de tal modo que comprendiera que el problema era él y no ella.

Había jurado mucho tiempo atrás que nunca se comprometería con na die. No confiaba en el amor porque sabía que la gen te se juraba amor eterno pero acababa odiándose y haciéndose daño. Sólo era cuestión de tiempo.

Sally Duke era una excepción a la regla. Nada más.

Pero el amor romántico estaba abocado al fra caso, y no quería pasar por ese suplicio ni mucho menos hacer daño a Trish en el proceso. Por eso estaba decidido a no mantener nada que pudiera semejarse a una «relación seria». Y Trish era de esas mujeres destinadas a tenerla.

Por el momento, al menos durante aquellos días, estaba ansioso por pasar el tiempo hacién dole el amor. ¿Y qué lugar podía haber más idíli co que Fantasy Mountain?

Cuando el ascensor los dejó en la última plan ta, Adam siguió a Trish hasta la suite presidencial y la observó mientras ella miraba a su alrededor con expresión extasiada. La habitación era espec tacular. Tres de las paredes estaban recubiertas de madera clara, mientras que la cuarta era de piedra y en ella había una enorme chimenea. Un sofá de ante verde oscuro y unas encantadoras butacas de ma dera a juego con una mesa, formaban un rincón de reunión acogedor. Una terraza recorría la facha da, y a ella se accedía por dobles puertas de cris tal tanto desde el dormitorio como desde la salita. En el cuarto de baño había una bañera situada de lante de la ventana, con vistas a la cumbre nevada de las montañas.

Al entrar en el dormitorio, Trish descubrió un fuego encendido en un

hogar más pequeño que el del salón, delante de la cama. Se volvió hacia Adam y comentó: –Nunca pensé que podría haber una habita ción aún mejor que la que usé la otra vez.

–Eso es porque es mayor –dijo Adam.

–No sólo eso –Trish sonrió y volvió hacia el sa lón–. También es distinta porque la estamos vien do de día.

Adam siguió a Trish, encantado con su reac ción de entusiasmo. Ella retiró los visillos para mi rar al exterior y luego tiró del cordón. La luz inun dó la habitación.

–¡Qué vista más espectacular! –exclamó Trish.

Al girarse para mirar a su espalda, quedó a con traluz, y los rayos del sol formaron un halo a su al rededor que hizo pensar a Adam en una diosa. Nunca había visto a una mujer tan espectacular.

–Eres preciosa –dijo sin poder contenerse.

Trish le dedicó una sonrisa resplandeciente.

–Tú también.

–Es la primera vez que una mujer me dice algo así –Adam se acercó a ella lentamente–.

Espero que no hayas hecho ningún plan para la mañana.

–¿Planes? –dijo Trish con picardía.

–Sí. Ven aquí.

Adam la atrajo hacia sí y le dio un beso apasio nado. Luego la tomó en brazos y la llevó al dor mitorio, donde la dejó sobre la cama antes de in corporarse y empezar a desabrocharse la camisa.

Trish se sentó para quitarse el jersey, pero Adam la detuvo.

–Deja que lo haga yo.

–Date prisa –susurró ella.

–No lo dudes.

Adam volvió a besarla. Sus labios estaban toda vía húmedos del beso

anterior y su boca resultaba tan tentadora que no pudo esperar. Arrodillán dose en la cama, profundizó el beso y sus lenguas se encontraron en un frenético baile. Adam sintió su sexo endurecerse y supo que tenía que domi narse para no estallar antes de tiempo.

Tomó el elástico del jersey de Trish y tiró hacia arriba. El sujetador de encaje negro que quedó al descubierto lo tomó por sorpresa, y con una son risa provocadora, recorrió el perfil de uno de sus senos con el dedo antes de meterlo por dentro y pellizcarle el pezón.

–Adam, ya –exigió ella, cerrando los ojos y al zando los brazos.

El gesto hizo que se arqueara levemente hacia atrás y que sus senos se elevaran. Adam dijo algo en tre dientes y le soltó el sujetador, dejando a la vista sus suaves y redondos senos y sus duros pezones.

–Eres perfecta –dijo. Y agachó la cabeza para saborear primero uno y luego el otro.

Con celeridad, le quitó los pantalones y fue deslizándose hacia abajo dejando un rastro de be sos en su vientre, hasta que llegó a la diminuto triángulo de encaje negro que llevaba Trish y que arrancó de su garganta un nuevo comentario.

–¡Estás tan sexy!

Con una mano dio un suave tirón al tanga y la fricción del tejido con sus partes íntimas hizo gemir a Trish, lo que a su vez aceleró la sangre de Adam. Metiendo la mano por debajo del tanga, encontró su punto sensible y la penetró con el dedo.

–¡Y tan húmeda!

Le quitó la prenda y colocó allí su boca, besán dola primero, luego lamiéndola y finalmente de vorándola.

Los jadeos de Trish incrementaron su excita ción. Adam recorrió sus firmes muslos con las ma nos, le tomó los tobillos y se los pasó por los hom bros sin dejar de succionar su centro caliente y húmedo.

Conseguir arrastrarla a un violento clímax casi lo llevó a él al límite. Un deseo abrasador, dolo roso y urgente, se apoderó de él mientras trepaba hacia arriba para mirarla a los ojos.

–Eres el ser más perfecto de la creación –susu rró sin poder dejar de tocarla.

–Y tú llevas demasiada ropa –musitó ella, bus cando la hebilla de su cinturón.

Adam rió, se puso en pie y, tras desnudarse, se colocó un preservativo. Luego, admirando las be llas facciones de Trish enmarcadas por su largo ca bello y su cuerpo voluptuoso estirado en la cama, se echó sobre ella y la penetró lentamente al tiem po que apretaba los dientes para no perder el con trol al sentir su ajustada presión.

Empezó a moverse con la misma lentitud, pro fundizando poco a poco en su interior, perdién dose en su húmedo calor. Según aceleraba, sintió un intenso anhelo en lo más profundo de su ser que no quiso analizar.

Las piernas de Trish se anudaban a su cintura, facilitándole el acceso y permitiendo que alcan zara el fondo de su cueva. Su respiración era cada vez más agitada, y cuando sus senos adquirieron un tono rosa oscuro, Adam supo que iba a alcan zar el clímax.

–Déjate llevar, cariño –susurró, desacelerando, saliendo prácticamente de ella.

Trish abrió los ojos alarmada y entonces él la penetró de un solo impulso, profundamente, como si quisiera perderse en ella. Agachó la cabe za y la besó, absorbiendo sus gemidos, meciendo las caderas frenéticamente. Alrededor de los ojos de Trish se formaron círculos oscuros y Adam con tinuó imparable, entrechocando con ellas, sus cuer pos sudorosos y calientes, su deseo incontenible, arrollador.

Adam vio que la mirada de Trish se nublaba una fracción de segundo antes de que estallara nuevamente con un grito prolongado. Él la besó para saborear su pasión, su dulzor, y perdió el con trol. Su cuerpo se tensó hasta casi resultarle dolo roso antes de vaciarse completamente dentro de Trish.

***

Dos días más tarde tuvo lugar la fiesta de inau guración. Había nevado durante la tarde y Fantasy Mountain se había transformado en un lugar de ensueño.

Adam y Trish habían vuelto al trabajo hacía ho ras, dejando atrás las horas de placer. En aquel mo mento, Adam recibía en lo alto de la escalinata que daba acceso al gran salón de entrada a los invita dos. Adinerados inversores, numerosas celebridades, viejos amigos e

incluso algunos representantes de la competencia se iban a reunir para disfrutar del fin de semana de celebraciones. Los hermanos de Adam y los ejecutivos de la compañía estaban en el inte rior agasajando a los invitados.

Los paparazzi se agolpaban en el exterior, ilu minando la oscuridad con sus flashes, y los locu tores de televisión se alineaban a lo largo de la al fombra roja para entrevistar a los recién llegados. A lo largo del recorrido se habían instalado lám paras de calor para contrarrestar el frío de la no che.

Desde donde se encontraba, Adam podía ob servar a Trish, que con un walkie-talkie coordinaba la llegada de las limusinas y el servicio de mayor domos. Llevaba vaqueros, botas y un forro polar, y corría de un extremo a otro ocupándose de que no se produjera ningún fallo. Se detenía para hablar con un miembro del servicio, luego reía la broma de un fotógrafo. Tenía la habilidad de conseguir que todo el mundo se sintiera cómodo. Irradiaba seguridad en sí misma y calidez, y era evidente que todos los implicados en la organización se habían enamorado de ella.

Todos.

Adam frunció el ceño y se pasó el dedo entre la camisa y el cuello. ¿Por qué hacía de pronto tan to calor?

Sally se le acercó y le pasó el brazo por la cin tura.

–Cariño, está todo perfecto. El hotel es impre sionante.

–Gracias –Adam le apretó los hombros afec tuosamente–. Estás preciosa.

Su madre vestía una camisa de satén con una falda negra de tafetán, y llevaba el cabello recogi do en un moño trenzado que dejaba a la vista unos pendientes largos de brillantes.

–Gracias –dijo ella, sonriente–. ¿No es hora de empezar?

–Faltan veinte minutos –Adam miró el reloj. Lue go llamó la atención de jefe de mayordomos y, dando un golpecito con los dedos en la esfera, se ñaló a Trish.

Era la señal que habían convenido, y en unos segundos, Trish se reunió con él. –Ya verás como estoy lista a tiempo –dijo, su biendo con rapidez las escaleras hacia el hotel.

Dejándose llevar por un impulso, Adam se in terpuso en su camino, la tomó en brazos, le dio una vuelta en el aire y la besó antes de devolverla al suelo, jadeante.

–Tienes quince minutos para vestirte y bajar.

–Estás consiguiendo que me retrase –dijo ella, dándole una palmada en el brazo. Luego abrió los ojos desmesuradamente–. ¿Ésta es tu madre?

–Sí –Adam se volvió–. Mamá, ésta es Trish.

–Hemos hablado por teléfono –dijo Sally, es trechando la mano de Trish–. Me alegra conocer te en persona.

–Igualmente, señora Duke.

–Llámame Sally, querida.

–Gracias –Trish sonrió–. Está guapísima.

–¡Qué encantadora eres! –dijo Sally, ahuecán dose el cabello.

–Sí que lo es –intervino Adam–. Y ahora, ponte en marcha –besó de nuevo a Trish y ella rió cuan do le dio una palmadita en el trasero para empu jarla.

–Así que ésta es Trish –comentó su madre un instante después.

–Sí –respondió Adam, súbitamente irritado con sigo mismo por haber dado una muestra pública de su afecto.

–Es perfecta –dijo Sally en voz baja.

Su tono despertó la suspicacia de Adam. Sally alzó las manos con expresión inocente.

–¿Qué quieres decir?

–Sólo eso: que es una chica encantadora. Y Mar jorie me ha dicho que es una gran trabajadora.

Adam entornó los ojos:

–¿Qué más te ha dicho Marjorie?

–¡Ay, Adam! –Sally rió quedamente–. ¡Si tú su pieras…!

–Mamá.

–Cariño, no frunzas el ceño o asustarás a los in vitados.

Adam sacudió la cabeza y le ofreció el brazo.

–¿Qué te parece si te escolto al interior?

–Fenomenal.

Con su madre como acompañante, Adam re corrió el salón actuando de anfitrión durante los siguientes veinte minutos. Los invitados elogiaron la elegancia rústica del hotel y el precioso salón, y agradecieron calurosamente la cesta de bienveni da que habían encontrado en sus dormitorios. Trish había seleccionado los componentes con su aprobación: champán, fruta fresca, quesos y ape ritivos, vales para tratamientos en el spa junto con productos de belleza de la exclusiva línea del ho tel, así como un albornoz y una toalla.

Adam pensó en la reacción de su madre al co nocer a Trish, y se dio cuenta de que tendría que terminar su relación con ella en cuanto volvieran a la ciudad. Cuando acabara la fiesta de inaugu ración, su romance habría concluido y volvería a su rutina habitual. Estaba seguro de que la echa ría de menos ocasionalmente, especialmente en el despacho, pero no podía hacer otra cosa. Y una vez tomada la decisión, supo que, a pesar de la presión que sintió en el pecho, la cumpliría.

A la vez que saludaba al alcalde de un pequeño pueblo al norte de Dunsmuir Bay, oyó que se ele vaba un murmullo entre la gente.

–¡Dios mío! –oyó susurrar a su madre–. Está es pectacular.

Adam se volvió y se quedó mudo mirando al otro lado de la sala. Trish llevaba un vestido pala bra de honor que se ajustaba a sus senos y luego caía delicadamente hasta el suelo, insinuando cada una de sus curvas. Estaba clásica y elegante. E irre sistiblemente sexy. El cabello suelto le acariciaba los hombros y un collar de diamantes abrazaba su cuello, reclamando la mirada de Adam de nuevo hacia sus magníficos senos. Parecía una diosa emer giendo de las aguas. Nunca había estado tan her mosa.

Brandon acudió a la puerta a saludarla, y se pre sentó al tiempo que le ofrecía una copa de cham pán que capturaba de una de la bandeja de un ca marero que pasó a su lado. Al verla beber, Adam sintió un

presión en su interior al recordar los dos apasionados días que habían pasado en la suite del hotel. Habían explorado sus respectivos cuerpos todo el día y la noche. Y tras unas horas de sueño, habían empezado de nuevo. El recuerdo de las piernas de Trish enredadas a su cintura, de su cuer po arqueándose contra el de él, de sus gemidos de placer, despertaron una excitación instantánea que tuvo que reprimir apretando los dientes.

Miró el reloj para comprobar cuánto tiempo tendría que pasar ocupándose de los invitados an tes de secuestrar a Trish y llevarla de vuelta a la sui te. Apenas podía esperar a desnudarla.

–Aun a riesgo de repetirme: es encantadora –co mentó Sally, entrelazando su brazo con el de él.

Adam la miró con expresión seria.

–También es una magnífica ayudante: lista, leal, extremadamente organizada y con mucho talento –y extraordinaria en la cama, que era el lugar don de Adam habría querido tenerla en aquel mismo instante.

Sally le dio una palmadita maternal en la ma no.

–Me alegro de que tengas a alguien tan eficaz trabajando para ti, cariño.

Adam inspiró y espiró lentamente.

–Yo también.

La orquesta empezó a tocar un tema animado y Adam vio que Brandon guiaba a Trish a la pista de baile.

–¡Maldita sea! –masculló Adam. ¿Era necesario que Brandon apretara tanto a Trish contra sí? Iba a dejarla sin respiración.

Sally rió.

–¿Por qué no bailas conmigo en lugar de que darte ahí con el ceño fruncido? Los invitados van a creer que pasa algo malo.

–Tienes razón –masculló él, al tiempo que iba con ella a la pista. Tras unos minutos bailando, Sally lo miró son riente.

–Bailas maravillosamente, Adam.

Él enarcó una ceja.

–¿Te extraña? Arriesgué mi vida para aprender el fox trot.

Sally rió. Adam nunca había llegado a compren der cómo Sally había conseguido obligarles a recibir clases de baile cuando tenían trece años. Cuando sus compañeros de colegio se enteraron, se convir tieron en blanco de sus insultos y empezaron las pe leas. Los chicos hacían lo que podían, pero solían volver a casa con los nudillos ensangrentados y los ojos morados. Pero en lugar de cancelar las clases de baile, Sally los apuntó a clases de artes marciales y de boxeo.

Adam dejó escapar un risa sofocada al recordar que también les había enseñado a cocinar y a la var la ropa. Siempre decía que quería educar a hombres completos que algún día se convertirían en buenos maridos.

Adam estaba encantado de ser un hombre com pleto, pero no tenía la menor intención de con vertirse en el marido de nadie.

–Todas las mujeres adoran que un hombre bai le bien –comentó Sally con ojos brillantes al tiem po que miraba al otro lado del salón.

Adam siguió su mirada y se le formó un nudo en el estómago al ver a Trish riendo y coquetean do en brazos de su hermano.

La canción terminó y Brandon y ella aplaudie ron cortésmente.

–Ha sido un placer conocerte, Brandon –dijo Trish. Y le sorprendió descubrir hasta qué punto era sincera.

Le había inquietado descubrir que el hombre dicharachero que había acudido a saludarla a la puerta era el hermano de Adam, pero pronto se había dado cuenta de que era un inofensivo oso de peluche y que bailaba divinamente. Era un poco más alto y más corpulento que su hermano. Muy guapo, aunque no tanto como Adam.

–Lo mismo digo –contestó Brandon–. He oído hablar mucho de ti.

–¿De verdad? ¿Qué tipo de cosas? –preguntó Trish con cautela.

–Todas buenas –la tranquilizó él.

–Quizá debería preocuparme.

–En absoluto –Brandon rió–. Pienso probar los bares del puerto que me has recomendado en cuanto pueda. Gracias por la recomendación.

–De nada. Espero que me cuentes qué te pa recen –respondió Trish.

Mientras Brandon seguía charlando, Trish miró a su alrededor y, cuando su mirada se cruzó con la de Adam, se ruborizó al notar que la observaba in tensamente.

Estaba junto a Sally, que lo miraba con una ex presión de orgullo que Trish podía entender a la perfección. Adam estaba extremadamente atracti vo en su chaqué, y Trish se estremeció al recordar los momentos que habían pasado en la bañera hacien do el amor.

Luego se habían vestido lentamen te. Ella, ayudándole con la pajarita y con los geme los. Él, subiéndole la cremallera de los vaqueros milímetro a milímetro, rozándole la piel con los dedos, provocando hondas de placer que reverbe raron por todo su cuerpo.

Casi no había conseguido bajar a tiempo.

Era una locura. Llevaban cuarenta y ocho ho ras haciendo el amor y, con sólo mirarlo, volvía a excitarse. ¿Dejaría de desearlo alguna vez?

Daba lo mismo. En cuanto volvieran a casa, en tregaría el CD a un periódico local y dejaría el tra bajo en Duke Development. La abuela Anna sería vengada y ella empezaría una vida nueva.

Pero por el momento no quería pensar en ello. Por el momento, Adam era lo único que impor taba.

Estaba a punto de excusarse e ir junto a él cuan do un hombre alto, moreno y peligrosamente gua po se plantó ante ella.

–Soy Cameron Duke –dijo con voz profunda y dulce–. Se ve que mi hermano es un maleducado y no piensa presentarnos.

–No soy maleducado –dijo Brandon–. Es que no quiero herir la sensibilidad de Trish.

Ella sonrió y estrechó la mano de Cameron.

–Soy Trish James, la ayudante de Adam.

–Lo sé –dijo Cameron, y con una sonrisa sar cástica, añadió–: Ahora entiendo por qué no nos había presentado.

–¿Por qué?

–Porque eres preciosa.

Trish se ruborizó. Los hermanos Duke eran en cantadores y todos

extremadamente guapos. De bían de haber roto cientos de corazones desde su adolescencia.

–Eres muy amable –contestó, sonriendo.

–No creas –replicó Cameron, cortante.

–La verdad es que no suele serlo –intervino Brandon con una sonrisa maliciosa.

La banda empezó tocar una samba y Cameron tendió una mano a Trish.

–En cambio, soy un buen bailarín. ¿Bailamos?

–Oh –Trish recorrió el salón con la mirada y vio que Adam charlaba con alguien, así que son rió a Cameron y tomó su mano–. Encantada.

–Señor Duke, tengo que hablar con usted.

Adam se volvió y miró al hombre de baja esta tura que llevaba un traje arrugado con una gasta da corbata morada y que se comportaba con ner viosismo, como si se sintiera incómodo en medio de la celebración.

–¿Qué sucede?

–Soy Stan Strathbaum, antiguo presidente de Strathbaum Construction, ahora un leal emplea do de Duke Development.

–¿Y? –Adam no supo por qué, pero aquel hom bre le desagradaba.

Haciendo una mueca de desprecio, el hombre preguntó: –Señor Duke, ¿conoce a esa mujer?

Adam miró hacia la pista de baile.

–¿Qué mujer? –preguntó sin poder ocultar su irritación.

–Ésa –Strathbaum señaló con el dedo–. La mu jer del vestido negro.

¿Estaba señalando a Trish? ¿Era consciente de que se arriesgaba a que lo echase del salón de una patada en el trasero?

–¿Qué pasa con ella?

–No sé cómo se llama, señor Duke, pero nun ca olvidaré su cara. Hace

unos meses entró en una obra de la compañía y amenazó con golpearme si no detenía la demolición de unos viejos edificios cerca del muelle.

–No pudo tratarse de Trish –dijo Adam con fir meza.

–Era ella, señor –Strathbaum se subió las gafas sobre el puente de la nariz–. Fue muy agresiva y juró que acabaría con Duke Development aunque fuera lo última que hacía en la vida. Creí que ten dría que llamar a la seguridad, pero conseguí echar la yo solo.

Adam había oído bastante. ¿Cómo podía aquel detestable gusano insultar a Trish?

¿Quién creía que era?

–Ésa es una historia completamente ridícula.

–Se lo advierto, señor, esa mujer es un riesgo para su seguridad –Strathbaum se cruzó de bra zos–. Sus invitados y el hotel están en peligro.

–¿De qué demonios está hablando? –preguntó en tono amenazador–. Le ruego que se marche antes de que llame al servicio de seguridad.

El hombre se infló como un sapo, pero se man tuvo firme.

–Señor, puede que no le guste lo que estoy di ciéndole, pero es la verdad. Le exijo que…

Pero Adam había dejado de escucharle. Estaba mirando a Trish, intentando reclamar su atención. Cuando lo miró, Adam vio calidez en su mirada en un primer instante, seguida de confusión. Luego sus ojos se abrieron en un gesto de espanto cuando pareció reconocer al molesto hombre que acababa de desvelar su más oscuro y profundo secreto.

***

Desde la pista de baile, Trish vio a Adam hablar con un hombre que le resultó alarmantemente fa miliar y perdió el paso.

–¿Sucede algo? –preguntó Cameron.

–No lo sé –balbuceó ella.

Pero súbitamente recordó dónde había visto aquella cara de gesto despectivo: en la obra de Duke Development a la que había acudido para suplicar que detuvieran la demolición de su casa. Se trataba de Stan Strathbaum, el hombre que la había insultado y amenazado antes de echarla. El hombre que estaba hablando con Adam en aquel instante y señalándola con un dedo acusador.

La sangre se le congeló en las venas. Aterrori zada, se separó de Cameron.

–Tengo que irme. Lo siento. Buenas noches.

Esquivando a las demás parejas, se abrió cami no precipitadamente por la pista de baile y huyó.

Para cuando Adam subió a la suite, Trish había solicitado al conserje que le organizara un medio de transporte para volver a Dunsmuir Bay. Su pre cioso vestido estaba en la maleta y se había pues to de nuevo los vaqueros y las botas.

Adam entró en la habitación bruscamente.

–¿Quién eres?

–Lo sabes perfectamente –dijo ella, metiendo en la maleta la ropa interior. –Ya no. ¿Es verdad lo que dice ese tipo? ¿Ame nazaste con destruir mi compañía?

–¡No digas tonterías!

–Trish, has salido de la pista de baile como una exhalación en cuanto me has visto hablar con Strathbaum. ¿Qué quieres que piense?

–Deberías confiar en mí –dijo ella con un hilo de voz a la vez que metía el neceser en la maleta.

Adam la sujetó por los hombros.

–Trish, contéstame. ¿Amenazaste con acabar con migo?

Trish espiró bruscamente.

–Sí, supongo que sí, pero no es lo que tú crees.

–¿Y qué se supone que debo creer? –gritó Adam–. Un hombre me dice que has amenazado a mi empre sa hace unos meses y ahora eres una de mis emplea das. ¿Qué demonios quieres que piense? ¿De ver dad

querías acabar conmigo?

–¡No! –Trish se liberó y caminó hacia atrás–. Sólo necesitaba algo que…

–¿Qué? –Adam la acorraló–. ¿Dinero? ¿Eres una cazafortunas tal y como pensé inicialmente?

Trish se quedó paralizada y lo miró fijamen te.

–¿Es eso lo que creías de mí?

Adam sacudió la cabeza.

–Eso ahora no tiene importancia.

–¿Creías que buscaba tu dinero? –insistió Trish alzando la voz. Luego se acercó a él y le dio unos golpecitos en el pecho con el índice–. ¡Pues has de saber, maldito arrogante, que el dinero me da lo mismo! Tu compañía demolió mi casa. Tú des trozaste mi vecindario, la tienda de mi abuela, su modo de vida y todo aquello que amaba. Nos de jaste sin nada. Mi abuela sufrió un ataque al cora zón cuando destruiste Victorian Village.

–Espera un momento. ¿Victorian Village? –dijo Adam, desconcertado–. Lo recuerdo perfectamen te. Era un lugar emblemático.

–Así es –Trish se cuadró de hombros–. O al me nos lo era hasta que tú apareciste. Era mi hogar hasta que tú acabaste con él hace ocho meses. Y ¿para qué? Para construir un aparcamiento.

–¿De qué estás hablando? No es verdad.

–Claro que sí –dijo Trish, indignada–. Diste una notificación de treinta días a los vecinos con los que yo me había criado, gente buena y honesta. Rompiste el corazón de mi abuela y conseguiste que te odiara.

–Espera un momento.

–No –Trish se secó bruscamente las lágrimas que habían empezado a correr por sus mejillas y fue hasta la cómoda para recoger sus últimas pren das, mientras Adam la seguía pisándole los talo nes.

–Yo no hago esas cosas –exclamó. –¿Ah, no? Trish alzó la mirada hacia él y deseó poder creer en la confusión que traslucían sus ojos.

Pero la verdad no era cuestión de opinión, así que, si le demostraba que tenía pruebas de cómo actuaba, tal vez Adam dejaría de interpretar el pa pel de inocente. Sacó el CD del bolso con los da tos de Vista del Lago y se lo dio.

–Echa un ojo a eso y luego ven a contarme cómo haces negocios. –¿Qué es esto?

–Era… era algo que pensaba darle a la prensa –balbuceó Trish.

–¿Y por qué me lo das a mí?

Trish rió con amargura al tiempo que se seca ba las lágrimas.

–Porque a pesar de todo no puedo hacerte daño –cerró la maleta, la puso en el suelo y echándose el bolso al hombro fue hacia la puerta.

–No puedes marcharte. Tenemos que hablar.

–No hay nada de qué hablar –Trish se detuvo con la mano en el pomo y sacudió la cabeza con tristeza–. No lo comprendes. Al vincularme a ti he traicionado la memoria de mi abuela y he decep cionado a mucha gente –tras una pausa, añadió con un hilo de voz–: No sé cómo he podido ena morarme de un hombre que actúa así.

Adam la miró con frialdad.

–¿Un hombre que actúa cómo?

–Así –susurró Trish señalando el disco antes de marcharse.

Capítulo Once

Adam nunca se había considerado un cobarde, pero llevaba una semana evitando hacer algo y em pezaba a sentirse incómodo.

Miró el CD que tenía sobre el escritorio.

Inicialmente no había querido abrirlo porque estaba furioso con Trish y consigo mismo por ha ber dejado que una mujer lo engañara. Se negaba a aceptar que su traición le hubiera hecho daño, tal y como su madre pretendía hacerle creer. Adam le había contestado groseramente que se equivo caba, y que sólo estaba enfadado.

La noche en la que Trish había abandonado la fiesta, Adam había conseguido a duras penas vol ver a la celebración y cumplir con su papel de an fitrión.

Al volver a Dunsmuir Bay se había sumergido en el trabajo, entregándose a nuevos proyecto y ne gocios. Tenía que ocuparse de una empresa y no iba a consentir que una mujer mentirosa lo distra jera.

Sabía que su madre estaba preocupada por él, pero no podía hacer nada al respecto. Sus herma nos intentaban animarlo apareciendo de vez en cuando en su casa para arrastrarlo a tomar unas cervezas o para pasar el rato. Una noche se pre sentaron en su despacho con unas cuantas cerve zas para decirle que dejara de agobiar al personal, que algunos ejecutivos se habían quejado de que estaba de mal humor y que la pagaba con ellos.

La respuesta de Adam había sido inmisericor de: les pagaba para que se aguantaran.

Además, él no tenía ningún problema.

Entre tanto, Marjorie había sustituido a Trish dis cretamente por Ella, una mujer de mediana edad muy competente que llevaba diez años en la com pañía. Hacía bien su trabajo, pero no se esforzaba por mejorar su vida, ni le hacía reír, ni encargaba comida saludable las noches que trabajaba hasta tarde.

–Como hoy –masculló, tomando el auricular para pedir una pizza. Después de tres llamadas, colgó.

Quizá sería mejor pedir algo más saludable del restaurante donde solía llamar Trish.

Llevaba días durmiendo mal y tal vez un filete le sentaría bien. O no.

Aquella maldita mujer había logrado modificar hasta sus hábitos de alimentación.

Hizo rotar la silla y miró por la ventana. La luna llena se reflejaba en el mar, y las luces del puerto brillaban en la distancia. Adam maldijo en tre dientes.

No necesitaba comida, sino a Trish. Quería sen tir sus curvas presionadas contra su cuerpo, sus ex quisitos labios, su lengua. Y hasta necesitaba su in teligencia para ayudarle a resolver problemas.

Por eso mismo la maldecía, por haber conse guido que la necesitara.

Se volvió hacia el escritorio y volvió a fijar la vis ta en el CD. Todavía

no lo había revisado y no es taba seguro de que fuera a hacerlo. ¿Por qué iba a hacerlo? Después de todo, era ella quien había mentido y no tenía por qué creerla.

Y puesto que mentía, ¿cómo podía estar segu ro de que decía la verdad cuando dijo que lo ama ba?

Furioso, tiró un papel de su escritorio a la ba sura. No. Trish no lo amaba. De haberlo amado no le habría mentido. Aunque a él eso le daba lo mismo. A él el amor no le importaba. No podía negar que una parte de él siempre la recordaría, pero recordar y amar no eran lo mismo.

Afortunadamente. Porque de haberla amado, le habría afectado aún más su traición.

Aunque no estaba tan afectado como ofendido… ¿O no?

Volvió a mirar el disco. Lo mejor sería tirarlo a la basura, o devolvérselo a Trish, pero no sabía dónde vivía. Se había estado acostando con ella y ni siquiera sabía dónde vivía. No la había ido a re coger, ni la había llevado a cenar; nunca se había despedido de ella con un beso a la puerta de su casa.

Pero ya todo eso daba lo mismo.

Marjorie podría darle sus señas, aunque en los últimos tiempos no estuviera siendo particularmen te amable con él. Puesto que él era el jefe, tendría que obedecerle. Aunque eso no significaba que estuviera pensando en ir corriendo tras Trish.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó, pasándose los de dos por el cabello en un gesto de exasperación.

Consciente de que no iba a conseguir concen trarse en el trabajo, apagó el ordenador y se mar chó a casa.

Aquel fin de semana, Sally Duke insistió en que Adam acudiera a una fiesta muy especial en su casa. Adam llegó una hora tarde y encontró el pa tio trasero vacío. Al entrar en la cocina sólo en contró a sus dos hermanos. Brandon estaba delan te del fogón, probando la salsa de barbacoa de su madre.

–¿Dónde está mamá? –preguntó Adam mien tras metía las cervezas que había llevado en el fri gorífico.

–Enseguida viene –dijo Cameron.

Adam abrió una cerveza y miró a su alrededor.

–¿Va a venir alguien más?

–No, es una fiesta para ti –dijo Cameron, be biendo de su botella–. Tienes a mamá muy preo cupada.

–¿Y qué?

–Que vamos tener que conseguir que espabi les.

Adam puso los ojos en blanco y bebió.

–¿Para eso estamos aquí?

Brandon se encogió de hombros.

–No es nada personal, sólo hacemos nuestro trabajo.

–Ya comprendo –Adam tomó las llaves de su coche, se puso las gafas de sol y fue hacia la puer ta–. Disfrutad la cerveza que he traído y saludad a mamá. Hasta pronto.

Brandon sonrió.

–Y yo que creía que estarías encantado de com partir tus sentimientos.

–Algún año de éstos –Adam fue a cerrar la puer ta, pero Cameron se lo impidió.

–Puedes huir, pero no puedes esconderte –dijo, saliendo con él.

–Esto va a ser divertido –dijo Brandon, siguién dolos al exterior con una risita.

Adam se detuvo junto a la piscina y se volvió ha cia sus hermanos.

–Chicos, os quiero, pero si os acercáis, tendré que mataros.

–Yo también te quiero, hermano –dijo Came ron, aproximándose desde la derecha–, pero estás comportándote como un cretino y estamos hartos de que mamá nos de lata al respecto.

–Tienes que entenderlo –Brandon se acercó desde la izquierda–, o lo hablas con nosotros o con mama, tú decides.

Adam tuvo que reconocer que tenían razón.

–Está bien –dijo, abriendo los brazos–. Inten tadlo, pero os advierto que os arrastraré conmi go.

–Mientras caigas tú primero –dijo Cameron, y se abalanzó sobre él.

La zambullida produjo un minitsunami cuan do los tres hermanos cayeron al agua.

Después de unas brazadas, salpicaduras y aguadillas, Adam aso mó a la superficie el primero. Se retiró el agua de los ojos y enfocó un par de chancletas rosas al borde de la piscina. Alzó la vista y vio a su madre mirándolo con severidad con las manos en ja rras.

–Hola, mamá, estás muy guapa.

–Adam, quiero hablar conmigo.

–¡Ay, qué daño! –bromeó Brandon–: Está en fadada.

–Sí, me parce que esta vez te va a dejar marca –dijo Cameron.

Adam suspiró resignado. Había visto la mirada de su madre antes de que se alejara y supo que no estaba enfadada, sino preocupada, y eso le rompía el corazón.

Dándose impulso, salió del agua, tomó una toa lla del borde de la piscina y siguió a su madre a la cocina.

–Todo el mundo dice que estás hecho un ogro en el trabajo –dijo ella en cuanto lo oyó entrar, mientras removía la salsa de barbacoa.

–He estado muy ocupado –Adam fue al frigo rífico y sacó otra cerveza–. Acabamos de inaugurar Fantasy Mountain y en tres meses inauguramos Monarch Dunes.

Sally se sentó a la mesa y señaló la silla de al lado. Adam se sentó y supo que su madre no iba a andarse por las ramas.

–Cariño, ¿qué ha pasado con Trish?

Adam intentó esquivar la respuesta, pero final mente le contó su versión de lo sucedido.

Sally suspiró.

–Cariño, ni siquiera de niño querías confiar en el amor. Pero ya no eres un niño. ¿Piensas perder a Trish sabiendo que nunca serás feliz sin ella, o vas a tratar de convencerla de que eres el hombre del que ella se ha enamorado?

–No estamos hablando de amor –Adam se dio cuenta de que apretaba la botella con tanta fuer za que tenía los nudillos blancos–. Además, me ha mentido.

–Quizá tenía una buena razón. ¿Se lo has pre guntado?

Adam miró por la ventana y contempló la pra dera que se extendía hasta el acantilado.

–No. ¿Cómo podía confiar en que me dijera la verdad?

–¡Ay, Adam! De los tres siempre fuiste el que tuvo más dificultad en confiar en la gente.

–Pero confío en ti, mamá.

Sally miró a Adam emocionada.

–Gracias, cariño. Espero que siempre lo hagas. Pero por encima de todo, quiero que confíes en ti mismo.

–Confío en mí mismo –masculló él–. Sólo ten go problemas con el resto del mundo.

Sally rió.

–Pues vas a tener que cambiar –tomó la mano de Adam y continuó–: Cariño, si quieres a Trish, debes averiguar toda la verdad. Puede que no aca béis juntos, pero al menos podrás seguir adelante. Si no lo haces, dudo que llegues a ser feliz. Eso es lo más importante para mí, y ya sabes que siempre consigo lo que quiero.

Adam rió y le apretó la mano.

–Me das miedo, mamá.

–Cariño –Sally lo abrazó–, no podrías hacerme un mayor cumplido.

En lugar de ir directamente a su casa, Adam pasó por la oficina, se sentó ante el escritorio y tomó el CD que Trish le había dado. Después de darle varias vueltas entre los dedos, dejó escapar un juramento, lo metió en el ordenador y estudió los documentos que contenía.

Cuando acabó, se pasó las manos por la cara horrorizado.

Aunque los documentos llevaban el encabeza miento de Duke Development, no conocía al au tor de la carta, Peter Abernathy. Se conectó a la red de la oficina e introdujo la contraseña para buscar información sobre él. Se trataba del anti guo presidente de la compañía Abernathy Cons truction, que había sido comprada por Duke De velopment meses atrás.

Ya que estaba conectado, decidió buscar infor mación sobre Stan Strathbaum, y descubrió que tenía un historial parecido al de Abernathy. Des pués de leer el historial de ambos junto con algu nos informes de la compañía, empezó una bús queda en Google para recabar datos sobre sus respectivas empresas y su relación con edificios de interés histórico en Dunsmuir Bay.

Finalmente, se reclinó sobre el respaldo de la silla y reflexionó sobre lo que acababa de descu brir. Pasó un largo rato contemplando la línea del horizonte donde se encontraban el cielo y el mar azul cobalto.

Era comprensible que Trish hubiera estado en fadada con él si creía que había aprobado la de molición de Vista del Lago. Al leer la carta debía de haber revivido su dolorosa experiencia y habría asumido que estaba a punto de destrozar otra co munidad de amigos y vecinos.

Pero lo que no sabía era que él jamás había dado esa aprobación, y que nunca lo habría he cho. Aunque quizá no consiguiera que Trish le cre yera, él no era así. Por eso mismo, tampoco habría dado el visto bueno a la destrucción de Victorian Village de haber sabido que iba a producirse. Esa decisión había sido tomada por el repugnante Strathbaum justo antes de que Duke Development absorbiera su compañía, para evitar que Adam pu diera echar el proyecto atrás. Y aunque eso lo li braba en parte de responsabilidad, Adam tenía que admitir que era igualmente culpable por no haber estado al tanto. Se trataba de su compañía y, por tanto, debía asumir la responsabilidad de lo que hiciera cualquier miembro de ella. Debía ha ber estado encima de la negociación con la nue va compañía e informarse en detalle de los pro yectos que tenía entre manos en el momento de la adquisición. Había sido descuidado, y como con secuencia, había causado el sufrimiento de mucha gente.

Con total frialdad, Adam decidió que despediría a Strathbaum el lunes siguiente. Ni él ni sus her manos querían alguien así trabajando con ellos. Pero con eso no conseguiría devolver a Trish ni a su abuela, ni

su hogar. No podía cambiar el pasado, pero sí podía proyectar el futuro.

Trish fue al hospital y entregó en el mostrador de entrada un florero con dos docenas de rosas rojas.

–Por favor, déselas a alguien que las necesite.

–¡Son preciosas! –exclamó la enfermera encar gada de las altas hospitalarias–. Es el tercer ramo que trae esta semana, ¿es su cumpleaños?

–No –dijo Trish con firmeza. Luego, con una sonrisa, añadió–: Que las disfrute.

Las rosas eran el quinto regalo que recibía aquella semana. El primer día habían sido mar garitas, y le habían gustado tanto que no había sido capaz de regalarlas. El segundo día, rosas; el tercero, un buqué de flores silvestres. Trish había pasado el día preguntándose qué hacer con ellas, hasta que se le había ocurrido llevarlas al hospital para que las disfrutara un paciente. El cuarto día, se había tratado de galletas de chocolate y varios globos de colores.

En uno de ellos decía: Te echo de menos. No había sido capaz de darlo y todavía flo taba en su salón.

¿Cuántos regalos y flores más le enviaría Adam antes de darse por vencido?

También la había llamado, dos y hasta tres ve ces al día, pero no había contestado. Ya suponía suficiente tortura escuchar su voz en el contesta dor automático. ¿Cómo iba a conseguir olvidarlo si hablaba con él?

En lugar de sentirse satisfecha por haberlo de senmascarado, estaba desolada.

Aparcó el coche al otro lado del muelle. Había pocos turistas porque era invierno, pero el sol cal deaba lo suficiente como para que bajara y se acer case al muelle.

Tras comprar un cartón de palomitas, bajó las viejas escaleras de madera hasta la playa.

Había oleaje y el aire frío soplaba con fuerza. Podía oler la sal y sentir el rocío del agua sobre la piel. In tentó recordar los buenos tiempos.

Antes de que Adam hubiera aparecido en su vida. Pensar en él era demasiado doloroso.

¿Intentaba torturarse visitando su antiguo ba rrio, acercándose tanto a donde antes se erigía Victorian Village y donde sólo quedaba un espan toso aparcamiento de hormigón?

Mientras esquivaba las olas que rompían en la orilla, pensó en la abuela Anna, su única familia. Apenas recordaba a su padre, que había muerto en la Operación Tormenta del Desierto cuando ella era una niña. Su madre había muerto cuando te nía nueve años y la abuela y ella se habían queda do solas.

Su abuela había sido su mejor amiga, su con sejera, su maestra. Sin ella estaba sola en el mun do, sin familia, sin amor.

Aunque había un hombre al que amaba a su pesar. Y su ausencia dolía incluso más que la pér dida de su abuela.

Habían pasado tres semanas desde la fatídica noche de la fiesta en la que aquel despreciable hombre había hablado con Adam. Ojalá hubiera podido impedirlo. Ojalá Adam no la hubiera creí do. Ojalá… Trish estaba cansada de torturarse por todo lo que podía haber salido de otra manera, por todo lo que podía haber evitado.

Como decirle a Adam que lo amaba para reci bir a cambio una fría y cruel mirada de despedida.

¡Recordarlo era tan espantosamente humillan te!

–Pues piensa en otra cosa –se amonestó, to mando un puñado de arena–. Haz algo.

Tienes que encontrar trabajo, retomar tu vida. Debes ocuparte de las cosas de la abuela.

Se preguntó qué habría pensado su abuela al saber que estaba enamorada de Adam, y pensó que le habría dicho: «No te avergüences de amar».

Los ojos se le llenaron de lágrimas. No, no se avergonzaría, pero tenía que dejar de padecer. Había dado una oportunidad al amor y sólo le ha bía causado dolor. Era ya hora de recoger los pe dazos y entrar en acción.

–Es una pieza única –dijo Trish, rescatando el pequeño tesoro de

manos de la mujer que acaba ba de levantarlo y sacudirlo–. Un pastillero francés de mil ochocientos, pintado a mano y con perlas por el borde.

–¿Lo tiene en rojo? –preguntó la mujer.

Trish reprimió las ganas de darle una bofetada.

Y no era la primera vez que sentía ese mismo im pulso desde el comienzo del día.

Habitualmente no era tan irritable, y compren día que la gente quisiera un chollo, pero

¿no po dían reconocer un objeto de calidad que les dura ría el resto de sus vidas?

Quizá había sido un error alquilar un puesto en el mercado de antigüedades, pero le había pa recido la mejor ida para intentar vender las piezas de su abuela, que llevaban siete meses guardadas en un depósito.

Se había planteado abrir una tienda de anti güedades. Después de todo, la razón por la que había cursado un máster especializado en comer cio había sido modernizar las tiendas de Victorian Village, adaptarlas al siglo XXI. Tenía planes para convertirlas en negocios prósperos, y para ello, ha bía decidido que como primer paso debía solicitar el sello de interés histórico para el barrio.

Pero esa burbuja había estallado. Y había llega do el momento de seguir adelante aunque le rom piera el corazón vender los objetos de su abuela a gente que no distinguía entre una obra de arte y una baratija.

Mientras alineaba los objetos sobre el mostra dor, un hombre preguntó: –¿Cuánto vale todo el puesto?

Adam.

Trish no necesitó volverse para identificarlo. Su cuerpo reaccionó al instante. El corazón se le ace leró y se le formó un nudo en el estómago.

Se volvió lentamente y lo observó. Estaba aún más guapo que en los sueños que la perturbaban cada noche. La garganta se le secó y, tomando su botella de agua, bebió un trago que ni le alivió la sed, ni

le ayudó a calmarse.

Se obligó a caminar hacia delante hasta que sólo la separó de Adam el mostrador con la colección de pastilleros de su abuela. Alzó la barbilla y le miró a los ojos.

–Más de lo que puedes pagar.

Él entornó los ojos y la observó unos segundos que a Trish le parecieron siglos.

Entonces empe zó a sonreír, hasta que sus labios se curvaron en una de aquellas sonrisas que la volvían loca.

–Hola, Trish –saludó con una voz tan profunda y sexy como Trish la recordaba–. Tienes buen as pecto.

Trish sabía que no era más que una mentira piadosa, pero se la agradeció mentalmente.

–¿Qué haces aquí, Adam?

–Buscar un tesoro –contestó Adam, mirándola fijamente a los ojos. Trish tragó saliva.

¿Podría oír los latidos de su corazón? ¿Había ido a destrozar la? Tras una pausa, Adam continuó–: Escucha, sé que te he hecho daño. Sé que no confías en mí, pero necesito que hablemos y que me dejes ense ñarte una cosa.

Trish tomó aire.

–Adam, por mucho que me digas o me ense ñes, no va a cambiar nada.

–Sé que eso es lo que piensas, pero necesito que me des una oportunidad para hacerte cambiar de idea.

Trish suspiró.

–Adam…

–Dijiste que me amabas.

Trish tragó. Así que estaba allí para mortificar la.

–¿Eso te pareció oír?

–Sí. Y no puedes negarlo.

Sin apartar los ojos de los de Trish, Adam ro deó el mostrador y entró en la caseta.

–Te conozco, Trish, nunca habrías dicho algo así si no lo sintieras de verdad. ¿A que no, Trish?

Trish sacudió la cabeza.

–Si pensabas que todo lo demás era mentira, ¿por qué no iba a mentir sobre eso?

–Al menos estarás de acuerdo conmigo en que me comporté como un idiota.

–Desde luego que sí –dijo Trish, reprimiendo el impulso de sonreír.

–Trish, quiero que vuelvas.

Ella frunció el ceño.

–Adam, nunca funcionaría, somos demasiado distintos. Tú eres rico y poderoso, yo…

sólo soy yo.

Adam dio un paso hacia ella y dijo, bajando la voz: –Me abandonaron cuando tenía dos años en la puerta de un hospital.

Trish no lo sabía, y en cuanto lo oyó, su cora zón se llenó de compasión por aquel pobre niño abandonado.

–¡Oh, Adam!

–Créeme, Trish. Mis hermanos y yo hemos mon tado un negocio próspero y estoy orgulloso de ello, pero en mi interior no soy ni tan rico ni tan poderoso. Sólo soy yo. Y todo mi ser necesita cada célula del tuyo.

Trish tuvo que respirar profundamente varias veces para contener las lágrimas antes de hablar. –Adam, no sé si… Adam alzó la mano. –Ya te he dicho que quería enseñarte una cosa.

¿Puedes dejar a alguien al mando del puesto? No tardaremos.

Sin pensárselo, Trish llamó a su viejo vecino, Sam, que ayudaba a su

amigo Howie a reparar una bicicleta en un puesto al otro lado del pasillo.

–¿Sam, puedes ocuparte de mi puesto durante un rato? Sam le guiñó un ojo. –Claro, cariño. Márchate tranquila. –Gracias, Sam –dijo Adam. Y tomó a Trish en brazos. –¿Qué haces? –exclamó ella tras dar un gritito. –No quiero que te escapes. Mientras la llevaba hacia la salida, varias per sonas rieron y aplaudieron. –¿Ves como todo el mundo piensa que es una buena idea? –preguntó él, sonriendo. Trish sacudió la cabeza. –¡Eres verdaderamente imposible! –No. Lo que pasa es que sé lo que quiero. Tardaron sólo unos minutos en llegar a la pla ya en su Ferrari. Adam giró hacia una calle lateral, condujo una manzana y paró el coche delante de unos encantadores bungalós de estilo rústico que habían sido transformados en viviendas y peque ños comercios.

Cada uno estaba pintado de un tono distinto de terracota o verde, tenían un jardín delantero y estaban rodeados de macizos de flores. Todos te nían un porche delantero donde se exhibía la mer cancía, un cartel sobre la puerta con el nombre, y en la parte trasera se veía una señal que indicaba que eran propiedad privada.

–¡Qué preciosidad! –exclamó Trish al salir del coche–. No las había visto nunca.

–Yo tampoco, hasta que empecé a buscar –dijo Adam, pasándole el brazo por los hombros y atra yéndola hacia sí–. Pero eran justo lo que quería.

Trish lo miró sorprendida.

–¿Eres dueño de alguna de ellas?

–De todas.

–¿Has…?

–O mejor dicho, Sam Sutter es el dueño de ésa –señaló la última de la fila–. ¿Ves el cartel?

–Sam: bicicletas de paseo –leyó Trish. Luego su surró con voz temblorosa–: ¡Dios mío!

No me ha dicho nada.

–El viejo tiene una expresión facial que le ha ría millonario en Las Vegas. La señora Collins es dueña de ésa. Mira los maniquíes en el

porche. Por cierto, es toda una diva.

En ese momento la señora Collins salió al por che y saludó: –¡Yuhuuu, Trish! ¿No te parece maravilloso?

Trish saludó de vuelta con una sonrisa, pero no dijo nada. Adam señaló hacia otra de las casa.

–Bert Lindsay y Tommie están trasladando su sa lón de belleza, y Claude y Madelaine Maubert quie ren montar una pastelería en la de al lado. Creo que en esta zona pueden tener mucho éxito. He hecho un estudio de mercado para todos tus ami gos y…

Trish se echó en sus brazos con lágrimas en los ojos.

–Gracias. No sé cómo ni por qué lo has hecho, pero nunca podré agradecértelo lo suficiente.

Adam le acarició el cabello, la besó en la fren te y, señalando a otra casa, dijo: –¿Has visto la que queda en el centro?

Adam había elegido la más bonita. Estaba pinta da en diferentes tonos de verde, tenía ventanas con cristales biselados y un gran porche lleno de plantas.

–Es preciosa –musitó Trish.

–Lee el letrero, cariño.

Trish se fijó en un poste en medio del jardín con un cartel blanco y contuvo el aliento.

En él es taba escrito: Los tesoros de Trish.

Miró a Adam perpleja.

–Si la quieres, es toda tuya –dijo él.

–Oh, Adam.

–Queda una libre –Adam continuó hablado con la esperanza de conseguir que Trish le diera una nueva oportunidad–, por si alguno de tus viejos ami gos quiere mudarse a ella. He intentado contactar con todos y todavía espero algunas respuestas. Fir maré el contrato a nombre del primero que se in terese.

–Pero… ¿por qué?

Adam la abrazó.

–¿No está claro? Porque te quiero, Trish, y quie ro hacerte feliz –la miró con expresión amorosa–. Te juro que, de haber conocido los planes, no ha bría permitido que se demoliera tu viejo hogar. Soy culpable por no haber estado al tanto de lo que hacía mi compañía, pero no volverá a suce der. Espero que algún día llegues a creerme.

–¡Te creo! –Trish parpadeó para evitar llorar–. Cuanto más te conocía más me costaba creer que estuvieras relacionado con ello. Pero ese Strath baum…

–Lo he despedido.

Trish se mordisqueó el labio.

–No deseo mal a nadie, pero reconozco que me alegro.

–Siento que hayas sufrido tanto. Siento no po der devolverte a tu abuela, pero espero que algún día me perdones.

–Ya te he perdonado –dijo Trish, acariciándo le la mejilla.

–Dime que tengo una oportunidad, que toda vía me quieres. Cásate conmigo.

–Creía que habías jurado no casarte nunca.

–¿No he dicho antes que me había comporta do como un idiota?

Trish rió a la vez que una última lágrima roda ba por su mejilla. –Sí. –Tú me has cambiado, Trish –susurró Adam–.

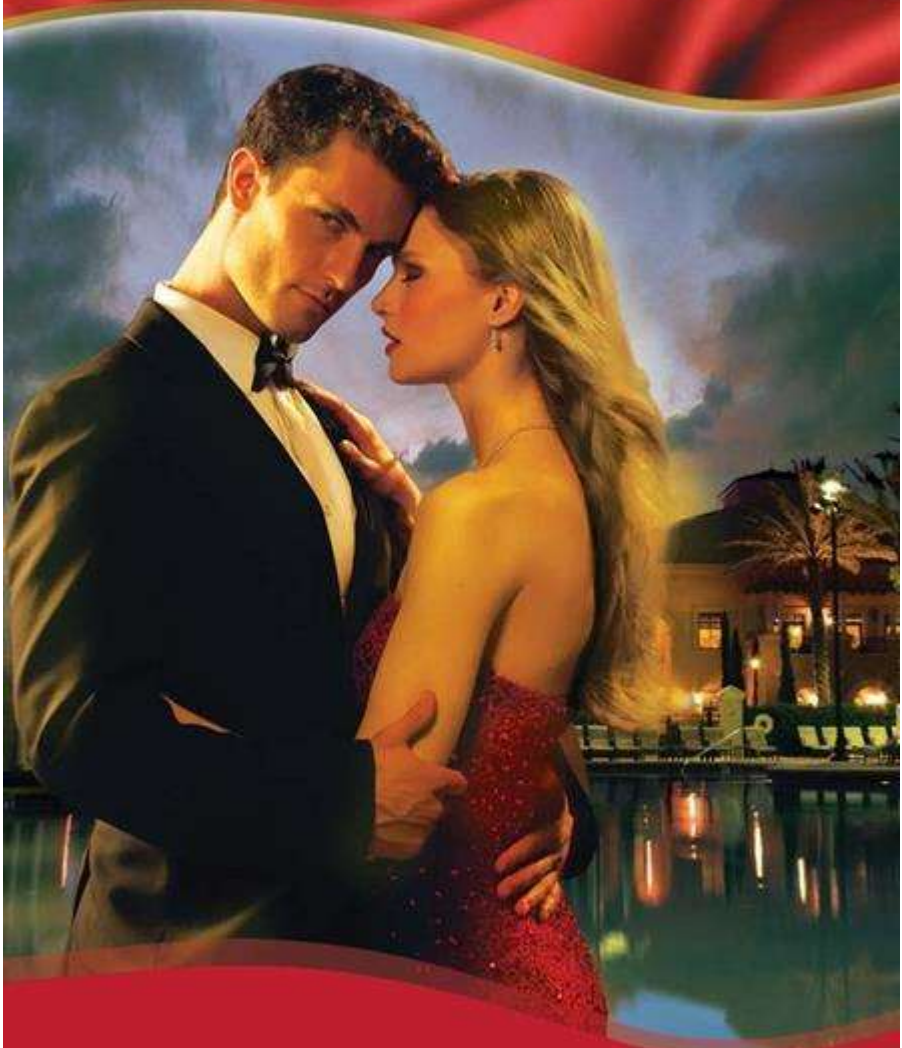
Quiero pasar contigo el resto de mi vida. Dime que te casarás conmigo.

–Claro que sí –Trish se abrazó a su cuello–. Te amo, Adam.

–Gracias a Dios –Adam la besó y, estrechándo la con fuerza, sintió que se llenaba el gran vacío que siempre había ocupado su corazón.

Harlequin

Deseo™



Dulce rendición

KATE CARLISLE

Dulce rendición

Kate Carlisle

2º Los hermanos Duke

Argumento:

El bebé sorpresa del millonario.

¿Casarse y tener hijos? Cameron Duke no tenía el menor interés en ninguna de las dos cosas. Pero una aventura con Julia Parrish lo cambió todo. Al descubrir que la preciosa repostera había tenido un hijo suyo, sus prioridades cambiaron. Se casaría con ella y reconocería a su hijo, pero mantendría su corazón a buen recaudo. Julia nunca se había planteado un matrimonio de conveniencia. Siempre le había gustado Cameron y convertirse en su mujer era una oferta tentadora. Pero la nueva esposa y madre se dio cuenta de que quería mucho más de su marido: quería su amor.

Capítulo 1

Cameron Duke solo quería quitarse la corbata, beber una cerveza y acostarse.

Llevaba trabajando imparablemente en el último proyecto de Duke Development y estaba harto de vivir en un hotel.

Por otro lado, tal y como se dijo al meter la tarjeta en la ranura de la puerta, no podía quejarse. Después de todo, el hotel le pertenecía y tenía una suite de doscientos metros cuadrados con todos los lujos imaginables y unas vistas espectaculares al Pacífico.

En cuanto terminara la conferencia internacional de *catering* alquilaría una casa en el lago Shasta o descendería el río King en canoa.

Se quitó la corbata al tiempo que dejaba la tarjeta en la mesita del vestíbulo y dejó el maletín en el suelo de mármol. Al entrar a la sala le desconcertó encontrar las luces encendidas, que estaba seguro de haber apagado. Además, las cortinas estaban cerradas, y el personal sabía que a él le gustaba que estuvieran abiertas porque los cristales estaban tintados y podía disfrutar de las vistas sin que nadie le viera.

Se quitó la chaqueta pensando que debía haber personal nuevo que no conocía sus costumbres y se adentró en la habitación. Sobre la mesa de café había un libro abierto boca abajo y sobre el brazo del sillón vio otro objeto. Al levantarlo descubrió que se trataba de un camisón rosa con encaje en los bordes. Una oleada de fragancia a naranja y especias que le resultó vagamente familiar lo envolvió al tocarlo, y su reacción física fue inmediata.

—¿Qué demonios…? —dijo en voz alta. ¿Cómo había llegado aquella prenda hasta allí?

Decidió ir a por una cerveza, y entonces vio unos zapatos rojos de tacón alto debajo la mesa del comedor.

Tenía que tratarse de una broma organizada por su hermano Brandon. Entró en la cocina esperando que saltara desde detrás de un mueble gritando «sorpresa», pero que no estuviera allí no significaba que no se hubiera escondido en algún otro rincón.

Sacó una cerveza del frigorífico y dio un largo sorbo. Luego se quedó mirando boquiabierto los biberones que había junto al fregadero.

—Ya está bien —dijo. Y gritó—: ¿Brandon, dónde estás? —no obtuvo respuesta

—. Sé que estás aquí —dijo, caminando hacia el dormitorio.

Entonces oyó que alguien cantaba y se quedó paralizado. Había una mujer en la ducha de su cuarto de baño.

Miró hacia la butaca del dormitorio. Allí seguía su polo sobre el respaldo y, en el suelo, sus deportivas. Al menos podía estar seguro de no haberse equivocado de habitación. Lo que significaba que la mujer que estaba en la ducha sí se había equivocado. Cameron masculló algo. Era típico de su hermano contratar a una mujer como sorpresa. Solo eso podía explicar su presencia, pues nadie de la recepción le habría dado acceso a la suite sin la aprobación de alguien de la familia.

Nº Páginas 3-96

Se quedó junto a la puerta oyendo el suave canturreo que procedía del interior.

Si fuera un caballero, esperaría a que se vistiera y saliera, pero él nunca se había considerado un caballero.

Además, no era él quien estaba donde no debía. Así que esperó hasta que oyó cerrarse el grifo.

Una pierna escultural asomó por la mampara entreabierta al mismo tiempo que un brazo se alargaba hacia la toalla. Cameron la tomó del toallero y se la tendió.

—Permíteme.

La mujer emitió un grito agudo que le taladró los oídos.

—¡Fuera de aquí! —gritó ella. Y con la precipitación de intentar cubrirse, la toalla cayó al suelo.

—Tiene gracia. Eso mismo iba a decir yo.

Cameron nunca se había considerado un *voyeur*. Sabía que debía respetar la privacidad de la mujer, pero no podía apartar sus ojos de sus perfectos senos, cuyos rosados pezones parecían pedirle que los tocara. Habría querido alargar las manos y acariciar la piel de su estómago y deslizar los dedos hacia el triángulo de vello dorado que coronaba el vértice de sus torneados muslos. Un destello reclamó la atención de su mirada hacia su ombligo, en el que centelleaba un pequeño diamante.

Y por alguna extraña razón, el detalle de que llevara un *piercing* le hizo sonreír.

—¿Te importa dejar de mirar y salir de aquí? —dijo ella, envolviéndose con firmeza en la toalla.

Cameron se lamentó de que el espectáculo hubiera concluido y alzó la mirada hacia su rostro. Habría reconocido aquellos impresionantes ojos azules en cualquier parte. Pertenecían a la única mujer que no había llegado a olvidar.

—Hola, Julia —la saludó.

—¿Qué estás haciendo aquí, Cameron?

Él se apoyó en el marco de la puerta.

—Puesto que me alojo aquí, había pensado ponerme cómodo y ver el partido de fútbol mientras tomaba una cerveza —dijo, cruzándose de brazos—. La cuestión es, ¿qué haces tú aquí?

Julia resopló al tiempo que salía de la ducha asiendo la toalla como si

fuera un escudo.

—Me habían dicho que la suite estaba vacía.

—Dudo mucho que el personal te haya dicho eso.

—Pues es la verdad —dijo ella, saliendo al dormitorio y agachándose para buscar ropa en una maleta que había junto a la ventana.

Cameron bebió un sorbo de cerveza.

—Cuando estés vestida, tendrás que darme una explicación.

Julia se volvió hacia él airada.

—Sigues sin decirme por qué estás aquí.

—¿Yo? —dijo él, sin poder evitar sonreír: después de todo era un hombre y ella una mujer espectacular—. La última vez que pregunté, ésta era mi suite.

—¡Pero se supone que estabas fuera!

—Querida, resulta que soy dueño del hotel.

Sujetando la toalla con una mano y con la otra, la ropa, Julia pasó a su lado hacia el vestidor. Cuando salió, llevaba unos pantalones cortos holgados y una camiseta.

Cameron masculló entre dientes. Si Julia creía que al vestirse disminuiría su interés en mirarla, se equivocaba. Sus senos se transparentaban a través de la fina tela de la camiseta, despertando aún más su deseo.

—¿Vas a explicarme de una vez qué haces aquí? —insistió.

Julia se pasó los dedos por el cabello para ayudar a que se secara.

—Escucha, Cameron —empezó con voz pausada—, Sally me dijo que…

Cameron se tensó. Que Julia mencionara a su madre lo puso en guardia. Sally Duke, la increíble mujer que lo había adoptado a los ocho años era una fuerza de la naturaleza. Cameron conocía bien su obsesión por casar a sus tres hijos y sabía que no cejaría en su empeño hasta lograrlo. Así que si tenía algo que ver en que Julia estuviera allí, tendrían problemas.

—¿Qué tiene mi madre que ver con que te haya encontrado en mi cuarto de baño?

Julia lo miró con inquietud.

—Nada. Me he equivocado.

—¿Que te has equivocado? ¿Bromeas?

—No —Julia se irguió, retadora, y sus senos, propulsados hacia delante, se marcaron aún más bajo la camiseta—. Se supone que estabas fuera, y puesto que la llave me la dio el encargado del hotel, pienso que lo justo es que seas tú quien se marche.

—Te equivocas —Cameron caminó lentamente hacia ella—. ¿Qué te ha dicho mi madre exactamente?

Julia retrocedió.

—Olvídalo. Lo mejor será que me marche.

—Todavía no —dijo él, sujetándola por el brazo—. Quiero saber qué papel ha jugado mi madre en que estés aquí.

—Está bien —dijo ella, intentando soltarse en vano—. Sally dijo que estarías ausente durante la conferencia y que la suite me resultaría más cómoda que en una habitación normal, así que le dijo al encargado que me diera la llave.

Cameron sintió que se le erizaba el cabello. Era cierto que había planeado viajar al norte durante aquellas dos semanas, pero el día anterior había llamado a Sally para anunciarle que cambiaba de planes y que volvería a dormir aquella noche.

Su madre había planeado aquello. ¿De verdad pensaba que al verla se arrodillaría a sus pies y le pediría matrimonio? Si era así, se iba a llevar una gran desilusión.

Pero al tiempo que Julia se intentaba liberar de él, Cameron sintió que la parte baja de su cuerpo adquiría vida propia. ¿Realmente importaba lo que hubiera hecho su madre? Ya resolvería eso en otro momento. En aquel instante tenía ante sí a una hermosa mujer prácticamente desnuda. Una mujer a la que había conocido íntimamente. Atrayéndola hacia sí, volvió a aspirar el intrigante perfume que llevaba.

Jamás había olvidado ni a la mujer ni su aroma, y eso que se había esforzado.

Incluso recordaba la primera vez que la había visto. Había sido un claro caso de deseo a primera vista.

El encuentro tuvo lugar al poco tiempo que su madre descubriera la repostería que Julia vendía en su pastelería, Cupscake, en Dunsmuir Beach. Después de probarla, había insistido en que sus hijos también la probaran y todos habían coincidido en que sus hoteles debían comprar sus panes, sus magdalenas y sus pasteles.

Julia había sido invitada a una de las conferencias para los proveedores de la compañía en uno de los hoteles de la costa. Iba a pasar el fin de semana como invitada y allí fue, cruzando el vestíbulo del hotel, donde Cameron la vio por primera vez. Se había acercado a saludarla, ella no había ocultado su interés en él y habían acabado pasando juntos el fin de semana. Tras el cual, la relación había concluido.

Julia había protagonizado muchos de sus sueños, pero Cameron se había negado a contactarla. Tenía una regla de oro por la que jamás volvía a ver a una mujer con la que hubiera mantenido un *affaire*. Era lo más sencillo y lo más seguro para ambos. De otra manera, ellas tendían a creer que la relación tenía un futuro y Cameron no quería herir a nadie.

Recordaba que Julia le había enviado algunos correos en los que le pedía que la llamara. Había estado tentado de hacerlo, pero por experiencia sabía que retomar una relación solo conducía al desastre, así que por el bien de ambos, decidió no contactarla y ella no había vuelto a escribirle.

Pero allí estaba, pensó, un año y medio después, en su suite, vestida con unos pantalones cortos y una camiseta casi transparente, y un brillante en el ombligo. Ella lo miró con sus insondables ojos azules y Cameron no pudo pensar en otra cosa que conseguir que lo miraran con pasión, y en probar sus labios y el resto de su cuerpo.

¿De verdad pensaba que iba a ser capaz de echarla de la habitación? ¿Se había vuelto loco?

—Perdóname —dijo con dulzura al tiempo que le acariciaba los brazos—. Mi gente ha debido olvidar que volvía hoy. Es tarde. Podemos dormir aquí esta noche y mañana buscarte una habitación.

Julia lo miró alarmada.

—Supongo que podría dormir en el sofá.

—Ya hablaremos más tarde de eso —dijo él, aproximándose—. Me alegro de verte, Julia.

Con una tímida sonrisa, ella dijo:

—¿De verdad?

Cameron le pasó los labios por la línea del cabello y aspiró su aroma.

—Sí.

Ella cerró los ojos y suspiró.

—¿Qué hay de tu regla?

Cameron inclinó la cabeza hacia ella.

—¿Qué regla?

Ella abrió los ojos.

—La de no volver a ver nunca a una mujer con la que has tenido un *affaire* —

susurró.

Cameron frunció el ceño.

—¿Yo he dicho eso?

Ella asintió con vehemencia.

—La última vez que nos vimos. Dijiste que lo habías pasado muy bien pero que no volverías a llamarme, y que no querías que me hiciera una idea equivocada —dijo con voz temblorosa al sentir la proximidad de los labios de Cameron.

—Soy un idiota —dijo él, tomándola por la nuca.

Julia sonrió.

—Dijiste que era tu regla número uno.

—Las reglas están para saltárselas —musitó él. Y la besó.

Un suave gemido escapó de la garganta de Julia al tiempo que su cuerpo se pegaba al de él. Contra su calor, Cameron sintió que todos sus problemas se evaporaban y que había llegado a un refugio seguro. Lo único que importaba era satisfacer la necesidad que despertaba en él. Ella le rodeó el cuello con los brazos y se pegó aún más a él. Cameron pensó que era dulce, cálida y apasionada, y se dio cuenta de que la había echado de menos. Apartando aquel pensamiento de su mente, entrelazó su lengua con la de ella.

La oyó gemir y quiso que gimiera más, que gritara su nombre, que le suplicara, que le exigiera, que lo deseara hasta llorar de…

Cameron se tensó. No había posible error. Alguien había llorado. Debía ser en otra habitación, aunque todas las habitaciones estaban insonorizadas. Volvió a oírlo, Los hermanos Duke apagado pero inconfundible. Se separó unos centímetros de Julia para mirarla a los ojos.

—¿Has oído eso?

—Sí —dijo ella, separándose aún más y mirando alerta a su alrededor, como si esperara volver a oírlo. Pero solo hubo silencio y, tras unos segundos, Cameron volvió a atraerla hacia sí.

—Debe de ser al lado —susurró y empezó a mordisquearle el cuello y a besar el delicado punto detrás de la oreja.

Julia gimió cuando deslizó las manos por su espalda y la asió por las nalgas para presionarla contra su sexo endurecido al tiempo que la besaba apasionadamente y la conducía lentamente hacia la cama. Estaba excitado y listo.

—Oh, Cameron —susurró ella.

—Lo sé, cariño, lo sé.

Cameron se sentó en el borde de la cama y la atrajo hacia sí hasta que quedó atrapada entre sus piernas. Entonces empezó a quitarle la camiseta, hasta que un grito agudo resonó en todo el hotel.

Julia protestó con un resoplido al tiempo que se separaba de él con varios pensamientos simultáneos en la cabeza. Primero, tenía que atender al bebé. Jake se había quedado tranquilo tras la protesta inicial, pero Julia sabía que ya no iba a esperar más.

El resto de sus pensamientos giraban en torno al hecho de que

Cameron iba a conocer a Jake finalmente. Aunque sabía que sucedería eventualmente, como no había podido hablar de ello y Cameron no se había molestado en leer sus correos, estaba segura de que iba a tomarlo por sorpresa. Así que solo le quedaba confiar en que le gustaran las sorpresas.

Se dirigió hacia la puerta diciendo:

—Será mejor que haga algo.

—¿El qué? —preguntó él, siguiéndola y rodeándole la cintura por detrás.

—¿Has oído el llanto?

—¿El que llega de la habitación contigua? Ya no se oye nada —dijo él, mordisqueándole el cuello.

Julia suspiró profundamente. Cada vez que los labios de Cameron la rozaban, un escalofrío le recorría la espalda, y no pudo evitar recordar cuánto le gustaba todo lo que él le hacía. Lo que no comprendía era por qué el personal le había dado la llave de la suite asegurándole que Cameron estaría fuera. Hasta su madre había insistido, pero ella debía haberse dado cuenta de que planeaba algo al ver la forma en que brillaban sus ojos.

Los hermanos Duke Su instinto inicial había sido dejar a Jake en casa con la niñera mientras atendía la conferencia, pero ésta había tenido la oportunidad de irse de crucero con su hija y varios amigos de Julia, que iban a asistir a la conferencia y que acudían con sus familias, querían conocer al pequeño Jake, así que al final lo había llevado consigo.

Debía haber imaginado que Cameron lo complicaría todo. No se trataba de que no quisiera que conociera al bebé, pero aquellas no eran las mejores circunstancias.

—Mmm, ¡qué gusto! —musitó volviéndose y besando a Cameron ardientemente.

Siempre le había resultado extremadamente atractivo y peligrosamente guapo.

Sus oscuros ojos verdes la observaban como si fuera un depredador, y aunque sabía que no debía, no podía evitar entregarse al placer de sus caricias.

Esa era la razón de que dieciocho meses antes hubiera sucumbido a sus encantos y que hubieran vivido un tórrido *affaire* de cuatro días tras el cual, al transcurrir varias semanas, había descubierto que estaba embarazada.

Decidida a hacer lo que debía, se puso en contacto con él, pero Cameron seguía normas muy estrictas con las mujeres y nunca había respondido ni a sus llamadas ni a sus correos.

Finalmente, Julia había decidido que casi era preferible ya que, teniendo en cuenta lo que Cameron pensaba sobre las relaciones, dudaba de que quisiera tener nada que ver con su hijo.

Así que no quería imaginar lo que pensaría, de que se hubiera presentado con Jake, sobre todo cuando le dijera que era su hijo. Sabía que Cameron era un hombre decente y que no los echaría de la suite, pero podía acusarla de haberlo planeado todo y cuestionar que el bebé fuera suyo.

—Oh —susurró al sentir la presión de Cameron en su espalda. Sus manos y sus labios le impedían pensar, pero Julia decidió intentar distraerlo mientras conseguía que Jake volviera a dormirse. Así podría esperar a la mañana para aclararlo todo—.

Escucha, Cameron, ¿por qué no te tomas una cerveza mientras me pongo algo más…?

—No quiero una cerveza, Julia —dijo él, acariciándole los muslos—. Solo necesito esto.

—Mmm, yo también —dijo ella—. Pero antes necesito un minuto para refrescarme.

—Te has duchado hace diez minutos —le recordó él, frotando la nariz contra su cuello.

Julia gimió antes de soltarse de su abrazo a regañadientes.

—Pero tengo que secarme el pelo.

—¿Por qué? —Cameron le retiró un mechón de la cara—. Estás muy bien así.

—Gracias, pero no quiero enfriarme.

Cameron la miró con escepticismo.

—Vale.

Julia sonrió animada.

—¿Qué te parece lo de la cerveza?

—¿El qué?

—Ir a la cocina a por una cerveza —repitió Julia—. ¿Y no querías ver el partido?

—Sí, pero…

—Vamos, vete. Enseguida estoy contigo —Julia intentó empujar a Cameron hacia el salón, pero él permaneció inmóvil.

—¿Se puede saber que está pasando, Julia?

En ese momento, Jake llamó.

—¡Mamá, mamá!

Y Cameron abrió los ojos desmesuradamente.

El intento de distracción de Julia había fracasado. Por el tono de Jake supo que ni le dolía nada ni tenía hambre, pero eso no significaba que se fuera a dar por vencido.

—Está bien, escucha, no pretendía…

—Esta vez lo he oído perfectamente —dijo Cameron sin prestarle atención y pasando de largo hacia el salón—. Estoy seguro de que ha sonado en el otro dormitorio.

—No, no, no —Julia corrió tras él—. Era un gato. Yo me ocupo de él.

—¿Un gato? —Cameron frunció el ceño mirando al fondo del corredor —. Lo dudo.

El bebé volvió a llorar y Julia se pegó a la pared.

—Ajá —exclamó Cameron. Y fue hacia el segundo dormitorio.

Julia se apresuró a adelantarse y bloqueó la puerta.

—No es nada que deba preocuparte, Cameron. ¿Por qué no vas a ver el partido?

Cameron la observó como si se hubiera vuelto loca, y Julia se preguntó si sería verdad. Solo eso explicaba que actuara de una manera tan irracional.

—Quítate, Julia.

Ésta alzó la mano para detenerlo.

—Ni hablar. Puede que ésta sea tu suite pero no voy a dejarte entrar sin mí.

—Pues abre la puerta —por la forma en que Cameron la miró, Julia supo que no se movería hasta que lo obedeciera.

—Está bien —dijo ella. Después de todo, más tarde o más temprano tendría que enterarse.

Los hermanos Duke Lo más importante era que Cameron no perturbara a Jake.

Con un resoplido, abrió la puerta lentamente.

—Pero no es lo que te imaginas. Quiero decir que…

—¿De verdad? —dijo él, entrando en el dormitorio y observando la cuna plegable.

Julia lo siguió y vio a Jake con una sonrisa de oreja a oreja, asido a los barrotes y dando saltitos sobre el colchón.

—Yo diría que es un niño —Cameron se volvió hacia ella con ojos refulgentes

—. ¿Tú qué crees?

Julia fue hasta la cuna, sonrió a su hijo y susurró:

—También a mí me lo parece.

Sus mejillas estaban coloradas por el esfuerzo y Julia se emocionó. El niño le tendió los brazos y las rodillas le flaquearon.

—Mamá, mamá.

—Hola, mi amor —Julia se inclinó, lo levantó y, acurrucándolo contra su hombro, le frotó la espalda—. No te preocupes, cariño. Estoy aquí.

—¿Qué demonios…? —la voz de Cameron adquirió un tinte amenazador—.

Julia, ¿este niño es tuyo?

Julia sonrió y besó la suave mejilla de Jake al tiempo que aspiraba su aroma.

Entonces se volvió hacia Cameron.

—Sí, es mío. Y tuyo, Cameron Duke. Te presento a tu hijo: Jacob Cameron Parrish.

Capítulo 2

Cameron retrocedió y se golpeó el codo contra a jamba de la puerta.

—¿Qué clase de broma es ésta? —exclamó, frotándose el codo con una mueca de dolor—. Te aseguro que no tiene ninguna gracia.

Jake no pareció estar de acuerdo con él y aplaudió al tiempo que reía.

— *Bada-ba.*

Cameron frunció el ceño, y ver que Julia contenía la risa lo sacó de sus casillas.

No estaba dispuesto a que lo tomaran por idiota.

Conocía aquella treta. No era la primera vez que una mujer intentaba que reconociera la paternidad de su hijo. Era uno de los inconvenientes de ser rico. La ventaja era que, en contra de lo que le había dicho a Julia hacía unos minutos, no tenía nada de tonto y que contaba con un equipo de abogados que sabía cómo lidiar con problemas como ese.

—Aparte de no creerte, es evidente que el niño no es un recién nacido. ¿Por qué ibas a tardar tanto en comunicármelo?

—Supongo que bromeas —dijo Julia riendo con sarcasmo—. Cameron, te escribí pidiéndote que me llamaras. En el último mensaje te lo

contaba todo, así que ¿qué parte de «estoy embarazada de tu hijo» no comprendiste?

Cameron dio un paso hacia ella con gesto amenazador.

—¿Y qué parte de «no te creo» te cuesta entender a ti? Este es el truco más viejo de la historia. Si piensas que vas a sacarme dinero es que te has vuelto loca.

—No necesito tu dinero —dijo ella, enfadada. Luego bajó la voz al ver que alteraba al niño—. Solo pretendía que supieras que ibas a ser padre. Pero tú no podías molestarte en contestar un simple mensaje porque tienes tus propias «reglas».

Acunó al niño mientras rodeaba la cuna. Luego se plantó frente a Cameron y, apuntándole el pecho con el dedo, continuó:

—¿Pero sabes qué? Casi prefiero que nos hayas ignorado a Jake y a mí, porque dudo que, dado tu estilo de vida, pudieras ser un buen padre.

Él le sujetó la mano.

—No te atrevas a insinuar que sería capaz de dar la espalda a mi hijo —dijo, furioso, antes de soltarle la mano.

—Quería decir que… —balbuceó ella.

—Jamás haría daño a mi propio hijo —dijo él, apretando los dientes —, sé muy bien lo que significa vivir… —calló bruscamente y se pasó la mano por el cabello con gesto de exasperación—. ¡Olvídalo!

¿Qué demonios le pasaba? Nunca hablaba de su infancia más que con sus dos hermanos. La había enterrado y formaba parte del pasado. Y precisamente su desagradable infancia era la razón de que siempre tomara precauciones para no tener hijos. Por eso estaba seguro de que Julia mentía.

—Lo siento —susurró ella.

Cameron se recompuso y en tono más calmado, añadió:

—Da lo mismo. La cuestión es que no te creo. Siempre tomo precauciones.

—Y yo, pero está claro que nada es cien por cien seguro —dijo Julia, mirando a Jake.

—No sé qué pretendes —insistió Cameron—, pero éste no puede ser mi hijo.

— *Bada, papa* —dijo Jake, revolviéndose con entusiasmo en los brazos de su madre—. *Papa, ba-boo, papa* —sonrió y se le formó un hoyuelo en la mejilla.

¿Papá? Cameron frunció el ceño y se rascó la misma mejilla con gesto preocupado.

—Dile que deje de decir eso.

Julia rio.

—Solo está haciendo ruidos. Es uno de los primeros sonidos que emiten. No significa nada.

Jake siguió dando botes y riendo y el hoyuelo se hizo más pronunciado.

Cameron apretó los dientes, diciéndose que el hecho de tener uno idéntico no significaba nada.

—Vamos, cariño —susurró Julia al niño, volviéndose hacia la cuna—. A ver si duermes después de tanta actividad.

— *¡Baba! ¡Papa!* —protestó Jake, extendiendo los brazos hacia Cameron.

—Parece que quiere que seas tú quien lo meta en la cuna —dijo Julia. Y antes de que Cameron pudiera protestar, le puso al niño en los brazos.

—Eh, yo no…

— *Baba* —dijo Jake, riendo y dando botes—. *Papa.*

De pronto se quedó quieto y miró a Cameron fijamente. Éste le sostuvo la mirada, embargado por una profunda emoción en la que se mezclaron el afecto, la furia, la alegría, la frustración y el dolor.

Ambos pestañearon antes de seguir observándose, y Cameron tuvo la sensación de estar mirando dentro de su propia alma. Pero no era posible. Tenía que ser un sueño.

No era posible que fuera padre. Jamás había querido serlo.

Jake bostezó y cerró los ojos. Apoyó la cabeza en el pecho de Cameron y se asió a su camisa como si fuera una tabla de salvación. Cameron le acarició la mano y sintió algo en su interior que estuvo a punto de quebrarlo.

—Está durmiéndose —dijo Julia en un susurro—. Si lo dejas en la cuna y le masajeas la tripa unos segundos se quedará tranquilo.

—Lo siento, amigo, pero tu madre me ha dado instrucciones —dijo Cameron, inclinándose y dejándolo sobre el colchón al tiempo que le acariciaba el cabello rubio, que era tan suave como una pluma. Jake se quedó tranquilo, se metió el pulgar en la boca y siguió observando a Cameron en silencio.

Éste tuvo que reconocer que era un niño precioso, pero eso no lo convertía en su hijo. ¿A quién pretendía engañar? Bastaba una mirada para identificar el cabello, los ojos verdes y el hoyuelo. Aquel niño era igual a Cameron Duke.

Aun así, no podía quitarse de la cabeza la idea de que Julia Parrish intentaba aprovecharse de él. ¿Y si se había quedado embarazada a propósito? Todo el mundo sabía que los Duke tenían dinero, así que era posible que eso fuera lo que buscaba.

Pero aunque Cameron fuera a asumir su responsabilidad respecto a Jake, no le pondría las cosas fáciles a Julia.

Cuando el niño cerró los ojos, Cameron y Julia salieron al corredor. Él se volvió y dijo con aspereza:

—Quiero una prueba de paternidad.

Julia se quedó helada y Cameron lo notó. ¿Acaso pensaba que iba a creerla sin tener una prueba definitiva? Al observarla, recordó que su rostro era siempre como un libro abierto, y que durante su *affaire* siempre había sabido lo que quería que le hiciera y que nunca había disimulado cuánto le gustaba que la tocara. ¿Era posible que actuara con deshonestidad? Aunque le costaba creerlo, no podía descartar la posibilidad.

—Está bien —dijo ella a regañadientes—. Haremos un test de paternidad.

Cameron volvió bruscamente al presente.

—De acuerdo. Lo haremos mañana mismo.

—Mi conferencia empieza mañana —dijo ella, dirigiéndose al salón. Tomó el libro que había dejado sobre la mesa y se volvió—. No podré llevar al niño al médico hasta que vuelva.

—Espera —dijo Cameron, asimilando la noticia—. ¿Estás aquí para la conferencia?

Julia lo miró perpleja.

—Pues claro que estoy aquí para la conferencia. ¿Por qué si no iba a alojarme en tu hotel?

«Para seducirme y que te pase una pensión por el niño», pensó Cameron. Pero no lo dijo. Carraspeó.

—Tenemos una enfermera de servicio todo el día. La llamaré para que le saque sangre.

—Está bien —Julia se estremeció al tiempo que se frotaba los brazos.

—¿Qué pasa?

Julia suspiró.o

—Sé que es necesario, pero odio que le saquen sangre.

—Es muy importante —dijo él, intentando no pensar en la aguja clavándose en el delicado brazo del niño.

Empezaba a arrepentirse. Solo había exigido el test para castigar a Julia, pero el que sufriría el castigo sería el niño. No tenía sentido engañarse. Jake era su hijo y la prueba era innecesaria.

No le gustaba la forma en que Julia le había dado la noticia, la creía. Aun así, no se lo diría aquella misma noche. La dejaría sufrir unas horas más.

—Muy bien —Julia tomó el camisón y los zapatos rojos y fue hacia la cocina para recoger los biberones.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Cameron.

—Hacer la maleta.

—Espera —Cameron la tomó del brazo—. Quédate aquí.

Julia lo miró fijamente.

—No podemos quedarnos, Cameron. Tú estás aquí.

—Precisamente por eso —dijo él con vehemencia.

Ella lo miró con aquella expresión de incredulidad que él encontraba tan *sexy* porque la convertía en un reto. Luego sacudió la cabeza y dijo: —Si crees que va a pasar algo entre nosotros, te equivocas.

—Querida —dijo él provocativo—. Creo que hemos demostrado suficientemente hace un rato que podría pasar cualquier cosa.

—Escucha…

—Pero tienes razón. Esta noche no va a pasar nada —con una indiferencia que estaba lejos de sentir, Cameron le soltó el brazo y fue hacia el salón—. Pero os quedáis.

—De acuerdo —Julia lo siguió—. Prefiero no perturbar al niño esta noche. Ya nos mudaremos a otra habitación mañana.

Una oleada de ira asaltó a Cameron, que la controló sacando otra cerveza del frigorífico y abriéndola.

—No te enteras, querida. Os vais a quedar aquí hasta que tengamos el resultado del test. De hecho, lo mejor será que os alojéis aquí toda la conferencia. No habrá ninguna habitación disponible.

Julia apretó los dientes.

—Cedí mi habitación cuando tu madre insistió en que me dieran la suite. Puede que siga libre.

—Te aseguro que no. Además de la conferencia, se celebra un torneo de golf.

Julia le lanzó una mirada de frustración.

—Eres el dueño del hotel. Seguro que puedes encontrarnos una habitación.

—Podría, pero no voy a hacerlo —dijo él, impasible. Señaló la puerta del dormitorio—. Si Jake es mi hijo, no quiero que vaya a ninguna parte. Y pronto sabremos la verdad.

—Supongo que podría haber sido peor —masculló Julia mientras se metía en la cama junto a la cuna de Jake.

El niño dormía apaciblemente, inconsciente del drama que vivían su padre y su madre; y al oír el ritmo pausado de su profunda respiración, Julia rogó que nunca fuera infeliz. Sabía que no podía protegerlo durante el resto de su vida, pero por el momento no tenía por qué saber la confusión en la que estaban sumidos sus padres.

Intentó concentrarse en Jake, imaginar su carita, sus manos alzadas en el aire, su risa, pero solo conseguía ver imágenes de Cameron.

Con un estremecimiento, recordó la facilidad con la que se había rendido a sus caricias. La había tomado por sorpresa y por eso no había sido capaz de resistirse, y con ello le había otorgado un poder con el que intentaría dominarla.

Le resultaba humillante ser tan vulnerable. En unas horas tendría que volver a enfrentarse a él. ¿Podría resistir su inmenso atractivo? ¿Cómo era posible que actuara sobre ella como un hechizo?

Bostezando, ahuecó la almohada e intentó calmar la mente respirando profundamente y contando hasta diez. Necesitaba descansar para la pelea que la esperaba al día siguiente.

Cameron se estiró, fue a darse la vuelta y… aterrizó en el suelo.

—¿Qué dem…? —farfulló. ¿Dónde demonios estaba?

Su mente empezó a juntar piezas según iba recordando. Lentamente, se incorporó en el suelo del salón y se sentó en el sofá con los codos apoyados en las rodillas.

Después de que Julia se fuera a la cama, él había terminado la cerveza mientras intentaba concentrarse en el partido, pero había fracasado. Luego fue a la cama, donde le resultó imposible conciliar el sueño sabiendo que Julia estaba en la habitación de al lado. Habría querido tenerla en su cama, sentir el calor de su cuerpo, perderse en él.

Pero no siempre era posible tener lo que uno quería. Tendría paciencia y pronto Julia ocuparía su cama.

Pero aquella noche ese pensamiento no le sirvió para relajarse, así que volvió al salón y se sentó en el sofá para ver la televisión. Finalmente debía haberse quedado dormido, y nada más estirarse y sentir un dolor en la espalda se dio cuenta de que había cometido un error. Se desperezó e hizo algunos movimientos para aliviar el dolor mientras se preguntaba cuándo se había convertido en un viejo si apenas pasaba de los treinta.

Decidido a librarse de aquellas molestias se puso unos pantalones cortos y una deportivas para ir a correr durante media hora.

Tres cuartos de hora más tarde, después de una ducha caliente y dos tazas de café, se sentía mucho mejor. Lo bastante como para ocuparse de sus compañeros de suite.

— *¡Papa!*

Como aquél.

—Buenos días —saludó Julia, entrando con Jake en brazos. Lo llevaba dentro de una especie de bolsa espacial y, sin pensarlo, Cameron lo tomó y lo colocó sobre la barra de la cocina.

Julia vestía un elegante traje pantalón azul marino, una camisa de un blanco reluciente y zapatos negros de tacón alto. Llevaba el cabello rubio ondulado recogido en una sencilla coleta que, por algún motivo que no supo comprender, Cameron encontró extremadamente *sexy*. La observó apreciativamente mientras ella sacaba una manzana del frigorífico y preparaba un biberón.

— *Papa* —dijo Jake, mirando a Cameron.

—Dice eso mucho —comentó éste, consciente de que, en comparación con la noche anterior, no le irritaba.

—Le gusta la sensación en los labios —explicó Julia, antes de parpadear y volverse precipitadamente hacia la cafetera.

Cameron rio al verla cruzar la cocina con las mejillas enrojecidas. Era evidente que no había pensado cómo podían interpretarse sus palabras antes de pronunciarlas, y Cameron podía pensar en varias cosas cuya sensación le resultaba agradable en los labios.

—Tengo que asistir a una reunión de organizadores de la conferencia en cuarenta minutos —dijo ella con brusquedad, adoptando de nuevo una actitud impersonal mientras daba sorbitos al café—. He contratado una canguro para Jake que llegará en cualquier momento. Pero si te molesta que venga alguien a la suite, hablaré con el conserje para que me busque otra…

—No me importa que venga la canguro.

—Muy bien —Julia asintió con la cabeza—. Gracias.

—¿Has dormido bien? —preguntó él.

—Maravillosamente, gracias —Julia aclaró la taza—. ¿Y tú?

—Como un tronco —mintió Cameron.

—Me alegro.

Cameron pensó que se trataba de una situación peculiar, mientras se apoyaba en la encimera y observaba a Julia meter la taza en el friegaplatos. Luego miró a Jake y vio que se había quedado dormido.

Sonó el timbre de la puerta y el niño abrió los ojos de par en par al tiempo que su boca se torcía en una mueca que indicaba que se iba a echar a llorar.

—Vamos, vamos, no pasa nada —susurró Cameron acariciándole la tripa—. No te preocupes. A mí también me asustan los timbres.

Jake lo miró como si hubiera dicho algo muy sabio y Cameron se sintió invadido de un inmenso poder, como si en aquel instante fuera la persona más importante del mundo.

—Debe de ser la canguro —dijo Julia con voz ronca—. Voy a abrir.

Diez minutos más tarde, la canguro y Jake se encontraban en el dormitorio y Julia estaba lista para irse. Se había colgado el bolso del hombro y en la mano llevaba un maletín de cuero. Parecía más una abogada que la mejor repostera de la costa oeste.

Cameron la acompañó hasta la puerta y la abrió para ella.

—Le he enseñado dónde está todo y le he dejado mi tarjeta por si tiene que llamarme —dijo Julia un poco nerviosa—. Mantendré el teléfono encendido.

—No va a pasar nada —dijo él, apoyándose en el marco de la puerta para bloquearle el paso—. Todavía no hemos hablado de la prueba de paternidad.

—Ah —Julia frunció el ceño, dejó el maletín en el suelo y se cruzó de brazos—.

Confiaba en que hubieras cambiado de idea.

Cameron entornó los ojos.

—No pensarás que voy a pasarte una pensión hasta que me haya asegurado de que Jake es mi hijo, ¿verdad?

—Cameron, no necesito una pensión —dijo ella con desdén—. Puedes guardarte tu dinero.

—Eso dicen todas.

Julia apretó los labios con enfado.

—En primer lugar, lo único que me importa es el bienestar de Jake. No tienes ni idea del número de vacunas que le han puesto en estos nueve meses y de las agujas que le han clavado. Pero no te preocupes: le haremos la maldita prueba de paternidad. En segundo lugar…

—Escucha, Julia…

Ella alzó la mano.

—Permíteme que continúe antes de que digas algo sobre el dinero de lo que luego te arrepientas. Haz el favor de buscar en Internet la Fundación Parrish. Cuando vuelva, hablaremos sobre dinero.

—Está bien —dijo Cameron, consciente de que la había presionado de más, pero convencido de que era la única manera de que comprendiera que no pensaba aceptar lo que ella dijera como una verdad incuestionable.

Julia tomó el maletín y fue a salir, pero antes se paró y mirándolo fijamente, dijo:

—Y mientras tienes el ordenador encendido, quizá te podrías molestar en ver los correos que te mandé hace tiempo. Puede que te den una mejor idea de lo que está pasando.

—Julia, no…

—De paso —continuó ella, sacando un cuaderno de tapas floreadas—, quizá quieras echar un ojo a esto antes de que se lo enseñe a mis amigos.

Cameron se quedó mirando el álbum antes de pasar algunas páginas.

Contenía fotografías de Jake junto con textos escritos que las describían. Miró a Julia con el ceño fruncido.

—Y una cosa más —añadió ella antes de que él pudiera hablar—. Ayer por la noche me pillaste por sorpresa, pero no volverá a suceder. Estoy dispuesta a pasar aquí con Jake los próximos diez días, pero ni sueñes con que tengamos sexo. Es un tema innegociable.

Y con esas palabras, se marchó dando un resoplido.

Capítulo 3

«Es un tema innegociable».

¿El sexo innegociable? Ese era un concepto desconocido para Cameron.

Recordar cómo Julia se había derretido en sus brazos le demostraba que tenerla en su cama no era más que cuestión de tiempo.

Cuando se fue a la conferencia, Cameron se instaló en el salón con el ordenador.

No podía quitarse su airado comentario de la cabeza y buscó el nombre de su fundación en Internet. Una vez lo hubo encontrado, se quedó mirando la pantalla aturdido y lo primero que hizo fue contactar con su departamento técnico para que rescataran los mensajes de correo de Julia que había borrado meses atrás. Luego colgó y siguió estudiando la información que había obtenido sobre Julia Parrish y su familia.

Le perturbó averiguar que sus padres habían muerto en un accidente de avión cuando ella tenía diez años. Había páginas y páginas dedicadas a la labor filantrópica de sus padres, pero apenas nada de la joven Julia Parrish hasta que ésta abrió un negocio de repostería en Dunsmuir Bay cuatro años antes.

¿Tendría otros familiares en la zona? ¿Quién se habría ocupado de ella de pequeña? Cameron encontró más preguntas que respuestas y decidió que Julia tendría que dárselas en persona aquella misma noche.

Además de la noticia de la defunción de sus padres, la noticia que más

lo desconcertó fue descubrir que era casi tan rica como él.

Según leyó, la Fundación Parrish era una de las mayores y más influyentes organizaciones benéficas del país. Financiaban desde televisión para niños a investigación científica para el desarrollo de niños en todo el mundo. A Cameron el nombre de la fundación le resultaba familiar, pero nunca lo había relacionado con Julia.

Era fácil comprender por qué Julia no estaba interesada en su dinero y por qué había decidido dejar de molestarse en intentar dar con él. Julia no necesitaba el apoyo de Cameron Duke: la madre de su hijo era millonaria.

Y Cameron no estaba seguro de lo que esa información le hacía sentir. Le alegraba saber que a su hijo nunca le faltaría nada, pero quería ser él quien se lo proporcionara. Y eso haría. En cuanto Julia volviera, hablarían y la tranquilizaría diciéndole que ya no tenía que atender sola las necesidades de Jake. Estaba decidido a ser él quien tomara las riendas.

—¡Seguro que eso la tranquiliza! —masculló con un encogimiento de hombros.

Pero lo que ella opinara le daba lo mismo. Era el padre de Jake y quería asumir su responsabilidad. Eso no significaba que fuera a forzarla a casarse con él. Ni hablar.

Ninguno de los dos lo quería.

Aunque, pensándolo bien, probablemente sería lo mejor para Jake.

—Pero eso no va a suceder —separó la silla de la mesa.

Si no estaba dispuesto a mantener una relación estable, lo estaba mucho menos a casarse. Para Jake sería bastante tener unos padres que se preocupaban de él y le daría lo mismo que no vivieran juntos. Cameron no había crecido precisamente con buenos modelos. De hecho, su padre había sido patético y un esposo deplorable. Por eso mismo Cameron no estaba interesado en el matrimonio.

Y si sus propios recuerdos no eran suficientes, siempre le quedaba la excusa del pacto que había sellado con sus hermanos.

Cameron nunca había olvidado el día que llegó a casa de Sally Duke apenas cumplidos los ocho años. Inicialmente no le había gustado que Sally hubiera adoptado a otros dos niños de la casa de acogida, ni que

pretendiera que se convirtieran en una familia.

Los primeros días con Adam y Brandon no habían ido nada bien. Competían por todo para marcar su territorio: los juguetes, la comida, la televisión, la atención de Sally.

Discutían y se peleaban al mismo tiempo que temían que Sally se hartara y los entregara de nuevo al cuidado del estado tal y como les había pasado ya con anterioridad. Pero eso era porque no conocían a Sally Duke.

Un día, cuando se cansó de oírlos discutir, los mandó a la cabaña que había construido para ellos en un árbol y les prohibió bajar hasta que hubieran aprendido a comportarse como amigos y hermanos.

Cameron, Adam y Brandon pasaron horas en aquella cabaña antes de que empezaran a compartir sus más oscuros secretos. Brandon contó que su padre, antes de acabar muerto en una pelea, le pegaba regularmente y que, su madre, heroinómana, había desaparecido años antes. Adam había sido abandonado a la puerta de un hospital con dos años, y había pasado por diversas casas de acogida, cada cual peor. Cameron terminó confesando que su padre era un hombre violento y su madre adicta al alcohol y las drogas. No había logrado olvidar las veces que, cuando su madre lloraba mientras su padre le pegaba, éste le decía que lo hacía por amor; y nunca olvidaría la mañana que los había encontrado muertos, cuando tenía siete años.

Aquella fue la conversación que condujo al pacto. Primero, los tres chicos se juraron lealtad mutua, luego, que nunca se casarían ni tendrían hijos porque era evidente que el matrimonio convertía a las persona en seres mezquinos y crueles.

Finalmente, juraron conseguir que Sally se sintiera orgullosa de ellos.

Desde entonces, Sally les había reconocido en numerosas ocasiones que habían cumplido su promesa. Todos ellos se habían convertido en hombres maduros y responsables de los que se sentía orgullosa. Por eso, según ella, había llegado el momento de encontrarles esposa y de que le dieran un buen número de nietos. Y

muy a su pesar, Cameron acababa de cumplir su deseo.

—¡Dios mío! —exclamó, pasándose las manos por a cara con gesto nervioso—.

Ya verás cuando mamá vea a Jake.

No pudo evitar reír quedamente al imaginar la escena cuando se lo comunicara.

Sabía que la decepcionaría cuando le dijera que no pensaba casarse con Julia, pero tendría que aceptarlo. Él no pensaba casarse y nada le haría cambiar de idea. No estaba dispuesto a destrozar la vida de otra persona de la forma en que sus padres se habían destruido entre sí.

A pesar del pacto, había mantenido algunas relaciones serias, pero todas habían fracasado y le habían servido para recordar sus orígenes y concluir que no podía cambiar las cosas. No quería herir ni ser herido. Estaba destinado a permanecer solo y no le importaba.

Se puso en pie y miró la hora. La canguro había llevado a Jake de paseo para que Cameron pudiera mantener una reunión con sus hermanos, que llegarían en cualquier momento.

No tardarían en saber que eran tíos, comprobando así que los pactos no siempre se cumplían. Pero al menos no había sido él el primero en romperlo. El honor lo tenía Adam, al haberse casado el mes anterior con Trish James.

Llamaron a la puerta, Cameron fue a recibirlos y los condujo a la cocina.

—¿Queréis una cerveza?

—¿Tú qué crees? —contestó Brandon, abriendo el frigorífico y sacando tres.

—¿Cómo está Trish? —preguntó Cameron a Adam, que había llevado a Trish consigo al Monarch Dunes para un fin de semana romántico.

—Maravillosamente —dijo Adam—. Se ha encontrado con mamá y sus amigas en el vestíbulo, así que deben haber ido a la piscina a relajarse.

—¿A relajarse? —dijo Brandon riendo—. Será mejor que acabemos lo antes posible para que puedas rescatarla.

—Tienes razón —dijo Adam. Y desplegó sobre la mesa varios cuadernos y hojas de cálculo.

Brandon y Cameron se unieron a él y comentaron algunos detalles sobre los proyectos que tenían entre manos, desde el hotel Monarch Dunes al desarrollo urbanístico de Napa Valley.

—Has hecho un gran trabajo con Monarch Dunes, hermano —dijo Brandon, alzando la botella hacia Cameron.

—Gracias —contestó Cameron—. Napa también tiene buena pinta.

Los tres hermanos habían decidido años atrás que la mejor manera de dirigir la compañía era que cada uno de ellos se responsabilizara del desarrollo de un proyecto de principio a fin. El hotel Monarch Dunes le había correspondido a Cameron, que se había ocupado de él como hacía con todo en su vida, con una precisión militar.

El hotel estaba a cien kilómetros de su casa de Dunsmuir Beach, estaba reservado para los siguientes tres meses y se estaba convirtiendo en el principal destino de vacaciones de la costa central de California.

Cameron había participado en todas las decisiones, desde el vestíbulo, que se abría a una espaciosa terraza con vistas a los acantilados, hasta el diseño del elegante campo de golf que rodeaba el perímetro del hotel.

—El personal está deseando que me marche —reconoció Cameron—. Han empezado a hacerme un saludo militar cada vez que les pido algo.

—Querrás decir cuando les ordenas que hagan algo —dijo Adam.

—El que ha sido un marine, siempre es un marine —apuntó Brandon, sacudiendo la cabeza.

Cameron se encogió de hombros.

—Siempre me han gustado las cosas bien hechas —leyó las anotaciones que había hecho—. Le diré a mi ayudante que la inauguración de Napa se retrasa una semana para coincidir con la recogida de la vid, así podrá coordinar horarios con el personal.

La urbanización de Napa se había construido en las proximidades de un viñedo que los Duke habían comprado años antes. Los vinos blancos empezaban a comerciarse en todo el país y los tintos habían adquirido prestigio mundial.

—Muy bien —dijo Brandon. Y fue a la cocina—. ¿Qué es esto?

Cameron se dio cuenta demasiado tarde que se refería al álbum que Julia le había dejado.

—Nada. Dámelo.

Pero Brandon ya lo estaba hojeando.

—¡Son fotos de un niño!

—¿De quién? —preguntó Adam, rodeando la mesa para ver qué miraba Brandon.

Cameron alargó la mano hacia el álbum.

—Dámelo.

—No —dijo Brandon, impidiendo que lo alcanzara.

Adam clavó la mirada en Cameron.

—¿Hay algo que quieras contarnos?

—No pienso participar en este juego —Cameron tendió la mano y esperó pacientemente hasta que Brandon se lo dio—. Está bien, os veré luego.

—¿Qué te pasa? —preguntó Brandon poniendo os brazos en jarras al tiempo que miraba a Adam—. He visto la fotografía de una mujer embarazada y de una ecografía.

—¿Qué pasa, Cam? —preguntó Adam.

Sintiéndose acorralado y consciente de que no tenía escapatoria, Cameron se sentó a la mesa.

—De acuerdo. Antes o después tenía que contároslo.

—Pues dínoslo —Brandon tomó una silla y se sentó.

—Tengo un hijo.

Un silencio sepulcral siguió a sus palabras. Brandon parpadeó y abrió la boca en varias ocasiones pero no llego a decir nada. Adam entornó los ojos.

—¿Te importaría repetirlo?

Brandon se cruzó de brazos.

—Sabía que era una ecografía.

Cameron lo miró furioso.

—No tenías ni idea.

—Claro que sí —Brandon se encogió de hombros—. Soy más listo de lo que parezco.

Adam y Cameron rieron, lo que relajó la tensión en la habitación.

—Después de dejar caer semejante noticia, nos debes una explicación —dijo Adam.

Puesto que sabía que lo torturarían hasta que se lo contara, Cameron les dio una versión reducida de la historia de Julia y Jake.

—¿Nunca leíste los mensajes? —preguntó Brandon, incrédulo—. Yo no habría aguantado la curiosidad.

—Ya, pero yo tengo más control que tú —dijo Cameron, a la defensiva.

—Deberías decir que eres un obseso del control, que es distinto —dijo Brandon.

Adam rio.

—Creo que deberíamos revisar los mensajes.

—Ya te he dicho que los borré —explicó Cameron sin aclarar que había pedido que se los rescataran.

Adam posó la mano en su hombro y dijo:

—Pero tienes el álbum de fotografías. Mirémoslo.

—Preferiría no hacerlo.

—Vamos, Cam, somos tus hermanos —dijo Brandon—. Podemos ayudarte a ver las cosas más objetivamente.

Cameron tuvo que admitir que ambos tenían razón así que abrió el álbum al tiempo que sus hermanos se aproximaban para mirar. La primera foto era de Jake a las pocas horas de nacer.

—Parece un anciano —dijo Brandon.

—No es verdad —protestó Cameron.

—Los recién nacidos siempre tienen ese aspecto. Piensa de dónde acaban de salir

—comentó Adam.

—¡Qué desagradable! —dijo Brandon, fingiendo que se estremecía.

Y Cameron rio al tiempo que iba pasando hojas con fotografías tempranas de Jake, en ocasiones en brazos de Julia. Se preguntó quién las habría tomado al tiempo que pensaba que debía haber sido él, y según avanzaba y veía a Jake crecer, más consciente era de que como consecuencia de haber ignorado los mensajes de Julia, no había asumido la responsabilidad que le habría correspondido.

—¡Míralo, está en el cielo! —dijo Brandon al ver a fotografía de Jake disfrutando de su primer polo cocinado en barbacoa.

Julia había escrito junto a la foto que había hecho puré con el pollo y que Jake se lo había comido deprisa, pero que no siempre se lo había llevado a la boca. Y

Cameron no pudo evitar reír al ver la foto de Jake con una sonrisa de oreja a oreja, con todo el pelo y la cara manchados de puré.

—Parece Cameron cuando hacemos una barbacoa —comentó Adam. Y hasta Cameron rio.

Pasaron entonces a otra serie de fotos que Julia había titulado: *Primeras vacunas,* y donde especificaba que la enfermera las había tomado mientras ella consolaba al niño.

—¡Ay! ¡Eso va a doler! —dijo Brandon encogiéndose. Cameron lo imitó. La primera foto mostraba al médico sujetando una jeringa. Varias fotos más documentaban la cara de Jake preparándose para algo malo. La última, mostraba el estallido: Jake con a cara morada, los ojos cerrados con fuerza y la boca abierta de par en par. Era obvio que lloraba de miedo y de dolor. Cameron casi podía oír los gritos.

—¡Qué crueldad! —dijo Adam, apartando la mirada.

—Me duele tanto como a él —coincidió Brandon, frotándose el brazo.

La siguiente fotografía mostraba la cara de felicidad de Jake al ver por primera vez el mar. Cameron observó la figura de Julia con un minibiquini y tuvo que contenerse para no acariciarla. Súbitamente se dio cuenta de que sus hermanos también la estaban viendo y pasó la

hoja.

—Espera, no vayas tan deprisa —protestó Adam.

—Eso, frena —dijo Brandon—. El fotógrafo es muy bueno. Quiero ver el mar.

—Sí, ya —dijo Cameron, sacudiendo la cabeza. Sabía perfectamente lo que sus hermanos querían ver y no iba a dejarles. No pensaba permitir que vieran a Julia en biquini.

—Va, Cam, vuelve a la última fotografía —dijo Adam. Y en tono serio, añadió

—. Deberíamos conocer mejor a la madre de Jake.

—Ya habéis visto bastante —dijo Cameron, cerrando el álbum.

—Está bien —dijo Brandon. Y apoyándose en el respaldo de la silla, comentó—: Lo que sigo sin entender es por qué no te pusiste en contacto con ella cuando recibiste los mensajes.

Cameron lo miró iracundo.

—Lo único que decía en el primero de ellos era que la llamara. Así que lo borré.

—¡Qué severo! —dijo Brandon.

—Perdona, pero tú también has tenido experiencias con mujeres obsesivas.

¿Qué habrías hecho?

Brandon frunció el ceño pero no respondió.

—Cam tiene razón —dijo Adam a regañadientes.

Cameron dejó escapar un resoplido.

—Actué como debía hacerlo en aquel momento.

—Ya. Sé a lo que te refieres —dijo Brandon con un suspiro. Había

jugado al fútbol americano como profesional durante diez años y se había enfrentado a más de una y más de tres mujeres obsesivas—. Supongo que tienes razón, pero la verdad es que parece de lo más normal.

—No te equivoques —dijo Cameron—. Me gustaba mucho. Pero entonces empezó a mandar mensajes pidiéndole que la llamara. El primer día fueron cuatro.

Os juro que daba todas las señales de ser una mujer desesperada que había creído ver lo que no había. Como si al mantener relaciones hubiera creído estar enamorada.

Incluso me mandó una carta, pero la tiré sin leerla.

—Comprendo —dijo Adam.

—Eso suponía —dijo Cameron—. Y de pronto los correos cesaron y pensé que había entendido el mensaje.

—Te dio por perdido —dijo Brandon encogiéndose de hombros.

Aunque a Cameron no le agradó, no dijo nada.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó Adam.

—Estoy intentando decidirlo.

—¿De verdad? —dijo Brandon con una risita—. Pues buena suerte.

Cameron lanzó a su hermano una mirada de impaciencia.

—Tengo la situación completamente bajo control.

—¡Ah, el famoso control Cameron! —dijo Adam, asintiendo enérgicamente—.

Puesto que la tienes diez días viviendo contigo, vas a poner a prueba tu legendario control.

Cameron imaginó que Adam había tenido algunos problemas de ese estilo con Trish, y tal y como demostraban los acontecimientos, había perdido la batalla. Pero no parecía que a Adam le importara lo más mínimo. Aun así, que Adam hubiera encontrado la felicidad en el matrimonio no significaba que él fuera a seguir el mismo camino.

Adam se puso en pie y metió el cuaderno en el maletín.

—Trish querrá ver al niño.

—¡Y yo! —dijo Brandon—. Quiero conocer a mi sobrino.

—¿Qué te parece si nos pasamos esta noche?

—Hoy no —se precipitó a decir Cameron. Tenía que preparar a Julia para el asalto familiar—. Organizaré algo para mañana por la noche.

Diez minutos después de que se fueran sus hermanos, la canguro volvió con Jake.

Cameron la observó mientras le cambiaba el pañal y le daba el biberón, le hizo algunas preguntas y le pidió que le enseñara algunas de las técnicas antes de decirle que podía marcharse. Estaba decidido a ocuparse él mismo.

—Estamos solos, peque —musitó dirigiéndose a Jake cuando la mujer se fue.

Lo tomó en brazos y recorrió la suite. Lo llevó hasta la ventana y miraron los acantilados y el mar mientras Cameron señalaba distintos puntos en la costa.

—¿Ves ese trozo de tierra que sobresale allí lejos? Allí vivo yo.

Una gaviota voló cerca y Cameron dijo:

—¿Quieres saludar al pájaro? Así, muy bien. Yo te ayudo —tomó la muñeca de Jake y la movió arriba y abajo—. ¡Qué chico tan listo! —dijo. Y aspiró su aroma a talco y a jabón.

No, el matrimonio y la familia nunca habían formado parte del paisaje de Cameron, pero ya que tenía que cuidar de Jake, empezaba a planear todas las cosas que pensaba hacer para contribuir a su bienestar.

Le resultaba sorprendente haber desarrollado unos sentimientos tan fuertes hacia el pequeño en apenas unas horas. No quería llamarlo amor porque no estaba seguro de que fuera un sentimiento para el que estuviera capacitado. Y quizá eso era lo mejor para Jake.

— *Papapapa* —balbuceó Jake.

—¿Qué hay, peque? —dijo Cameron, abrazándolo afectuosamente—.

Veamos qué encontramos para comer.

Entraron en la cocina y Cameron encontró unos Cheerios para Jake y unas galletas para él. Puso al niño en la trona y lo observó jugar con las pequeñas formas redondas con el agujero en medio.

A pesar de la violencia de sus primeros años, Cameron había sido muy afortunado cuando Sally Duke lo adoptó. Bajo su fuerte y amorosa influencia, Cameron volvió a aprender a confiar en los demás, y a pesar de que su padre siempre le había dicho que jamás le importaría a nadie, Cameron se sentía capaz de amar y de ser amado. Había estado con numerosas mujeres a lo largo de su vida de estudiante y aunque no podía decir que las hubiera amado, sí que había sentido un profundo afecto por ellas, y sus sentimientos habían sido correspondidos.

En el último año de carrera, conoció a Wendy, una chica preciosa que se había enamorado de él. Una noche le había declarado su amor y le había exigido que le dijera que la amaba. Irreflexivamente, lo había hecho, aunque no era verdad, y cuando al poco tiempo intentó acabar con la relación, Wendy enloqueció. Hizo lo que pudo para obligarle a volver con ella e incluso intentó poner a sus amigos en su contra. Más tarde lo amenazó con decir a los profesores que copiaba en los exámenes.

Cameron no la creyó y ella finalmente acudió a la policía denunciándolo por haber abusado de ella. Y eso lo sacó de sus casillas.

Dada su infancia, Cameron era la última persona capaz de maltratar físicamente a alguien. Wendy no lo sabía, pero Sally Duke, sí. Contrató a un abogado y en el juicio, Wendy se quebró y echó a llorar admitiendo que había mentido. Pero aunque retiró los cargos, el daño estaba ya hecho.

Cameron todavía podía sentir la ira invadirlo al recordar la escena, y siempre se preguntaba si, de haber salido las cosas de otra manera, habría respondido violentamente, como su padre.

En un intento desesperado de canalizar la rabia que sentía, se alistó en el cuerpo de marines, y juró no volver a dar a nadie el poder de destruirlo en nombre del amor.

Pero de pronto Jake y Julia aparecían en su vida y no sabía cómo actuar.

Julia terminó la conferencia sobre alergias alimentarias y contestó las

preguntas de la audiencia. Al salir, la siguieron algunos de los asistentes, deseosos de aclarar algunas dudas. Esa era la parte que más le gustaba de las conferencias: transmitir os conocimientos que había adquirido a los largo de los años. Para ella era una forma de rendir homenaje a sus maestros.

Tras despedirse de los alumnos, fue al vestíbulo y se quedó de piedra al ver a Sally Duke en el mostrador de recepción con dos amigas. Julia no supo si evitarla o si hablar con ella. Después de todo, Sally debía haber sabido que Cameron llegaría la noche anterior y, sin embargo, cuando se encontraron, le había asegurado que pasaría los días de la conferencia fuera.

De haber sabido lo contrario, Julia se hubiera planteado la conveniencia de asistir, y habría dejado a Jake en Dunsmuir Bay con la niñera.

Sintiéndose una cobarde, giró hacia el corredor que llevaba a los ascensores para evitar a la encantadora madre de Cameron mientras recordaba el momento en que Jake y ella habían llegado al hotel. Empujaba el cochecito de Jake seguida de un portero con un carro cargado con su equipaje y la parafernalia del niño, cuando alguien la llamó desde el otro lado del vestíbulo.

—¡Julia, qué maravillosa sorpresa!

Al volverse y ver a Sally, se había quedado perpleja. Normalmente, le habría encantado encontrarse con una conocida de Dunsmuir Bay, y especialmente con Sally Duke, que había hecho famosa su pastelería. Pero incluso antes de que se saludaran, Sally se había inclinado a ver a Jake y ella se había preguntado cómo reaccionaría y si reconocería la similitud con Cameron.

—Sally, este es mi hijo, Jake —dijo.

—Qué maravilla —Sally se agachó y tomó un pie de Jake—. Hola, cariño, estoy encantada de conocerte.

Jake rio y en su mejilla asomó el hoyuelo. Sally soltó una exclamación y lo miró boquiabierta. Después de observarlo unos instantes, miró a Julia con lágrimas en los ojos—. No puede ser —susurró.

Julia no supo si estaba dramatizando, pero lo cierto fue que se le cortó la respiración.

—¿Es verdad? —preguntó Sally.

—¿A qué te refieres? —preguntó Julia intentando disimular.

—Cariño —dijo Sally con dulzura—. Es de Cameron, ¿verdad?

Julia sintió que los ojos se le humedecían y asintió con la cabeza.

—Lo sabía —dijo Sally, mirando de nuevo a Jake y acariciándole la mejilla—.

Ese hoyuelo es mejor que una prueba de ADN.

A pesar de lo preocupada que estaba, Julia sonrió. Sally la miró y con una amplia sonrisa, dijo:

—Ya estoy enamorada de él. Muchas gracias, cariño.

Y la abrazó afectuosamente.

Emocionada, Julia le suplicó que esperara a que ella misma se lo dijera a Cameron.

—¿No lo sabe? —preguntó Sally, perpleja—. ¿Por qué no se lo has dicho?

Julia le explicó que lo había intentado pero que Cameron no había contestado a sus mensajes.

Sally puso los ojos en blanco con exasperación.

—¿Por qué será que no me sorprende? Lo siento, Julia, pero mi hijo puede ser muy testarudo.

Entonces Sally prometió guardarle el secreto y llamó al conserje para que le diera la suite de Cameron. Ante las protestas de Julia, le aseguró que Cameron estaría de viaje las dos semanas siguientes.

—Nunca lo sabrá, te lo prometo —había dicho con una sonrisa inocente.

Julia entró en la suite y le sorprendió el silencio que reinaba. Las luces estaban apagadas y no se oía el menor ruido. ¿Se habría llevado Cameron a Jake a alguna parte?

Dejó el maletín y el bolso sobre una silla y penó en servirse una copa de vino, pero decidió ir primero a mirar en el cuarto de Jake.

Había sido un día largo e intenso. Tendría que hablar con Sally más

tarde o más temprano. Seguía desconcertada por la trampa que les había tendido.

Se quitó los zapatos de tacón y fue hacia el dormitorio. Al abrir la puerta, lo primero que vio fue la cuna vacía y se preguntó con consternación dónde estaría su hijo. La habitación estaba sumida en penumbras, iluminada exclusivamente por la suave luz del atardecer. Mirando hacia la cama, vio a Cameron echado, con Jake sobre él, ambos dormidos profundamente. Las grandes manos de Cameron sujetaban al niño por la espalda con gesto protector.

Julia sintió que el corazón le daba un vuelco y tragó para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. No creía haber visto nada más hermoso en su vida.

¡Estaba metida en un buen lío!

Suspiró profundamente preguntándose cómo iba a lidiar con la situación. No podía volver a enamorarse de Cameron Duke. Ya había tenido suficientes experiencias con hombres que sentían fobia al compromiso. Además, Jake y ella se arreglaban perfectamente solos.

Cameron había dejado varias cosas claras. En primer lugar, y a pesar de que parecía haber sentido un afecto instantáneo por Jake, todavía no creía que fuera su hijo.

En segundo, pretendía repetir el tórrido romance que habían mantenido cuando se conocieron.

Pero ella tenía un hijo en el que pensar, y ya no le interesaba el sexo sin amor.

Por el contrario, Cameron no estaba interesado en abrir su corazón, y mucho menos en enamorarse o casarse con ella.

Y a ella le daba lo mismo. En el año y medio que había trascurrido desde que Cameron había evitado contestar a sus mensajes, se había hecho mucho más fuerte.

Era feliz. Tenía una vida plena. Ni necesitaba ni quería a Cameron Duke a su lado.

Lo único que necesitaba era que alguien la convenciera de que todo eso era verdad y no una descomunal mentira.

Capítulo 4

Cameron oyó un suspiro y abrió los ojos. Julia estaba a unos metros, mirándolos a Jake y a él. Todavía llevaba el traje de chaqueta, pero ofrecía un aspecto más dulce y frágil que por la mañana. Sin moverse, susurró: —Está dormido.

—Ya lo veo —susurró ella a su vez—. Tú también.

—No. Solo había cerrado los ojos.

—Ah —dijo ella, sonriendo—. Será mejor que lo despertemos o se despertará a media noche.

Cameron frunció el ceño.

—No me lo había planteado —le dio unas palmaditas en la espalda, musitando

—: Eh, chico, mamá está aquí. Es hora de comer.

Jake se desperezó y Cameron vio que pestañeaba y que luego hacia pucheros.

Miró a Julia.

—¿Por qué va a llorar?

—Porque siempre está un poco malhumorado cuando despierta de la siesta —

dijo ella, tendiendo los brazos hacia el niño—. Está desorientado y probablemente necesite que le cambie el pañal.

—¿Otra vez? —preguntó Cameron, sintiéndose extrañamente vacío al perder el peso de Jake sobre su pecho—. Pero si la canguro lo ha cambiado antes de irse.

Julia apoyó al niño contra su hombro y le besó el cuello.

—Seguro que sí, pero conociendo a Jake, será mejor que lo compruebe —dijo, poniéndose unas zapatillas que había dejado bajo la cama.

Cameron se puso en pie y, desperezándose, dijo:

—Muy bien. Voy a verte, por si alguna vez no estás y tengo que hacerlo.

—Ah —Julia pareció sorprendida, pero no hizo ningún comentario—. Muy Bien.

Mientras cambiaba el pañal a Jake con una eficacia que asombró a Cameron, le preguntó:

—¿Has hablado con la enfermera?

Cameron tardó unos segundos en recordar a qué se refería y por algún extraño motivo, decidió no decirle directamente que no necesitaba la prueba.

—Ah, ¿te refieres al análisis?

Julia suspiró

—No comprendo cómo puedes dudarlo. Tu madre lo supo al instante, y te aseguro que no le dije nada.

—¿Mi madre? —Cameron frunció el ceño—. ¿Ha visto a Jake?

Mientras le ponía a Jake un mono limpio, Julia le contó el encuentro con Sally.

—No me extrañaría que mi madre tuviera un plan —dijo Cameron—. Pero eso no significa que Jake sea mi hijo. Dudo mucho que yo sea el único hombre con el que…

Cameron no concluyó la frase porque no pudo soportar la idea de Julia con otros hombres. Carraspeó para disimular su incomodidad.

—En cualquier caso, como he dicho antes, tomamos medidas, así que deberías explicármelo.

—Por supuesto que tomamos precauciones, Cameron, pero ¿acaso no recuerdas el número de veces que lo hicimos aquel fin de semana? Quizá fue inevitable.

Claro que lo recordaba. Y solo pensar en aquel encuentro de pieles, lenguas, manos y cuerpos hizo que se le endureciera el sexo.

—Puedes culpar a tu madre todo lo que quieras —añadió Julia con un suspiro

—, pero solo tú y yo somos responsables de esto —tomó a Jake en brazos y fue hacia la cocina—. Voy a preparar un biberón.

Cameron la siguió.

—Pensándolo bien, ni siquiera habría llegado a conocerte si mi madre no hubiera insistido en que probáramos tus productos.

—Tienes razón, pero eso fue hace dos años. ¿De verdad crees que tu madre supo que…? Olvídalo.

Julia dejó a Jake en su sillita sobre la encimera y fue hasta el frigorífico.

—¿Que supo el qué? —preguntó él, provocador—. ¿Qué acabaríamos en la cama el mismo día que nos conocimos? —se acercó a ella y le rodeó la cintura desde detrás—.

¿O qué haríamos el amor sin cesar durante setenta y dos horas hasta quedar exhaustos?

Se pegó a ella y le hizo sentir su erección contra el trasero. Julia gimió.

—¿Te acuerdas? —preguntó él.

—Sí —susurró ella—. De no ser por el servicio de habitaciones, nos habríamos muerto de hambre.

Cameron rio y luego gimió cuando Julia se apretó contra él al tiempo que le ofrecía el cuello para que lo besara.

—¿Te acuerdas de cuando bebimos champán en la bañera?

—Sí —susurró ella.

—¡Dios mío, hueles tan bien! —Cameron la hizo volverse y la besó. Ella abrió la boca para darle acceso a su húmeda calidez y alargó la lengua.

Llamaron a la puerta y se separaron de un salto.

—Esto es una locura —dijo Julia, reaccionando.

—¿Quién puede ser? —preguntó Cameron. Y fue a abrir.

—¡Hola, cariño! —saludó su madre.

—¡Yuhu! Hola, Cameron —le saludó Beatrice.

—Queremos ver al bebé —dijo Marjorie—. No los interrumpimos, ¿verdad?

Cameron negó con la cabeza al tiempo que las tres mujeres entraban con paso decidido. Eran amigas desde antes de que Cameron naciera. Seguían jugando a las cartas todos los martes y Beatrice y Sally trabajaban de voluntarias en un hospital, mientras Marjorie seguía trabajando como jefa de Recursos Humanos en Duke Development.

—Bienvenidas —dijo, cerrando la puerta.

—¿Venimos demasiado tarde? —preguntó Marjorie, mirando a su alrededor.

Sally la imitó y luego miró a Cameron.

—Pensábamos que nos dejaríais quedarnos con el niño mientras ibais a cenar algo.

Julia asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—Oh, no, no es nece…

—Me parece perfecto —la interrumpió Cameron—. Dadnos cinco minutos para prepararnos.

—Nos han pasado por encima como apisonadoras —masculló Julia antes de dar un sorbo al vino blanco.

Cameron miró a su alrededor, contento de que el comedor del Monarch Dunes estuviera casi lleno, sin que con ello se perdiera la sensación de intimidad. El servicio era atento y discreto a un tiempo y la comida, excelente.

—¿De verdad te importa haber salido? —preguntó él.

—¡Claro que no! ¡Esto es maravilloso! —dijo ella, barriendo la habitación con la mirada.

—Me alegro. Relájate.

La mesa que ocupaban estaba junto a un ventanal que daba al campo de golf; al fondo, se veía el mar y los acantilados. Hacía una noche preciosa, con una luna creciente y millones de estrellas. La cubertería de plata y las copas proyectaban destellos multicolores sobre el mantel

blanco.

Julia suspiró.

—Espero que Sally no crea que cuento con ella para cuidar del niño.

—Será mejor que te hagas a la idea —dijo Cameron con una sonrisa de complicidad—. Ahora que sabe que Jake existe, va a ser difícil librarse de ella.

—Lo sé —dijo Julia, sonriendo a su vez—. Me ha amenazado con poner una tienda de campaña en mi jardín para verlo a diario.

Cameron enarcó las cejas.

—Si te molesta, hablaré con ella.

—¡Claro que no! —dijo Julia, alargando la mano instintivamente hacia la de él para tranquilizarlo—. Yo no tengo familia, así que la idea de que Jake tenga una abuela ansiosa por pasar tiempo con él es un sueño hecho realidad.

Cameron le retuvo la mano cuando ella fue a retirarla.

—Hablando de familia, he buscado en Internet la Fundación Parrish.

—Entonces habrás visto que no busco tu dinero.

—Efectivamente. He descubierto que tus padres murieron cuando eras pequeña.

Lo siento mucho.

—Sí, fallecieron en un accidente de avión. Fue espantoso. Tenía diez años y no había ningún familiar que pudiera cuidar de mí.

—¿Qué hicieron contigo?

Julia sonrió con melancolía.

—El juez dejó que la niñera que me había criado continuara haciéndolo, además de nombrar a los abogados de mis padres como tutores, que se mudaron a mi casa.

—¿Tus tutores eran abogados?

Julia hizo una mueca.

—Sí. Fue un acuerdo muy frío. Cuando finalmente leí el testamento de mis padres, hace unos años, me sentí como un objeto. Sé que mis padres me amaban, así que la responsabilidad fue de los abogados y la forma en que lo redactaron. Lo cierto era que mis padres no tenían hermanos, así que no había ningún familiar que se responsabilizara de mí.

—Tuviste suerte de que no te dieran a los servicios sociales.

—Desde luego —dijo Julia precipitadamente—. Mi niñera, Rosemary, era maravillosa. Fue como una madre para mí.

—Tuviste suerte de tenerla.

—Desde luego —Julia dio un sorbo al vino para recuperar fuerzas—. Pero murió a los dos años, de cáncer. Lloré durante semanas.

—Lo siento —dijo Cameron, apretándole la mano afectuosamente.

Julia asintió.

—Mis tutores contrataron a otra niñera, pero no sirvió de nada. Era demasiado mayor.

—Solo tenías doce años.

—Pero me sentía adulta —dijo Julia, sonriendo al tiempo que partía un colín y lo mordisqueaba—. Mis padres viajaban tanto que me había acostumbrado a estar sola.

Era una niña muy autosuficiente.

Cameron bebió vino.

—Te sentías sola.

—Por favor —dijo Julia, ahuyentando la idea con la mano—. No hagas que suene como una pobre niña rica.

—¿Por qué no?

Cameron habló en un tono tan compasivo que Julia sintió que le ardían los ojos.

¿Iba a llorar por el mero hecho de que alguien le mostrara dulzura?

—Porque a nadie le importa ¡Pobrecita, tanto dinero y nadie que la

quiera! Es un cliché.

—Los clichés pueden ser verdad —Cameron dejó la copa en la mesa—. Algunas cosas son más importantes que el dinero, Julia.

Ella se preguntó si se referiría al amor, pero en lugar de hacer la pregunta, dijo:

—Estoy de acuerdo, pero para las personas que lo tienen es fácil decir eso. Así que para no incomodar a mis amigos, suelo evitar hablar de mí misma.

—Excepto conmigo —dijo Cameron, esbozando una sonrisa.

Julia frunció el ceño como si acabara de darse cuenta de ello.

—Eso parece.

Cuando llegaron a la suite, Jake dormía profundamente y Sally y sus amigas, tras decir que lo habían pasado en grande, se ofrecieron a repetir cualquier otro día.

—¿Quieres una copa? —preguntó Cameron cuando se fueron.

—Mañana me espera un largo día —dijo ella, dejando caer su jersey en una silla

—, pero no me importaría tomar un chocolate caliente.

—Eso no es precisamente una copa —dijo él, encaminándose a la cocina—. No estoy seguro de tener los ingredientes.

—Te equivocas —dijo ella, sacando una tableta de un armario.

—¿De dónde ha salido?

—Lo he traído yo.

—¿Siempre viajas con una tableta de chocolate?

Julia lo miró como si fuera tonto

—Pues claro —dijo, a la vez que ponía unas onzas en un cazo, le añadía un poco de agua y lo ponía al fuego.

—¿Y ya está? —preguntó él con incredulidad.

Julia señaló el cazo y el fuego.

—Chocolate y calor igual a chocolate caliente.

—Pensaba que era más complicado. Huele bien.

—Toma —dijo Julia pasándole la cuchara con la que lo removía y bajando el fuego—. Tengo que montar nata.

—¿También tienes?

—No viajo sin ella —Julia la sacó del frigorífico.

Cameron sonrió.

—Me gusta tu estilo viajando.

Julia sacó un cuenco y una batidora de mano, vertió la nata, echó una cucharada de azúcar y la montó. En unos minutos, servía dos tazas de chocolate rematadas con una buena cantidad de nata montada.

—Bebe el chocolate a través de la nata —le dijo a Cameron, pasándole una taza

—. Así combinas el calor y el frío sin mezclarlos.

Lo observó mientras Cameron seguía sus instrucciones sin dejar de mirarla.

Nunca había tomado nada tan bueno.

—¿Y bien? —preguntó Sally.

Cameron se preguntó cómo sabría si lo lamía de los senos de Julia.

—Está tan bueno que debe ser pecado mortal —dijo con voz ronca.

Julia se ruborizó y a Cameron le gustó que adivinara la dirección que tomaban sus pensamientos. Ella carraspeó.

—¿Así que te gusta?

—¿Gustarme? —Cameron dio un largo trago—. Deberías empaquetarlo, aunque lo prohibirían en más de un estado.

—Gracias —dijo Julia, dejando la taza en la mesa.

—No, gracias a ti —Cameron hizo lo mismo y tomando a Julia de la

mano tiró de ella—. Quiero probarlo en tu boca.

Antes de que Julia pudiera protestar, Cameron la estaba besando.

El dulce sabor del chocolate en sus labios prendió una mecha incendiaria.

Aprisionándola contra la encimera, metió la lengua entre sus labios y en su boca paladeó el sabor del deseo. Era lo que quería sentir desde que la había visto salir de la ducha, con las piernas húmedas y calientes y los senos redondos y firmes. La deseaba con una pasión que no sentía desde hacía años. Quizá desde la última vez que había estado con ella.

La besó con voracidad, explorando cada rincón de su boca con la lengua. Julia le rodeó el cuello con los brazos y se puso de puntillas para sentir su firme sexo contra el cruce entre los muslos. Él la sujetó con firmeza por las nalgas con una mano mientras con la otra abarcaba uno de sus senos. Julia respiró entrecortadamente y Cameron supo que lo deseaba tanto como él a ella.

Su cuerpo clamaba por poseerla allí mismo, contra la pared; por quitarle la ropa y adentrarse en ella una y otra vez hasta que ambos se deslizaran al suelo, exhaustos.

No recordaba haberse sentido así nunca, no recordaba haber necesitado a una mujer tanto como necesitaba respirar, incluso más. Julia era suya, suya.

Ella se separó para tomar aire.

—Cameron, no puedo.

—Lo sé —Cameron dibujó la línea de su mandíbula con besos, bajando hasta los hombros. Entonces empezó a desabrocharle la blusa para sentir su piel.

—Cameron, por favor —musitó ella—. Lo-lo siento —se apartó de él —. No puedo hacerlo, no puedo.

—Claro que sí. Yo te recordaré cómo —susurró él. Julia posó una mano en su pecho para impedir que la abrazara.

—Sé cómo se hace. No es eso.

Cameron creyó comprender y, aun a regañadientes, dio un paso atrás.

—Quieres decir que no estás preparada.

—Claro que sí —dijo Julia esbozando una sonrisa—. Pero sé lo que sientes.

—Creo que es evidente —dijo él, volviendo a aproximarse a ella y estrechándola delicadamente.

Julia gimió de placer, pero se dijo que tenía que mantenerse firme.

—Me refiero a lo que sientes por mí y a que creas que intento atraparte mintiendo sobre tu paternidad.

—Te equivocas.

—No es verdad —dijo Julia con calma—. Tú tienes tus reglas. Yo tengo a Jake.

Tenemos que esperar los resultados del análisis antes de… Será mejor que me vaya a la cama.

—Escucha, Julia —dijo Cameron, esforzándose por imprimir a su voz la mayor sinceridad posible—. Estoy convencido de que no me mientes y que Jake es mi hijo, Por eso no he llamado a la enfermera.

—Solo lo dices para arrastrarme a la cama —dijo ella, abatida.

—No lo digo por eso —dijo Cameron. Luego, con una sonrisa pícara, añadió—: Pero, ¿serviría de algo?

Julia sonrió.

—Me encantaría pasar la noche contigo, pero creo que solo complicaría las cosas.

Cameron vio la pasión y el deseo que enturbiaban sus ojos y dijo:

—Pues aceptemos las complicaciones.

Ver que el rostro de Julia adoptaba una expresión de tristeza lo perturbó.

—No quiero ser la mujer con la que te acuestas porque estoy en tu suite.

—Pero es que estás en mi suite.

—Por eso mismo. Solo te intereso porque me tienes a mano.

—No es verdad, Julia —hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas—.

Te creo, sé que Jake es mi hijo y te deseo a ti, no a cualquier mujer que estuviera durmiendo aquí.

Julia escrutó su rostro en busca de respuestas.

—Yo también te deseo y me alegro de que me creas, pero tú tienes tus reglas y sé que en cuanto nos marchemos, querrás olvidarme. Y yo no podría volver a pasar por eso.

Cameron vio que hablaba en serio. También tuvo a certeza de que si seguía asediándola, vencería su resistencia, pero ¿a qué precio? No sería lo que ella verdaderamente quería ni necesitaba. Haciendo acopio de toda la fuerza de voluntad que poseía, retrocedió.

—Te equivocas, cariño. Pero sé que no voy a conseguir convencerte esta noche.

Julia sacudió la cabeza.

—Lo siento.

—Los dos lo sentimos —Cameron no pudo reprimir el impulso de darle un último beso en los labios—. Que duermas bien, Julia.

Capítulo 5

Sus estúpidas reglas.

Cameron ahuecó la almohada una vez más aunque sabía que no conseguiría conciliar el sueño, así que lo mejor que podía hacer era pensar, porque tenía que reflexionar sobre unas cuantas cosas. Para empezar, sobre sus reglas. Aunque no las cambiara puesto que le funcionaban, al menos evitaría hablar de ellas. Sobre todo con una mujer a la que quisiera llevarse a la cama.

¿Cómo conseguiría convencer a Julia de que la creía? Debía haberle dicho desde el primer momento que era evidente que Jake era suyo, pero no, había tenido que cuestionarlo.

Sin embargo, ese no era su mayor problema con Julia, sino la desesperación con la que la deseaba. Y saber que por mucho que le dijera que olvidara sus reglas, ella solo lo interpretaría como un intento de seducirla.

Pero eso, aunque fuera parcialmente verdad, no era toda la verdad. Julia le gustaba por dentro tanto como por fuera. Además era la madre de su hijo, así que tendrían que verse regularmente en el futuro. ¿Por qué entonces no podían mantener una… relación? ¿Un acuerdo? ¿Un *affaire* prolongado?

A él no le parecía un mal plan, pero estaba seguro de que Julia no sería de la misma opinión. Aun así, no le impediría ver a Jake, y por la mañana, tendrían que hablar de custodia compartida.

Ese pensamiento lo llevó a otros de índole práctica, como la necesidad de acondicionar su casa para un bebé, tanto en términos de seguridad como estéticos. Le compraría una cama en forma de coche de carreras, un ordenador, juguetes…

Pondría una valla alrededor de la piscina, un columpio… Le compraría un perro grande.

Estaba quedándose adormilado cuando se dio cuenta de que ver a Jake cada varias semanas no sería suficiente y que sería más sensato que Julia y el niño se mudaran a su casa. Tenía seis dormitorios y la cocina era lo bastante grande como para que Julia hiciera toda la repostería que quisiera.

Súbitamente, Cameron se incorporó y se sentó en el borde de la cama.

—¿Me estoy volviendo loco? —masculló.

No estaba preparado para ser padre y era absurdo pensar en invitar a Julia a que se mudara con él. ¿Acaso había olvidado su experiencia con Martina?

Años atrás, tras el fracaso sentimental con Wendy, dejó los marines y volvió con sus hermanos para establecer la empresa constructora. Entonces conoció a la muy atractiva Martina Moran, con la que olvidó todo lo que creía haber aprendido en el pasado.

Empezaron a salir y Cameron creyó estar enamorándose de ella. Intentando demostrarse que era todo un hombre y que ya no estaba sometido al cruel legado de su padre, le propuso en matrimonio y ella aceptó. Cameron pensó que le esperaba una larga vida de felicidad

conyugal. Pero no solo era joven, sino estúpido e ingenuo.

Martina solo había estado utilizándolo para despertar los celos de otro hombre.

La estrategia funcionó y ese hombre, Andrew Gray, le pidió que se casara con él, a lo que Martina accedió al instante, dejando plantado a Cameron. Éste había decidido en aquel mismo momento que no estaba destinado al amor, porque solo podía acabar desastrosamente.

Ser más maduro no lo hacía necesariamente más inteligente. ¿Podía hacer funcionar lo suyo con Julia y Jake? ¿Tenía sentido intentarlo? Jake era su hijo y Julia la madre de éste, así que no quedaba otra salida que lograrlo. Ambos querían lo mejor para el niño.

Julia estaba tan cansada que hasta meter la tarjeta en la cerradura constituyó un esfuerzo sobrehumano.

Apenas había pegado ojo la noche anterior y la conferencia había sido agotadora, así que estaba deseando tomar una copa de vino y un baño caliente en cuanto acostara a Jake.

Pero en cuanto entró en la suite la asaltó el rumor de música y de gente charlando y riendo. ¿Había organizado Cameron una fiesta? ¿Dónde estaba Jake?

Julia acababa de trabajar diez horas y no estaba de humor para fiestas, así que se planteó la posibilidad de cruzar sigilosamente hacia su dormitorio y esconderse.

Pero antes de que le diera tiempo a hacerlo, una mujer de su misma edad la vio desde el salón.

—Tú debes de ser Julia —preguntó, aproximándose con una amplia sonrisa—.

Cameron nos ha hablado mucho de ti.

Julia se preguntó qué habría contado.

—Hola —saludó, esforzándose por disimular su desconfianza. No solo era una mujer espectacular, sino que parecía encantadora.

¿Estaría saliendo con Cameron? ¿Qué necesidad tenía Cameron de traer a su actual cita y montar una fiesta con sus amigos precisamente cuando ella y Jake estaban en su suite? Una vez más, pensó que su

única escapatoria era refugiarse en su dormitorio. Pero en ese instante apareció Sally Duke.

—¿Trish, dónde está…? —se paró en seco al ver a Julia, y exclamó—. ¡Por fin ha llegado!

—Hola, Sally —la saludó Julia tímidamente.

—Pasa, cariño. Te hemos invadido y debes estar agotada después de un día tan largo.

—No importa —dijo Julia.

—Ven a conocer a mis hijos y a tomar una copa de vino. Ya has conocido a Trish, la esposa de Adam.

—No del todo —Julia se volvió y sonrió mucho más cálidamente a la mujer al tiempo que le tendía a mano—. Hola Trish.

En lugar de estrecharle la mano, Trish le dio un abrazo.

—¡Estoy encantada de conocerte! Jake es una preciosidad. ¡Qué alegría que Cameron los encontrara!

—Gracias. Yo también me alegro de conocerte.

—Yo también soy bastante nueva en la familia —dijo Trish, entrelazando su brazo con el de Julia—. Adam y yo nos casamos el mes pasado.

—Enhorabuena.

—Gracias. Somos muy felices.

—Pues claro —dijo Sally, guiñando un ojo—. Yo planeo bien las cosas.

Trish y ella rieron. Al ver que Julia las miraba desconcertada, Sally aclaró.

—Es una historia complicada, pero un día de estos te la contaremos. Ahora ven a conocer a mis chicos —y tomándola por el otro brazo pasaron a la cocina.

Lo primero que Julia notó fue que la cocina se quedaba pequeña en comparación con los tres atractivos hombres que charlaban animadamente con las amigas de Sally, Beatrice y Marjorie.

Lo segundo fue que el más corpulento de los hermanos sujetaba a Jake en el aire como si fuera un avión de papel a punto de cruzar la habitación, y que Jake reía y chillaba de excitación. Al recordar que Cameron le había dicho que uno de sus hermanos había jugado en la liga profesional de fútbol americano, asumió que se trataba de Brandon.

—Déjamelo —dijo el tercer hermano, que, por eliminación, debía de ser Adam.

Sin esperar respuesta, tomó a Jake a medio vuelo. Mirándolo de frente, añadió—: Hola, Jake, bienvenido a la familia.

Brandon le hizo cosquillas en la tripa.

—Hola chico, ¿a qué estás contento de estar con nosotros?

Jake rio y dio pataditas en el aire. Brandon le dio una palmada a Cameron en la espalda.

—¡Es fantástico!

—Así es —dijo Cameron, tomando a Jake de manos de Adam y estrechándolo contra su pecho. Luego, sujetándolo para mirarlo de frente, añadió con orgullo—: ¿Habéis visto que guapo es? Igualito a su padre.

—No lo insultes —bromeó Brandon.

Y Adam rio.

—Sois muy graciosos —dijo Cameron, encogiéndose de hombros y alzando a Jake por encima de su cabeza.

—Papa —gritó Jake.

Se hizo el silencio. Julia observó a los hermanos intercambiar miradas antes de sonreír. Adam le dio una palmada a Cameron en la espalda.

—Enhorabuena, papá.

Cameron suspiró con fuerza.

—Supongo que debo darte las gracias.

—Eso, enhorabuena —dijo Brandon—. Estoy deseando conocer a su madre.

Trish carraspeó para llamar su atención. Jake vio a Julia y gritó:

—¡Mama! ¡Mama! —al tiempo que sacudía los brazos y daba patadas al aire.

Los tres hombres se volvieron lentamente.

Julia había estado disfrutando de la maravillosa camaradería que reinaba entre ellos y de lo abiertos que estaban a aceptar a Jake, pero en aquel momento no pudo evitar reír al ver la cara de sorpresa con la que la miraron. Acercándose a Jake le acarició la mejilla.

—Hola, melocotón, ¿lo estás pasando bien?

Brandon fue el primero en reaccionar.

—Hola, soy Brandon, el hermano más listo y más guapo de Cameron —la saludó, ofreciéndole la mano.

Julia se la estrechó. Era grande como un oso, y tan espectacularmente guapo como sus hermanos.

Adam dio un paso adelante.

—Hola, Julia. Soy Adam Duke.

Julia estrechó la mano del más alto y más serio de los tres, y pensó que Trish era una mujer afortunada.

—Adam, no la asustes —bromeó Brandon—. Escucha Julia, si tienes miedo y necesitas un abrazo, soy tu hombre.

Julia rio y Trish puso los ojos en blanco, divertida.

—Nadie va a abrazarla excepto yo —masculló Cameron al tiempo que pasaba a Julia una copa de vino blanco.

A partir de ese momento las conversaciones se solaparon. Todo el mundo quería tomar a Jake en brazos, que parecía encantado pasando de un miembro de la familia a otro.

Después de beber un poco, Julia empezó a relajarse, y al cabo de media hora, en lugar de exhausta, se sentía llena de energía. Nunca había estado con un grupo tan ruidoso y divertido. Si formar parte de una familia era eso, quería ser aceptada en el club.

Llamaron a la puerta y Sally acudió a abrir.

—Debe de ser el servicio de habitaciones —dijo Cameron a Julia—. Espero que no te importe, pero les he invitado a quedarse a cenar.

—Claro que no me importa —dijo Julia, sonriéndole—. Tu familia es maravillosa.

Eres muy afortunado.

—Eso creo yo también —dijo Cameron, mirándola fijamente.

—Será mejor que eche una mano —dijo Julia al sentir que se ruborizaba.

Cameron era el único hombre que tenía ese efecto en ella.

Mientras el camarero dejaba la cena sobre la mesa, Julia dejó a Jake en la trona, calentó su cena y, para entusiasmo general, improvisó una *mousse* de chocolate que dejó a enfriar en el frigorífico.

Durante la cena se contaron numerosas historias familiares. Una llevaba a la otra, y Julia no recordaba haber reído tanto en mucho tiempo.

Cuando se retiraron los platos, Cameron preparó café, y Julia repartió la *mousse*, que recibió todo tipo de halagos mientras ella reía porque era de los postres más sencillos que sabía hacer.

Al volver a sentarse tras recoger los platos del postre, le emocionó la prontitud con la que la familia de Cameron la había acogido junto con Jake en su seno. Observó cómo Cameron terminaba de darle el biberón al niño para luego colocárselo en el hombro y frotarle la espalda. En unos segundos, Jake eructó sonoramente y todos rieron y vitorearon.

Julia se quedó sin aliento cuando Cameron le apretó el muslo por debajo de la mesa.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó.

—Mejor que nunca —dijo ella, mirándolo a los ojos.

Aquel ambiente, aquella relación, era lo que Julia siempre había soñado como familia, pero no llegaba a creer que su sueño pudiera convertirse en realidad tan fácilmente. ¿Sería una ingenua al pensar que podía confiar su corazón a aquellas personas y a aquel hombre?

Cameron había observado a Julia toda la velada y, aunque no quería

pecar de exceso de seguridad en sí mismo, estaba convencido de que el plan había funcionado incluso mejor de lo previsto.

Se inclinó hacia Julia y le dijo:

—Sal conmigo un momento.

—Antes debería acostar a Jake.

—¿Te importa que lo hagamos nosotros? —preguntó Trish, poniéndose en pie y tocando a Adam en el hombro—. Deberíamos practicar.

—Perdón —dijo Brandon, mirándolos alternativamente—. ¿Tenéis algo que contarnos?

—No lo sé —preguntó Adam. Y miró a su esposa—. ¿Hay algo que contar?

—Claro que no —Trish sonrió con inocencia—, pero nunca está de más estar preparados.

Adam sacudió la cabeza y le tomó la mano.

—No vuelvas a darme un susto así.

Todos rieron y Cameron le pasó Jake a Trish.

—Está quedándose dormido.

—¡Es una monada! —dijo Trish. Y dirigiéndose a Julia, añadió—: Tendremos cuidado.

—No se rompe con facilidad —bromeó Julia—. Y le encanta que le cambien el pañal.

—Sí —Cameron rio—. Buena suerte.

Precedió a Julia hacia el salón y abrió la puerta corredera de la terraza. La brisa removió el rubio cabello de Julia, que se envolvió en la chaqueta. Cameron reprimió el impulso de abrazarla y protegerla del fresco.

Sabía que podía cuidarse perfectamente a sí misma, pero desde que había planeado su estrategia, se había disparado su instinto protector.

De hecho, ya había llamado al servicio doméstico para que hicieran

algunos cambios en su casa. También les había pedido que instalaran el columpio aquella misma semana. Solo le quedaba decorar el dormitorio del niño. Confiaba en que Julia quisiera ayudarlo. Tendrían que ir de compras, y se suponía que a las mujeres les encantaba comprar.

—¡Qué preciosa vista! —dijo Julia, asiéndose a la barandilla y mirando hacia el norte, donde se apreciaba la silueta de los bosques recortados contra el cielo.

Sin apartar la mirada de ella, Cameron dijo:

—Sí que lo es.

Julia se volvió y vio que la estaba mirando. Estaba demasiado oscuro para apreciarlo, pero Cameron tuvo la certeza de que se ruborizaba. Y no sabía por qué, pero siempre le hacía sonreír.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó al tiempo que apoyaba las manos junto a las de Julia en la barandilla.

—Sí —dijo Julia. Y sus ojos brillaron en la penumbra—. Tu familia es maravillosa y les estoy muy agradecida por haber dado la bienvenida a Jake.

—También te la han dado a ti, Julia.

—Lo sé —dijo ella, riendo quedamente—. Son encantadores. Me siento feliz de que Jake vaya a crecer rodeado de una familia tan cariñosa.

—¿Te va a molestar que todos queramos pasar tiempo con él?

—En absoluto —dijo Julia con firmeza—. Sería lo mejor para él.

—Me alegro de que digas eso, porque llevo pensando en ello todo el día.

—¿Qué quieres decir?

—He estado dando vueltas a qué es lo mejor para Jake.

Julia alzó la mirada hacia Cameron.

—¿De verdad?

—Sí —Cameron sonrió. Encontraba a Julia tan hermosa que a veces se quedaba sin respiración—. Quiero que Jake forme parte de mi vida, Julia. Quiero lo mejor para él.

Julia asintió con la cabeza.

—Yo también.

—Me alegro —dijo Jake, encantado de que su plan estuviera saliendo tan bien

—, porque creo que deberíamos casarnos.

Capítulo 6

—¿Qué? —gritó Julia.

Puesto que sabía que la tomaba desprevenida, su grito no debía haber sorprendido a Cameron, pero fue tan agudo que le perforó el oído. Tomó las manos de Julia en un gesto que quiso que ella interpretara como romántico.

—Quiero que nos casemos y que tú y Jake vengáis a vivir conmigo. Podemos darle una vida maravillosa.

El rostro de Julia se ensombreció.

—Ya la tiene.

—Será aún mejor si estamos juntos.

Julia negó con la cabeza.

—Ni hablar.

Cameron dio un paso atrás y se cruzó de brazos.

—¿Vas a impedir que vea a mi hijo?

Julia lo miró con ojos desorbitados.

—Por supuesto que no. Podemos organizar un programa de vistas y…

—No quiero visitarlo. Quiero vivir con él.

—No es posible —gritó Julia—. Yo soy su madre. Ha pasado conmigo toda su vida y puedo cuidar de él. No puedes quitármelo.

—No quiero quitártelo —se apresuró a decir Cameron, molesto con que la conversación no fuera tal y como la había imaginado. Pero con Julia nada era como esperaba—. Te estoy pidiendo que te cases conmigo para que lo criemos juntos.

Julia lo miró en silencio antes de preguntar:

—¿De qué planeta vienes y qué ha hecho con Cameron Duke?

—No tiene ninguna gracia.

—En eso estamos de acuerdo. ¿De dónde has sacado semejante idea? No pienso vivir contigo.

—¿Por qué?

—Porque no me quieres, Cameron, ¿recuerdas?: Tú nunca echas la mirada atrás.

¿Qué ha sido de tus reglas? ¿Qué ha cambiado de un día para otro para que me quieras en tu vida?

Cameron tragó saliva.

—La gente cambia, Julia. Las reglas han de adaptarse.

No comprendía por qué no era más razonable.

—¡Qué maduro! —dijo Julia con sarcasmo—. Pero eso no significa que esté dispuesta a instalarme en tu casa para hacer de niñera mientras tú sigues con tu vida.

—¿Quién ha dicho que quiera que hagas de niñera?

—Vamos, Cameron. No soy idiota. Tú quieres a Jake y me necesitas para cuidar de él. Puedes venir a verlo cuando quieras.

—No quiero visitarlo. Quiero vivir con mi hijo y con su madre. Quiero que te cases conmigo. ¿Es tan difícil de comprender?

—Me estás utilizando para conseguir a Jake —dijo Julia con voz temblorosa—.

Y me niego a que me uses.

Solo entonces Cameron comprendió que Julia sentía miedo. ¿Cómo podía ser tan torpe? ¿Por qué parecía serlo siempre con Julia?

Apoyándose en la pared de la terraza, la atrajo hacia sí y le acarició la espalda para calmarla.

—Te juro que no te estoy utilizando. Solo quiero la oportunidad de vivir como una familia. Tú, Jake y yo.

Julia suspiró.

—Cameron, tú no me amas.

Él abrió los ojos desmesuradamente antes de controlar su reacción. ¿Julia esperaba que la amara? Resopló. Que no pudiera ofrecerle amor no significaba que no pudiera darle otras cosas.

—Julia, te admiro y te respeto —dijo con dulzura—. Me gustas muchísimo.

Quiero estar contigo y es evidente que hay una química entre nosotros explosiva.

Creo que podríamos tener una vida fantástica, juntos. Pero… no me pidas que hable de amor. Lo siento.

Julia alzó la barbilla y lo miró fijamente.

—¿Quieres a Jake?

Cameron frunció el ceño. ¿Amaba a su hijo? Pensó en los momentos en que lo había mirado a los ojos y había sentido que sus almas se comunicaban. Sentía una honda conexión con él. ¿Era amor? ¿Qué importancia tenía cómo se llamara?

—Jake es mi hijo. Lo protegería con mi vida.

Julia asintió en silencio. Había identificado la expresión de Cameron mientras reflexionaba, la misma que ella veía reflejada cuando se miraba en el espejo con Jake en brazos. Era el rostro del amor paterno-filial. Que Cameron no fuera capaz de expresarlo con palabras no significaba que no lo sintiera.

No se atrevía admitir que su oferta la tentaba. Pero no estaba tan desesperada por tener una familia como para renunciar al amor

verdadero.

Un poco más tarde, volvían a la suite y charlaba con las personas a las que de inmediato había considerado su propia familia, al mismo tiempo que daba vueltas a lo que Cameron le había dicho. Que hubiera una gran química entre ellos no era bastante.

Por otro lado, había numerosas familias que habían empezado con menos que eso.

Julia había soñado con una familia toda su vida. Siempre había imaginado lo divertido que sería tener hermanos y hermanas para charlar y jugar. Los hermanos de Cameron y Trish podrían ocupar ese lugar. Y con Sally, tendría la madre con la que compartir sus deseos y sueños más profundos. Podrían quedar a comer e ir de compras.

—Y jugaríamos a las peluquerías —masculló entre dientes, irritándose consigo misma por estar tan desesperada como para considerar la posibilidad de casarse con Cameron por salir a comer con su madre.

Entró en el dormitorio justo cuando Trish cerraba el último corchete del pijama de Jake.

—Lo hemos conseguido —dijo Trish, mirando a Adam con orgullo.

—Lo has hecho muy bien —comentó Adam, sujetando a Jake en el cambiador con una mano mientras con la otra tiraba de Trish y le plantaba un beso en la boca.

Julia suspiró ante la romántica escena. Adam le besó en la sien y ella le lanzó una mirada cargada de amor. Estaban tan enamorados que casi resultaba doloroso mirarlos.

¿Podría amarla Cameron alguna vez hasta ese punto? Julia apartó aquella estúpida pregunta de su mente al instante. Desear cosas inalcanzables no era su estilo.

Muchos años atrás había aprendido a no ansiar lo que le faltaba y contentarse con lo que tenía, porque las circunstancias podían cambiar a peor en cualquier momento.

Miró a Jake, que dormía ya plácidamente. ¿Haría bien negándole la posibilidad de tener a su padre cerca? ¿Qué Cameron se sintiera capaz de protegerlo con su vida bastaba para pensar que podían establecer una buena relación?

Julia recordó entonces el otro aspecto al que Cameron se había referido: la inequívoca atracción física que había entre ellos. Una imagen de ambos en la cama le despertó un instantáneo deseo que tuvo que controlar antes de volver al salón.

Cuando entró, Cameron la miró con una intensidad que nunca antes había visto reflejada en la mirada de ningún hombre.

Sí, era innegable que había química entre ellos, pero ¿qué pasaría cuando se agotara?

Cameron se volteó de nuevo en la cama. Por tercera noche consecutiva y de acuerdo con su plan, se había despedido de Julia en la puerta de su dormitorio con un casto beso.

Durante sus noches en vela, se impacientaba por la lentitud con la que evolucionaba su empresa y porque a su libido todo razonamiento que hiciera le daba lo mismo.

Lo importante era que el plan iba bien y que eso debía compensar la seguridad de que pasaría una noche más despierto, acompañado por la luz plateada de la luna que se filtraba por el ventanal.

A Julia le resultaba imposible ignorar a Cameron por las mañanas, cuando lo encontraba en la cocina, desayunando mientras daba a Jake su papilla de cereales y plátano. ¿Cómo era posible que hubiera aprendido sus rutinas con tanta facilidad?

Apenas había pegado ojo y todo por culpa de Cameron, que después de haber dejado caer la bomba de su oferta de matrimonio, se había limitado a despedirse de ella con un beso en la frente.

—¡Eh, peque, que tiene que ir a la boca, no al pelo! —dijo Cameron, tomando la mano de Jake, que se llevaba el plátano a la cabeza.

—Justo a tiempo —comentó Julia desde detrás.

Cameron se volvió.

—Hola, ¿te marchas ya?

—Sí, la canguro llegará enseguida.

—Muy bien —dijo Cameron, al tiempo que limpiaba el cuello de Jake

mientras éste reía.

Julia tenía que dar su primera sesión práctica en menos de media hora, pero

¿cómo iba a marcharse si Cameron y Jake lo estaban pasando tan bien? ¿Cómo iba a perderse una escena con la que había soñado tan a menudo? Los contempló como hipnotizada. ¿Cómo iba a renunciar a aquello?

Notó que los ojos se le humedecían y supo que debía marcharse. Fue hasta Jake y lo besó.

—Adiós amor mío. Te quiero.

Sin pensarlo, besó también a Cameron. Él la sujetó para prolongar el contacto hasta que ella rompió el beso casi sin aliento.

—Adiós.

—Adiós, cariño —se despidió Cameron, sonriendo seductoramente.

La reunión con los nuevos inversores había ido muy bien, y Cameron decidió acercarse a la sala de conferencias.

—¿Notáis la diferencia? —decía Julia en aquel momento, recorriendo el pasillo y dando a probar el contenido de un cuenco con cucharillas de plástico—. Es mucho más ligera y pegajosa —probó un poco—. ¡Umm, y se derrite en la lengua!

Cameron se excitó automáticamente. Daba lo mismo que estuviera en público o que Julia vistiera conservadoramente y llevara un delantal. La deseaba y pensar en ella solo con el delantal y tacones altos hizo que su sexo se endureciera.

En aquel momento Julia lo vio y se paró en seco. Él entornó los ojos preguntándose si sería consciente de cómo lo estaba afectando. Vio un relámpago en sus ojos y la oyó toser para aclararse la garganta.

—Hagamos un descanso de cinco minutos. A la vuelta veremos otro tipo de glaseado.

Los participantes fueron saliendo mientras Julia se acercaba a Cameron.

—¿Qué sorpresa! ¿Quieres probar?

—Sí —dijo él. Y quitándole el cuenco de la mano y dejándolo sobre una mesa, la besó.

Julia se abrazó a su cuello y sintió la presión de su sexo en el vientre.

—¿Dónde podemos estar a solas? —preguntó él ansiosamente. Estaba tan ofuscado que ni siquiera recordaba que él era quien mejor conocía el hotel.

—Cameron —susurró ella, tomando aire—. Mis estudiantes volverán en unos minutos.

Él volvió a besarla sin dejar duda de hasta qué punto la deseaba. Ella le devolvió el beso con la misma pasión hasta que lo rompió para decir, jadeante: —Tenemos que esperar.

—No puedo esperar más —masculló él, apoderándose de su boca una vez más.

—Solo hasta esta noche —susurró ella contra sus labios.

—De acuerdo, esta noche.

Los estudiantes comenzaron a llegar.

—Y hablaremos —añadió Julia.

—Me parece muy bien —respondió él.

Capítulo 7

Cuando Julia entró en la suite oyó risas y gritos. Siguiendo el sonido fue hacia el cuarto de baño con una sonrisa en los labios y al echar una ojeada al interior, estalló en una carcajada.

Jake estaba sentado en su asiento de bañera rodeado de juguetes flotando y salpicando agua como loco. Cameron, por su parte, estaba empapado y mientras le enjabonaba la espalda decía: —Muchacho, uno de estos días vamos a tener una charla sobre el despilfarro de agua.

Julia sonrió. Después de la visita de Cameron a la sala de conferencias había llegado a la conclusión de que aunque no la amara, sentía algo básico y profundo por ella. Una parte de ella quería experimentar la vida de familia con él y disfrutar de su pasión cada día mientras

durara. Pero otra parte, temía cometer el mayor error de su vida.

Cameron la miró con la cara mojada.

—¿Quieres reemplazarme?

—No, lo estás haciendo fenomenal —dijo ella. Y se fue.

Una hora y media más tarde habían recogido la cocina después de cenar y Jake dormía en su cuna. Cameron sirvió dos copas de vino y dijo: —Ven, sentémonos.

Tenemos que hablar.

—Muy bien —dijo ella, visiblemente nerviosa para sorpresa de Cameron a pesar de que, desde su punto de vista, tenía la posición más fuerte en la negociación.

Cuando pensó por primera que Julia y Jake podían mudarse a vivir con él, no se le pasó por la cabeza la idea de casarse. Pero tras tomar la decisión pensaba que se lo había planteado a Julia desde la mejor perspectiva posible. Su matrimonio debía basarse en el bienestar de Jake y en el intenso deseo que sentían el uno por el otro. Y

eso era mucho más de lo que muchas parejas tenían como punto de partida.

—Cameron, tengo que…

—Cariño, solo…

Empezaron al unísono. Julia rio y Cameron dijo:

—Empieza tú.

Julia fue a retirarse el cabello de la cara, y Cameron se adelantó.

—Déjame a mí —dijo, aprovechando el gesto para acercarse y aspirar su aroma

—. Eres preciosa —añadió, tirando levemente del cabello para mirar sus espectaculares ojos azules—. Tu cabello tiene todos los colores del arco iris.

—Lo sé —dijo ella tímidamente—. Es rarísimo.

—Es fascinante —Cameron se agachó para besarle el cuello—. Y

siempre huele maravillosamente.

—Gracias —dijo ella, cerrando los ojos y gimiendo al recibir otro beso —. Me estás distrayendo.

—Lo sé —Cameron frotó la nariz contra su piel—. Déjame solo un segundo.

Julia le tocó la mejilla.

—Cameron, si no digo ahora lo que quiero decir, no lo diré nunca.

—Está bien —dijo él con resignación, apoyándose en los cojines del sofá—.

Adelante.

Julia tomó aire y lo miró fijamente.

—He decidido… casarme contigo.

Cameron siempre había sabido que conseguiría convencerla, pero solo en ese instante se dio cuenta de lo importante que había sido para él lograrlo. Al instante sintió que se le relajaban los hombros y que se le quitaba un peso del pecho.

—¿Has dicho que vas a casarte conmigo? —dijo, asegurándose de que había oído bien.

—Sí, Cameron —dijo ella, esbozando una sonrisa.

—¡Estupendo! —dijo él, antes de tomarla en brazos, sentarla sobre su regazo y besarla apasionadamente.

Su cuerpo absorbió las oleadas de placer que irradiaban del de ella, que le devolvió el beso con igual fervor. Cameron se deleitó con el sabor de su boca y quiso sentir su piel contra la de él. Sin demora.

Julia debió pensar lo mismo porque se sentó a horcajadas sobre él y dijo:

—Tócame.

—Qué gran idea —dijo él al tiempo que le quitaba la camisa y contenía la respiración al ver que no levaba sujetador.

Sus senos eran perfectos, más llenos de lo que recordaba, redondos y

duros, con unos pezones erectos que parecían estar esperando a que él los tocara. Alargó las manos para abarcarlos y frotarlos con los pulgares hasta que Julia gimió y posó sus manos sobre las de él. Cameron se inclinó entonces hacia adelante y tomó sus pezones alternativamente en su boca, mordisqueándolos y succionándolos hasta que Julia se revolvió de placer.

Cameron la encontraba deliciosa y sus sentidos se dispararon fuera de control.

La piel de Julia era terciopelo, olía a flores silvestres y sabía a pecado.

Julia le sujetó la cabeza con las manos en una muda súplica de que continuara.

Cameron abandonó todo pensamiento de avanzar pausadamente y alzó la cabeza hacia su boca, que Julia abrió para él con entrega.

Cameron fue dejando un rastro de besos abrasadores en su cuello y sus hombros hacia sus senos, que volvían a exigirle que les prestara atención. Julia gimió al tiempo que mecía las caderas adelante y atrás instintivamente y Cameron sintió una urgente necesidad de liberar la tensión que se acumulaba en su sexo. Estaba al borde de perder el control y Julia estaba empujándolo al abismo.

—Me estás matando —gruñó—. Agárrate a mi cuello —añadió. Y asiéndola con firmeza por las nalgas, se puso en pie y fue al dormitorio, donde la depositó sobre la cama.

Ella se incorporó sobre los codos y lo observó desnudarse. Al ver su sexo en erección, arqueó las cejas, y ver el deseo reflejado en sus ojos encendió aún más a Cameron. Inclinándose sobre ella, le desabrochó los pantalones y se los quitó, dejando al descubierto un tanga de encaje negro.

—Hoy debe ser mi cumpleaños —susurró.

—¿Has pedido un deseo? —preguntó ella con una sonrisa provocativa.

—Sí, y acaba de hacerse realidad.

Julia se humedeció los labios en un gesto espontáneo que estuvo a punto de acabar con Cameron. Luego abrió los ojos desmesuradamente al ver que Cameron se arrodillaba al pie de la cama, le abría las piernas y se las ponía sobre sus hombros.

—Necesito saborearte —musitó. Y besó el punto más sensible de su cuerpo.

Cuando metió la lengua con fuerza, Julia se arqueó y emitió un profundo gemido.

—Ahora eres mía —susurró él. Y siguió lamiéndola y torturándola con su lengua hasta que Julia serpenteó y se revolvió en la cama, frenética.

Luego, introdujo el dedo en su interior y Julia susurró:

—Por favor, Cameron, te necesito dentro.

Cameron le bajó las piernas cuidadosamente, se levantó y se alejó, haciendo que Julia protestara hasta que se dio cuenta de que se estaba poniendo un preservativo.

Cuando volvió, reanudó las caricias para asegurarse de que estaba húmeda y lista para él.

—Por favor —lo apremió ella.

—Ya voy —dijo él. Y la penetró con firmeza.

Julia jadeó y Cameron ahogó sus gemidos con un beso profundo y voraz con el que replicó los movimientos de vaivén en su interior.

Julia lo arrastró hasta el borde del abismo, pero Cameron hizo acopio de control, alzó la cabeza y la miró a los ojos al tiempo que aceleraba los movimientos y la penetraba tan profundamente que sentía que se perdía en ella. Cuando finalmente Julia sacudió la cabeza a un lado y otro y se entregó gritando su nombre, Cameron ocultó el rostro en su cuello y respiró profundamente. Con un último esfuerzo, siguió meciéndose hasta que finalmente también él se dejó caer al abismo y colapsó entre sus brazos. *

Tres días más tarde se casaban en los jardines del hotel, sobre los acantilados que se desplomaban sobre el océano.

Todo fue extremadamente romántico de no haber sido por el hecho de que el novio no amaba a la novia, y por los abogados de ambas partes, que insistieron en redactar un acuerdo prenupcial draconiano. Cameron y Julia firmaron los documentos aquella misma mañana.

Pero Julia quiso olvidar todo aquello en el instante de oír a su nuevo

marido decir: «Sí, quiero». Un instante más tarde, la besaba hasta dejarla sin aliento ante el reducido grupo de invitados.

Julia había encontrado un vestido adecuado para la boda, precioso aunque no fuera un vestido de novia. Cameron estaba guapísimo con esmoquin.

—Me gustaría hacer un brindis —dijo Adam. Y todos alzaron sus copas y le escucharon dar un pequeño y emotivo discurso.

—Salud.

Corearon todos, y Julia Y Cameron bebieron un sorbo de champán. El diamante que Cameron le había regalado centelleaba en el dedo de Julia y ésta sonrió. Al día siguiente de decirle que se casaría con él, Cameron se lo había regalado antes de hacerle el amor con tanta ternura que la había hecho llorar. Aunque no la amara, llegó a la conclusión de que Cameron iba a hacer lo posible por cumplir con su papel.

Los preparativos de la boda y la conferencia la habían dejado exhausta. Así que Sally se había ocupado de las invitaciones. Muchos de los amigos de Julia habían acudido y aunque solo fuera por eso, ya adoraba a su suegra.

Los hermanos de Cameron compartían la función de padrinos, y Sally se había ocupado de Jake durante la ceremonia, que había permanecido tranquilo hasta aquel instante, en que empezó a llorar para irse con Cameron.

—Ven aquí, pequeño —dijo él. Y en cuanto lo sentó en su regazo, el niño se apaciguó. Pasó el otro brazo por los hombros de Julia y la besó en la mejilla—.

Gracias. Verás lo felices que vamos a ser.

En ese momento, Brandon le dio un fuerte abrazo y un beso.

—Bienvenida a la familia, preciosa.

Julia sonrió a su nuevo cuñado.

—Gracias, Brandon.

—Yo también quiero darte la bienvenida —dijo Adam, con otro entusiasta abrazo y beso.

—Gracias —dijo Julia, perdiendo casi el equilibrio—. Y ahora, ¿quién quiere tarta?

Cameron lanzó a sus hermanos una mirada recriminadora, mientras Sally, riendo, entrelazó el brazo con ella.

—Hacen un trío fantástico, ¿verdad? —comentó.

—Desde luego —dijo Julia.

—Lo estoy pasando de maravilla —añadió Sally, dándole un abrazo antes de volver con sus amigas.

Julia se quedó observando a los invitados que se acercaban a las mesas para comer los bocados dulces y salados que habían preparado en la cocina siguiendo sus recetas. Aunque había sido agotador y habría querido tener más tiempo para organizarlo todo, lo importante era que Jake y ella ya formaban parte de aquella familia.

Su vieja amiga Karolyn Swenson se acercó y le dio un abrazo.

—Me alegro tanto de que hayas podido venir —dijo Julia.

—No me lo habría perdido por nada del mundo. Estoy segura de que vais a ser muy felices.

—Yo también. Cameron va a ser un gran padre.

—Pues eso es lo más importante, ¿no? —Karolyn le dio otro abrazo y se alejó.

Julia sabía que su amiga intentaba convencerla de que había tomado la decisión correcta.

Y Julia había estado también convencida de ello al acceder a casarse y al hacer sus votos, pero en realidad, puesto que nunca había tenido una familia, no tenía ni idea. Sin embargo, siempre lo había deseado, así que debía tener fe en sus instintos y en la promesa de Cameron de que serían felices.

—Te he traído una copa de champán —dijo Sally. Julia le sonrió y su suegra entrelazó su brazo con el de ella—. Cuando veo cómo te mira Cameron, me emociono —dijo con un suspiro.

Julia contó hasta cinco para relajar la tensión que la asaltó.

—Estoy segura de que vamos a ser muy felices.

—Claro que sí —dijo Sally, dándole una palmadita en la mano—. Tú yo somos amigas desde hace mucho tiempo, ¿verdad?

—Sí —dijo Julia, inquieta.

—Así que quiero que me digas la verdad. Amas a Cameron, ¿no es cierto?

—Sí, claro —balbuceó Julia. Sally escrutó su rostro y Julia terminó por admitir

—. La verdad es que no lo sé.

—¿No lo sabes? Qué curioso. ¿No hablasteis de ello cuando tomasteis la decisión de casaros?

Julia se mordió el labio.

—Sí, pero no en los términos en los que podrías esperar.

—Agradezco tu honestidad —dijo Sally—. Pero voy a arriesgarme a pronosticar que un día de estos Cameron y tú os daréis cuenta de que os amáis.

Julia apretó la mano de Sally afectuosamente.

—Espero que estés en lo cierto. Pero, por ahora, quiero que sepas que soy extremadamente feliz.

—Yo también, querida —Sally miró a su alrededor al tiempo que parpadeaba para contener las lágrimas—. Siempre he temido que a mis hijos les costara encontrar una mujer que los amara por sí mismos y no por su dinero. Pero contigo sé que eso no es verdad.

Julia rio.

—No, no creo que nadie pueda acusarme de casarme con Cameron por su dinero.

—¿Qué os hace tanta gracia? —dijo éste. Tomando a Julia por la cintura.

Ésta le contó de lo que hablaba y él rio. Sally aprovechó para dejarlos solos. Él apoyó la frente en la de Julia y dijo:

—¿Te he dicho últimamente lo preciosa que eres?

Julia lo encontraba tan guapo y había sido tan bueno con Jake, que pensó que no le costaría enamorarse de él. Sobresaltada por esa idea, carraspeó.

—Parece que todo el mundo lo está pasando muy bien.

—Gracias a ti.

Uno de sus hermanos se acercó para hablar con él y Cameron besó distraídamente la mano de Julia.

Ella suspiró diciéndose que no había sido más que un lapsus momentáneo y que no volvería a suceder. Debía ser un efecto del romanticismo de la boda. Todo el mundo asumía que estaban enamorados, y era inevitable sentirse contagiado del entusiasmo general. Pero lo único que habían hecho era interpretar un papel.

Cameron no la amaba ni nunca la amaría. Y si era sensata, ella no debía amar a un hombre que no la correspondiera. Así que sería una estúpida si ocasionalmente anhelaba que él la amara. Era hora de que asumiera que todo lo que había entre ella y Cameron era un matrimonio de conveniencia. Con muchas ventajas, sin duda, pero completamente alejado de un amor duradero. Y cuanto antes aceptara la realidad, mejor.

Capítulo 8

Aquella noche Sally se llevó a Jake a dormir a su habitación. Para ella era una aventura, pero para Julia, un motivo de preocupación.

Cameron pidió champán para acompañar los restos de comida que habían llevado consigo de la celebración. Julia se cambió para ponerse algo más cómodo.

—¿Crees que tu madre se habrá acordado de llevarse los pañales? —dijo al volver al salón.

—Claro que sí —dijo Cameron pasándole una copa—. Relájate.

—Tienes razón, soy una tonta. Creo que lo echo de menos.

Cameron se apoyó relajadamente en la repisa de encima de la chimenea.

—Imagínate yo, que me he perdido sus primeros nueve meses.

Por la forma en que Julia lo miró, supo al instante que había cometido un error.

—¿Y piensas que yo tengo la culpa?

—En absoluto —dijo Cameron sacudiendo la cabeza con vehemencia.

Julia fue hasta él y le dio una palmada en el brazo.

—Habría bastado con que hicieras una llamada de teléfono, pero eres demasiado orgulloso como para ceder.

—Tienes razón, cariño. Pero en el momento, pensé que estabas obsesionada.

Julia se enfureció.

—¿Obsesionada? No estaba obsesionada. Estaba… —Julia abrió los brazos intentando encontrar la palabra— preocupada.

Cameron se dio cuenta de que nunca habían discutido el asunto de las llamadas o de los mensajes que nunca había respondido y aquella noche no parecía el momento más oportuno, pero estaba claro que no iba a poder evitarlo.

—Escucha, Julia, me enviaste cuatro correos en una tarde. En mi opinión ese es un comportamiento obsesivo.

Julia se cruzó de brazos.

—Así que los viste.

—Claro —dijo Cameron con calma—. Abrí el primero, en el que me pedías que te llamara. Pero cuando iba a hacerlo, vi que habías mandado otros tres y decidí que estabas, un poco…

—Obsesionada —concluyó Julia por él, recorriendo enfurecida la habitación.

Cameron se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Pero eso forma parte del pasado. Olvidémoslo y disfrutemos la noche.

Pero Julia no estaba dispuesta a dejarlo pasar, y a Cameron le

preocupó que pareciera más desilusionada que enfadada.

—Estaba sola, embarazada. Cualquiera lo comprendería.

—No te culpo —dijo Cameron—. Solo te estoy diciendo lo que sentí en el momento. Ahora siento no haberte llamado, pero entonces, preferí no hacerlo.

—Claro, supongo que hay un montón de mujeres obsesionadas contigo.

Cameron no quiso decirle que a lo largo de los años, varias mujeres lo habían estado. Estaban adentrándose en arenas movedizas y no sabía cómo evitarlo.

—Escucha Julia, estás molesta por…

—Desde luego que estoy molesta.

—Vamos, sentémonos y charlemos.

—No, Cameron —Julia se alejó antes de girar súbitamente hacia él—. Ahora mismo no puedo. Necesito pensar. Lo siento —añadió. Y saliendo precipitadamente corrió al dormitorio y se encerró por dentro.

—No era esto lo que había planeado —masculló Cameron, incrédulo.

Lo cierto era que estaban casados y no deberían estar peleándose, sino en la cama, disfrutando el uno del otro. Se pasó la mano por la frente en un gesto de frustración. Se sirvió un *whisky* y lo bebió de un trago.

Julia lo había tomado de sorpresa. Estaba tan acostumbrado a que fuera razonable, lista y divertida que no había pensado que pudiera hacerle daño. Ella había trabajado día y noche para organizar la boda. Y solo en ese momento se dio cuenta de que también había estado preocupada por Jake.

Reanimado tras varios tragos más de *whisky*, se sentó en el sofá dispuesto a ver un partido en la televisión, pero se quedó dormido antes de llegar a encenderla.

Algo le martilleaba la cabeza y no recordaba haber bebido tanto como para sufrir las consecuencias.

— *¡Pa-pa!*

Cameron abrió un ojo medio grogui y vio a un borroso Jake muy cerca golpeándole la frente con entusiasmo.

—Hola, pequeño —susurró, sujetándole la mano—. ¿Qué te parece si dejas de gritar?

— *Papa* —repitió Jake antes de perder el equilibrio y caerse sobre su acolchado trasero.

La visión de Cameron se fue aclarando y detrás de Jake vio a Julia, cruzada de brazos con gesto de desaprobación.

—Lo siento —dijo Cameron—. Sé que soy un gusano y que merezco tu ira. Pido perdón por todo. ¿Podemos empezar de cero?

Julia sonrió.

—Está bien. A mí también me gustaría intentarlo.

Aquella noche, Cameron estaba decidido a seducir a su mujer y a hacer las cosas bien.

Sentándose al lado de Julia en el sofá, le tomó el rostro entre las manos y la miró fijamente a los ojos.

—Perdóname Julia.

—Ya te he perdonado —dijo ella sin pestañear.

—No querría profundizar demasiado en ello, pero durante parte de mi vida hubo mucha rabia en mí. Hagamos el pacto de no irnos nunca a la cama enfadados.

Julia escrutó su rostro y pareció satisfecha con lo que descubrió.

—De acuerdo —dijo, asintiendo con vehemencia.

—Me alegro —Cameron la besó. Luego sacó algo del bolsillo—. Tengo una cosa para ti como prueba de mis sentimientos y mi gratitud. Toma —añadió, dándole una caja alargada azul.

Julia frunció el ceño.

—Yo no te he comprado nada.

Cameron rio.

—Querida, yo ya he recibido el mejor regalo: a Jake y a ti.

Julia abrió la caja. En el interior había una exquisita gargantilla de diamantes.

—Cameron, es maravillosa —susurró con admiración—. Pero… ¿por qué…?

—Porque quería darte un detalle con el que recordar esta noche. Deja que te la ponga.

—Yo no lo llamaría «un detalle» —dijo ella, levantándose el cabello.

Al cerrar el broche, Cameron le besó el cuello. Julia se volvió para que viera cómo le quedaba.

—Es perfecta —dijo él—. Como tú.

Luego sirvió champán, y más tarde hicieron el amor con delicadeza sobre el sofá antes de ir al dormitorio para empezar una vez más.

Horas más tarde, charlaron prolongadamente; Julia le contó detalles de su embarazo y de los momentos más importantes desde que Jake había nacido.

Cameron le preguntó sobre la niñera que la había criado y hablaron de su negocio de repostería y de sus proyectos inmediatos.

También le preguntó por qué se había especializado en magdalenas y Julia, en lugar de contestar, le preguntó por sus hermanos. Cameron le contó numerosas anécdotas de su infancia y de Sally, y acabó riendo como hacía tiempo que no lo hacía.

A las risas les siguieron los besos, y volvieron a hacer el amor.

A la mañana siguiente desayunaron en la terraza en albornoz, aunque Julia seguía llevando la gargantilla.

—¿Quieres más café? —preguntó Cameron, levantando la cafetera.

—Sí, por favor —dijo Julia. Luego miró a su alrededor con expresión desconcertada.

—¿De dónde procede ese ruido de agua?

—De una cascada.

—¿Tienes una cascada? —Julia se levantó y fue hasta la barandilla—. ¿Está cerca de la playa?

Cameron se unió a ella y señaló en la distancia.

—No. ¿Ves esos árboles cerca de unas formaciones rocosas? Es una poza natural que da aguas subterráneas calientes. Hice que construyeran una gruta al lado. La alquilamos ocasionalmente para fiestas privadas, pero no la anunciamos.

Julia suspiró.

—Suena a un lugar idílico.

—Es muy romántico —Cameron le rodeó la cintura con los brazos—. Podemos acercarnos antes de marcharnos.

—Mi conferencia acaba en dos días, así que… ¡Dios mío!

—¿Qué?

Julia abrió los ojos, alarmada.

—¿Qué día es hoy?

—Martes.

—¡Tengo que hacer magdalenas! —Julia entró y, girándose, señaló a Cameron con el dedo—. Me has distraído.

—Eso espero —masculló Cameron, siguiéndola.

—Ya sabes a lo que me refiero —dijo ella, recorriendo la cocina y sacando ingredientes de los armarios—. Tengo que tenerlas listas para la sesión de las dos de la tarde.

—Querida, relájate —dijo él, acercándose a ella—. Puedo ayudarte.

—¡Qué gracioso, Cameron!

—Oye, que soy un gran cocinero.

Sin prestarle atención, Julia fue al cuarto de baño para ducharse. Y Cameron no pudo resistirse a acompañarla. *

Sobre la barra de la cocina Julia desplegó todos sus utensilios de cocina junto a los ingredientes.

Cameron había llamado a Sally para pedirle que cuidara unas horas más de Jake a lo que ésta y sus amigas habían accedido encantadas.

—En marcha —dijo con solemnidad al tiempo que le ponía un delantal—.

¿Cuánta harina necesitamos?

Julia suspiró, resignándose a tener que contar con su ayuda.

—Tres tazas en cada uno de esos tres cuencos de cristal.

—Muy bien —Cameron tomó una jarra de medir de cristal y fue a por la harina.

—Es mejor que uses la de plástico.

—¿Cuál es la diferencia?

Julia sujetó en el aire las dos jarras.

—Una es para líquidos y la otra para sólidos.

Cameron asintió y siguió sus instrucciones. Veinte minutos más tarde tenía harina en el pelo, huevo en la camisa y había esparcido parte del azúcar por el suelo, además de haber manchado el delantal con chocolate y mantequilla.

El de Julia, por el contrario, estaba impoluto. Y ella canturreaba una canción mientras limpiaba los cuencos y los utensilios una vez terminaron. Cameron terminó de barrer el suelo y ella de fregar al mismo tiempo.

—En cuanto metamos la tercera tanda en el horno, empezaré con el glaseado —

dijo, secando uno de los cuencos para empezar con el siguiente paso del proceso—. Si quieres, puedes añadir los *toppings*.

—Me tratas como a un niño.

—Te equivocas —Julia rio—. Es una parte importantísima del resultado final.

—Te voy a enseñar una parte realmente importante —dijo él con picardía, al tiempo que se pegaba a ella por detrás.

Julia protestó entre risas y antes de que se diera cuenta, Cameron le había quitado la blusa y los vaqueros, dejándola con el delantal.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Julia.

Cameron hizo un ademán, quitándole importancia.

—Magia —dijo, mirándola de arriba abajo y arrinconándola contra la encimera a la vez que se desabrochaba la camisa.

En ese momento sonó el timbre del horno.

—Salvada por la campana —dijo Julia, intentando escapar.

Él la sujetó con una mano mientras con la otra sacaba la bandeja, metía otra y ponía la alarma para otros quince minutos.

Entonces la hizo retroceder hacia la pared y cambió de lugar con ella al tiempo que le sujetaba las nalgas con firmeza.

—Seguro que tus alumnos llevan todos estos días soñando con verte así.

—No digas tonterías —dijo Julia. Pero sus protestas quedaron ahogadas cuando Cameron la alzó para hacerle sentir su sexo.

Ella le rodeó la cintura con las piernas y gimió al darle cobijo en su interior.

—Oh, Cameron —susurró.

—Ya te he dicho que sé manejarme en la cocina.

La conferencia de Julia concluyó dos días más tarde. El servicio del hotel cargó los dos coches con las maletas y el equipamiento de cocina de Julia y partieron en caravana hacia Dunsmuir Beach.

Cameron aparcó delante de su casa de dos pisos, al borde de un acantilado, y luego fue a ayudar a Julia con Jake.

—Está es tu casa, pequeño —dijo Cameron, tomándolo en brazos mientras Julia bajaba—. Espero que te guste.

Al llegar a la puerta, Julia contempló el prado que descendía con una leve inclinación hacia el acantilado y la bahía de Dunsmuir y exclamó: —Es precioso. Estoy segura de que vamos a ser muy felices aquí.

—Me alegro —dijo él besándola—. Entremos.

Abrió la puerta pero la bloqueó con el cuerpo.

—Espera. Sujeta a Jake. Quiero hacer las cosas bien —dijo. Y antes de que Julia reaccionara, la tomó en brazos y los tres cruzaron juntos el umbral. En el vestíbulo la dejó en el suelo y besándola, dijo—: Bienvenida a casa.

—Gracias —dijo ella, emocionada.

Cameron tomó a Jake y lo depositó en su sillita para recorrer la casa y enseñársela a Julia.

Los suelos de madera alargaban la perspectiva hacia las cristaleras del fondo.

Una cocina ultramoderna se abría al salón, al que daba el piso superior, creando una estructura diáfana hasta el elevado techo. A lo largo de una de las paredes ascendía una amplia escalera.

Grandes alfombras delimitaban distintos espacios en los que se habían creado rincones de tertulia con sofás y sillones. Una enorme chimenea de piedra ocupaba otra de las paredes, dotando a la habitación de un ambiente cálido a pesar de sus extraordinarias dimensiones.

—Mi ama de llaves se ha ocupado de que no haya nada peligroso para Jake.

—Es maravillosa, Cameron —dijo Julia, dirigiéndose hacia la zona del comedor que conectaba con la cocina.

Las vistas eran espectaculares desde cualquier ángulo.

—Es espectacular —exclamó, imaginándose lo maravilloso que sería trabajar en la cocina, a pesar de que encontró el color un poco oscuro.

—Me alegro de que te guste —Cameron miró a su alrededor—. Paso la mayor parte del tiempo aquí o en la piscina. En el piso de arriba tengo un pequeño salón donde suelo ver la tele. Aunque en ocasiones uso la del salón principal. Espero que te guste —concluyó, consciente de que estaba hablando llevado por el nerviosismo.

—Me encanta —dijo ella, abrazándose a su cintura y apoyando la cabeza en su pecho—. Pero espero que estés preparado para que Jake lo desordene y ensucie. Es como un tornado.

—Estoy deseando que lo haga. Será muy divertido —dijo Cameron, llevándola de nuevo hacia el salón—. Quiero que los dos estéis cómodos y seáis felices. No tengo afecto por ninguno de los objetos que ves.

—Me alegro, porque Jake puede romperlos —suspiró Julia—. Y aunque uno intente controlarlo, sus cosas van invadiendo todo el espacio.

Cameron rio.

—Será una mejora respecto a cómo es ahora. Está demasiado ordenada y le falta vida.

Julia se encogió de hombros al tiempo que miraba a Jake avanzar hacia la alfombra persa.

—Luego no digas que no te he avisado.

—Qué tres días más desperdiciados —masculló Brandon al tiempo que se sentaba en la parte de atrás de la limusina y cerraba la puerta bruscamente.

Adam se quitó las gafas de sol.

—Los dos primeros no han estado mal.

—Al menos ahora sabemos que estamos tratando con unos idiotas —comentó Cameron.

El director de una de sus compañías subsidiarias, Jeremy Gray, había programado una reunión a primera hora en Delaware con otra compañía, confiando en que las dos empresas encontraran un terreno común para una fusión. Pero las cosas no habían ido bien.

—Voy a concertar una cita con Jeremy para mañana mismo —dijo Adam, sacando el móvil—. Quiero que me explique qué le ha hecho pensar que podíamos estar interesados. Esa compañía no va a estar en condiciones de operar a nivel nacional hasta dentro de un par de años.

—Como pronto —dijo Brandon.

El resto del recorrido desde el aeropuerto tuvo lugar prácticamente en silencio.

Cameron fue el primero que se bajó. Estaba agotado y contento de volver a casa.

En el pasado siempre disfrutaba de sus viajes de negocios, pero en aquella ocasión había echado de menos a su familia. Le había resultado desconcertante haber estado pensando en medio de las reuniones qué estarían haciendo Julia y Jake, y había preferido no buscarle un significado, atribuyéndolo a la novedad.

Entró en la casa y aguzó el oído para oír sus voces. Entonces subió las escaleras de dos en dos y llegó al dormitorio de Jake en el momento en que Julia lo acostaba y le susurraba las buenas noches.

Cameron se apoyó en el marco de la puerta, contemplando la escena. Cuando Julia lo vio, dio un gritito y corrió a abrazarlo.

—Cuánto me alegro de que hayas vuelto.

—Yo también —dijo él, aspirando su olor.

—¿Quieres cenar?

—No, he picado algo en el aeropuerto. Pero me tomaría una cerveza antes de ir a la cama.

Bajaron las escaleras del brazo.

—¿Qué has hecho en mi ausencia? —preguntó él.

—Ahora mismo lo verás —dijo ella en tono misterioso.

Al llegar a la cocina, Cameron fue directo al frigorífico y se paró en seco. Tardó unos segundos en darse cuenta de cuál era el cambio que se había producido.

—¡Has pintado la cocina! ¿Y dónde está el frigorífico? —preguntó, mirando a su alrededor. El color ocre que solían tener las paredes había sido reemplazado por un suave melocotón.

—Solo he aclarado un poco el color, pero queda mucho más luminosa, ¿no crees?

El frigorífico está en el garaje. He traído el mío porque es mucho más grande.

Espero que no te importe.

Cameron sacó una cerveza del nuevo frigorífico y le dio un sorbo antes de decir:

—Podías habérmelo preguntado antes.

La sonrisa se borró del rostro de Julia.

—Ha sido una decisión irreflexiva. Me temo que las tomo de vez en cuando. Y

como no estabas…

—Podías haberme llamado.

—No quería interrumpirte mientras trabajabas.

—Pero hablamos ayer por la noche.

Julia apretó los labios.

—Hablamos de otras cosas y olvidé mencionarlo.

Tenía razón, pensó Cameron, al recordar que habían mantenido sexo telefónico.

Dio otro sorbo a la cerveza.

—La próxima vez, coméntamelo.

—De acuerdo —dijo Julia sin ocultar su irritación.

Pero la de Cameron no era menor. Y se incrementó cuando se dio cuenta de que había cambiado de sitio el cubo para el reciclaje.

—Solo quiero que me pidas permiso antes de hacer cambios en mi casa.

—Se ve que he cometido el error de creer que era de los dos —dijo ella, limpiando la silla de Jake.

—No quería decir eso.

—¿No? Pues lo has dicho.

—Lo siento, pero he tenido un mal día.

—Yo también.

—Solo quiero decir que este tipo de decisiones deberían de ser compartidas.

—Muy bien —dijo Julia, tirando la bayeta al fregadero—. Llamaré a los pintores para que le devuelvan el color original.

—No digas tonterías. Intento hacerte entender que es importante que…

—Yo te diré qué es importante —dijo Julia, señalándolo con el dedo —: Yo. Y mi espacio de trabajo. Llámame temperamental, pero necesito un ambiente en que trabajar a gusto, es decir, la cocina. Tu frigorífico no era práctico y el color era demasiado oscuro. No la sentía como propia. Por eso le he cambiado el color y ahora puedo trabajar en ella. Así que tendrás que acostumbrarte.

—Y lo voy a hacer —Cameron le sujetó el dedo con el que lo amenazaba—. Pero no esperes que me parezca bien que cambies todo lo que me pertenece solo porque tú…

—vaciló.

—Sigue, sigue —Julia puso su cara a unos centímetros de la de él.

Pero Cameron no podía seguir porque acababa de decir lo que no debía, y Julia tenía razón. Su casa era de los dos, ya no solo de él, y Julia tenía que sentirse cómoda en ella. ¿Qué importancia tenía que cambiara el color de la pared si, mirándolo bien, también a él le gustaba más?

—¿Por qué no pones una etiqueta a tus pertenencias? —continuó Julia, furiosa.

Cameron se acercó a ella y respiró profundamente.

—Hueles a flores y a limón.

—No cambies de tema —dijo Julia, antes de añadir en actitud defensiva—. He hecho limonada.

Cameron la había arrinconado contra el frigorífico y Julia intentó escabullirse hacia un lateral.

—Me voy a la cama.

—Todavía no —dijo él, sujetándola por los hombros—. Te has olvidado de esto

—añadió, besándola apasionadamente.

Al oírla gemir, la subió sobre la encimera, le abrió las piernas y tiró de ella hacia el borde antes de arrodillarse.

—Cameron —susurró Julia.

—Shh —dijo él, besándole el interior del muslo y subiendo lentamente, alternando entre un muslo y otro. Al oírla gemir de placer, usó la lengua para separar sus delicados pliegues y para meterla en su interior.

El grito entrecortado de Julia alimentó su orgullo masculino. Presionó sus labios contra ella a la vez que lamía y succionaba el punto más sensible de su cuerpo.

Julia era embriagadora y le creaba adicción.

En cuanto le oyó gritar su nombre, se puso en pie y sin dejar de mirarla se bajó los pantalones. Julia abrió los ojos desmesuradamente al ver su poderosa erección, y Cameron susurró: —Ven a mí —al tiempo que la levantaba y la deslizaba sobre su sexo, que la llenó plenamente.

Sus gemidos de placer lo arrastraron al límite. Haciendo un gran ejercicio de autocontrol consiguió dominarse, pero solo por una fracción de segundo, pues Julia estaba tan prieta y tan húmeda que no pudo resistir el impulso de moverse en su interior a una velocidad creciente. Enseguida, Julia gritó y él la acompañó en la escalada al clímax al tiempo que ahogaba sus gemidos con un frenético beso.

Luego permanecieron apoyados en la encimera, asiéndose con fuerza el uno al otro como dos marineros borrachos. Cameron no quería dejarla ir. Recordaba haber discutido sobre algo, pero en aquel instante resultaba insignificante en comparación con el mejor sexo que había experimentado en toda su vida.

—Puede que me arrepienta —dijo ella, apoyando a cabeza en el hombro de Cameron—, pero me gustaría saber qué estás pensando.

Él miró a su alrededor.

—Que me gusta el nuevo color de la cocina.

Después de aquella pelea y de su sensual culminación, Cameron y Julia entraron en una agradable rutina.

Aunque Julia tenía un equipo de trabajo que cocinaba los productos

de la pastelería, le gustaba hacer personalmente lo que consumía en casa. Así que se levantaba temprano para amasar y hornear, y Cameron se acostumbró a levantarse con ella.

—Parecemos un matrimonio —masculló para sí Cameron, estremeciéndose ante la idea.

Cada día sus sentimientos hacia Julia eran más profundos y no sabía cómo evitarlo.

—¡No puedo creer que a mi hijo le guste tomar zanahorias para desayunar! —

dijo Cameron a la vez que daba una cucharada de puré a Jake.

—Le gusta todo —comentó Julia, sirviéndose otro café.

—Quizá deberíamos poner un huerto.

Julia lo miró abriendo los ojos desmesuradamente.

—¡Qué gran idea! —dijo. Y apuntó algo en un cuaderno—. ¡Eso es lo que voy a hacer! —le dio un beso a Cameron—. ¡Eres un genio!

Cameron se quedó mirándola boquiabierto mientras Julia salía como una exhalación y subía a su despacho. Encendió el ordenador y empezó a escribir una propuesta para el patronato de la Fundación Parrish.

Hacía años que pensaba en abrir la mansión familiar al público para que la gente pudiera disfrutar de la colección de arte de sus padres, pero quería darle un toque especial para que también disfrutaran de ella los niños. Y crear una huerta en los terrenos de la mansión podía dotarla de ese elemento. Además, habría animales, un cobertizo, clases, y se organizarían excursiones y picnics. Mientras los niños se divertían, los padres podrían disfrutar tranquilamente de su visita a la casa-museo.

Julia pasó casi toda la mañana redactando la propuesta antes de pedir ayuda a Cameron para redondearla. Cuando le preguntó qué opinaba, él se limitó a preguntar a su vez: —¿Por qué?

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué quieres transformar tu casa en un museo?

Julia lo miró desconcertada. Luego comprendió y dijo:

—Se nota que no has ido nunca.

—Todavía no —dijo él, sacudiendo la cabeza. Julia había contratado a una empresa de mudanzas para trasportar las cosas esenciales que Jake y ella necesitaban para instalarse en casa de Cameron. El día de la mudanza, él estaba trabajando, así que no la había acompañado.

—Si hoy tienes algo de tiempo libre —dijo ella—, me encantaría enseñarte dónde crecí.

—Me encantaría —dijo él, besándole la nuca—. Pero en otro momento —le tomó la mano y la llevó al dormitorio. *

Tres semanas más tarde, Cameron, con Jake en brazos, y Julia, esperaban delante de la casa de ésta, Glen Haven, o como ella la llamaba, El Mausoleo.

Se trataba de una mansión elegante de estilo regencia, de tres pisos y cuatro alas que se abrían hacia los laterales desde la galería central. «Galería» era el nombre apropiado para describirla porque las paredes estaban repletas de todo tipo de cuadros valiosos y vitrinas con porcelana y piezas de plata, así como mobiliario histórico.

Cameron comprendió a la perfección por qué Julia quería abrirla como museo. Pero la parte del plan que finalmente la había decidido había sido la huerta para los niños, y al día siguiente de esbozar el proyecto, había reunido al patronato para presentárselo.

En su primera visita, tres semanas antes, Julia le había dicho que la mansión tenía más de quince mil metros cuadrados. Los terrenos, los jardines y las piscinas ocupaban noventa acres en uno de los lugares más espectaculares de la costa de Dunsmuir Bay.

Con Sally Duke, Cameron había vivido rodeado de lujo, pero aquello estaba en otra dimensión. Al verlo, Cameron no pudo evitar pensar que el conjunto constituiría un perfecto hotel.

Pero era el proyecto de Julia y estaban allí por ella.

—Gracias por acompañarme —susurró a Cameron al tiempo que una limusina se aproximaba por el sinuoso sendero de acceso.

—No me lo habría perdido por nada del mundo.

Cuando la limusina se detuvo, cuatro hombres vestidos de negro bajaron y fueron hacia ellos. Julia tomó la mano de Cameron y la

apretó mientras éste se pregunta por qué su independiente esposa necesitaba apoyo moral cuando se trataba de su casa, de su dinero y de su herencia.

Julia le soltó la mano y salió al encuentro de los visitantes. Cameron pasó a Jake a la niñera, que se lo llevó dentro. Luego siguió a Julia y saludó a dos de los abogados, que conocía por haber coincidido con ellos en otros negocios inmobiliarios.

—¿Y por qué no conviertes este lugar en un hotel, Duke? —preguntó Dave Saunders.

—¿Qué te hace pensar que no vaya a hacerlo? —dijo Cameron.

Los cuatro hombres intercambiaron una mirada mientras Julia lo miraba desconcertada. Él le guiñó un ojo para indicarle que era una broma.

Así que aquellos eran los poderosos miembros del patronato en cuyas manos Julia creía que estaba su destino, pensó Cameron, comprendiendo que necesitara apoyo moral.

Tras las presentaciones, Julia llevó al grupo a un lugar en el que había una réplica en dimensiones reducidas de la Acrópolis. Uno de los hombres comentó: —¡El famoso Capricho de Glen Haven!

—A mí me parece un desperdicio de terreno urbanizable —comentó Saunders.

—Y de dinero —dijo un tercero.

—Mi padre lo mandó construir cuando yo estudiaba Historia del Arte —explicó Julia.

Uno de ellos dijo algo desdeñoso y otro comentó con sarcasmo:

—¡Qué afortunada!

Julia pasó por alto los comentarios y señaló hacia adelante mientras Cameron apretaba los puños para no perder el control.

—Por aquí a la derecha llegaremos al extremo oeste del prado.

Cuando pasaron junto a una verja de hierro en medio de un muro de piedra cubierto de enredadera, Cameron se asomó entre las barras. En su primero visita no la había visto, pero en aquella ocasión vio que al otro lado había una sucesión de estos dispuestos en círculos

concéntricos.

—¿Es un laberinto? —preguntó, intrigado.

—Sí —contestó Julia.

—Es increíble. ¿Creciste con un laberinto en tu propia casa?

Julia vio que los cuatro hombres se habían parado a esperarlos.

—¿Hay algo en el centro? —preguntó Cameron.

Julia suspiró.

—Un ajedrez gigante.

—¿Como los de la realeza francesa? —preguntó Cameron con los ojos desorbitados.

—Algo así —dijo ella, apretando los dientes.

—Realeza francesa…, más quisieran —masculló uno de los patrones.

—Duke, no son más que setos —dijo Dave Saunders con desdén.

Greer, el mayor de ellos, suspiró.

—Señorita, ¿esta visita va a llevarnos todo el día?

—Lo siento, señor Greer —se disculpó Julia.

Cameron entornó los ojos. Por la reacción de Julia intuyó que no era la primera vez que adoptaba una actitud defensiva a las críticas veladas que los patronos dedicaban al estilo de vida de sus padres, y Cameron pensó que había sido un error convocar aquella reunión.

Durante los años que llevaba tratando con hombres como aquellos, Cameron había aprendido a no tomárselos demasiado en serio cuando era él quien tenía el dinero. Pero Julia había crecido bajo el control de gente así, que había tomado decisiones por ella a lo largo de toda su vida. Por más fuerte que fuera, como él bien sabía, nunca les había plantado cara. Así se entendía su nerviosismo.

—Discúlpennos un momento, señores —dijo. Y tomando a Julia de la mano rodeó la esquina del muro para ocultarse de su vista.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, alarmada.

Tras asegurarse de que no podían oírle, Cameron dijo:

—¿Por qué te esfuerzas tanto en darles una buena impresión?

—Porque su opinión es muy importante.

—Trabajan para ti. Son ellos quienes deberían querer impresionarte.

—No es tan sencillo, Cameron.

—Claro que sí. No tienen ningún poder sobre sus decisiones.

—Ya lo sé, pero han trabajado en el patronato de la fundación muchos años. Si creen que gasto el dinero alocadamente…

—No lo vas a hacer.

—No me estás ayudando —Julia se cruzó de hombros—. ¿Por qué distraes su atención señalando el laberinto y el juego de ajedrez? Necesito que te concentres.

—Lo estoy… Voy a poner todo mi empeño en perseguirte por el laberinto desnuda.

—¡Cameron! —le recriminó ella—. Estoy intentando ser profesional. Estos tipos piensan que soy una niña de papá. Puede que no necesite su aprobación, pero al menos quiero ganarme su respeto.

—¿Su respeto? —Cameron no podía concebir que su mujer no fuera respetada y la mera idea lo sacó de sus casillas—. Voy a decirte algo que te va a hacer ver las cosas de otra manera.

Julia frunció el ceño.

—¿El qué?

—Que conste que nunca comparto mis secretos estratégicos.

—Vamos, cuéntamelo.

—Hazles esperar —bajó al voz—. Conozco a Dave Saunders desde hace años.

He hecho negocios con él y en cuanto toma dos copas, se quita la ropa y baila desnudo. Está gordo y baila fatal.

Julia dejó escapar una risa sofocada.

—No digas tonterías.

—Te lo juro. La próxima vez que haga un comentario sarcástico, imagínatelo en ropa interior haciendo la danza del vientre. ¿Me prometes que lo harás?

—Espero no necesitarlo.

—Yo también, pero es una estrategia que funciona. Acabarás agradeciéndomelo.

Julia le dio un rápido abrazo.

—Gracias.

—De nada —Cameron hizo un gesto con la cabeza hacia los hombres —. ¡A por ellos!

Julia tomó aire y Cameron la observó mientras se reunía con los hombres. Julia le había dicho en una ocasión que no quería ser considerada una pobre niña rica, pero lo cierto era que pertenecía a una de las familias más ricas del estado, y que había crecido sola en una enorme mansión sin nadie con quien hablar más que el servicio. Y entre tanto, había tenido que lidiar con pretenciosos abogados que creían saber más que ella sobre cualquier tema. Sin embargo, no podían estar más equivocados.

Cuando llegaron al lugar donde Julia había planeado poner el huerto, el pequeño zoo y el cobertizo, Cameron se dio cuenta, satisfecho, de que su mujer había decidido demostrar a aquellos hombres hasta qué punto se equivocaban.

Después de la reunión, Julia había contratado a una compañía para que desarrollara el proyecto, y aunque siguió supervisándolo, volvió a trabajar en la cocina cada mañana. Luego, llegaba la niñera y tanto ella como Cameron se iban a trabajar.

Algunos días, Cameron se quedaba a trabajar en casa y Julia hacía lo posible por volver lo antes posible y le daba la tarde libre a la niñera.

Una tarde, Julia llegó y al encontrar la casa vacía, se dirigió a la piscina. Tal y como intuía, allí encontró a los dos hombres de su vida.

Cameron sujetaba a Jake, que llevaba un chaleco salvavidas.

—¿Listo? —preguntó.

— *¡Pa-pa-pa-pa!* —gritó Jake, entusiasmado.

—Una, dos, tres —gritó Cameron, y metió a Jake en el agua, que sacudió los brazos frenéticamente a la vez que reía y salpicaba a su padre.

Julia rio. Aunque el oleaje que levantó Jake era mínimo, Cameron fingió que lo ahogaba para hacer reír al niño. Julia los observó con el corazón a punto de estallarle.

¿Sería posible estar más enamorada de lo que estaba?

—Oh, no —musitó. Y al notar que las rodillas le flaqueaban buscó una silla. Era imposible que estuviera enamorada de Cameron Duke.

Pero negarlo era una tontería. Sin embargo, no podía permitírselo o lo estropearía todo.

¿Cómo podía ser tan estúpida? Lo cierto era que mirándolo en aquel momento era fácil comprenderlo.

—¡No puede ser! —se repitió en voz alta.

Tenía que tratarse de puro deseo físico. Que la excitara con solo mirarla no significaba que lo amara. Tenían un matrimonio de conveniencia donde el amor no tenía cabida. ¿Por qué entonces el corazón le latía tan deprisa y le temblaban las piernas? Quizá estaba enferma. Cualquier cosa era mejor que la alternativa.

La escena la mantuvo atrapada mientras su cerebro funcionaba a toda velocidad.

No podía dejarse llevar por sus sentimientos puesto que Cameron nunca los correspondería. Y ella no quería arriesgar su relación. Si eso significaba tener que mentir, lo haría.

—Voy a hacer limonada —dijo, saludando con un movimiento del brazo a Cameron y a Jake antes de entrar en la cocina.

Mientras cortaba los limones y los exprimía siguió observando a Jake, que no dejaba de reír las gracias de Cameron.

Sin duda era el mejor padre del mundo.

Recordó la gargantilla de diamantes que le había regalado cuando accedió a casarse con él, y el brazalete a juego que le había puesto en la muñeca el día que se había mudado a su casa.

¿Era absurdo interpretar aquellos gestos como si tuvieran un significado más profundo que regalarle un detalle? ¿Cabía la posibilidad de que fueran su forma de decirle que la amaba?

—Ya empiezas otra vez —dijo en alto, irritada conmigo misma.

Cameron simplemente se responsabilizada de aquello que era suyo. Ella era su esposa; Jake, su hijo. Cameron haría lo que fuera para que no les faltara nada y fueran felices. Los protegería con su vida y les haría sentir que eran lo más importante en el mundo para él. Por eso mismo ella lo encontraba tan especial.

Suspiró al tiempo que añadía azúcar a la limonada. ¡Cómo no iba a enamorarse de Cameron Duke! Lo importante era que él no lo supiera, así que haría lo necesario para ocultarlo.

Capítulo 9

—Me da miedo que se quemen —dijo Julia, preocupada.

Cameron y sus hermanos estaban cocinando en la barbacoa y no parecía importarles que el humo los envolviera.

—No te preocupes, querida —dijo Sally mientras seguía poniendo la mesa en el patio—. Es un ritual masculino imposible de comprender.

—Tranquila —apuntó Trish—, Jake no tendrá que unirse al grupo hasta dentro de dos o tres años.

Julia se estremeció y pasó la mano por la cabeza de Jake. Llevaban dos meses viviendo en casa de Cameron y habían decidido celebrarlo con una barbacoa. Era un día de finales de primavera, caluroso y soleado, y habían pasado la tarde en la piscina.

Todos vestían camiseta y pantalones cortos. Sally, con el cabello recogido en una cola de caballo, bebió un sorbo de la sangría que había preparado Julia.

Julia había horneado bollos de pan para hamburguesas y perritos calientes aquella mañana y los llevó a la mesa.

—Ya sé que es a lo que te dedicas, pero me admira que hayas estado horneando toda mañana —comentó Trish.

—No me cuesta nada —dijo Julia—. Es facilísimo.

—Eres un genio —dijo Trish—. Te pediría la receta, pero prefiero comprártelos.

Las tres rieron.

—Te los haré yo siempre que quieras.

—No me tientes —dijo Trish. Julia le ofreció sangría y ella la rechazo —: No gracias, no es buena para el niño.

Sally la miró atónita.

—¡No! —exclamó.

—Sí —dijo Trish, riendo con nerviosismo.

A Sally se le humedecieron los ojos y se llevó la mano a la boca entre maravillada y sorprendida.

Julia notó que también a ella se le humedecían los ojos.

—¿Estás embarazada?

Trish asintió con la cabeza sin dejar de sonreír.

Sally la abrazó.

—No imaginas lo feliz que me hacéis —dijo.

—Enhorabuena —dijo Julia, uniéndose al abrazo, con el corazón rebosante de amor por aquellas dos mujeres y por el futuro niño.

Sally se cubrió el rostro y estalló en llanto.

—Es increíble. Nunca pensé que… Y de pronto aparecen Julia y Jake, y ahora Trish y su niño… Y… No puedo parar.

—Es maravilloso —dijo Julia sorbiéndose la nariz.

En ese momento se acercó Cameron y al darse cuenta de que Julia había llorado, miró alarmado a Sally y vio que también ella tenía los ojos rojos. Tomando a Julia del brazo, preguntó: —¿Qué pasa? ¿Por qué estáis llorando? ¿Le ha pasado algo a Jake?

—No, no —dijo Julia. Y se echó a reír—. Son buenas noticias. Se trata

de Trish.

Está embarazada.

Cameron fue hasta Trish y la abrazó con fuerza a la vez que la besaba en los labios.

—¡Qué gran noticia, querida!

—Gracias, Cameron —dijo ella con una sonrisa de oreja a oreja.

Cameron volvió junto a la barbacoa y le dio un puñetazo en el hombro a su hermano, antes de abrazarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Brandon.

—Van a tener un hijo —explicó Cameron.

A Brandon se le atragantó el trago que había dado a la cerveza y Cameron tuvo que golpearle la espalda. Cuando se recuperó, Brandon estrechó a Adam en un fuerte abrazo.

—Enhorabuena, tío.

Adam rio.

—Gracias.

Los tres hermanos brindaron con sus cervezas momentos antes de que Sally llegara y abrazara a Adam.

—Cariño, no sabes lo feliz que estoy por ti —dijo, abrazándolo de nuevo.

—Gracias, mamá —dijo Adam sin poder contener una sonrisa de orgullo.

—Me voy a poner celoso —dijo Brandon.

Sally le dio un golpe cariñoso en el brazo.

—Ya verás cuando te toque a ti.

—¿Es una amenaza? —Brandon la miró con incredulidad—. Lo siento mamá, pero vas a tener que esperar mucho tiempo.

—Ya veremos —masculló Sally antes de dedicarle una mirada

penetrante y volver junto a las chicas.

Brandon sacudió los hombros y miró a sus hermanos.

—¿Alguien más ha sentido un escalofrío?

—¡Menuda mirada te ha lanzado! —dijo Cameron, sonriendo—. Te vas a meter en un lío.

Brandon miró a sus hermanos alternativamente con fingida indignación.

—¿Qué ha sido de nuestro pacto secreto? ¿Habéis olvidado que lo firmamos con sangre?

—Seguimos siendo hermanos de sangre —dijo Adam, dando un largo trago a la cerveza—. Siempre lo seremos.

—Sí, ya —masculló Brandon—. Que tú te casaras me resultó soportable. Pero lo de Cameron ya me dejó en estado de *shock*. Y ahora estamos hablando de más niños…

—Así es la vida —dijo Cameron a modo de explicación. Ni siquiera él podía pensar en una buena excusa.

Brandon sacudió la cabeza.

—Y ahora voy a tener a mamá obsesionada con que siga vuestro ejemplo. Pero eso no va a pasar ni en sueños.

—¿Eso crees? —preguntó Adam.

—Nunca —dijo Brandon con vehemencia—. Puede que vosotros seáis unos *amateurs* en lo que se refiere a las mujeres, pero yo soy un profesional, y tengo unos principios férreos.

Adam echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada.

—«Principios», eso sí que es bueno, hermano.

—Sí —Cameron le dio una palmada en la espalda. Él sabía mucho de principios que en ocasiones era mejor saltarse—. Te deseo suerte con tus principios.

—Vais a acabar conmigo —dijo Brandon antes de terminarse la cerveza—. Ya no sé en quién confiar.

—¿Por qué no le dices lo que sientes? —preguntó Karolyn a la vez que reponía sándwiches en la vitrina frigorífica.

—No sé qué quieres decir —dijo Julia. Y tomando unos platos de una bandeja, añadió—. Lynnie se ha tomado un descanso, así que voy a poner las mesas de delante.

—Lo que intentas es evitar la conversación —susurró Karolyn.

—Sí —admitió Julia—. Y de paso, trabajo.

Karolyn puso los ojos en blanco y continuó preparando las cajas de plástico blanco en las que los clientes se llevaban los bollos. La tapa tenía grabado el nombre

Cupscake en azul y un gran lazo del mismo color; el logo era conocido en todo Dunsmuir Beach y se había convertido en un icono.

Julia limpió una mesa y saludó a tres clientes habituales que entraban en aquel momento.

Mirando a su alrededor se aseguró de que todo estaba limpio y ordenado. Se sentía orgullosa de su local. El olor a café y repostería recién hecha daba la bienvenida a los clientes ya en la calle.

Vació los restos en el cubo de la basura justo cuando Lynnie volvió de su descanso.

—Julia —la llamó Karolyn desde la cocina—. ¿Te importaría echarle un ojo al pan de queso?

Julia ayudó a Lynnie a ponerse el delantal para asegurarse de que la espantosa camiseta que llevaba quedara bien cubierta, y fue a la cocina. En cuanto entró, Karolyn la tomó del brazo y la llevó hasta la puerta opuesta, que daba a un pequeño patio cerrado.

—Siéntate —le ordenó.

Julia miró las jardineras y los limoneros que decoraban el espacio.

—¿Lo del pan de queso era mentira?

—Sí.

Respirando profundamente, Julia se sentó en una banqueta frente a la pequeña mesa en la que se reunía el personal durante los descansos.

—Está bien. ¿Qué quieres?

Karolyn acercó una silla hacia ella y, sentándose, le tomó la mano y la apretó.

—Estoy preocupada por ti.

—Me encuentro perfectamente —dijo Julia fingiéndose animada—. El negocio va viento en popa; estoy casada con un hombre que es espectacularmente guapo y gran padre. Tenemos una vida fabulosa. Cameron adora a Jake y verlos juntos es genial. Me trata como a una princesa… ¿Qué más puedo pedir?

—Cariño —dijo Karolyn, cabeceando—. ¿No crees que merece saber que estás enamorada de él?

Julia inclinó la cabeza hacia adelante, abatida.

—¡Dios mío! No debía haberte dicho por qué nos casamos.

—Soy tu mejor amiga. ¿Con quién si no podría compartir tus más oscuros secretos?

—Tienes razón —dijo Julia—. Pero, ¿qué te hace pensar que estoy enamorada de él.

—Que lo llevas escrito en la cara —dijo Karolyn—. Hasta Lynnie dijo algo el otro día al respecto, ya sabes que normalmente no se fija en nada que no vaya vestido en cuero negro y con el cuerpo taladrado de piercings.

Julia rio antes de ponerse seria.

—¿Qué comentó?

—Que no dejas de canturrear, que tienes los ojos muy brillantes, que sueles irte temprano —Karolyn se inclinó hacia ella—. Piensa que estás locamente enamorada.

—Claro que me voy pronto —dijo Julia, molesta por ser tan transparente incluso para su empleada—. Tengo un bebé esperándome en casa.

—También antes, y eso no te impedía trabajar veinticuatro horas. Y sigues contando con la misma niñera.

—¡Qué vergüenza que Lynnie lo haya notado! —dijo Julia, apoyando

la cabeza sobre la mesa.

—Lo siento.

—¿Qué voy a hacer?

—Ir a casa y decir a Cameron que lo amas —le indicó Karolyn—. Y si es lo bastante valiente, te dirá que él a ti también.

Julia la miró con el ceño fruncido.

—No es verdad.

Karolyn rio.

—¡Por Dios, Julia!

—No tiene ninguna gracia.

—Querida, está tan enamorado de ti que da risa.

—No es verdad.

—En la boda ya se le notaba fascinado, pero ahora mismo no puede disimular lo que siente.

Julia apretó los labios con desaprobación.

—Me desea, pero desear y amar no es lo mismo.

Karolyn suspiró.

—Cada vez que viene a verte, el aire se carga de electricidad.

Julia sacudió la cabeza.

—Eso es lujuria.

—No puedes ignorar las señales. Pero si prefieres, sigue negándolo. Eso no va a cambiar el hecho de que Cameron Duke esté enamorado de su mujer.

El viernes siguiente Sally se quedó con Jake para que Julia y Cameron pudieran asistir a una convención de propietarios de hotel en Monarch Dunes.

Al contrario que en su anterior visita, Julia pudo relajarse y disfrutar del *spa*, con tratamiento de belleza y masaje incluidos. Para cuando se

vistió para el baile anual de propietarios, se sentía femenina y relajada.

Se alisó el cabello para conseguir un aire más sofisticado, que iba mejor que sus habituales hondas con el vestido palabra de honor granate que Trish le había ayudado a elegir. Como accesorios, se puso la gargantilla y el brazalete que Cameron le había regalado.

Tras mirarse por última vez en el espejo, tomó aire y fue al salón, donde Cameron la esperaba vestido de esmoquin y con dos copas de champán.

Al verla, exclamó:

—¡Caramba!

Y Julia sonrió, encantada con su espontánea reacción.

—Gracias.

—No, gracias a ti —dijo él, dándole una de las copas y brindando con ella—.

Podíamos saltarnos la fiesta y quedarnos aquí.

—¿No se supone que eres el anfitrión?

Cameron hizo una mueca.

—Está bien. Pero solo estaremos media hora.

—Lo bastante para un baile lento —dijo ella.

—Para eso no tenemos que ir a ninguna parte —dijo él, tomándola en brazos y balanceándose de un lado a otro.

Julia apoyó la cabeza en su hombro y susurró:

—Eres un gran bailarín.

—Contigo es fácil —dijo él, dándole un beso en el cuello—. Pensaba que no podías ser más guapa de lo que eres, pero hoy lo has conseguido.

Julia alzó la mirada y la expresión que vio en los ojos de Cameron la hizo estremecer ¿Cómo reaccionaría si le decía que lo amaba? ¿Se quedaría perplejo o se enfadaría con ella por romper las reglas? ¿Le

diría que él también la amaba?

Mirándolo en aquel momento, Julia temió que se trataba de una proyección de sus anhelos, pero lo cierto fue que vio el amor reflejado en su mirada.

—Será mejor que nos vayamos ya o nunca lo haremos —dijo Cameron —. Eso sí, cuanto antes volvamos, mejor.

Recorrieron el salón del festejo de la mano, saludando a los invitados. Julia estaba tan espectacular que todas las miradas la seguían, así que Cameron prefirió no dejarla sola entre tanto tiburón.

—Por fin llega la estrella de la fiesta —oyó decir a alguien.

Cameron se volvió y sonrió a su viejo amigo Byron Mirabelle, dueño de la cadena de hoteles Pínchale. Los dos hombres se saludaron efusivamente y Cameron le presentó a Julia.

—Byron se especializa en hoteles con encanto en las montañas de Colorado, Wyoming y Montana. Fue uno de mis primeros maestros en este negocio —explicó.

—Encantada —dijo Julia.

—Y tú eres la mujer a la que tanto deseaba conocer —dijo Byron apuntando a Julia con un dedo acusatorio.

—¿A mí?

—Sí, a ti —dijo Byron animadamente—. Tú eres la culpable de que mi mujer solo quiera alojarse en los hoteles Duke cuando estamos en California.

—Pero… ¿por qué? —preguntó Julia, perpleja.

—Por culpa de los cruasanes de chocolate que haces para ellos. No podemos comprarlos en ninguna otra parte.

—¡Qué encanto! —dijo ella, riendo y dándole una palmada en el brazo.

Byron se inclinó hacia ella y en tono confabulador, dijo:

—Personalmente, me gustan más tus fritos de manzana. Podría alimentarme de ellos —se palmeó la tripa—. Creo que se nota.

—También son mis favoritos —le confesó ella.

Al verla relacionarse con su amigo, Cameron se sintió invadido por una ola de ternura que estuvo a punto de ahogarlo. La emoción le oprimió el pecho hasta cortarle la respiración.

¿Qué demonios le estaba pasando? ¿Se trataba de un ataque al corazón? No lo parecía. De hecho, no sentía ningún dolor sino una cálida y plena felicidad.

Fuera lo que fuera, necesitaba moverse.

Dejó a Julia y a Byron charlando para ir a pedir un *whisky*. Mientras lo bebía, decidió que lo mejor que podía hacer era secuestrar a Julia para ir a hacer el amor con ella en la suite. Y al día siguiente, saldrían lo antes posible para casa. Ansiaba ver a Jake.

No sabía en qué momento se había convertido en un hombre de familia, pero era la única manera que podía definir la transformación que había sufrido.

Sintió que alguien le tocaba el hombro y se volvió.

—Hola, Cameron.

Cameron se tensó al instante.

—Martina.

—¡Qué guapo estás! —dijo ella con la voz aterciopelada que Cameron no había olvidado. Llevaba un traje de encaje negro que apenas cubría su espectacular escote —.

Confiaba en verte.

Cameron la miró con frialdad. Creía haberla amado en el pasado, pero al mirarla en aquel instante, no sintió nada.

—¿Dónde está Andrew? —preguntó. Y lo que era más importante, ¿dónde estaba Julia? La buscó frenéticamente con la mirada, pero Byron y ella habían desaparecido.

Martina hizo un mohín.

—No ha venido, pero da lo mismo. Estaba deseando verte ¿Cómo estás?

—Fenomenal —dijo él con aspereza.

—Me alegro —Martina le acarició las solapas del esmoquin—. Para serte sincera, confiaba en encontrarte solo. Quizás tú y yo podríamos… hablar, o a lo mejor…

—¿Qué? —preguntó él, retirándole las manos del pecho—. ¿Podríamos engañar a tu marido? ¿Despertar sus celos? Me temo que no.

—Vamos, Cameron, no seas rencoroso —Martina le tomó el brazo—. Andrew y yo vamos a divorciarnos.

—Lo siento —en lugar de mirarla, Cameron siguió buscando a Julia con la mirada.

—Creo que debes saber… —dijo ella bajando la voz— que tú eres la causa de la ruptura. Nunca he dejado de quererte.

Cameron contuvo la risa.

—¡Qué barbaridad! —masculló.

—Por fin te encuentro —dijo Julia animadamente, tocándole el hombro—.

Byron es un encanto. Ah, hola.

Aliviado, Cameron se volvió y abrazó a su maravillosa mujer.

—Martina, ésta es mi esposa, Julia.

—¿Tu qué? —Martina se quedó con la boca abierta.

—Hola, Martina —dijo Julia, con una amabilidad que contradecía la tensión que Cameron percibió que irradiaba su cuerpo. Debía haber visto la actitud insinuante con la que hablaba con él.

—Encantada —dijo Martina fríamente.

Pero Cameron vio que la ira teñía sus mejillas de rojo.

Se inclinó hacia Julia y susurró:

—Creo que ya se ha cumplido la media hora.

—Muy bien —dijo ella. Y sonriendo a Martina, dijo—: Encantada de

haberte conocido.

—Igualmente —dijo Martina. Y desapareció entre los invitados.

Julia alzó la mirada hacia Cameron.

—¿Una amiga?

—Una conocida —contestó él—. Salgamos de aquí.

Volvieron a la suite dando un paseo por la playa. La marea estaba baja y corría una suave brisa. Julia llevaba los zapatos en la mano y esperaba a que llegara el momento oportuno para preguntar por Martina. Había oído el final de la conversación entre ella y Cameron, y confiaba en que fuera la última vez que la veía a ella y a su espectacular escote.

Sabía que aquella mujer quería volver con Cameron. Sus palabras habían provocado que un escalofrío la recorriera de arriba abajo. Pero Cameron la había rechazado y Julia confiaba en que fuera la última vez que coincidían con ella.

—Vayamos por aquí —dijo Cameron, tomándola de la mano y guiándola hacia las escaleras del hotel. Cuando llegaron al pie, viró hacia un sendero que se perdía entre árboles.

Julia oyó el rumor de agua.

—¿Es la cascada?

—Sí —dijo él. Y señaló hacia adelante—. Está más allá de aquellos árboles.

—Vayamos hacia allí —dijo Julia, apretándole la mano.

Las nubes se arremolinaban en el cielo, y la luna asomaba intermitentemente, iluminando la zona boscosa. A los poco minutos llegaron a una pared de piedra. El agua resbalaba en cascada sobre la pulida superficie, cayendo sobre una poza iluminada desde el fondo por una luz que creaba un misterioso resplandor.

—Es una preciosidad —dijo Julia—. ¿Podemos meternos?

Cameron le acarició la mejilla.

—Confiaba en que quisieras hacerlo.

—Parece que hay luz tras la cascada —dijo ella.

—Hay una gruta —Cameron la abrazó—. ¿Quieres que te enseñe uno de los sueños de todo hombre?

—No sé.

Cameron rio y deslizó las manos arriba y abajo por los brazos de Julia.

—El agua está tibia. Es un lugar resguardado y confortable.

—¿Cómo podemos entrar?

Cameron sonrió.

—Nadando.

Julia rio con nerviosismo. A un lado vio dos hamacas y varias toallas.

—¿Son para nosotros?

—Sí.

—¿Podemos ser vistos?

—No —dijo Cameron con firmeza—. Me he asegurado de que sea imposible.

Julia sonrió sin rastro de timidez.

—Entonces nademos.

Cameron le besó el hombro al tiempo que le bajaba la cremallera del vestido.

—Quiero hacerte el amor.

Julia se estremeció.

—Yo también.

—¿Tienes frío?

—En absoluto.

—Me alegro —Cameron deslizó el vestido hacia abajo y Julia dio un paso para dejarlo caer al suelo.

Cameron lo levantó y lo dejó sobre una silla. Luego contempló a Julia en tacones, un tanga rojo y un sujetador a juego sin tirantes.

—Me dejas sin aliento.

Julia cerró los ojos.

—Tócame, por favor.

Cameron actuó con lentitud. Primero deslizó las manos por su espalda, las subió por sus brazos y volvió a bajarlas hacia sus caderas y sus muslos. Se colocó detrás de ella, le besó el cuello y la espalda al tiempo que deslizaba la mano por la suave piel de su estómago. Se detuvo para juguetear con el aro que tenía en el ombligo, luego le acarició los costados hasta alcanzar el sensible lateral de sus senos.

Julia gimió.

—Cameron, necesito…

—Lo sé, cariño. Yo también.

Amoldó las manos a sus senos y frotó sus pezones con los pulgares hasta endurecerlos. Cuando Julia jadeó, le desabrochó el sujetador y lo dejó caer. Julia serpenteó contra él al tiempo que Cameron le hacía sentir su erección contra su trasero.

Entonces, haciéndola volverse, se arrodilló y le bajó el tanga antes de abrirle las piernas.

—Ah —musitó ella al sentir sus labios contra el interior del muslo.

Cameron rozó con ellos su parte más sensible, luego usó la lengua para tocarla íntimamente. Julia temblaba de deseo, y cuando creyó que no aguantaría más, Cameron se incorporó súbitamente y la alzó en brazos.

—Ya nadaremos más tarde —dijo él con voz ronca, depositando a Julia suavemente en una hamaca.

Al verlo quitarse la chaqueta y la camisa, Julia experimentó un instante de lucidez, haciéndose consciente de su poder femenino. Verlo quitarse los pantalones y mostrar una inmensa erección redobló su excitación. Abrió los brazos, reclamándolo.

Cameron se arrodilló en la hamaca y se puso un preservativo. Entonces levantó los brazos de Julia por encima de su cabeza y,

sujetándoselos, alineó su cuerpo con el de ella. Bajo la luz de la noche, Julia alzó las caderas para darle acceso a las profundidades de su interior para que volviera a hacerla suya.

Más tarde, en el acogedor interior de la gruta, Cameron y Julia yacían saciados en brazos uno del otro. Después de hacer el amor la primera vez, habían nadado bajo las estrellas y habían vuelto a hacer el amor.

—¿Sabes que has satisfecho una de mis mayores fantasías?

—Te adoro —dijo Julia, riendo. Y al instante se tapó la boca.

Cameron se quedó paralizado. ¿Esperaba que dijera que él también la amaba?

No podía hacerlo. Lo estropearía todo. Si había albergado alguna esperanza de llegar a ser un hombre normal, la aparición de Martina aquella noche le había recordado que algunas cosas nunca cambiaban.

—Perdona —dijo Julia, deshaciéndose del abrazo y envolviéndose en una toalla antes de ponerse en pie.

—Espera. No te vayas.

—¿Para qué quieres que me quede? No pensaba decirlo, pero se me ha escapado.

Te amo, pero tú estás completamente cerrado a los sentimientos —se afianzó la toalla alrededor del cuerpo—. Me voy a la suite.

—Julia, tú me importas —dijo él, tomándole la mano.

—Lo sé. Pero ya no es suficiente.

Cameron se dijo que le había advertido y que era ella quien intentaba cambiar las reglas.

—Te dije desde un principio…

—Lo sé. Que no te pidiera amor.

Cameron la sujetó por los hombros.

—Así es. Y debías agradecérmelo. Tú…

—Deja que adivine, ¿he roto las reglas?

Cameron apretó los dientes.

—Así es. Teníamos un trato.

Julia se quitó la toalla y fue hacia el agua.

—Voy contigo —dijo Cameron.

—Prefiero estar sola.

—Pues te aguantas.

Cameron entró en el agua tras ella y le tomó la mano.

—Cameron, creo que has dicho todo lo que tenías que decir.

—Te equivocas.

Julia le lanzó una mirada incendiaria.

—¿Qué más queda por decir?

—Que me alegro de que estés enamorada de mí.

Julia lo miró atónita.

—¿Por qué?

—Porque hará que nuestro matrimonio sea un éxito.

Julia lo miró boquiabierta.

—¿Qué quieres decir?

—Que si me amas, no querrás separarte de mí. Y eso es bueno para todos.

—Escucha, engreído y arrogante idiota —dijo Julia, apuntándole a la barbilla con el dedo—. Nunca he tenido la tentación de dejarte, pero estás llevándome al límite. Y si crees que no sé la verdad, te equivocas.

—¿Qué verdad?

—Que tú estás tan enamorado de mí como yo de ti. Puedes luchar contra ello y negarlo cuanto quieras, pero algún día tendrás que admitir que tengo razón. Solo espero que no sea demasiado tarde.

Y tras pronunciar aquellas palabras, Julia se zambulló en el agua y se alejó buceando.

Capítulo 10

Julia lo amaba.

Aunque Cameron no tuviera la menor intención de admitirlo, estaba encantado.

Que estuviera enamorada contribuiría a fortalecer su relación y quizá en el futuro se animaran a dar a Jake una hermanita o un hermanito.

¿Eso lo convertía en un arrogante, tal y como Julia le había acusado de ser?

Cameron rio quedamente a la vez que bajaba la presión de la manguera con la que limpiaba los coches. Habían vuelto del Monarch Dunes dos días antes, dos días desde que Julia le había declarado su amor y luego le había llamado arrogante por atreverse a decir que era bueno para los dos.

Pero no se trataba de arrogancia, sino de lucidez. La lucidez de saber que podían formar una familia sólida, y que, enamorándose, solo lograría destrozar su vida y la de su pareja, como se la habían destrozado sus padres.

El encuentro con Martina le había hecho revivir episodios que prefería olvidar.

Fragmentos de recuerdos de las ocasiones que creía haber estado enamorado, como con Wendy, a la que había hecho tan desgraciada.

Cameron cerró el agua y empezó a secar los coches. Aunque ella no lo supiera, Julia sería mucho más feliz sin su amor. Podía sentir afecto, respeto y admiración por ella; le daría todo lo que quisiera, pero nunca le oiría admitir que la amaba porque la mera mención de esa palabra conduciría al desastre.

Ya no era suficiente.

Julia terminó de doblar la ropa y puso otra secadora.

Había pasado una semana desde la noche de la gruta, y Cameron

seguía comportándose como si no hubiera pasado nada. Y quizá para él nada había cambiado, pero para ella, sí, y mucho.

Durante un tiempo había pensado que le bastaría estar casada con un hombre considerado que además era un magnífico padre para Jake. Había accedido a casarse con él y a vivir con él, y quizá Cameron estaba en lo cierto al decir que había cambiado las reglas. Pero no se daba cuenta de que era ella quien había cambiado, y que después de declararle su amor, necesitaba que él admitiera que la amaba.

Sin embargo, Cameron, tal y como le había dicho la noche anterior, ni podía ni quería hacerlo. Y Julia no podía evitar preguntarse qué habría sucedido en su pasado para que se negara a amarla.

Ella se había tragado el orgullo y le había preguntado si tenía algo que ver con la mujer con la que habían coincidido en la fiesta, pero Cameron se había reído, diciéndole que no podía estar más equivocada. A cambio, no le había proporcionado ninguna otra explicación.

Y Julia sentía que, literalmente, se le estaba rompiendo el corazón.

El sábado siguiente, Adam y Trish dieron una pequeña fiesta para celebrar el embarazado de ésta. Julia llevó panes y dulces caseros y preparó la cena con Trish.

Más tarde, la ayudó a recoger.

—¿Me dejas fregar? —preguntó.

—Ni hablar —dijo Trish—. A Adam y a mí nos gusta recoger cuando se van los invitados. Nos divierte comentar cómo ha ido la fiesta y organizar la siguiente.

Justo en ese momento, Adam entró, la tomó por la cintura y dijo:

—Te echo de menos. ¿Habéis acabado?

—Sí —dijo Trish, mirándolo con ojos luminosos y dándole un beso. Él entonces apoyó la mejilla en su cabeza.

Más tarde, volviendo a casa, Julia comentó a Cameron:

—Debe ser maravillosos para ti saber que Adam es tan feliz.

Cameron la miró de soslayo.

—La verdad es que no lo había pensado, pero supongo que es muy agradable.

—¿Agradable? —Julia rio con sarcasmo—. Vamos, Cameron, Adam está tan locamente enamorado que se le nubla la vista.

Cameron alzó una mano.

—Sé a dónde quieres llegar y no pienso permitirlo. Por última vez, ¿por qué te empeñas en sacar un tema que solo nos hace daño? Tenemos una gran vida juntos.

Cameron alargó la mano para apretar la de ella afectuosamente en un gesto con el que pretendía apaciguarla y demostrarle cuánto le importaba. Pero Julia tuvo que parpadear para contener las lágrimas. Se negaba a llorar y a humillarse más de lo que lo había hecho. ¿Era tan absurdo querer ser amada? Si ello la convertía en una idiota, entonces debía serlo. Y pensarlo le hizo sonreír: al menos era una idiota por amor.

Pero al día siguiente, mientras recogía el desayuno, recordó las palabras de Cameron y tuvo que sentarse porque se mareó y temió que se le hubiera roto el corazón.

—¡Dios mío! —exclamó, poniéndose en pie y cerrando el friegaplatos con determinación—. ¿Desde cuándo eres tan dramática?

Los sentimientos que había despertado en ella haberse enamorado de Cameron le estaban haciendo daño Y se dio cuenta de que si no hacía nada al respecto, vivir sin amor acabaría por hacerle perder la razón.

Suspirando profundamente, se dio cuenta de que solo había una persona en el mundo con la que podía hablar de ello, así que cambió a Jake y, montándolo en el coche, fue a ver a Sally.

—¡Qué sorpresa tan agradable! —dijo Sally al abrir la puerta.

—Perdona que venga sin avisarte.

—Pero si me encanta. Pasa, pasa.

—Gracias.

Sally la guio hasta su soleada cocina.

—Puedes venir siempre que quieras. Adoro verte.

Jake dio saltitos en su silla.

—Y a ti también, pequeño —añadió Sally, haciéndole cosquillas.

Sacó del frigorífico una jarra de té helado y sirvió dos vasos que dejó sobre la mesa antes de indicar a Julia que se sentara.

—Ahora, cuéntame qué pasa. Pareces un poco desanimada.

Julia se cuadró de hombros.

—No sé por dónde empezar. Lo primero es que estoy enamorada de tu hijo.

—Supongo que te refieres a Cameron —dijo Sally, inquieta.

Julia rio.

—Claro.

Sally rio a su vez.

—Entonces, sí. Aunque te costara reconocerlo el día de la boda, me alegro de que por fin lo admitas.

—Pero él no me ama a mí, Sally —dijo Julia.

—¿Qué? —preguntó Sally frunciendo el ceño—. Por supuesto que sí. Lo sé por cómo te mira y porque nunca lo había visto tan feliz.

—¿Y por qué no me lo dice?

—¿No te lo ha dicho nunca?

—No —Julia ocultó el rostro en las manos—. Me siento tan estúpida y tan débil que me voy a poner enferma. Cuando nos casamos acordamos que el amor no formaría parte de nuestra relación.

—¿Por qué? —preguntó Sally, atónita.

—Sé que parece extraño. Pero nos casamos para dar a Jake una familia. Y para mí fue tan maravilloso formar parte de vuestra familia que no pude resistirme.

—¡Querida! —dijo Sally, enternecida.

—Pero ahora le he dicho a Cameron que lo amo y él insiste en que él a

mí no. Y

lo cierto es Sally, que somos muy felices, así que quizá debería dejar de quejarme y contentarme con lo que tengo —Julia se irguió—. Pero no lo consigo, Sally. Quiero que Cameron me ame.

—Pobrecita —Sally se puso en cuclillas ante ella y le palmeó el brazo —. Claro que te ama, créeme. Lo conozco bien, no es un hombre fácil, pero vale la pena luchar por él.

—Ya lo sé —dijo Julia, entre lágrimas—. Pero necesito preguntarte una cosa y que me prometas que me guardarás el secreto —tomó aire y preguntó—: ¿Hay algo en el pasado de Cameron que explique su resistencia a amar?

Sally se puso en pie y habló al tiempo que caminaba por la cocina.

—Me pregunto si está relacionado con su padre. Nunca supe todos los detalles, pero era un hombre violento. De hecho, averigüé que había matado a la madre de Cameron antes de suicidarse.

—¡Qué horror! Cameron nunca lo ha mencionado.

—Nunca habla de ello, pero cuando llegó aquí era muy desgraciado —dijo Sally

—. Luego, en el colegio, conoció a una chica —Sally le habló de Wendy—, y siempre se culpó por haberla hecho sufrir tanto.

—Pero eso es injusto.

—Ya, pero Cameron es así. Quizá debería haberte hablado de ello antes —Sally frunció el ceño—. Pero no quiero preocuparte. Cameron jamás os haría daño.

Julia abrió los ojos desmesuradamente antes de echarse a reír.

—Eso es inconcebible.

Sally sonrió.

—Tienes razón. Nunca supo pelear. Ni siquiera fue ese el motivo de que se alistara al cuerpo de marines. Yo creo que lo que buscaba era poner orden en su vida.

Julia hizo una mueca.

—No se puede negar que le guste tener control sobre todo lo que le rodea. Aun así, es el hombre más amable que he conocido en mi vida.

—Así es —dijo Sally. Y con una sonrisa pícara, añadió—: Pero puede que tengas que provocarlo un poco para que se dé cuenta.

Julia frunció el ceño hasta que se dio cuenta de lo que quería decir.

—¡Sally, eres una mujer muy sabia!

Sally abrió los brazos y, con gesto de complicidad, dijo:

—Eso es lo que siempre les digo a mis hijos.

Cameron le regaló un broche con una mariposa de zafiros y diamantes.

—Es preciosa, Cameron. Pero ¿a qué se debe?

—A nada.

Julia suspiró.

—¿Estás seguro que no es porque me amas?

—Julia…

—Está bien, está bien —Julia alzó una mano—. Ya sé que no vas a decirlo. Pero a Jake, sí, ¿verdad?

—Pues claro —dijo Cameron, mirando con impaciencia por la ventana.

—Me alegro por ti y por Jake.

—¿Qué quieres decir?

Julia devolvió el broche a su caja de terciopelo y, tras sonreír, dijo con gesto impasible:

—Hará que el acuerdo para la custodia sea más sencillo una vez que Jake y yo hayamos vuelto a mi casa.

—¿Cómo? —preguntó Cameron, atónito—. No puedes irte. Estamos casados.

Julia entrelazó los dedos de las manos.

—Pensaba que con eso me bastaría, Cameron. Eres un hombre maravilloso y un gran padre. También un fantástico amante; pero no me amas y yo quiero que mi marido me ame.

—Yo soy tu marido —dijo él alzando la voz. Luego pensó en Jake y la bajó—. Es una equivocación, Julia. Vuelves a cambiar las reglas.

—Te equivocas. Solo me limito a seguir las mías.

—¿Y cuáles son? —preguntó Cameron con cierto desdén.

—Solo es una: que merezco ser amada.

—Puedo darte lo que quieras menos eso —dijo él, entre dientes.

—¿Aun cuando hasta yo sé que sí me amas?

—Te equivocas, querida.

Julia se quedó sin aliento. Cameron nunca lo había negado con tanta crudeza, pero eso no impediría que siguiera adelante con su plan.

—Muy bien. Pues no hay más que decir.

—Lo siento —Cameron se frotó el cuello en un gesto de frustración—. Escucha, no quiero hacerte daño. Y por eso… —calló bruscamente.

—¿Qué? —le instó Julia.

—Por eso nunca te diré que te amo.

Julia suspiró haciendo acopio de paciencia.

—Cameron, me has regalado una fortuna en joyas.

—Precisamente. ¿No te basta como muestra de cuánto me importas? ¿No te he tratado siempre bien? ¿No lo pasamos bien juntos?

—Todo eso son señales de que me amas —dijo Julia con dulzura—. Así que podrías decírmelo.

—No voy a hacerlo —dijo él, recorriendo la habitación como un tigre enjaulado

—. No sé por qué insistes.

—Tienes razón. Y por eso creo que es mejor que nos separemos.

—No —Cameron apretó los puños y los dientes, antes de recomponerse lo bastante como para seguir hablando—. Escucha, mi infancia fue espantosa. Mi padre era un monstruo, violento y cruel, que hizo sufrir mucho a mi madre.

Julia se estremeció.

—¿Te pegaba?

Cameron lanzó una áspera carcajada.

—De vez en cuando. Pero casi siempre descargaba su ira en mi madre. Y no es algo de lo que me enorgullezca.

—¿Por qué?

—Porque nunca la defendí.

—¿Cuántos años tenías?

—Seis, siete. Da lo mismo. No podía pararlo. Pero lo peor era que cada vez que le pegaba decía hacerlo porque la amaba.

Julia se estremeció al comprender finalmente el razonamiento en el que Cameron basaba su resistencia a admitir su amor.

—Eso es horrible.

—Él la amaba —dijo Cameron, con expresión asqueada—. Y le demostraba su amor a base de palizas.

—Cameron —susurró Julia. Y fue a tocarle el hombro para consolarlo.

Él la rechazó.

—No.

—Pero…

—¿No lo entiendes? —Cameron se separó de ella—. En alguna parte de mi interior se oculta una vena violenta que debo mantener reprimida. Por eso no puedo amar. Te juro que lo he intentado, pero he destrozado vidas ajenas. Soy un peligro.

¿Me entiendes ahora?

—Pero tú no te pareces nada a tu padre —dijo Julia con dulzura.

—No es tan sencillo —Cameron se pasó los dedos por el cabello—. Sé que quieres oírmelo decir, pero nunca pronunciaré esas palabras ni las sentiré. Me importas demasiado como para hacerte daño. No podría soportarlo.

Julia no quiso decirlo, pero lo cierto era que ya le estaba haciendo daño.

—¿Recuerdas nuestra noche de bodas? —preguntó, en cambio.

A Cameron pareció sorprenderle la pregunta.

—Sí, claro.

—¿Recuerdas que me marché y tú dormiste en el sofá? —insistió Julia —. Si no me equivoco, en cierto momento te golpeé.

—Estabas enfadada.

—Pero no pasó nada.

—Claro que sí —Cameron la miró como si hubiera perdido el juicio—. La noche siguiente fue espectacular.

Julia puso los ojos en blanco.

—No me refiero a eso. Me refiero a cuando estaba enfadada. Te grité y te golpeé, pero tú, aunque estabas furioso, no me pegaste. Y lo mismo sucedió cuando pinté la cocina.

—¿Y qué? —preguntó Cameron, sin llegar a comprender.

—¿Por qué no me pegaste?

Cameron frunció el ceño.

—Porque jamás te…

—¡Precisamente! Jamás me pegarías porque no eres violento.

—No es verdad. No te pegaría porque no te…

Julia se quedó paralizada inicialmente, pero a continuación rio.

—Es la verdad —Cameron se volvió hacia ella y la señaló con un gesto

de advertencia—. No me provoques.

Sin dejar de reír, Julia fue hasta él y le dio un empujón en el pecho. Él no se inmutó y ella se abrazó a su cuello a la vez que susurraba: —Te estoy provocando, Cameron, pero jamás me pegarías. No está en tus genes.

Apoyando la cabeza en su pecho, Julia mantuvo el abrazo para consolar al pequeño traumatizado que Cameron llevaba en su interior, y sintió que se enamoraba aún más profundamente del fuerte y generoso Cameron del presente, el testarudo hombre que se negaba a reconocer que era capaz de amar.

Tras un largo rato, alzó la mirada.

—¿Te acuerdas cuando me preguntaste por qué hacía magdalenas?

—Sí.

—No te conté que, después de la muerte de mis padres, era lo que me hacía la cocinera por mi cumpleaños, ni te dije que solía decirme que hacer una tarta entera para una sola niña era una pérdida de tiempo y de energía. Así fue como las magdalenas se convirtieron en un símbolo de mi soledad. Y por eso, después de un tiempo, le pedí que me dejara ayudarla en la cocina: porque descubrí que, cuando llevaba magdalenas al colegio, hacía felices a mis compañeros. Esa es la razón de que me haya dedicado a la repostería.

Se separó de Cameron y lo miró fijamente.

—Ahora creo que montar un negocio de magdalenas fue una gran idea, pero estoy pensando en cambiar de especialidad.

—¿Ah, sí? —dijo Cameron, como si temiera preguntar qué tenía pensado.

—Sí —con gesto altivo, Julia dijo—. He decido que las magdalenas ya no bastan, y que quiero la tarta entera.

Julia le dijo que necesitaba tiempo para pensar y se fue a hacer las maletas.

Cameron estaba furioso.

—Esto es absurdo, Julia. No quiero que te vayas.

—Puedes detenerme con decir dos palabras —dijo ella con una fingida

levedad que contradecían las lágrimas que le humedecían los ojos.

Él la miró con los labios apretados y guardó silencio.

Invadida por una súbita tristeza, Julia asintió con la cabeza.

—Lo sabía —puso a Jake en el carrito—. Di adiós a papá.

Jake dio botes y sacudió los brazos.

— *¡Pa-pa-pa!*

Cameron los siguió con la vista hasta verlos desaparecer mientras se aferraba al autocontrol del que tanto se vanagloriaba.

Capítulo 11

Apenas una hora más tarde, Sally llamaba a la puerta de Cameron.

—Pasa mamá. ¿Quieres una cerveza?

—Claro que no —dijo ella, siguiéndolo a la cocina—. ¿Qué pasa, Cameron?

Parecíais tan felices, y yo estaba tan orgullosa de ti por haber dado finalmente cabida al amor en tu vida.

—Eran solo apariencias —dijo él, encogiéndose de hombros—. Habíamos llegado a un acuerdo.

—¡No digas tonterías! Mírame a la cara y dime que no estás locamente enamorado de Julia.

Cameron le sostuvo la mirada con los dientes apretados.

—No.

—¿Que no me lo dices o que no estás enamorado? —preguntó ella entornando los ojos.

—Que no estoy enamorado —dijo él. Sally parpadeó sorprendida.

—¡Vaya! Será mejor que me vaya.

—No tengas tanta prisa —dijo Cameron sin poder disimular su

angustia—.

¿Quieres darte un baño?

—No. Me has dicho todo lo que quería saber.

—Lo siento mamá.

—Yo también —Sally fue hacia la puerta principal—. Sabes que te quiero mucho.

—Y yo a ti.

—Me alegro, porque tengo que decirte una cosa —se volvió hacia Cameron y éste pudo ver lo desilusionada que estaba—. Hacía muchos años que no me mentías.

No te pareces a tu padre y lo sabes perfectamente. Yo no crié a un idiota, así que deja de comportarte como si lo fueras. Como no recuperes a esa maravillosa chica y al niño, van a rodar cabezas.

Había una buena razón por la que los tres hermanos llamaban a Sally la camelia de acero.

Una vez se quedó solo, Cameron se dejó llevar por la desesperación. Apenas habían pasado unas horas y ya echaba de menos a Julia como si le hubieran arrancado una parte de sí mismo. Durante los últimos meses, se había convertido en el eje central de su vida, y al no tenerla sentía que le faltaba el aire.

¿Cómo iba a vivir sin respirar a Julia? Tendría que acostumbrarse, y quizá sería lo mejor. Le había advertido desde el principio que el amor no tenía cabida en su vida y Julia se había empeñado en cambiar las reglas a mitad de la partida. Exigía demasiado y él no se dejaba chantajear.

Pero ninguno de los argumentos que utilizaba impedían que echara desesperadamente de menos a Julia y a Jake.

Estaba bebiendo su segunda cerveza cuando llamaron al timbre, y aunque no le sorprendió que fueran Brandon y Adam, le desconcertó que Brandon llevara una caja de Cupscake.

—¿Qué haces con eso? —preguntó, airado.

—He ido a ver a Julia y he comprado unas magdalenas —dijo Brandon, sonriendo—. Ahora que habéis roto puede que quiera salir

conmigo —dio un bocado a una y con una expresión de placer se dejó caer sobre una silla—. ¡Dios mío! ¿Cómo la has dejado escapar? Estás loco. La voy a llamar hoy mismo.

Cameron avanzó hacia él con los puños apretados.

—Será mejor que te lo pienses dos veces si no quieres vértelas conmigo.

Adam lo detuvo.

—No te portes como un idiota.

—¿Por qué no, si es lo que todos pensáis de mí?

—Es que lo eres —dijo Brandon.

—Eres hombre muerto —dijo Cameron. Y se cruzó de brazos.

—Deja de amenazar cuando todos sabemos que no le tocarías un pelo —dijo Adam, riendo.

—No estés tan seguro.

—Ni siquiera de pequeño eras capaz de pelear. ¿No te acuerdas que eso era lo que hacía Brandon?

—Eso es verdad —dijo éste, encogiéndose de hombros—. Nunca pegabas a nadie

—Brandon rio antes de añadir—. Excepto a Jerry Miles cuando casi me mata.

—Debería haberle dejado.

—Pero no lo hiciste —dijo Adam—. Porque siempre has odiado la violencia.

—Puede ser —masculló Cameron.

—¿Entiendes lo que quiero decir? No eres como tu padre y nunca lo serás.

Aquel sábado, Sally llevó a Jake a pasar el día con su padre porque Julia estaba muy ocupada y no podía acercarlo ella.

Cameron fue con Jake a la piscina y luego lo dejó gatear por la hierba.

Asombrado, vio que usaba la verja para darse impulso, se ponía en pie y daba sus primeros pasos.

— *¡Papa!* —gritó entusiasmado antes de caerse sobre el trasero.

—Jake, ¿te das cuenta de lo que has hecho? —preguntó Cameron, levantándolo

—. ¿Puedes hacerlo otra vez? Yo te ayudaré.

Lo dejó en el suelo y, tras ayudarle a mantener el equilibrio, lo soltó. Jake dio un par de pasos vacilantes y se cayó de rodillas. En aquella ocasión rompió a llorar.

Cameron lo tomó en brazos para consolarlo.

—No pasa nada, cariño. Con un beso se te quitará el dolor. Ya está —Jake se sorbió la nariz—. Espera a que se entere mamá.

La emoción lo golpeó con tanta fuerza que fue él quien estuvo a punto de caer al suelo. Tenía que avisar a Julia. Corrió al interior para llamarla.

Al tomar el teléfono se frotó el pecho, consciente de que sentía un dolor que reconocía. Lo había experimentado la noche de la fiesta, al verla hablar con su amigo Byron. Las emociones lo asaltaron en oleadas, provocándole un calor que le impedía respirar. Era algo que ninguna otra mujer le había hecho sentir.

Colgó el teléfono. ¿Qué haría si era testigo de otro momento especial en la vida de Jake? ¿Sentiría Julia el mismo impulso de llamarlo para compartirlo con él?

¿Estaba dispuesto a perderse ese y tantos otros momentos especiales de su vida?

¿Y si Jake volvía a caerse? ¿Quién lo consolaría?

Julia había pasado la mayoría de su vida sola, sin nadie que cuidara de ella. Y

también él la había abandonado.

¿Encontraría a alguien que lo sustituyera? ¿Y cómo reaccionaría él?

—¡Ni hablar! —exclamó. Si alguien iba a amar a Julia, sería él—. Maldita sea —

dijo, tomando las llaves del coche y la bolsa con los pañales de Jake —. Te lo advertí.

Con Jake en brazos, llamó a la puerta y esperó a que la criada abriera. Pero lo hizo la propia Julia, tan preciosa y *sexy* como siempre, con un delantal manchado de chocolate.

—Hola —saludó Cameron, perdiéndose en los ojos azules que lo habían atrapado desde el primer instante. Había planeado qué decir, pero, al verla, las palabras escaparon de su boca a borbotones—. Te amo, Julia. Por favor, vuelve a casa.

Vio que ella tragaba saliva y fruncía el ceño.

—Perdona, pero no estoy segura de haber oído bien.

—Estoy enamorado de ti. Te amo más que a nada en el mundo. Quiero vivir contigo y con Jake y que tengamos más hijos. Por favor, vuelve. ¿Te casarás conmigo otra vez? Celebraremos una gran boda con miles de invitados y una tarta gigante.

Después de fingir que titubeaba, Julia se abrazó a él y a Jake y, riendo, dijo: —

¡Qué tonto eres! ¿No te das cuenta de que no quiero otra boda? Todo lo que necesito lo tengo en este momento en mis brazos.

Document Outline

- Capítulo Uno
- Capítulo Dos
- Capítulo Tres
- Capítulo Cuatro
- Capítulo Cinco
- Capítulo Seis
- Capítulo Siete
- Capítulo Ocho
- Capítulo Nueve
- Capítulo Diez
- Capítulo Once